PARAÍSO SALVAJE
JOHANNA LINDSEY



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

1

Abril9, 1891

La mujer joven, alta y esbelta, de pelo dorado, que se movía nerviosa junto a la mesa, clavó los atónitos ojos verdes en la puerta cerrada a la izquierda del salón. Suspiró. El suspiro hizo que su prima más joven, Lauren, se volviera desde la ventana y preguntara:
-Por el amor de Dios, Corinne, ¿por qué estás tan nerviosa?
Lauren Ashburn volvió hacia la ventana y examinó el paisaje helado al otro lado del camino, ladeando la cabeza hacia atrás. El campo de Boston parecía desnudo: hileras e hileras de antiguos árboles doblados ante el despiadado viento que se abría paso hacia la calle Beacon y hacia esta casa de la ciudad.
Incluso en abril no era fácil vivir en Boston. Los meses de vientos duros y fríos, y la necesidad de estar en casa casi todo el tiempo, había repercutido en las primas. Corinne parecía más difícil de contentar que de costumbre, y hasta la dulce Lauren estaba sombría la mayor parte del tiempo.
-No parece que la primavera fuera a llegar este año -suspiró Lauren, acariciando las ricas colgaduras escarlatas.

Corinne miró, juntando las doradas cejas sobre los maravillosos ojos color esmeralda.
-¿Cómo puedes hablar de la primavera con un tiempo semejante? -exclamó. Su mirada se dirigió rápida hacía la puerta cerrada y después volvió a clavarse en su joven prima.
Siguiendo la mirada, Lauren se encogió.
-Ya deberías estar acostumbrada. Has pasado dos veces por esto en el último año.
El carácter vivaz de Corinne emergió a la superficie. -¡Deberías entender! -dijo con amargura-. Faltan años antes de que tus pretendientes vengan a hablar con tu padre. Y entonces veremos si te gusta esperar mientras los hombres deciden tu destino... en lugar de decidirlo tú. Los ojos pardos de Lauren se Llenaron de lágrimas. -Entiendo, Cori. Tengo dieciséis años, tres menos que tú.
Corinne lamentó enseguida sus agudas palabras. Impulsiva, siempre tenía que disculparse por decir frases bruscas.
-Lo siento, prima. Pero estoy muy nerviosa esta vez. De verdad Rusell es mi última esperanza.
-¿Por qué dices eso, Cori? Has tenido cantidad de pretendientes los últimos tres años, los hombres más apuestos y más ricos de Boston. ¿Acaso no sabes lo hermosa que eres? Sí el primo Samuel dice que no a Rusell; té quedarán siempre muchos para elegir.
-No, no los habrá. Hay pocos hombres como Russell.
Lauren sonrió, comprensiva.
-¿Quieres decir que hay pocos hombres a quienes puedas manejar como manejas a Rusell? ¿O como manejaste antes a Charles, y a William?
-Exactamente. Los otros no cuentan.
-Rusell Drayton no es tan tímido como los otros. De verdad me sorprendió que lo eligieras. Pero él parece haberse sometido a tus deseos.
-Rusell y yo hemos hecho un acuerdo. Él me conviene.

-Creo que es una suerte que no lo ames. Si tu padre rehúsa no quedarás destrozada.
-Nunca quedaré destrozada-rió Corinne-.Pero Russell se las arreglará, demostrará que tiene agallas. Debe de estar haciendo una linda representación en este momen to... -dijo, mirando hacia la puerta cerrada del estudio. Frunció el ceño-. La entrevista no debería prolongarse tanto.
-¿Por qué no esperas en la sala? -sugirió Lauren-. En este salón hay demasiada corriente de aire. -Puedes ir tú. Yo no podría quedarme quieta. Y quiero ver a Russell en el momento en que salga. Connie tocó la campanilla junto a la puerta de la sala y el mayordomo de los Barlows apareció instantáneamente desde el fondo de la casa.
-Brock, la señorita Ashburn tomará el té en la sala. -Bien, señorita Barrows -replicó el austero Brock-. ¿Y el señor Drayton? ¿Se quedará a comer después de la entrevista, señorita?
Corinne se puso tiesa. La enfurecía que el personal de servicio siempre estuviera enterado de todo. Aquella mañana ella había decidido que era un día apropiado para que Russell hiciera la petición, dado el buen estado de ánimo de su padre en los últimos tiempos.
-Ya le informaré, Brock -dijo tajante, despidiéndolo.
En aquel momento resonó el llamador de la puerta de entrada, sobresaltando a los tres. Brock se dirigió a contestar, pero Corinne lo detuvo, inquieta por cualquierr distracción. Abrió ella misma la puerta y se estremeció cuando el viento helado penetró en el vestíbulo, moldeando el vestido de muselina azul a su cuerpo.
Los penetrantes ojos verdes de un desconocido la enfrentaron. El hombre era pequeño y delgado, con brillante pelo rojo y unas largas patillas que se extendían bajo un sombrero de copa, que tenía buen cuidado de sujetar. Era un curioso hombrecito como un hurón, con una nariz picuda, y un ajustado traje de lana marrón.
-¿En qué puedo serle útil? Preguntó Corinne.

Ned Dougherty examinó a la preciosa muchacha rubia prestando atención a los deTalles, cosa habitual en su profesión. Su mente registró el pelo rubio oscuro, las cejas ligeramente arqueadas, los grandes ojos de un amarillo brillante, claro, verdoso, perfectamente colocados sobre la nariz respingona. Las largas pestañas acariciaban los altos pómulos. Los labios no eran muy gruesos. La piel suave, color marfil y el mentón delicadamente redondeado se unían hermosamente en la bella cara.
-¿En qué puedo serle útil? -repitió ella con cierta impaciencia.
Ned se aclaró la garganta. Aquella era una cara que no iba a olvidar. Y nadie podía ignorar el brillante pelo dorado con reflejos de cobre.
-¿Es ésta la residencia de Samuel Barrows? -Sí.
Los agudos ojos verdes de Ned siguieron examinando, percibiendo el esbelto cuello, los pechos altos y erguidos. El vestido moldeaba una cintura pequeña, y adivinó las caderas y largas piernas. Parecía tener casi un metro setenta, bastante altura para una mujer.
-Señor: si no dice usted rápidamente lo que desea, tendré que darle los buenos días. -Corinne empezaba a impacientarse.

-Disculpe, señorita. Busco a un Tal Samuel Barrows que, hace muchos, muchos años, visitó un grupo de islas en el Pacífico conocidas alguna vez como las islas Sándwich, y más recientemente como las Islas Hawai.
-Creo que se ha equivocado usted de dirección. -¿Está segura, señorita? Hace ya mucho tiempo, han pasado diecinueve años. Es improbable que estuviera usted al servicio del señor Barrows en ese tiempo, de modo que...
-Perdón -interrumpió con altanería Corinne-, el señor Barrows es mi padre.
-Disculpe usted otra vez, señorita Barrows--dijo Ned incómodo. La belleza de la muchacha lo perturbaba-. Sólo supuse que...
-Ya sé lo que usted supuso. Buenos días...

Ned Dougherty tendió la mano cuando ella empezaba a cerrar la puerta.
-¿Está usted segura de estar enterada de todos los viajes de su padre?
-Sí --exclamó ella, y dio un portazo enojada. Pero en ese momento un recuerdo distante flotó en su mente y con rapidez volvió a abrir la puerta.
-Espere -gritó al hombrecito que se alejaba. Sonrió compungida-. Le ruego que me disculpe, señor. Mi padre ha estado en las Islas Hawai. Me habló de eso cuando yo era niña. Lo había olvidado.
Los ojos de Ned Dougherty se encendieron. -¿Fue hace diecinueve años?
-Exactamente -reconoció ella-.Estaba allí cuando yo nací. ¿Quiere usted verlo?
-No, gracias, señorita Barrows. Tenga usted buenos días.
-¡Espere! No entiendo -gritó ella, pero él ya se alejaba por la calle.
-¡Bueno, qué pesado! -exclamó furiosa- ¡Qué hombre tan grosero!
Corinne cerró de golpe la puerta contra la tarde fría. Se volvió, suspiró y miró el vestíbulo vacío. Estudió los numerosos sofás y sillones tapizados contra las paredes, la gran lámpara no encendida que se usaba para las grandes reuniones, los espejos, los cuadros que se decía habían venido de Inglaterra con sus antepasados. Tanta riqueza... ¿para qué? Su padre mantenía bien apretados los cordones de la bolsa.
Corinne se dirigió hacia la puerta cerrada, harta de esperar. La puerta se abrió de pronto y Russell sé precipitó afuera. AL ver su rostro enojado, ella osó preguntar de mala gana:
-¿Ha dicho que no?
-Ha dicho que no --contestó Russell con los dientes apretados.
Corinne le agarró el brazo.
-No entiendo. ¿No le habías hablado antes del tema?
-Sí.
-¿Y lo enfrentaste? -Sí, Corinne, sí.
-¿Entonces por qué? -suplicó ella confundida. -Dijo que veía a través de mí -replicó Russell desanimado-. ¡Dios, si supiera!
-¿Si supiera qué? ¿En qué estás pensando?
-No importa, Corinne. Nos ha hecho seguir meses enteros. Nada puede hacerle creer que no soy el tonto sin carácter que me acusa de ser.
-¡Russell!
-Na,quiero hablar de eso ahora. Te veré más tarde en el club.
Salió de Ya casa sin decir más. Corinne permaneció atontada en el centro del vestíbulo. De verdad le gustaba Russell. Era de lejos el hombre más apuesto que había visto, aunque fuera demasiado delgado y tuviera una barba que irritaba su piel delicada. Pero Russell era flexible, se plegaba a sus deseos. Y se convenían. Él era bastante alto para la elevada estatura dé ella, y disfrutaban de las mismas cosas.

Especialmente disfrutaban de la única obsesión de Corinne: el juego. Aunque en verdad no estaba enterada de esto, Russell debía de ser rico para poder permitirse jugar casi todas las noches. Y la riqueza de él significaba que no tenía que preocuparse de que anduviera detrás del dinero que ella iba a recibir cuando se casara.
No era justo. El último año su padre había dejado de ser el hombre cariñoso y tolerante que ella siempre había adorado, para convertirse en un tirano obstinado. Le estaba trabando todos los movimientos.
El carácter de Corinne, siempre vivo, hervía de ultrajado furor. Se dirigió al escritorio de su padre, y le lanzó una mirada furibunda desde el otro lado del gran escritorio.
-¿Qué quieres hacer conmigo?-exigió en voz alta, sin importarle quién pudiera oírla.
-Vamos, Cori, tesoro -empezó Samuel Barrows con voz conciliadora-,sabía que iba a trastornarte, pero no hay motivo para que así sea.

-¡Que no hay motivo! -replicó ella-. ¿No hay motivo? -Empezó a pasear de arriba abajo ante el escritorio-. Cuando rechazaste a William pensé que quizás tenías un motivo. Más tarde, cuando rehusaste la petición de Charles, creí que eras cauteloso. Después de todo Charles era sólo vicepresidente de un banco, y aunque su familia es de buena cuna y moderadamente rica, no pueden compararse con nuestra familia ni con la fortuna que voy a heredar. -Lo enfrentó de nuevo-. Pero, ¿por qué has dicho que no a Russell?
-No es hombre para ti, Cori.
-¿Cómo puedes decir eso? ¡Es el hombre con quien quiero casarme! ¡Me has enseñado a buscar lo que quiero! -Debí enseñarte a comportarte mejor -replicó Samuel, bajando sus ojos pardos claros-. Te he dado demasiada libertad para ser una chica. En verdad tendrá que ser un hombre muy fuerte el que pueda controlarte.
Los ojos esmeralda chispearon.
-No quiero un hombre fuerte. He vivido toda mi vida con un hombre así... ¡tú! Nuestra baTalla de voluntades ha sido estimulante, pero quiero vivir en paz el resto de mi vida.
-¿Significa eso que quieres que todo sea como lo deseas, estés equivocada o no?
-Quiere ser dueña de mi vida. ¿Es eso pedir demasiado? -exigió ella.
Samuel enfrentó la fría mirada.
-Niña: has demostrado en el último año que todavía no eres bastante madura para tener ese control. Corinne iba a responder, pero rápidamente recordó que Russell le había dicho que su padre los había hecho seguir. De modo que él estaba enterado de que ella se dedicaba al juego. ¡Y ella se había tomado tanto trabajo para mantener la cosa en secreto, para que él no adivinara en qué gastaba su generosa mensualidad!
-Reconozco que a veces no juzgo bien, pero mejoraré con el tiempo -dijo Corinne de mala gana. -Ruego que ese momento llegue en los próximos dos años -replicó Samuel.

La ira de Corinne chispeó de nuevo.
-¿Piensas tenerme bajo tu control hasta entonces? ¿Quieres decir que no podré casarme hasta entonces? -¡No, caramba! -finalmente Samuel perdió la paciencia-.Estoy procurando salvarte de ti misma. Estás tan ansiosa por recibir tu dote que no te importa con quién vas a casarte. Por Dios, Corinne: ¿no puedes esperar dos años más? Entonces heredarás el dinero de tu abuela y podrás casarte con o sin mi consentimiento.

-Pero entonces no necesitaré casarme --exclamó ella, llena de frustración y salió precipitadamente del cuarto.
Samuel Barrows se reclinó en el sillón de terciopelo y suspiró. Nadie podía decir que aquella muchacha de cabeza calenturienta no fuera su hija: terca, decidida, impaciente, de carácter violento, era exactamente como él. Era una suerte que Daniel Stayton hubiera estipulado que su nieta no podía casarse sin el consentimiento de su padre hasta que cumpliera veintiún años. La abuela había supuesto que Corinne estaría bastante madura entonces como para tomar sus propias decisiones. Samuel se preguntaba si esto sería así.
Reconoció que era culpa de él. Había dado independencia a su única hija a una edad muy temprana. Le había dado libertad para que se desarrollara, y no la había restringido por ser mujer. Con frecuencia su familia le había prevenido que lamentaría algún día Tal decisión, y ahora lo lamentaba.
Lo mejor que podía hacer por su hija era elegirle un marido mientras estuviera bajo su control. El se encargaría de casarla con un hombre fuerte, no un monigote deshuesado que la dejara continuar con sus locuras. Pero, ¿dónde encontrar un hombre con voluntad más fuerte que la de Corinne en los próximos dos años?

2

En la mitad de la vuelta al mundo, en el océano Pacífico, yace el grupo de islas recientemente llamadas Hawai. La conmovedora belleza de estas islas -que algunos historiadores consideran el lugar del Jardín del Edén- pone la mente de los visitantes en un estado de calma, de paz y de vida deliciosamente fácil. Desde que el capitán Cook descubrió las islas, muchos visitantes se han hecho residentes permanentes, al no querer abandonar los brillantes colores, las plantas y pájaros exóticos y el delicioso océano para volver a patrias menos hospiTalarias.
Debido a la gran cantidad de colonos extranjeros, no todo era pacífico en Hawai en 1891. Los nativos hawainos habían perdido a su rey muy amado, llamado con frecuencia el Monarca de Iolana en Hononolú. El palacio, primera residencia real en el mundo con retretes a agua comente e iluminado toTalmente por electricidad, iba a ser pronto escenario de una confrontación entre los monárquicos leales y los colonos extranjeros. En abril de 1891 era la naturaleza dichosa y feliz de los nativos hawaianos la que mantenía la paz en Oahu.
Jared Burkett, de veintisiete años, había nacido en Oahu. Tenía sangre mezclada de europeo y hawaiano.

Y aunque sus amigos hawaianos confiaban en él y lo querían y sus amigos europeos respetaban el orgullo que sentía por Hawai, no se podía decir que Jared poseyera la naturaleza amable de sus antepasados hawaianos, Jared no era un hombre fácil. Su mayor debilidad era su hermana menor, Malia.
Treinta y un años antes, el padre de Jared, Rodney, y el hermano de Rodney, Edmond, habían pasado tres años construyendo su vivienda de la ciudad aquí en Oahu, la isla con mayor número de colonos extranjeros y que se vanagloriaba del mayor tráfico comercial. Tras construir la casa, Rodney decidió casarse. El matrimonio causó una ruptura permanente en la relación con su hermano. Edmond se opuso con violencia a Ranelle. Aunque era norteamericana y se había criado a la norteamericana, tenía antepasados hawaianos. Edmond sintió que su hermano iba

a casarse con una mujer de color. Incluso la visión diaria de los hawaianos no logró hacerle cambiar su dura actitud.
Edmond rechazó todos los derechos sobre la nueva casa que había ayudado a construir y se trasladó a la ciudad, más cerca de las oficinas de la compañía de préstamos donde los hermanos se habían iniciado. A causa del desacuerdo, Rodney dejó la dirección de la compañía a Edmond, y se concentró en otros intereses, principalmente en tierras.
En su gran mayoría no se permitía a los extranjeros comprar tierras en Hawai. Pero debido a Ranelle y sus lejanos parientes hawaianos, Rodney pudo comprar terrenos en la ribera norte de Oahu. Aquí inició una pequeña plantación de azúcar, que no podía compararse con las grandes plantaciones, pero lo bastante grande como para unirse a la industria mayor de la isla.
Con los beneficios del azúcar y la compañía de préstamos, Rodney inició un negocio de carpintería. Se ocupó primero de reparaciones de barcos y después incluyó la construcción de casas. Hizo una pequeña fortuna. De todos modos la perdió en 1872, cuando los negocios y los intereses agrícolas cayeron. La plantación de azúcar perdió dinero, y finalmente fue abandonada. Solo la compañía de préstamos subsistió en aquellos años sombríos. Durante este tiempo el matrimonio de Rodney se deterioró. La incurable melancolía de su mujer tuvo efecto sobre sus negocios. Cuando Ranelle murió, Rodney tardó mucho en recobrarse y volver a poner en marcha el negocio.
Cuando Rodney Burkett murió en un accidente náutico, dejando todo lo que poseía a sus dos hijos, su fortuna había mejorado.
Su único hijo, Jared, pronto ocupó la casa de la calle Beretania. La zona era ahora parte de Hononolú, ya que la ciudad había alcanzado hacía años este punto. La her mana de Jared, Malia, diez años menor, vivía casi todo el año en la casa junto a la playa, en la ribera norte de la isla, en el lugar que había sido en un tiempo plantación de azúcar.
Jared Burkett demostró a todos y a cada uno que era capaz de ocupar el lugar de su padre. Rodney Burkett había tenido un hijo del cual podía enorgullecerse. Jared era un hombre que nunca iba a sucumbir ante un problema, por difícil que fuera. La comunidad respetaba a Jared, y le temía un poco. Nunca se echaba atrás en una pelea.
Ante la comunidad norteamericana, Jared defendía su herencia hawaiana, porque se enorgullecía de ella. Entre los hawaianos era digno de ser llamado amigo.
Después de la muerte de su madre se había vuelto taciturno y malhumorado. Y este estado de ánimo no cambió nunca más. La amargura creció en Jared, se convirtió en un enconado odio. Este odio había roído por dieciséis años al joven Jared, desde el día de la muerte de su madre. Y hoy, largo tiempo después de aquella muerte, la solución para purgarse de aquel odio de una vez por todas había llegado a Jared en forma de una carta.
Y ahora, mientras se dirigía a la Compañía de Ahorro y Préstamo de su tío, Jared leyó la carta seguramente por décima vez.
Estimado señor Burkett
Es para mí un placer poder darle buenas noticias escaso tiempo después de haber recibido su carta Me contratró usted para que diera con un Tal Samuel Barrows, que hace diecinueve apios visitó su lejana isla, y lo he hecho. Siguiendo sus instrucciones inicié la pesquisa en la ciudad de Boston, - no tuve dificultad en dar con el hombre, ya que es un miembro respetado O prominente de la sociedad de Boston. Vive en la calle Beacon, en el exclusivo barrio residencial de la zona de

Back Bay de esta ciudad. Su riqueza proviene de muchas fuentes. Su empresa más conocida es una firma de construcción de barcos, una de las mayores en el Estado de Massachusetts.
No me cabe duda de que se trata del Samuel Barrows que usted quería localizar. Si puedo volver a serle útil, estamos a su disposición.
A sus órdenes,
Ned Dougherty.

Jared metió la carta en el bolsillo de su traje tropical blanco cuando el coche se detuvo en la calle Fort. Miró el antiguo edificio rosado de dos pisos, que por cierto nece sitaba pintura. Pero no estaba en peores condiciones que las otras casas que se alineaban en esta calle de la parte vieja de la ciudad.
La oficina de Edmond Burkett estaba en el segundo piso, y Jared subió lentamente las escaleras, temeroso del encuentro que lo esperaba. En realidad no había mucho amor entre tío y sobrino. Porque, dentro de lo que Jared podía recordar, su tío había sido un desconocido para la familia. Jared había cumplido siete años cuando conoció a Edmond Burkett, aunque vivían a menos de una milla de distancia. Pero sabía el motivo por el cual Edmond no quería asociarse con sus parientes en la isla: era por la madre de Jared.
Edmond no había podido adaptarse a las nacionalidades mezcladas de las islas. Hombre de agrios prejuicios, nunca había perdonado a Rodney que se casara con una mujer de sangre hawaiana, por escasa que fuera la que había en ella. Y el desagrado que le inspiraba Ranelle se extendía a los hijos de ella, y en especial a Jared, debido al orgullo que el muchacho sentía por su ascendencia. Aunque Rodney y Edmond se reconciliaron después de la muerte de Ranelle, Edmond siguió sin querer tener nada que ver con sus sobrinos. Jared y Malia devolvían a Edmond su animosidad.
Pero ahora, de todos modos, Jared era socio de Edmond en la compañía de préstamos, y estaba obligado a verse con él. Cada uno hacía un esfuerzo para mostrar buena cara. De hecho Jared sentía a veces un placer especial en mostrarse muy amable, sabiendo que esto crispaba a su zafio tío.
La secretaria de la oficina exterior de Edmond sonrió ampliamente cuando entró Jared. Jane Dearing era una mujer joven y soltera, recién llegada de Nueva York. Tenía un especial interés en Jared Burkett. La belleza recia y morena de Jared trastornaba muchas cabezas. Sus ojos de color gris azulado contrastaban notablemente con su pelo negro. Jared era muy alto, un metro ochenta y cinco, con un cuerpo firme y atlético. Jane estaba envidiosa de Dayna Callan, la mujer a la que él escoltaba con mas frecuencia en la ciudad. Y lo mismo les pasaba a otras mujeres. Dayna y Jared pan amigos desde la infancia, y se suponía que iban a casarse algún día. Pero las mujeres de la ciudad se negaban a renunciar a Jared. Y lo mismo le pasaba a Jane Dearing.
-Señor Burkett -los ojos azules de Jane chispearon-, es un placer verlo.
Su interés era obvio y Jared sonrió incómodo. -¿Está mi tío, señorita Dearing?
-Sí, pero en este momento está con el señor Carlstead. El pobre hombre vino a verlo para pedir una extensión del préstamo. Creo que su cosecha de tabaco no ha sido muy buena este año.
Jared frunció el ceño. Lloyd Carlstead era un buen tipo, un sueco con una gran familia de niños y una esposa gorda y bondadosa. La pequeña granja apenas alcan zaba para mantenerlos, pero estaba situada en terrenos de primera cerca de la

ciudad, unos terrenos que Jared sabía que interesaban a su tío. Edmond probablemente iba a rehusar.

Era sabido que los Burkett no estaban muy de acuerdo acerca de cómo dirigir la compañía, aunque Jared había delegado la responsabilidad de la dirección en Edmond, ya que sus intereses estaban en otra parte. Y de nada servía discutir por el individuo a quien Edmond enviaba a la bancarrota, porque él siempre terminaba la discusión diciendo: «Dedica todo tu tiempo a la compañía, o véndeme tu parte y sométete a mis decisiones.»
Pronto Lloyd Carlstead emergió del despacho de Edmond, con los puños apretados, la cara como una remolacha. Pasó junto a Jared sin verlo siquiera, y corrió esca leras abajo hacia la calle. El pobre hombre estaba probablemente arruinado, y todo porque había tenido la poca cabeza de ir a pedir un préstamo a Edmond.
Pero Jared no estaba hoy para lidiar baTallas por otro. Necesitaba la cooperación de su tío, y quizás algo de su dinero, aunque no iba a pedírselo. Deseó de todo corazón que Lloyd Carlstead encontrara ayuda en otra parte.
-Pasaré, señorita Dearing -dijo Jared con ligereza-. No es necesario que me anuncie.
-Naturalmente, señor Burkett. Estoy segura de que su tío quedará encantado de verlo.
Jared sonrió al oír esto. En verdad la señorita Dearing se afanaba demasiado. Tendría que invitarla a comer alguna noche, y hacerle sentir hasta qué punto era impo sible que ella llegara a gustarle. Entonces ella le daría la espalda y huiría. Sería lo mejor.
Jared avanzó como al descuido hacia la fresca oficina de su tío y cerró la puerta. Con ventanales abiertos a ambos lados de la amplia habitación y ventiladores giran do continuamente sobre las cabezas, era ciertamente un cuarto agradable. A Edmond le gustaba desplegar su riqueza, y lo hacía en su oficina. Sorprendentemente los muebles tapizados en felpa y las tupidas alfombras no quita-ban la impresión de frescura.
-¿Cómo andan los negocios, tío? -empezó Jared. La estúpida sonrisa de complacencia en sí mismo de Edmond fue la respuesta.
-Bien, bien. Y me he enterado de que a ti tampoco te va mal --dijo Edmond expansivamente, indicando a Jared uno de los asientos frente a su escritorio-. El contrato que lograste para ese nuevo hotel en Waikiki... bueno, ha sido un buen acuerdo. Siempre alenté a Rodney a construir hoteles, pero él no estuvo a la altura, y prefirió seguir con casas y tiendas pequeñas. De ese modo no podemos lograr que se recuerde nuestro nombre.
-No ha sido exactamente por eso por lo que busqué el trabajo del hotel -replicó Jared, y sus ojos de color gris azulado fueron inescrutables-..Representaba mucho trabajo para mis hombres por un largo periodo.
-Naturalmente. Se vuelven perezosos si uno no los tiene ocupados.
-No -dijo Jared fríamente-. Ese no es mi problema.
-Entonces tienes más suerte que la mayoría -y Edmond rió burlón.
Jared no estaba allí para discutir. Su tío estaba firme en la convicción de que todos los hawaianos eran perezosos, que no servían para nada. Era ridículo, pero no se le podía decir nada.
-¿Qué te trae por aquí, Jared? -preguntó Edmond-. ¿Algo importante?

El hombre de más edad se recostó en su asiento. El parecido entre Edmond y su padre siempre había sorprendido a Jared. Edmond tenía ahora cuarenta y siete años, ajos azul oscuro y pelo castaño arenoso, sin rastros de canas. Medía un metro ochenta.
-Me voy de vacaciones, tío -dijo Jared suavemente-. Creí que te gustaría saberlo.
-No es nada nuevo --dijo Edmond suavemente-. -Siempre te vas a la playa todas los años en los meses más cálidos, como hacía tu padre. Pero no te lo reprocho. Si yo tuviera terrenos allí, haría lo mismo. Hace mucho calor huí en junio y julio.
-Serás bienvenido por Malia en la casa de las afuéras, tío, si esto te resulta demasiado caluroso. Pero no yo iré allí. Voy al continente.
El interés de Edmond se despertó.

-¿A Estados Unidos? Bueno, eso es otra cosa. Pero es raro, cuando se te congelaban los nudillos en el colegio, allá en el continente, juraste nunca volver allí.
Jared hizo una mueva al recordar aquellos inviernos. Nunca se acostumbró al frío.
-Allá también será verano, de modo que no estará tan mal.
-He estado pensando en ir yo mismo allá -reflexión Edmond-. Caramba, hace quince años que no he salido de esta roca, y fue solo un viaje a la isla grande para inspeccionar una propiedad que me ofrecían. Si pudiera encontrar un ayudante lo bastante competente como para reemplazarme, yo también podría tomarme unas vacaciones, pero por ahora parece imposible. Colby, el hombre que tengo ahora, está a punto de ser despedido.
Jared no quería hablar sobre los problemas de la compañía. Si su tío supiera hasta qué punto era difícil trabajar con él, entendería por qué había tenido que despedir a tantos ayudantes.
-Lo cierto, tío, es que mi viaje no será únicamente de placer. He pensado largo tiempo en invertir algún dinero en empresas en el continente. Allí tienen mucho más que ofrecer para inversiones serias. Hierro, madera, acero, grandes bancos y mayores astilleros de los que tenemos aquí, entre otras cosas.
-Pero no podrás vigilar el dinero que pongas allí -señaló Edmond.
-Es verdad concedió Jared-. Pero no será necesario si invierto en una empresa establecida. Podré quedarme aquí tranquilo a disfrutar de los beneficios.
Los ojos azules de Edmond brillaron al oír hablar de beneficios.
-¿A qué parte de Estados Unidos piensas ir? -Ala costa este... Nueva York o Boston. -Buena elección-replicó Edmond pensativo, tamborileando ligeramente en el escritorio con el dedo-. ¿Y qué cantidad piensas llevar contigo cuando vayas? Jared esperó un segundo antes de contestar. -Quinientos mil.
Edmond se incorporó, casi sofocado.
-¡Dios me valga, hombre! ¡Es casi todo el dinero que tienes!
-Lo sé --dijo Jared con una leve mueca. -¿No te alcanzaría con la mitad?
-No voy a perder dinero , tío--dijo Jared con seguridad-. Voy a ganarlo.
-Pero de todos modos... Jared tendió la mano.
-Si no crees que es conveniente para mí poner todo el capiTal, aunque obtenga amplias ganancias en un año, ¿por qué no inviertes tú un poco? ¿Digamos... unos cien mil? Es seguro, porque yo los garantizaré.
Edmond llegó a una rápida decisión.
-Si lo garantizas, te daré la mitad. Pero deberás dejar aquí la misma cantidad para cubrir.
-Está bien --cedió Jared, sonriendo para sí.

Era más de lo que había esperado. Y ahora, si perdía todo el dinero en lo que planeaba hacer, no quedaría arruinado y tendría un año o más para pagar a su tío. Sabía que Edmond lo ayudaba por avidez, pero, de todos modos, ayudaba. ¡Si supiera lo que estaba ayudando a hacer! -¿Cuándo necesitarás el dinero?
-Parto dentro de cinco días, el domingo. -¿Tan pronto?
-Tengo todo en orden, tío. Sólo me queda por hacer un rápido viaje a Sunset Beach para despedirme de Malia. Jared mostró una mueca traviesa.- No la perderás de vista cuando yo no esté, ¿verdad?
Los ojos de Edmond se dilataron levemente. -Ella estará con todos esos viejos parientes tuyos. No me parece que yo vaya a meterme por ese lado... -Bueno, sabes que a ella le gusta venir a la ciudad para la temporada de invierno. Hay demasiadas tormentas fuertes en la ribera norte en esa época del año. Edmond pareció agitado.
-Escucha, Jared: las tormentas no llegan hasta octubre o noviembre. ¿Cuánto tiempo piensas estar en el continente?
-No puedo decirlo con certeza. Tres meses, cuatro... pero nunca se sabe. Posiblemente seis. No querrás que me precipite rápidamente en algo, ¿verdad? Se necesita tiempo para investigar y asegurarse de que el dinero esté a salvo.
Edmond suspiró, Jared sabía perfectamente que él no quería ser responsable de Malia. La hermanita era bastante fastidiosa a veces, y necesitaba ser vigilada de cerca ahora que casi tenía dieciocho años.
Jared sonrió para sí. Nunca confiaría su hermana a Edmond, pero le divertía hacer que su tío se creyera responsable de la muchacha. Naturalmente, ella estaría real mente bajo la protección de Leonaka Naihe. Pero, ¿para qué dejar que su tío se escabullera del anzuelo diciéndoselo? Jared disfrutaba al ver la consternación en la cara de su tío.

3

Naneki Kapuakele oyó el coche que penetraba desde la calle Beretania hacia el sendero, y corrió al frente de la casa para espiar por la ventana. Era solo media tarde, demasiado temprano para que Jared volviera a casa, y sin embargo allí estaba, saliendo del coche y avanzando por el sendero bordeado de flores.
Al ver a Jared, Naneki recordaba a su marido muerto, Peni... Alto y semejante a un dios, con el porte de un antiguo guerrero. Peni Kapuakele hubiera sido un gran jefe de haber vivido en tiempos antiguos. Hubiera estado junta Al rey Kamahamaha, ayudando a unificar las islas. Peni estaba muerto. "Ua hele i ke ada-maaweike". Se había ido por el camino estrecho y apartado. Y Jared estaba vivo. Tan parecido a Peni, tan orgulloso, tan arrogante, tan poderoso, No importaba que no fuera un hawaiano pero, como lo había sído Pení, que tuviera sólo una gota de sangre hawaiana en él. Ella misma era haga-haole, mitad blanca, mitad hawaiana. El corazón de Jared era hawaiano, Al igual que su fuerza. Y él era de ella, reemplazaba a su perdido Peni.
Naneki se pasó la mano por el tupido pelo negro y estiró su muumuu, con flores rosadas y blancas. Hubiera deseado llevar sólo un simple sarong, que se pegara a sus piernas y revelara su longitud y gracia. Esto era io único que pensaba usar cuando estuviera en el campo con Malia. Pero aquí en la ciudad, Jared no la dejaba vestirse tan sumariamente, debido a las muchas visitas que venían a la casa de la calle Beretania.

Cuando Jared abrió la puerta, Naneki estaba Allí para recibirlo. Era una muchacha Alta, de gracia gentil. Sólo tenía que levantar la mirada unas pulgadas para encontrar los ojos de él.
-Hola, Flor de Pasión.
Naneki sonrió: era asi como la llamaba Jared cuando estaban solos y él se encontraba de buen ánimo. Pero esto no sucedía con frecuencia, porque el joven tenía muchas preocupaciones.
-Has vuelto temprano, Ialeka -lo llamaba por sus nombre hawaiano, como la mayoría de sus amigos locales.
-Así es. -Pasó a la gran sala y arrojó el sombrero de Ala ancha en una silla cercana.- ¿Quieres prepararme un ponche de ron?
Ella vaciló, con la curiosidad despierta. -¿Por qué has vuelto tan temprano?
El se sentó en el extremo del sofá marrón y dorado y se echó hacia atrás, con las manos en la nuca. -Primero el ponche.
Naneki se encogió de hombros como si no le importara, después salió corriendo del cuarto y volvió un minuto más tarde con un vaso targo de ponche helado. Se dirigió a un bar contra la pared del fondo y añadió una bue cantidad de ron, después se lo tendió a Jared. El bebió la mitad, dejó el vaso, y atrajo a Naneki sobre sus rodillas. Ella sonrió y apretó la cara contra el cuello de besándolo suavemente.
-¿Entonces viniste a casa para esto? ¿Te gusta hacer el amor?
Jared suspiró satisfecho y acarició un redondo pecho bajo el delgado Algodón del muumuu. Iba a echar de menos a Naneki. Era la querida perfecta, sin exigencias, siempre presente cuando la necesitaba. Nunca se quejaba, excepto cuando él la dejaba en el campo con su hermana.
Era la hija adoptiva de su cocinera, ama de llaves y parienta lejana Akela Kamanu, la gran mujer hawaiana que había criado a Malia desde su nacimiento. También quien había criado a Naneki había sido un hoole, un hombre blanco. Naneki era la mejor amiga de Malia, ya que sólo le llevaba un año y había crecido en la misma casa, pero tambien servía a la familia Burkett.
El no la hubiera tocado de no haber sido una viuda. Se había casado joven, y el matrimonio solo había durado durante tres meses. Tenía una hija de ese matrimonio, y la pequeña Noelani necesitaba un padre. Jared tenía que ocuparse de encontrarle a Naneki otro marido bien pronto. Era egoísmo guardarla para él.
Había pensado en casarse con ella y educar a Noelani como si fuera su hija. La chiquita, de dos años, ya lo llamaba papá. Pero Naneki había amado demasiado a Peni Kapuakele. Peni siempre iba a estar presente, aunque estuviera muerto. Y Jared nunca iba a casarse con una mujer que hubiera tenido un primer amor. Sabía el daño que esto hacia Al matrimonio. Sabía lo que había hecho al amor de sus padres.
Jared besó con ternura los labios de Naneki, después con más decisión. Se levantó con ella en brazos y la llevó hasta arriba, hasta su cuarto. Allí la depositó sobre la cama y ella se quitó su largo muumuu floreado, su único vestido, por la cabeza, y lo arrojó sobre el respAldo de madera. Se tendió y se alargó invitante, los gruesos labios entreabiertos.
Jared rápidamente se libró de sus propias ropas y se metio en el estrecho lecho. Mientras sus labios volvian a reclamar los de ella, pasó la mano por la suave carne morena que conocía tan bien, por los llenos y grandes pechos, hasta la estrecha cintura. Su cuerpo era tan firme, habia juegueteado tantos años en el océano, que él no debía preocuparse de lastimarla con sus fuertes manos. Era una pareja para él.

Y ella le daba ahora la bienvenida, abriendo las piernas para que él pudiera sumergirse en ella.

Recibió con facilidad la larga verga de él. Jared se contuvo hasta que ella alcanzó el placer, antes que él. Cuando se sintió agotado, se desplomó sobre ella, descansando la cabeza en su hombro.
-Necesitas un baño ahora -dijo ella suavemente mientras recorría con los dedos la sudorosa espalda de él. Jared se limitó a gruñir y se dio la vuelta para dejarla libre. El cuarto era intolerablemente caliente. El sol de la tarde ardía por la ventana abierta, y había escasa brisa. Debía haberla llevado a alguno de los cuartos vacíos del otro lado de la casa, uno que recibiera el sol por la mañana y estuviera fresco por la tarde.
Naneki nunca le había preguntado por qué no la llevaba a su propio cuarto, que quedaba frente al de ella. Y él se Alegraba de no tener que defender Allí su deseo de soledad toTal. No quería tener que pedir a una mujer que salierá de su cama después de haber hecho el amor con ella, y su deseo de soledad pronto lo obligaría a pedir esto. Era mucho más fácil para él irse después de hacer el amor.
Cuando Naneki salió para preparar el baño, Jared se preguntó si su deseo de soledad tendría Algo que ver con aquellos terribles sueños que con frecuencia lo hacían gritar por la noche. Era probable. No quería compartir con nadie aquellos vivos recuerdos.
Sospechaba que las mujeres que había conocido no' lo consideraban un amante serio. Iba a ellas sólo cuando las necesitaba, y nunca se ligaba a ninguna mujer. Era cuidadoso en la elección, no tenía nunca nada que ver con vírgenes, y se mantenía Alejado de los burdeles por motivo de sAlud. Prefería a las viudas, después a las promiscuas hijas de conocidos, que sólo pedían lo que él les daba. Nada enfurecía más a Jared que una broma, y nada le daba mas placer que mostrar a Alguna mujer que no se podía jugar con Jared Burkett. Se consideraba afortunado porque nin-. guna tenía derecho sobre él. Sabía lo que el amor podía hacer a un hombre, cuán destructivo podía ser.
Probablemente se casaría algún día con Dayn Callan. Nunca habían hablado de esto, pero Jared suponí que ella lo esperaba. Ahora eran amigos, no amantes,
esperaba encontrar alguna mujer más apasionada de lo que parecía ser Dayna. A los veinticinco años era preciosa, tranquila, apagada. Nunda habia estado enamorada. Jared estaba seguro de esto y por eso pensaba tomar a Dayna por esposa.
Leonaka, Jared y Dayna habían estado constantemente juntos cuando eran niños y crecieron así en la ribera norte. Los dos amigos siempre sabían sacar a Jared de sus sombrios estados de ánimo. Pero casarse con Dayna. .. se decidiría Algún día? Sería como casarse con una santa, y no estaba muy seguro de poder soportarlo. Nunca la había besado si no era amistosamente. ¿Cómo podría a hacerle el amor? Aunque probablemente ella era los que él necesitaba. Con Dayna no habría lucha en su vida, fuera de la que él se buscara.
Naneki volvió Al cuarto.
--El agua está lista, gran patrón.
Ella seguía con ánimo juguetón y él preguntó entonces:
¿Quieres acompañarme?
Ella asintió y empezó a tirarlo de la cama, pero lo soltó antes de que él se incorporara del todo.

-¿Por qué otra cosa has vuelto tan temprano a casa, Ialeka? Nunca te he visto antes a esta hora, a menos que estemos en la casa de la playa.
Jared se levantó y le dio unas pAlmaditas en las nalgas.
Después de bañarnos tenemos que hacer el equipaje.
La cara de ella se iluminó. -¿Vamos a casa?
-Tú irás. Fuiste a Hononolú para hacer Algunas compras y te quedaste tres meses. ¿Cómo explicarás esto al volver a casa?
-Akela sabe. Está contenta de que yo me ocupe de ti.
Jared gruñó. Malia no lo sabe.
-Malia es mi amiga. Ella no pensará mal de mí -dijo Naneki, con una leve mueca.
-Cuidado, no quiero que ella lo sepa. -Jared frunció el ceño.- ¿Entiendes, Naneki?
Ella asintió, pero volvió a prevenirlo.
-Mimas demasiado a Malia. No la dejas crecer. - Y cuando los ojos de Jared se volvieron de un gris acerado, añadió con rapidez:- Pero entiendo. Ven.
El estado de ánimo de Jared había cambiado... -Ya no tenemos tiempo para jugar, Naneki. Saldremos temprano por la mañana. Tengo que volver Hononlulú el viernes. Salgo el domingo para el continente.
-¿Como cuando fuieste al colegio?
-No, esta vez es por negocios.
-¿Por cuánto tiempo? Echarás de menos los meses de verano en Sunset...
-Sí. Pero procuraré estar de vuelta para Navidad. Naneki intentó ocultar su desilusión.
-Es mucho tiempo.
Jared se acercó y la besó levemente.
-Cuando yo no esté tendrás que empezar a busca un nuevo marido. Noelani necesita un padre.
Ella hizo una mueca.
-¿Cuándo te casarás tú? No te imagino corriendo por llegar a la iglesia.
-Uno de estos días lo haré.
-Con la señorita Callan. Me gusta. No me molesta compartirte con ella.
Jared suspiró exasperado y la arrastró consigo al baño.
-Recuerda lo que te he dicho. Empieza a buscar marido.

4

La oficina de Ned Dougherty quedaba en la parte sur Boston. No podía decirse que fuera exactamente una oficina: era un simple cuartito encima de una taberna. Habia un escritorio abarrotado, dos sillas y los armarios apelotonados en el pequeño espacio. Cuando Jared se sentó frente al pelirrojo, empezó a dudar de la importancia de haber ido Allí. Fuera lo que fuese lo que había esperado encontrar seguramente no era esto.
La mirada apreciativa de Ned percibió el costoso traje Jared, su aura de fuerza y miró con cierta rudeza los penetrantes ojos gris azulado. Este era un hombre que conseguía lo que quería, y Ned esperaba aprovecharse de cualquierr cosa que quisiera.
-Debo decirle sinceramente, señor Burkett, que no creía volver a tener noticias suyas. Y por cierto no esperaba conocerlo. Debe de tener usted un asunto muy importante entre manos para haber venido desde Hawai.

Jared decidió ser sincero. Si este hombre podía realizar lo que él quería, no le molestaba pagarle un precio desorbitante.
-Lo que planeo hacer en Boston es muy importante para mi -dijo Jared, mirando Alrededor de la oficina-.

Pero no estoy seguro de que pueda usted serme útil, señor Dougherty.
-No se deje engañar por el tamaño y la ubicación de mi oficina -replicó Ned a la defensiva-. Las firmas más importantes de investigación tienen mayores gastos y cobran más a sus clientes. Pero yo tengo más clientes. -¿Trabaja usted solo?
-Tengo ayuda cuando la necesito. -Ned se hechó hacia atrás y sonrió.- Veo por su expresión preocupada que tiene usted dudas acerca de mí. Le aseguro que nun ca he desilusionado a un cliente. Esté investigando en una empresa, buscando una persona desaparecida o siguiendo a una esposa infiel, obtengo siempre resultados. Incluso he ayudado a solucionar Algunos crímenes.
Jared no quedó impresionado.
-Necesito no solo información, señor Dougherty, sino también publicidad.
-Tengo un primo y Algunos amigos que trabajan para los periódicos.
-Necesito ser bien conocido en esta ciudad en un tiempo muy breve... más o menos un mes.
-No es problema, señor Burkett.
-Bien. entonces me arriesgaré con usted, señor Dougherty. Pero no me gustaría fracasar.
La provocación era obvia y Ned sintió que un ligero estremecimiento recorría su espalda. Se encogió de hombros, en rechazo.
-Me interesa saber cómo dio usted conmigo, señor Burkett. ¿Ha estado usted antes en Boston?
Jared empezó a relajarse.
-No. Me dio su nombre un amigo de colegio de Estados Unidos. Contó en el colegio una historia divertida diciendo que su abuelo lo había contratado a usted para: que siguiera a su abuela, de setenta y dos años, de quien sospechaba que tenía una aventura amorosa.
Ned rió Aliviando su tensión.
-Me acuerdo muy bien del viejo. Fue el caso más ridículo que me ha tocado en suerte.
-Me doy cuenta. Pero nunca olvidé su nombre -reconoció Jared-.Incluso entonces supe que iba a necesitarlo.
-Bueno, entonces, señor Burkett, estoy seguro que hará usted lo que desea hacer, si me dice de qué se trata. Los ojos de Jared mantenían un frío brillo acerado. -- Quiero información sobre Samuel Barrows, especialmente acerca de sus intereses comerciales, la extensión de su riqueza y las reservas de que dispone. Quiero saber todo acerca de ese hombre, sus socios, su familia. Quiero conocer sus futuros planes, cómo trabaja, sus debilidades, sus costumbres.
Ned asintió.
-Probablemente necesitaré dos semanas para conseguir lo que usted busca. Como recoger informacíón es cosa de rutina, no preveo ningún problema.
-Perfecto. Ahora, la publicidad. Debe empezar en seguida. Como le he dicho, quiero ser bien conocido en la ciudad. Quiero que se hable de mí en los más Altos círculos financieros, especialmente en el círculo de Samuel Barrows.

El pequeño detective recogió un cuaderno de notas, una estilográfica y se inclinó sobre el escritorio. -Entonces necesito conocer datos acerca de usted. Jared hizo una mueca.
Jared Burk, millonario de la Costa Oeste, que viese a invertir dinero. Es todo lo que debe usted saber. -No entiendo.
Jared se levantó de la silla.
-No tiene que entender. El nombre y los hechos que debo de darle son falsos. No quiero que se conozca mi verdadera identidad. Pero pienso invertir algún dinero si las circunstancias son adecuadas. Podría usted recomendarrme un buen abogado.
La curiosidad de Ned se despertó.
-¿Quiere ser, por lo tanto, un hombre misterioso? -Exactamente.
-Muy bien. -Ned salió de detrás del escritorio y tendió la mano-. Dentro de unos días le daré el nombre del abogado. ¿Dónde puedo dar con usted?
-Me he registrado esta mañana en el Plaza como Jared Burk.
El regreso al hotel fue agradable. Jared hizo que el cochero diera primero una breve vuelta por la ciudad. La temperatura era cortante y fresca en aquella temprana mañana de junio, cálida para los bostonianos, fría comparada con Hawai. Jared esperaba no tener que demorarse aquí mucho, especialmente durante los meses fríos.
El coche entró en la zona de Back Bay. Cuando Jared vio el letrero de la calle Beacon, todo su cuerpo se puso rígido. ¿Cuál de aquellas Altas casas sería la de Samuel Barrows? Fuera cuAl fuera, pronto Jared sería invitado a ella. Iba a conocer a Samuel Barrows. Y después, de Alguna manera, como fuera, destrozaría Al hombre, lo arruinaría. Matar era demasiado rápido. Jared queria que viviera como un hombre arruinado, para que supiera lo que había pasado y por qué él se vengaba.
Jared recordaba la primera vez que había oído el nombre de Samuel Barrows en los labios de su madre. Entonces él tenía siete años. La vida era buena. Vivía junto al mar con su madre, mientras su padre atendía los negocios en Hononolú, a millas de distancia, y hacía frecuentes visitas a su familia.
Jared y Leonaka empezaban a conocer la responsabilidad, y se les permitía ayudar plantando caña de azúcar. Pero solían escapar rápidos a la playa para encontrarse con Dayna. La playa era su lugar de recreo, las tablas de surfing sus juguetes. Un día en que Jared escapó solo a la playa, encontró Allí a su madre, caminando tomada de la mano con un hombre Alto que no conocía. Aquella noche preguntó a su madre quién era el desconocido haole, y ella se lo dijo: Samuel Barrows, un viejo amigo de Boston, de donde ella provenía.
Una semana después vino su padre y por primera vez en su vida Jared oyó pelear a sus padres. Estaban en el patio cerrado detrás de la casa, y no sabían que Jared estaba en el corral, a unos metros de distancia.
-¿Quién diablos es ese hombre a quien John Pierce te vio besar? -había empezando Rodney Burkett.
-¿John?
-iSí, nuestro vecino! Se tomó el trabaja de ir hasta Hononolú para contarme lo que había visto... itú con otro hombre, comportándote de manera impropia en la playa!
-No tienes motivo para preocuparte -contestó Ranelle con voz tranquila-. No era más que Samuel Barrows y nos besamos al despedirnos.
-¿Barrows? ¿El hombre con quien ibas a casarte? ¿El hombre que se casó en cambio con una heredera, porque su familia necesitaba dinero?
-Sí, ya te he hablado de él.

-¿Y qué andaba haciendo por aqui, en nombre de Dios?
Hubo una larga pausa.
-Vino... por mí. Dice que todavía me ama.
Algo se quebró contra una pared, un vaso o un florero.
-¡Todavía te ama! ¿Y su rica mujer? ¿Acaso ha muerto convenientemente?
-Rodney, te he dicho que no hay motivo para excitarse-y Ranelle empezó a llorar-. Se ha ido ya, ha vuelto a Boston.
No has contestado mi pregunta, Ranelle. ¿El es ahora libre?
-No, aún está casado. Pero la dejaría si yo fuera libre, sin tomar en cuenta nada. El matrimonio no tiene hijos, y la familia de él ha vuelto a ser rica. Pero ignoraba que yo me había casado y que tenía un hijo.
Tranquilo, con voz desgarrada, Rodney preguntó: ¿Te pidió que me dejaras?
-¡Basta, Rodney! -suplicó Ranelle-. Esto no tiene sentido. Samuel se ha ido... no volverá más.
-¿De veras?
-Sí, quería que me fuera con él. Dijo que me llevara también a Jared. Pero como puedes ver, estoy aún . L.e dije que no... -Ranelle empezó a chillar, histérica ¡Ha venido con una demora de ocho años, ocho años!
Jared corrió entonces a la playa para huir del llanto de su madre. Nunca la había oído llorar antes y nunca había oída la voz de su padre con un tono tan enojado y dolorido. Ranelle Burkett no volvió a ser la misma desde entonces. Siempre había sido una madre tierna y cariñosa, que dedicaba la vida a su marido y a su hijo. Ahora estaba distante, reprimía su amor. Ya no sonreía ni reía. Empezó a beber mucho y frecuentemente lloraba con lágrima: silenciosas y desesperadas.
Durante dos años Jared vivió en estado de confusión No entendía por qué su madre ya no lo amaba. No entendía por qué sus padres peleaban todo el tiempo. Y después Ranelle esperaba un niño. Rodney quedó encantado Al principio, pero luego las cosas entre ellos empeoraron. Ranelle pasó de la melancolía a la amargura. No quería a la nueva criatura. Rodney se mantenía Alejado de la casa, porque las peleas no cesaban. Ahora Ranelle también peleaba cor Akela, que le aconsejaba no beber tanto. Jared estaba fuera de casa todo el tiempo posible.
Cuando nació Malia, Ranelle no quiso saber de ella Entregó la niñita a Akela, volvió a la bebida, y casi siempre estaba borracha. Jared finalmente entendió por qué su madre había cambiado. Seguía enamorada de Samuel Barrows. Había oído discusiones entre sus padres, y una. especialmente, explicaba mucho.
Sucedió una mañana temprano, poco después del nacimiento de Malia, antes de que Ranelle tuviera ocasiór de encontrar su ron. Jared estaba todavía en la cama, pero su cuarto era contiguo al de los padres, y sus fuertes voces lo despertaron.
-¡Por el amor de Dios, vete con él entonces! -gritaba Rodney-. ¡Ya no me sirves para nada, ya no sirves para ocuparte de tus hijos! ¡No has sido madre ni esposa desde que vino aquí ese hijo de puta de Barrows! Sí, me has dado otro hijo, pero sólo porque te forcé.
-Por favor, déjame sola, Rodney -replicó Ranelle-. No puedo evitar sentir lo que siento.
La voz de su padre estaba llena de dolor.
-¿Por qué, Ranelle? Dime por qué. Nuestros primeros ocho años fueron buenos. Eramos felices. ¿Cómo hemos podido ser tan felices si todavía lo amabas?
-Ya no pensaba en él. Creí que nunca habría una posibilidad para nosotros, ¿comprendes? Me obligué a olvidarlo. Debí haber esperado. El siempre pensó dejar a sú mujer al cabo de unos años, pero yo no lo sabía. Debía haber esperado.

-¿Me has amado Alguna vez, Ranelle?
-Oh, Rodney -Ranelle empezó a llorar-. Nunca he querido hacerte daño. Te quería. Pero Samuel fue mi primer amor, y no puedo dejar de amarlo.
-Entonces vete con él-dijo Rodney con voz entrecortada-. Te daré el divorcio.
Ranelle rió, pero no era un sonido feliz.
-Es demasiado tarde. Me escribió después de volver a Boston. Su querida esposa tuvo una criatura seis meses después de la partida de él. Ahora nunca la dejará.
-Ranelle, Ranelle, olvídalo. ¿No puedes hacerlo? Lo hiciste antes. Vuelve a hacerlo ahora.
-¿Cómo hacerlo ahora, cuando sé que él también me quiere? Lo demostró viniendo a buscarme. ¡Me ama y yo lo amo!
-Tienes que hacer Algo, Ranelle. No podemos seguir así. Yo ya no puedo trabajar. Y todo esto está afectando a Jared. Está ensimismado, se ha vuelto caprichoso. Tienes que dejar de beber y volver a portarte como una esposa y una madre.
-Déjame sola, Rodney. -Por favor, Ranelle... -Vete. No quiero hablar más.
Y hubo un silencio. Pero ahora Jared sabía por qué vida estaba trastornada.
Y cuando Malia tenia un año murió Ranelle Burkett. Era una noche tormentosa, la noche que todavía aparecia en las pesadillas de Jared. Su padre estaba en Honolulú, y Akela había llevado a Malia y a Naneki, que tenía dos años, a visitar por unos días a unos parientes en Kahuku. Jared, de once años, se había vuelto protector de su madre, y no la dejaba sola en la casa. Aquella noche estaban solos los dos.

Jared oyó que la puerta del patio que Llevaba a la playa se abría y se cerraba, y se levantó de la cama para ver si había vuelto Akela. Al no encontrar a nadie en la casa corrió Al cuarto de su madre, pero lo encontró vacío, con una media botella de ron sobre la cama.
Sintió pánico, porque su madre nunca dejaba la casa por la noche. Corrió y descendió a la playa, gritando «Madre» una y otra vez. No hubo respuesta. Perdió el tiem po buscando en la costa, antes de verla en el agua. Avanzaba, Alejándose de la tierra.
Ranelle Burkett no sabía nadar. En todos aquellos años con el océano tras de su casa, no había aprendido a nadar. Las olas eran fuertes debido a la cercanía de la tormenta y Jared se sumergió en olas de metro y medio para Alcanzarla, pero era como si la mano de Dios la Alejara. La noche sin luna era demasiado oscura. El no podía ver. Las lágrimas que cegaban sus ojos también lo molestaban. Estuvo toda la noche en el océano, mirando, esperando, rogando.
El Alba trajo la tormenta, y también luz suficiente para ver. Y Jared encontró a su madre, un kilómetro más lejos, tendida sobre la arena fría y húmeda. Estaba muerta.
Tardaron horas en encontrarlos: Jared estaba sentado en la arena mirando fijamente el mar, con la cabeza de su madre sobre las rodillas. No pudo ocultar la verdad de que ella se había suicidado, porque se sabía que ella no sabía nadar, que ni siquiera entraba en el agua, ni para chapotear.
Pasaron años antes de que Jared dejara de echarse La culpa por no haber podido salvarla. Finalmente, se dio cuenta de que ella hubiera vuelto a intentarlo. Ella quería morir. Y Samuel Barrows la había impulsado a la muerte. Viniendo a su vida cuando ya era demasiado tarde, la había empujado Al mar. El era responsable de su desdicha y de su muerte, y Jared se lo iba a cobrar.

5

La mansión de la calle Beacon estaba brillantemente iluminada y llena de flores recién cortadas del jardín de los Barrows. Doncellas con rígidos uniformes negros y delanTales blancos circulaban llevando bebidas entre los primeros invitados. Iba a ser una reunión formal, y los invitados se reunirían en el gran salón de recepción, hasta que se anunciara la comida.
Arriba, en el cuarto de Corinne, Florence trabajaba en el complicado peinado, mientras la prima de Corinne, lauren, caminaba nerviosa por el cuarto, los zapatos con pequeños tacones resonaban cuando iba de uno a otro lado. Era la segunda fiesta formal de Lauren, y estaba ansiosa por conocer la impresión que iba a producir.
-¿Estás segura de que este vestido me sienta bien? preguntó por tercera vez.
-El amarillo te sienta bien, prima. Después de todo, no conviene que uses nada oscuro a tu edad -dijo Corinne observando a Lauren a través del espejo.
-¡Pero tu vestido es tan audaz, Cori, con sólo esos breteles de lentejuelas para sujetarlo! ¡Y la seda rosa es tan bella! Mamá no me dejaría ponerme un vestido así. estoy segura de que parezco anticuada.

-¡Oh, deja de preocuparte! Recuerda que yo soy poco mayor que tú -dijo Corinne con impaciencia-. He olvidado cómo somos a los dieciséis años. Pero creo que de verdad serás la chica más bonita de la fiesta, de modo que no temas nada.
Lauren sonrió.
-Si tú no fueras, yo sería quizás la más bonita. -No seas tonta. Y el físico no lo es todo. Muchos hombres no me miran dos veces porque me consideran demasiado Alta para ellos. Las mujeres pequeñas y delicadas como tú hacen furor.
Lauren se ruborizó y cambió de tema.
-Me pregunto por qué el tío Samuel no dio esta fiesta el 4 de julio, hace unos días. ¿Y por qué no nos previno antes?
-No lo sé y no me importa -Corinne sonrió. Una fiesta es una fiesta.
-Eso imagino. ¡Pero ésta fue planeada con tanta rapidez! Mamá tuvo un ataque porque su vestido no estaba listo a tiempo y tendrá que usar uno viejo. ¿Sabes a que se debe tanta prisa?
-Hay un hombre que papá quiere presentar a sus amigos. Decidió hacerlo en una fiesta para darme gusto. Ultimamente no nos llevamos muy bien.
Florence murmuró un «hummm» Al oír esto, mientras deslizaba horquillas de rubí en el pelo de Corinne. FIorence Merrill estaba Al servicio de Corinne desde que ésta era una niña, y sabía lo que estaba pasando. La doncella puso la última horquilla en su lugar y salió del cuarto. Corinne revolvió su gran joyero.
-¿Vendrá Russell? -preguntó Lauren. -Naturalmente.
-¿Sigue sin haber posibilidad de que tu padre te de permiso para casarte con él?
-No, todavía no ha cedido, pero empiezo a pensar que es inútil. Papá ni siquiera quiere volver a discutir v tema. Tendré que encontrar pronto otro candidato y papa no da señales de ceder.
-No. Será difícil encontrar un hombre que merezca la aprobación de mi padre. Quiere que yo tenga un marido de fuerte voluntad,.. «Un hombre Al que no puedas dominar fácilmente» fueron sus palabras. Y ese tipo de hombre echaría por tierra todos mis propósitos.
Repito que deberías esperar a que llegara el amor - suspiró Lauren.

-No, mi querida -dijo Corinne y su labio tenso mostró su decisión-. El matrimonio será para toda la vida y, por to tanto, debo controlarlo. Siempre podré encontrar lateralmente el amor.
-¡Corinne!
-Bueno, es verdad. De hecho he decidido tener aventuras amorosas discretas. Creo que no hay nada malo en eso, ya que estoy muy enterada de que todos los hombres casados las tienen.
-No todos.
-La mayoría. ¿Por qué no voy a tenerlas yo? Lauren meneó la cabeza con tristeza. -¡Miras la vida con tanta frialdad, Corinne!
-No, soy realista, Sé lo que debo esperar de un casamiento, y sé cómo quiero que sea. Lo que no quiero es un hombre que me imponga su voluntad.
-¿Realmente te parece que eso sería tan malo? - preguntó Lauren. De verdad no podía entender la necesidad de su prima de dominar en el matrimonio.
-Para mí lo sería, sin duda. Ahora, ¿quieres ayudarme con este collar?
Lauren se acercó para prender una gargantilla de rubíes y oro en el cuello de Corinne. Se añadió una pulsera haciendo juego y Corinne eligió un anillo con un pequeño rubí en lugar de otro más grande. No le gustaba sobrecargarse. Las matronas maduras llevaban muchos anillos llamativos. A Corinne le gustaba usar sólo uno, aunque podía elegir entre muchos. Se decidió en contra de aros rubí. Bastaba con las horquillas lucientes que sujetaban su pelo.
-¿Quién vendrá esta noche? -preguntó Lauren, otra vez nerviosa ahora que iban a descender.
-La gente de siempre, aunque Edward y John Manning vendrán con su padre -dijo Corinne distraída. Y Adrian Rankin.
Lauren sonrió. Aquellos jóvenes apuestos eran gente del grupo de Corinne de artistas e intelectuAles. -¿Y ese hombre para quien tu padre da la fiesta? ¿Es joven?
-La fiesta es para mí -le recordó Corinne-. Pero simplemente ha decidido combinar los negocios con el placer. Pero no tengo idea de cómo es el señor Burk. Problemente no sea joven.
La cara de Lauren se transformó con una expresión excitada.
-¿Has dicho Burk?
-Sí, creo que papá mencionó a Jared Burk. -¡Pero es el hombre de quien todos hablan! ¿No oído hablar de él?
-No, no he asistido a reuniones sociAles ultimamente.
¡Si Lauren supiera por qué no lo he hecho! pero Corinne casi nunca salía ahora durante el día. Pasaba los días durmiendo porque todas las noches se escapaba para reunirse con Russell y un grupo de amigos en su casa juego favorita. Su padre probablemente estaba enterado pero no se había presentado directamente a prohibirle que jugara, ni siquiera cuando el último club al que ella ha concurrido le pidió que pagara sus deudas.
La suerte había cambiado recientemente. La semana pasada había ganado una suma considerable. Pero nada comparado con lo que iba a ganar cuando pueda jugar sin límite. El mayor deseo de Corinne era no tener que preocuparse por las deudas que llegaban a su padre y poder arriesgar mil, dos mil, cincuenta mil dólares a una carta. Pero ese día sólo iba a llegar cuando se casara cuando cumpliera veintiún años. Y ella era demasiado impaciente para esperar.
-Oí a nuestros padres hablar del señor Burk -dijo Lauren-. Y las amigas de mi madre no comentan otra cosa.

El interés de Corinne se despertó.
-¿Pero qué es tan interesante en ese señor Burk? -Ese es el punto. Nadie sabe nada de él, fuera del hecho de que es terriblemente rico. Ni siquiera saben de donde es. La gente dice que proviene del oeste, pero nadie lo sabe con certeza.
-¿Eso es todo? -Corinne pareció desilusionada es rico y proviene del oeste?
-Bueno se rumorea que ha venido aquí a invertir algunos de sus millones.
-Eso explica el interés de mi padre en él. ¿Qué otros rumores has oído?
-Solo que tira el dinero como si quisiera quemarlo. Debe de ser lindo ser tan rico.
-No sé -contestó Corinne con amargura. Algún día,ella tendría dinero para quemar, pero no era justo tener esperar.
Salieron del cuarto de Corinne y se detuvieron en lo de la escalera para ver el brillante salón de abajo. La habitación estaba repleta de gente de todas las edades, personas ricamente vestidas. La mayoría tenía copas en las manos, y había formado grupitos. Como de costumbre las mujeres habían ocupado los acolchados sillones contra Ias paredes, para observar a los jóvenes y chismear sin ser oidas.
El atractivo y joven extranjero, con traje de etiqueta blanco, se destacaba.
-¿Crees que es él? -preguntó Lauren.
-No sé -reconoció Corinne-. No le puedo ver la cara.
-Bueno, ¿a quién conoces que sea tan Alto?
-Creo que tienes razón. ¿Con quién está hablando? Lauren avanzó hacia la izquierda.
-Es Cynthia Hamill --dijo en voz baja, volviendo junto a Corinne-. Deberías verle la cara, de verdad irradiaba.
-Ya conoces a Cynthia -dijo Corinne secamente. Siempre coquetea cuando conoce a un hombre nuevo.
Lauree replicó con desagrado:
-Si quieres que te diga la verdad, es demasía veleidosa. Y flirtea descaradamente.
-No hay nada malo en eso, siempre que se sepa que se está haciendo. Es divertido. Después de todo no llega más Allá de unos pocos besos inocentes. -¡Vamos, Corinne!
Corinne sonrió. Ella tampoco simpatizaba con Cynthia.
-Cuando tengas uno o dos años más, prima, ver que flirtear no tiene nada de malo.
Pero Lauren ya no escuchaba.
-¡Mira! ¡Se da la vuelta! -Y añadió sin Aliento:¡Cielos! ¿Has visto nunca a un hombre más guapo? Corinne quedó igualmente sorprendida, no por belleza del desconocido, sino por su juventud.
-Si te agrada ese tipo recio, de hombre Al aire libre supongo que no. Pero es más joven de lo que había imaginado.
-Sí: joven, rico, ¡espléndido!
-¡Vamos, Lauren, es un hombre como tantos otros Lauren no podía apartar los ojos del extranjero. -¡Mira qué moreno es! ¡Debe de haber pasado la mayor parte de su vida bajo un sol muy cálido para ser moreno!
-No necesariamente, quizá sea un extranjero. Probablemente sea un hacendado. Hay muchas haciendas con ganadería en el Oeste. O Tal vez sea capitán de barco, o quizás... quizás pirata. ¿Verdad que parece un pirata?
Corinne empezaba a enojarse. El desconocido no su tipo. Había descubierto que todos los hombres con cuerpos soberbios y poderosos, Generalmente tenían voluntad a la par. No era posible dominar a un hombre semejante.
-¿Por qué no vas a preguntarle, Lauren? Entonces dejarías de adivinar y...

Corinne se interrumpió bruscamente conteniendo el aliento. El desconocido la miraba directamente. Su mirada era magnética, y Corinne sintió un estremecimiento que le corria por la espalda. Los ojos de él penetraron en los de ella como si leyeran sus pensamientos y por un momento no pudo moverse, no pudo respirar.
Finalmente logró darle la espalda. ¿Qué diablos le pasaba? Hizo señas a Lauren de que ya era hora de unirse al resto de los invitados a la fiesta.
Jared observó atentamente cuando las dos jóvenes descendiendo lánguidamente la escAlera, para hacer una gran entrada. La chica más baja, con pelo castaño y cutis rosado, era bonita, pero demasiado joven. Evidentemente tímida, mantenía los ojos bajos. La de pelo rubio oscuro era exquisita, una belleza notable. Parecía muy segura de si misma. Alta e imponente, era soberbiamente proporcionada, más perfecta que una estatua finamente Tallada. Nunca había visto antes una belleza tan celestial. Pero dudaba de tanta perfección, y se preguntó si el corsé sería el culpable de aquella figura ideal.
Habia Algo extremadamente atractivo en aquella muchacha y no era sólo su belleza. Había altaneria en ella, y una arrogancia desusada en una mujer. ¡Era una tentación lograr que ésta ronroneara entre sus brazos!
¿Era posible que fuera Corinne Barrows? Frunció el ceño. El informe de Ned Dougherty decía que era extremadamente bella. Y cuanto más miraba a aquella joven, mas pensaba que estaría muy bien entre sus brazos. Jared deseó ardientemente que no fuera la señorita Barrows, porque aquella joven sería también enemiga, como su padre.
Corinne percibió el cambio de expresiones en la cara del desconocido, mientras la veía acercarse. Había visto admiración en sus ojos, incluso deseo, y también otra cosa. Era como si le gustara lo que estaba viendo, y como si no quisiera que le gustara. Esto divirtió a Corinne. ¿Sería él casado?
- Es una suerte que hayas podido venir, Cynthia - Corinne sonrió cuando ella y Lauren llegaron ante la pareja-. La fiesta fue decidida tan súbitamente que temí que tuvieras otros planes.
-Casi no pude -replicó Cynthia-. Pero después papá me dijo quién iba a ser el invitado de honor, y bi no... ¡tenía que conocerlo!
Cynthia era una mujercita baja, con una belleza muñeca. Corinne la imaginaba perfectamente viviendo en el Viejo Sur. Pero Cynthia era también muy vanidosa y no hacía nada para ocultar su vanidad.
-¿Y lo has conocido?
Cynthia rió, un sonido cosquílleante, que hirió los nervios de Corinne.
-Bromeas, naturalmente. De verdad, Corinne, y sé por qué no me dijiste que se trataba de un caballero tan apuesto y encantador.
-¿Se trata por casualidad del caballero que comentábamos? -Corinne fríamente cabeceó hacia Jared. -Ya sabes que así es.
-Bueno, la verdad es que todavía no he sido presentada Al señor Burk.
Quedó petrificada ante los helados ojos grises. Parecía que ella le desagradaba, aunque nunca la hubiera visto antes. Rápidamente él ocultó sus sentimientos y, con una sonrisa estereotipada, se inclinó ante ella.
-No creo que las presentaciones sean necesarias dijo Jared Burk con voz profunda-. Ya conocemos nuestros nombres.
-No es lo correcto, señor Burk.
-¿Desde cuándo te has vuelto correcta, Corinne?rió Cynthia, recibiendo en cambio una mirada como una puñalada. Cynthia se recobró con rapidez-. ¿No conoce usted a la prima de Corinne, señor Burk? Esta es Lauren Ashburn

-Encantado, señorita Ashburn -Jared le sonrio pero ella tenía la lengua demasiado trabada para contestar y se limitó a clavarle la mirada.
Pasó una doncella con una bandeja con bebidas Corinne tomó una copa. No era natural en ella sentirla incómoda, pero Jared Burk la seguía mirando. Aunque sus ojos sólo había ahora interés, ella no podía olvidar la fría mirada de unos momentos antes. Estaba todavía petrificad y picada porque él la había privado de una presentación formal.

-¿Está usted enterado de los rumores que circulan acerca de usted, señor Burk? -preguntó Corinne deliberadamente.
-Si hay rumores, sin duda, son exagerados --contestó él con suavidad.
-¿Los buenos o los matos? -Y como él no contestara en seguida, Corinne sonrió con picardía.- ¿Lo he molestado acaso, señor Burk?
Cynthia se enojó ante el obvio ataque de Corinne, Al sentir la incomodidad de Jared.
-Corinne, ¿qué te pasa?
-Sólo quiero saber Algunos hechos -replicó Corinne con aire inocente-.Sólo hoy he oído hablar del señor Burk, pero sin duda lo que he oído son rumores e imaginaciones.
-Le aseguro que no hay en mí mucho misterio, señorita Barrows -dijo Jared con tono animado. -¿Entonces no le molestará contestar Algunas preguntas? -se aventuró Corinne, acentuando el tono agudo de su voz-. Después de todo es usted un invitado en mi casa, pero no sé nada acerca de usted.
-En modo Alguno... si es usted igualmente sincera -contestó él.
Cynthia se plantó entre ellos antes de que se dijera Algo más.
-Aún no he visto a Russell. ¿Va a venir? -Sí, va a venir.
-Russell Drayton es el novio no oficial de Corinne-dijo Cynthia para beneficio de Jared, y después sonrió radiante a Corinne:- El señor Burk también es soltero.
-¿Es usted uno de esos solteros recalcitrantes, señor Burk?-preguntó Corinne-. ¿O ha venido usted a Boston en busca de una esposa... entre otras cosas?
-He venido aquí por negocios, señorita Barrows. -¿Y no busca usted esposa? Es una lástima, ¿verdad, Cynthia? ¡Tenemos aquí en Boston Algunas de las mujeres más refinadas, inteligentes y aristocráticas del mundo!
-Si no te conociera, diría que te estás describiendo a ti misma, Corinne -dijo Cynthia-. ¿No tienes obligaciones... como por ejemplo atender a los otros invitados. No queremos demorarte.
-Sí, naturalmente. Volveremos a hablar, no lo dudo señor Burk. Pero veo a Russell y en verdad debo saludarlo -dijo Corinne con suavidad. Y no pudo menos que añadir:-¿Sabes, Cynthia? De verdad no deberías ser tan obvia. Puedes poner nervioso Al señor Burk. Es que no esté acostumbrado a mujeres tan agresivas como tu y yo.
Corinne se apartó de Cynthia, que estaba ruborizándose, y la oyó decir:
-Yo no lo soy. ¡Dios, que puede ser grosera cuando le da la gana!
Corinne sonrió y avanzó hacia el frente del salón. Saludó a Russell con un placer exagerado, y lo beso largamente delante de todo el mundo, turbándolo considera blemente.
-¿Es necesario esta exhibición? –murmuró él cuando avanzaban tomados del brazo para unirse a otros invitados.
-Lo he hecho para mi padre, aunque no haya estado por ahí para verlo.
-Lo ha visto muy bien -dijo Russell entre dientes, mirando directamente la expresión desaprovatoria de Samuel Barrows.

-¡Oh aquí estás, papá! -dijo Corinne saludándolo ¿Dónde te habías escondido? No te he visto antes.
El brazo de Samuel se deslizó posesivo por la cintura de su hija.
-Hubo dificultades en los astilleros. Nada grave, pero que requirió mi atención. No creí que me tomara tanto tiempo.
-Bueno, Al menos has venido antes de comer dijo ella sonriendo.
Samuel hizo un cabeceo muy rígido hacia Russell y después lo ignoró.
-¿Ya has conocido a Jared Burk, Corinne?
-Sí, pero no puedo decir que me guste. -¡Oh! ¿Dijo algo que te molestó?
-No, es nada más que una sensación. No puedo explicarlo, pero ese hombre me parece... bueno, peligroso.
-Vamos, Cori-dijo Samuel, riendo-. Es un hombre interesante, pero no diría que peligroso.
-¿Por qué simpatizas tanto con él, papá? No sabes casi nada de ese hombre.
-Para ser sincero no lo sé. Pero me han informado fuentes fidedignas que quiere invertir una buena cantidad dinero. Su abogado ha recorrido toda la ciudad haciendo averiguaciones.
-Ah... ¿y eso qué tiene que ver contigo? -¿Quiere usted disculparnos, señor Drayton? -dijo Fue tajante-.Esta conversación se ha hecho algo personal.
-¡Papá, por favor! -se quejó Corinne.
-No tiene importancia -dijo Russell-. De todos modos no me vendría mal tomar un trago.
Corinne se enfureció Al ver alejarse a Russell. -¡Eso ha sido muy grosero, papá!
-Supongo, pero no voy a fingir que simpatizo con Russell Drayton.
-¡Obviamente, pero él va a casarse conmigo, no contigo! -exclamó Corinne irritada-. No es necesario simpatices con él, sino que lo apruebes.
-Tampoco puedo hacer eso, y no discutiré más. ahora, respecto Al señor Burk...
-¡Al diablo con el señor Burk! -interrumpió Corinne enfurecida y se alejó tras de Russell.
La fiesta proseguía con éxito sin que Corinne le prestara mucha atención. La comida, en el comedor formal, fue soberbia. Había pollo asado con una salsa glaCé de tres variedades de carne vacuna y cantidad de legumbres y sAlsas.
Corinne, enojada con su padre, lo ignoró durante toda la comida. Pero no pudo ignorar Al señor Burk. Con frecuencia descubrió que la miraba con curliosidad, y pese a su primera reacción ante él, su propia mirada se sentía atraida una y otra vez. Empezó a sentirse culpable por su comportamiento anterior. Después de todo no tenía motivos para ser tan grosera con él. Sin duda había interpretado mal la mirada que él le había dirigido. Y cuanto más pensaba mas se convencía de que había estado equivocada. Podía tratarse de cualquier cosa que nada tuviera que ver con ella y que había provocado el veneno que surgió en los ojos de él en aquel momento.
Después de la comida los invitados se reunieron en una sala para oír a una conocida cantante, que Lauren iba a acompañar en el piano. Algunos amigos de Samuel Barrows y Jared Burk no estaban presentes, sin embargo, ya que se habían reunido en el escritorio de Barrows. Corinne no pudo menos de preguntarse en qué andaría su padre.
Más tarde, cuando todos los invitados con excepción de Russell habían partido, Corinne encontró la ocasión de volver a hablar con su padre. Acompañó a Russell

la puerta, soportó su abrazo de enamorado, y prometió que se verían en el club la noche siguiente. Los preparativos de la fiesta la habían tenido ocupada casi toda la semana y estaba deseando volver a probar suerte.
Ahora que el salón estaba otra vez tranquilo, Corinne lo atravesó lentamente para dirigirse al estudio de padre. La luz que surgía por debajo de la puerta demostraba que él seguía Allí. Ella pensó que debía disculparse con él. Lamentaba no haber vuelto a ver al señor Burk antes de que se fuera, porque también le debía unas disculpas. Volvía a sentirse como una niñita, abrumada pon el comportamiento de toda una noche.
En el momento en que Corinne iba a tomar el picapote, se abrió la puerta y su padre y Jared Burk salieron del cuarto. Corinne quedó muy sorprendida, y sonrio al ver que, después de todo, no había perdido a Burk. . -¿Todavía levantada, Cori? -preguntó Samuel. Bueno, puedes acompañar a la puerta Al señor Burk. -No es necesario -dijo Jared.
Corinne desechó la objeción cuando su padre volvió a entrar en el estudio.
-Venga, señor Burk. Deseaba tener unos minutos a solas con usted. Iré a buscar sus cosas al guardarropa. Regresó un momento despues con una capa bordeada de raso y un sombrero de copa.
-Deben de ser suyos -dijo, acariciando con los dedos el suave raso-. Es muy linda...
El sonrió y echó la pesada capa sobre sus hombros. -Estamos solos, señorita Barrows. ¿Qué quería decirme?
Su tono de voz implicaba mucho, pero ella lo dejó pasar y conservó el ánimo.
-Quería decirle cuánto lamento la forma en que me comporté antes. No tenía excusa para hacerle preguntas sobre asuntos que no me conciernen.
-Pareció usted atacarme con un propósito deliberado-recordó él-. ¿Podría saber cuál?
Ella rió y se ruborizó Al mismo tiempo. -Supongo que así debe de haberle parecido... -¿Y el motivo?
-Creo que me molestó la forma en que usted me miraba cuando nos reunimos... como si quisiera ahogarme. Generalmente no es ésta la reacción que provoco en los hombres.
Jared frunció el ceño.
-Si le produje esa impresión, entonces soy yo quien bebe disculparse. Pensaba en otras cosas en el momento. --Sí, cuando pensé en ello, comprendí que ése debía ser el motivo.
-Hemos empezado mal, señorita Barrows -dijo Jared mientras caminaba lentamente hacia la puerta de la entrada -Tal vez convenga empezar de nuevo. ¿Mañana a la hora del Almuerzo? Es decir, si no lo toma a mal su señor Drayton.
Lo dijo de manera provocativa, y Corinne no pudo resistir esto.
-Me encantará almorzar con usted. Puede pasar a buscarme a eso del mediodía.
-Hasta el mediodía, entonces.
Hizo una pausa y la miró fijamente, y Corinne sintió que se le ponía la carne de gallina en los brazos. Los frotó con rapidez.
Buenas noches, señorita Barrows. Ella inclinó la cabeza.
-Señor Burk...
El partió y ella suspiró aliviada. Algo en aquel hombre la perturbaba, pero no hubiera podido decir qué era. Alejó el pensamiento y volvió al estudio de su padre. Lo encontró sentado ante el escritorio, revolviendo unos papeles.
-No se debe trabajar después de una fiesta, papá, lo reprendió en el momento de entrar al cuarto.

-No estoy trabajando, querida -replicó Samuel acomodando los papeles-. Lo cierto es que estaba buscando el testamento de tu abuela.
-¿Para qué? ---preguntó Corinne frunciendo el ceño
-Esto no tiene nada que ver con el señor Burk, ¿verdad? -En cierto modo sí. Preguntó por los dueños de empresa constructora de barcos. Y estaba examinando para ver si le he dado deTalles correctos, sin habérselos dado todos.
-¿A qué te refieres exactamente? -Siéntate, Cori. Como sabes, mi padre fundó el Astillero, pero estaba en las últimas cuando me casé con tu madre. El dinero de tu madre ayudó, pero fue tu abuela Daneil quien salvó el astillero. Se hizo socia completa y dejó la dirección a mi cargo. Más tarde, cuando nos agrandamos, Elliot invirtió, y ahora él y yo lo dirigimos juntamente.
-¿Y qué tiene esto que ver con el señor Burk?Espero que no pienses dejarlo invertir en la empresa...
-Sí-dijo Samuel francamente-. Hace años Elliot y yo deseamos agrandar el astillero, Tal como ésta no nos conviene.
-Entonces usa tu dinero -sugirió ella-. ¿Para que meter a otro en el asunto?
-Tomando otro socio aumentaremos los beneficios, nuestros clientes obtendrán resultados más rápidos, y nos costará nada.
-¿Y qué tiene que ver en esto el señor Burk? -Será un socio sin voz, no socio activo. Después de todo el hombre no piensa establecerse en Boston, por lo que sé. Poseerá acciones en la empresa que doblarán su inversión en unos años, pero no tendrá el control, y muy escaso poder de voto. Elliot y yo poseemos acciones por igual, pero tú eres la mayor accionista, ya que tu abuela te dejó toda su parte.
-¿Por qué no buscar entonces un inversor que conozcas? Algún viejo amigo... ¿Por qué el señor Burk? -Porque estoy seguro de que no piensa quedarse aquí. No lo tendremos encima, preguntando constantemente acerca de sus intereses. Y no hay manera de que Burk llegue nunca a controlar la empresa, en caso de que eso le pase por la cabeza.
-Podría casarse conmigo -dijo Corinne en broma-. Eso le daría el control.
Samuel hizo una mueca.
-¿Te gusta entonces? Es un individuo muy curioso. Sólo hablaba hipotéticamente, papá -contestó Corinne, con rapidez, aterrada.
Podía verse casada con un hombre semejante: él la trataría con mano de hierro, peor que la de su padre. -Bueno aunque te casaras con el señor Burk él no podría tener el control de tus acciones a menos que yo decidiera que él fuera persona de fiar. Y dudo decidir nada en su favor hasta el día en que me muera.
--Creía que yo iba a tener el control al llegar a los veintiún años. ¿Quieres decir que no será así?
-Por eso estaba buscando el testamento de tu abuela. El dinero será tuyo cuando seas mayor de edad o cuando te cases pero el control de tus acciones me pertenece a mi hasta el momento en que yo sienta que tú puedes ocuparte de eso. Y si para entonces estás casada, también tendre que confiar en tu marido.
-¿Por qué? No entiendo por qué la abuela te dio ese poder. Ni siquiera simpatizaba contigo.
-Lo sé --dijo Samuel con una risita-. Sabía que me había casado con tu madre por dinero, lo que ha sido y sigue siendo cosa corriente. No es que no quisiera a Mary, cuidado... Pero Daneil sabía que yo iba a cuidar bien de tus intereses y quiso asegurarse de eso.
-¿Por qué nunca me lo dijiste antes? -pregun Corinne.

-Porque en verdad la cosa no te afecta, Cori -con testó él tranquilamente-. No piensas participar en la dirección de la empresa, ¿verdad?
-Claro que no.
-Entonces, como ves, la cosa no cambia. Yo mantengo el control de la empresa, y los beneficios de tus acciones serán para ti, como siempre han sido.
-No he visto ninguno de esos beneficios -señ Corinne con amargura.
-Han entrado en tu capiTal, y lo han doblado desde la muerte de tu abuela. Recibirás todo directamente cuando seas mayor de edad.
-O cuando me case... -Así es.
-¡Oh, si pudieras darme un poco de ese dinero ahora, papá, no tendría tanto apuro por casarme! -sugirio Corinne.
-¿Y hacer que to pierdas todo? No, hijita, espero que, cuando finalmente recibas tu dinero, mostrarás algun sentido para administrarlo. Los doscientos dólares mensuales que recibes provienen de tu capiTal, ¿y qué has hecho con ellos?
-Gasto dinero en ropa dijo ella a la defensiva Y en joyas.
-¿Y las pones en mi cuenta? ¡Tiras tu dinero! -La conversación se está haciendo aburrida. Buenas noches, papá. -Corinne se levantó muy rígida y se fue del cuarto.

6

Jared Burk se presentó en la mansión de los Barrows a mediodía, pero tuvo que esperar treinta minutos. Corinne no lo hizo adrede, como solía hacerlo con otros visitantes. Lo cierto es que se había quedado dormida más de la cuenta, porque había olvidado decir a Florence que la despertara temprano.
Cuando finalmente bajó a encontrarse con él, los ojos de Jared revelaron que no le había molestado esperar. Ella llevaba un vestido sencillo, sin adornos, elegante debido Al rico materiAl de popelín de seda. Verde botella, era Algunos tonos más oscuro que sus ojos. El cuello Alto estaba ribeteado de verde más oscuro, con un ornamentado broche de brillantes. Un anillo con un gran brillante y una esmeralda eran sus únicas Alhajas.
Tras unas palabras de sAludo y los acostumbrados cumplidos de parte de Jared, partieron en el coche que Jared había Alquilado. La dejó elegir restaurante, ya que no conocía los mejores, y ella eligió un pequeño café Al que solía concurrir. La comida era excelente y la atmósfera amistosa.
Jared pidió Almuerzo para dos, haciendo una elección que Corinne aprobó en silencio, y en seguida sirvieron un vino blanco. Tras unos sorbos, Corinne se relajó un poco y observó audazmente a su acompañante.
El estaba elegantemente vestido con un traje azul' oscuro, que se abría para revelar un chaleco celeste con botones de nácar. Sus recias y bellas facciones, sus ropas costosas, toda su apariencia llamaba la atención. Tenía su cara bien afeitada, y ella siguió preguntándose dónte se habría tostado tan profundamente. Corinne sintió la envidia de otras mujeres en el recinto, y esto halagó su vanidad.
-¿Hay Algo que le desagrada, señorita Barrows?-Le preguntó finalmente Jared, tras dejar que ella siguiera examinándolo varios minutos.
Ella se ruborizó un poco.
-No quería mirarlo tanto. Pero nunca he visto a nadie tan profundamente bronceado como usted. Debe hacer mucho calor en el lugar de donde usted proviene
-Uno se acostumbra-dijo él sin comprometerse y rápidamente cambió de tema-. Debo decir que esperaba que trajera usted alguna acompañante hoy.

Corinne rio
-¿Para qué? Vivimos en una nueva era, señor Burk. Las ayas están pasadas de moda.
-No todo el mundo piensa lo mismo.
-¿Usted por ejemplo?
-Sí -reconoció él-. Francamente me sorprende que su padre no insista en que tenga usted una aya -Mí padre es muy tolerante en lo que a mí se refiere. Siempre me ha dado toda la libertad, de modo que he aprendido a tener cautel. Evito las situaciones peligrosas.
¿Tengo Algo que temer de parte de usted, señor Burk?-preguntó coqueta, muy divertida por las arcaicas ideas de el.
El sonrió con una mueca antes de contestar. -Depende de cuáles sean sus temores.
-Lo que quiere decir que...
-Algunas mujeres temen cosas que no asustan a otras.
Sirvieron el almuerzo. Aunque Jared nunca contestaba directamente a las preguntas de ella, él hacia muchas.

La interrogó acerca de Boston, y ella orgullosamente, conto algo de la historia de la ciudad.
Se relajó y disfrutó de la compañía de él. El podía ser encantador e ingenioso y, cuando reía, sus ojos eran azules que grises. Pero después, cuando volvian en coche a casa, ella quedó sorprendida cuando él volvió a interrogarla sobre cosas personales.
-Me parece extraño que a su novio no le moleste que nos hayamos visto hoy.
-No está enterado -reconoció ella-. Pero no habria dicho nada en caso de estarlo.
-¿Se Lo piensa decir?
-Nuestro Almuerzo ha sido perfectamente inofenvo, señor Burk. Y, además, no tengo que dar cuentas a Russell.
-¿Pero está usted comprometida para casarse con él? -No oficialmente. No hasta que contemos con la aprobación de mi padre.
-¿Entonces el señor Drayton aún no ha pedido su mano?
Corinne se sintió incómoda
-En verdad señor Burk, ése no es asunto suyo.
El coche se detuvo en la calle Beacon, pero Jared no se movió para abrir la puerta.
-Tiene usted razón, naturalmente. Pero me parece extraño que un hombre que piensa casarse con usted le permita verse con otros hombres.
-¿Permitirme? --Corinne sintió que la furia crecía en ella-. Nadie me permite nada. Hago lo que me da la gana, señor Burk. Russell no se atrevería a poner restricciones en nuestra amistad.
-Usted es muy independiente, ¿verdad?-comentó él.
-Sí, lo soy -dijo ella con orgullo-. Aprecio la libertad que he conquistado.
-Pero está dispuesta a abandonarla al casarse. Debe de amar mucho al señor Drayton.
--Claro que lo amo -mintió ella, comprendiendo hasta qué punto sería grosero decir la verdad-. Pero Russell y yo tenemos una relación muy agradable, señor Burk Cuando me case con él no abandonaré mi independencia
-Entonces él es... un tipo muy raro.
-Sí, lo es... Muy distinto a la mayoría de los hombres.
-¿Quiere usted decir que es débil, verdad? preguntó él con desprecio.

-¡Claro que no! --contestó ella indignada, preguntándose por qué había permitido que se prolongara tanto el interrogatorio.
-¿Entonces él la quiere lo bastante como para concederle todo lo que usted pida, incluida esa independencia que tanto valora?
-Creo, señor Burk, que su audacia ya ha llega muy lejos. Le he dicho más de lo que tiene usted derecho a saber.
El hizo una mueca.
-Perdone, señorita Barrows. Pero nunca he conocido a nadie como usted. Sus ideas me parecen fascinantes
-Me está provocando ahora con sus bromas, y no me gusta -dijo ella con tono helado-. Sé que no lo aprueba. Los hombres de su tipo nunca aprueba esto.
-¿Mi tipo? -él levantó una ceja, divertido-. Me ha puesto usted en Alguna categoría, señorita Barrows. Ella ignoró la pregunta.
-El Almuerzo fue muy agradable, señor Burk. Gracias por la invitación.
Corinne tendió el brazo hacia el picaporte de la puerta para abrirla ella misma, pero Jared la detuvo colocando su mano encima de la de ella. Una fuerte corriente pareció atravesar a ambos. La fuerza de los dedos de él parecia agotar la fuerza de ella.
Quedó estremecida. Lo miró, interrogante. -Yo... quisiera ir a casa -dijo débilmente. Los ojos gris azulado examinaron la cara de ella como si quisieran leer sus pensamientos. -Ya lo sé, pero yo quiero volver a verla. -¿Por qué?

-Porque me gusta usted mucho, señorita Barrows. -Lamento no poder retribuir el cumplido --dijo ella sinceramente.
-La he ofendido y lo siento, Pero de veras quiero volver a verla. ¿Qué le parece si cenaremos esta noche? Y si después vamos al teatro?
-No, señor Burk. Después de la fiesta de anoche he decidido que esta noche la pasaré tranquilamente en casa. -¿Y mañana?
-No veo la razón. En verdad no tenemos nada en común. Y Tal vez Russell no entienda.
--Creía que no tenía usted que rendir cuentas Al señor Drayton
-No se las tengo que dar.
-Entonces, ¿me verá de nuevo?
-Tendré que pensarlo, señor Burk. -Esta vez no se tragó el anzuelo.- Buenas tardes.
El le abrió entonces la puerta y Corinne se precipitó fuera del coche sin esperar que él la ayudara a descen'der. Tampoco esperó a que la siguiera y la escoltara hasta puerta, sino que subió apresurada los peldaños y entró en la seguridad de su hogar, sin volverse para mirar atrás. El corazón le latía frenético cuando se apoyó en la puerta. No sabia por qué se había asustado tanto en los últimos minutos en el coche. Jared Burk la había detenido un momento, pero ése no era motivo. ¿Acaso la asustaba el ;mismo Jared Burk? Más probable era que fuera su contacto, porque nunca se había sentido tan desposeída de vountad y fuerza como cuando los fuertes dedos de él se quedaron sobre los de ella. Estaba atónita ante su propia ficción, nunca le había sucedido algo semejante.
¿Qué le pasaba? El era sólo un hombre más, el tipo hombre que ella evitaba. Ella había sentida algo peligros en él al conocerlo, y no se había equivocado. El le había hecho perder el control, aunque fuera por un momento y esto era extremadamente peligroso.
Jared se disponía a acompañar a Corinne hacia la puerta pero, antes de poder bajar del carruaje, ella estaba en el interior de la imponente mansión, y la puerta se

había cerrado. El volvió a dejarse caer en el asiento y percibió entonces el bolsito de seda verde en el asiento de ella L.o recogió, pensando devolverlo, pero bruscamente cambió de idea y le dio al cochero orden de volver Al hotel.
Jared se recostó y miró pensativo el bolso de seda, imaginándolo pendiente de aquella delgada muñeca. Frunció el ceño Al pensar en por qué Corinne había corrido hacia la casa como lo había hecho, como si él la asustara. Tenía buenos motivos para esto, pero era imposible que los supiera. Oh, la había atrapado, casi la había convertido en enemiga para poder juzgar su carácter. Y la cosa había dado resultado.
Más o menos ya tenía delineada a la altanera Corinne Barrows. Sabía que se ofendía fácilmente. Estaba mimada y se le concedía demasiada libertad. Algún día esto la metería en dificultades, pero no era asunto de él. Ella tenía la cabeza clara, estaba segura de su belleza y del efecto que producía en los hombres.
Todavía no había tomado decisiones, pero a Jared sólo le quedaban Algunas opciones entre las muchas que había considerado. Tenía todos los datos necesarios acer ca de Samuel Barrows, y Algunos sorprendentes acerca de su hija. Sólo fAltaba decidir con la información que tenía. Esperaba que invertir en los astilleros de Barrows le diera cierto control de la empresa, el suficiente como para bloquear las decisiones mayores y destruir finalmente la empresa. Era la principal fuente de ganancias de Barrows. Sus otros intereses no sumaban nada en comparación. NaturAlmente el dinero de Jared también se perdería en la bancarrota de los astilleros, pero sólo importaba arruinar a Samuel Barrows. Aquel astillero era todo para él. L.e había consagrado la mayor parte de su vida. Había dejado a la mujer que amaba para salvarlo. Ahora Barrows iba a perder aquello por lo que había trabajado tanto.
Por simple curiosidad Jared abrió el bolso que tenía en la mano. Sacó un pañuelito de seda ribeteado de encaje, unos pocos dólares, una polverita. Sacó la tapa a un frasquito de perfume y aspiró la delicada fragancia que había usado Corinne.

Un objeto lo sorprendió: un cuchillito con una hoja y aguda, incrustado en joyas, ¡nada menos! No podía imagínar a la sofisticada Corínne usándolo.
Lo último que sacó del bolso fue un trozo de papel una dirección. El papel estaba arrugado como si lo hubieran leído muchas veces. Jared conocía esta dirección por Ned Dougherty .
En verdad había dudado de la afirmación de Dougherty acerca de que Corínne Barrows iba a este lugar dos tres veces por semana a altas horas de la noche. ¿Pero o no estaba mirando ahora mismo la prueba, la dirección de una casa de juego privada de Cambridge, del otro lado del río Charles? Y no sólo una casa de juego, sino tambien un lugar donde los caballeros llevaban a las damas a retozar en el segundo piso. Un poquito de suerte en las cartas y un poco de lujuria arriba.
La opinión de Jared sobre Corínne Barrows descendió aún mas. ¿Remordimientos? No tendría ahora ninguno, aunque al final tuviera que usarla para realizar sus planes.

7

Corinne miró el reloj sobre la repisa e impaciente empezó a dar golpecitos con el pie. La una de la mañana. Detestaba que la apresuraran.

-Florence, apúrate, por favor --dijo Corinne con petulancia-. Russell estará en la calle en cualquierr momento.
-Si su pelo no fuera tan sedoso sería más fácil de sujetar en lo Alto ---contestó Florence, sin perturbarse-. Y no le hará mala Russell Drayton esperar un poco. De todos modos no debería estar ahí --dijo, desaprobadora. -Vamos, nada de sermones esta noche -replicó Corinne-. No estoy con ánimo.
-Nunca estará usted con ánimo para escuchar razonamientos -recordó Florence, aunque ella nunca se cansaba de intentarlo-. ¡Escabullirse en medio de la noche! Alguno de estos días lamentará estas aventuritas, no lo olvide. Una dama no hace estas cosas.
Corinne lanzó una risa pícara.
-¿No querrías venir conmigo para cerciorarte de que no me meteré en problemas? Estoy segura de que a Russell no le molestaría.
Florence verdaderamente pareció escandAlizada.

Aunque tenía sólo quince años más que Corinne, su moral era la de una generación mucho más antigua.
-No me imagino en esa curiosa casa de juego. Vamos, mi madre, que Dios tenga su Alma en paz, se levantaría de la tumba para recriminarme. Y probablemente la suya se daría la vuelta en la tumba si supiera en lo que usted anda.
-Vamos, no procures hacerme sentir culpable, porque no dará resultado, ¿oyes? -exclamó Corinne-. Dios, ¿es acaso un crimen poner un poco de excitación en la vida? Jugar es divertido, Florence. Es estremecedorprocuró explicar-. Y no es que no sepa lo que estoy haciendo. He aprendido a jugar, y de verdad soy bastante buena.
-Usted sabe que hace mal, porque de otro modo no se escabulliría de la casa por la entrada de servicio. Ni se pondría ese manto para disfrazarse -gruñó indignada
de lana pobretona, como si no pudiera usted permitirse uno mejor.
Corinne miró la vieja capa que yacía Al pie de la cama.
-Nadie me reconocerá con eso.
-Todavía deshonrará usted a la familia, Corinne Barrows. Cuidado con un escándAlo, uno que la destruirá porque será el primero que tocará el nombre de la familia Barrows.
-Nunca provocaré un escándAlo en mi familia. -¿Y cómo...?
-No me has dejado terminar-interrumpió Corinne-. ¿Por qué crees que elijo clubes tan apartados? Porque Allí no me conocen. En todo el tiempo que hace que los frecuento sólo he visto a dos personas conocidas en esos clubes.
-¡Ya ve!
-Pero no han hecho correr rumores acerca de mí, porque tienen sus propios secretos que ocultar.
-Su padre lo descubrió ¿no? -recordó Florence-. Sólo Dios sabe por qué no se impuso en ese momento. Yo estaba segura de que iba a terminar con todo.
-Bueno, no lo hizo. Supongo que cree que ya se me pasará. Y que me detendré en cuanto pueda jugar esa partida sin límite con la que sueño desde hace tiempo.
-Está usted obsesionada, Cori. Pronto tendrá que terminar con esto. El juego es desastroso para Algunos. Nunca lo pueden dejar.
Con la última horquilla en su lugar, sujetando un severo peinado apretado, y vestida de terciopelo lavanda con largas mangas y cuello Alto, Corinne se dispuso a par tir. Sacó el dinero de un cajón que tenía trancado, después miró buscando su bolso. Al

no encontrarlo, frunció el ceño. Su costoso cuchillito estaba en aquel bolso, y siempre le gustaba llevarlo consigo, especialmente de noche.
-¿Has visto el bolso de seda verde que llevé hoy, Florence?
-No.
-Entonces lo debo de haber olvidado en el coche. Estoy segura de haberlo tenido cuando sAlí del café. -No ha comentado usted mucho lo que le pasó hoy -señAló Florence.
-Porque no había nada que comentar. Me aburrí mucho.
-iOh!
-No me digas «oh» -dijo Corinne irrítada, al oír la duda en la voz de Florence-. Dame otro bolso. Ya voy bastante tarde.
Pronto, disfrazada a satisfacción, Corínne atravesó la casa de puntillas como lo había hecho muchísimas noches y se deslizó afuera por la entrada de servicio. Y Allí, esperando en la otra esquina, estaba el fiel Russell, listo para la escapada.
El humo pesaba en la habitación como una densa manta, proveniente de los muchos puros, cigamíllos y pipas de los caballeros presentes. El humo no podía salir dei cuarto, porque las ventanas estaban herméticamente cerradas y con pesadas cortinas. Para el transeúnte la casa era como cualquier otra, pero, para los que estaban adentro, era una caldera de excitación. Aquí se podían ganar y perder fortunas, y las aventuras amorosas se llevaban a cabo en la más estricta intimidad.

Corinne nunca había investigado las regiones altas de la casa. A veces se preguntaba cómo seríá allá arriba, pero nunca lo había averiguado. Algunas veces Russell había querido que subiera con él, para un trago en privado, según insistía. Pero ella no era tonta. Sabía lo que él quería. Pero no tenía poder para hacer que ella también lo deseara.
Corinne se sintió mal una noche en la que oyó gritar a una muchacha arriba, porque nadie se movió de los que estaban abajo. Nadie fue a rescatar a la pobre chica.
Bueno, cualquierr cosa podía pasar en el segundo piso, incluso un crimen, porque las dos partes de la casa estaban toTalmente separadas. Era regla que una pareja no podía dejar Al mismo tiempo la sala de juego. De este modo, si una pareja quería ir arriba unas horas antes de volver a casa, nadie podía ser testigo de ello.
Corinne comprendía que la regla tenía sentido, pero la irritaba, porque imaginaba a los hombres en la sala de juego, preguntándose, cuando ella partía, si se había ido arriba o no con su acompañante. Y aquello la turbaba constantemente .
Nueve mesas redondas llenaban la habitación brillantemente iluminada. La casa no tenía apostadores en cada mesa, pero se las arreglaba muy bien cobrando a cada jugador antes de que se iniciara la partida. Diferentes juegos de azar se practicaban en distintas mesas. Corinne Generalmente elegía el «faro», un juego en el que cada jugador se turnaba como banquero, o Al blackjack, el as deseado y la carta abierta que pagaba et dobíe y le daba el juego. Pero, aunque no le iba mal en el blackjack, prefería sobre todo las mesas de póker. Con un poco de habilidad podía ganar una mano.
A Corinne le gustaba engañar en el póker. Usaba vestidos elegantes pero recatados, con el propósito de que su figura no distrajera de su cara. Sus expresiones engañaban a muchos jugadores. Una vez que la descubrían cambiaba de táctica y volvía a engañarlos. Ni siquiera Russell se daba cuenta de cuándo estaba mintiendo.

Esta noche Corinne se sentía con suerte. Ya había ganado tres manos de las primeras cinco. Los otros jugadores de la mesa, tres caballeros y una mujer joven lla mativamente vestida, no mostraban una habilidad excepcionAl. Russell había vuelto a jugar Al blackjack cuando se aseguró de que los hombres de la mesa de Corinne se interesaban en las taitas y no en ella.

-Abrir juego --dijo el que distribuía las cartas, repartiendo cinco a cada jugador.

El caballero que estaba junto a Corinne abrió, y cuando ella vio sus cartas y pensó que era posible un foul, pidió juego. Otro jugador pidió cartas y cuando le llegó el tur no a Corinne, ella sacó una para formar el foul. No obtuvo la carta que necesitaba, pero un ligero levantamiento de cejas indicó que lo era. El que había abierto controló, Corinne apostó Al límite y esperó. El otro contrincante no vaciló en pasar, pero el que había abierto tardó unos segundos antes de abandonar también.

Corinne arrojó las cartas y recogió las fichas. Ganó mucho en la hora siguiente, aunque con buenas cartas más que con engaño. Se divertía inmensamente hasta que Jared Burk se sentó a su mesa.

Quedó petrificada Al verlo sentado frente a ella, con un traje negro de etiqueta, sonriendo sardónico. Corinne se sintió mortificada de que la hubiera encontrado aquí, tras haberle dicho que iba a pasar una tranquila velada en su casa. ¿Qué pensaría él? ¿Era por eso por lo que sonreía? -Tal vez mi suerte cambie ahora que tenemos sangre nueva entre los jugadores -dijo uno de los participantes.

-Tal vez -replicó con suavidad Jared-. Pero es difícil apartar a la señora suerte de... una dama.

Corinne sintió que sus mejillas ardían. Habia percibido el sarcasmo en la voz de él.

-Cinco cartas de reparto -dijo Corinne con voz dura, que no dejó de percibir Jared. Dio con rapidez las cartas, poniendo fin a la conversación.

A partir de aquel momento Corinne perdió. Todo lo quehabía ganado y el dinero que había traído consigo pasó Al otro lado de la mesa con el correr de las horas.

Corinne estaba furiosa consiga misma. Por más que lo intentaba con todas sus fuerzas, no podía concentrarse en el juego. No miraba a Jared, pero sentía que los ojos de él se burlaban de ella. Esto la enfurecía Al punto de que apenas
podía ver las cartas que tenía, y constantemente había que recordarle que le tocaba el turno de apostar o de pedir juego. ¿Qué estaría pensando él?

La última gota fue cuando vio que tenia tres reyes en la mano, comprendió que finalmente podía vencer a Jared, pero ya no le quedaban fichas para apostar. Pero no ba a darle a Jared Burk la satisfacción de firmar un bono para terminar la mano. -De todos modos, en esta mano no vAle la pena apostar -mintió, con una sonrisa para cubrir su frustración-. Creo que por esta noche he tenido ya bastante.

Fingiendo aburrimiento Corinne dejó la mesa y se dirigió Al gran bar contra la pared. Pidió un whisky puro.

No estaba acostumbrada a las bebidas fuertes, pero, ¿por qué no? Alguna vez había que empezar.

No tenía otra cosa que hacer aparte de seguir Alli sentada, emborrachándose. Russell estaba ganando y sin duda aún no quería irse.

-¿De modo que ésta es su manera de pasar una noche tranquila en casa, señorita Barrows?

Se volvió y vio a Jared a su lado, cómodamente apoyado en el bar, las ganancias en el sombrero. Agitó lentamente el sombrero de un lado a otro.

-Ya no es de noche, señor Burk -dijo ella cáustica, con creciente rabia-, es casi de mañana.

-Así es.

Ella le lanzó una mirada furiosa, pero él no se amilanó.
-Veo que está enojada conmigo -dijo- y no me sorprende. Las mujeres son malas perdedoras.
-¡Y la mayoría de los hombres!
-Es verdad. Tenemos eso en común, ¿verdad? Por que yo también soy mal perdedor.
¡ Ella comprendió que él no se refería sólo a las cartas.
Tomó un trago de su vaso, y casi escupió cuando el ardiente líqu¡do arañó su garganta.
-¿De manera que ahora quiere usted ahogar pesares? La provocó él-. Creí que era más animosa, Corinne. Ella frunció el ceño.
No lo he autorizado para que me llame usted por el nombre, señor Burk.
-¿No es ya hora de que dejemos de ser formales? -No lo creo -replicó ella con altanería.
Jared sonrió. Dejó de mirarla y, por un instante, sus ojos se fijaron en Russell. El hombre era evidentemente un idiota toTal, pensó Jared con desprecio. Debía tener más cuidado y no traer a su futura novia a un establecimiento de esta clase. ¡Y dejarla además entregada a sus propias maquinaciones! ¡Vamos, cualquiera podía escamoteársela aquí y Russell tardaría tiempo en notarlo!
-¿No quiere que la acompañe a su casa? -y, cuando Corinne lo miró desconfiada, añadió:- Ya que su novio esta ocupado en otra cosa.
No, gracias-dijo Corinne con frialdad-. No me importa esperar a Russell.
-Entonces Tal vez quiera usted un pequeño préstamo -ofreció él-. Para poder seguir jugando. ¡Disfruté su compañía en la mesa!
-Quiere usted decir que disfrutó ganando mi dinero, dijo ella con amargura.
El se encogió de hombros, después hizo una mueca y sus ojos bailotearon.
También eso.
-Nunca pido dinero prestado cuando vengo aquí, Burk -mintió con convicción, pero mantuvo los ojos alejados-. Me he puesto mis límites y los guardo. Muy recomendable -dijo él con sequedad-. ¿Es por eso por lo que no lleva joyas esta noche? ¿Tiene miedo de tentarse y jugarlas?
Ella no pudo menos que sonreír ante la percepción ¿Acaso lo sabía todo aquel hombre?
-Me descontrolé un poco la primera vez que vine restablecimiento como éste -reconoció ella-. Perdí un valioso broche de diamantes. Desde entonces dejo las joyas en casa.
-Habla usted como si viniera con frecuencia.
Ella quedó atónita ante la condenación en la voz de él.
-Así es -dijo desafiante-. Me lo puedo permitir. -¿Y puede permitirse que se sepa?
Corinne frunció el ceño.
-¿Es una amenaza, señor Burk? ¿Quiere decir que usted lo hará conocer?
-No soñaría en manchar su buen nombre -aseguró Jared.
-Pero usted siente que eso es lo que estoy haciendo Al venir aquí. -Y cuando él se encogió de hombros, ella prosiguió enojada:- Nadie me conoce aquí, señor Burk. Y si Alguien me conoce, no dirá nada por respeto a mi padre.
Pero corre usted el riesgo...
-Vengo aquí a jugar y también juego en este sentido. Además, no es asunto suyo, ¿verdad?
Jared asintió con un ligero cabeceo.

-No diré más, pero vuelvo a ofrecerle llevarla a casa -y cuando ella empezó a rehusar de nuevo, él añadió:Cuando yo me vaya, señorita Barrows, se verá usted rodeada por caballeros que desearán conocer a una mujer tan bella que suponen está sola. No es necesario que se someta usted a esto.
-Sé cuidarme-dijo ella, levantando Al aire la orgullosa nariz.
-Perdone, sólo supuse que no le gustaría que le prestaran ese tipo de atención. Tal vez me he equivocado. Era toTalmente enfurecedor.
-No me deleito aburriéndome, señor Burk. Sucede que creo que debo esperar a Russell.
-¿Por qué?-preguntó él significativamente-. Ni siquiera se ha dado cuenta de que usted lo está esperando. -Y después concedió graciosamente :- Aunque estoy seguro de que vendría en seguida si lo supiera-y ella supo que él no creía esto.
-¿Es acaso mi presencia lo que le impide aceptar mi oferta? -sugirió Jared con tono más suave-. Supongo que no tendrá miedo de volver a estar a solas conmigo, ¿no?
-¡Claro que no -¿Entonces ?
Corinne miró su vaso vacío. Más temprano se había convencido a sí misma de que no tenía nada que temer de este hombre... ¿Por qué vacilaba, pues?
-Bien -sonrió amable-. Déme usted unos minutos para que diga a Russell que me voy.
-Le parece realmente necesario ?
-Vamos, señor Burk -dijo Corinne bromeando un poco-, no querrá usted que mi novio vaya a creer que lo he abandonado -se inclinó más cerca de él y murmuró-: Podría creer que he ido arriba y armar toda una escena buscándome .
Corinne rió por lo bajo ante la expresión atónita en la cara de Jared antes de dirigirse a la mesa de Russell. ¡Que Jared Burk pensara lo que le diera la gana, a ella no le importaba su opinión! ¡Y había sido un placer tan grande escandAlizarlo, ver la expresión arrogante de su cara que desaparecía por un momento! Ahora se sentía mucho mejor.
Esperó pacientemente a que Russell terminara la mano antes de llamarle la atención. El dejó la mesa de mala gana, pero la siguió de todos modos.
-Russell, querido, no quise interrumpirte y sacarte del juego, pero no quise dejar de decirte que me voy. -¿Te vas? ¿Por qué?
-Perdí el dinero con cierta rapidez. Russell miró sus propias ganancias.
-No puedo irme aún, Corinne. Tengo buena suerte esta noche. Si necesitas más dinero...
-No, Russell, sabes que nunca te pido prestado. Además, estoy algo cansada. Y no es necesario que dejes la partida. El señor Burk se ha ofrecido a llevarme a casa.
-¿Burk está aquí? -Russell frunció el ceño, miró Alrededor de la habitación y vio a Jared esperando en el bar--. Ese hombre no me gusta, Corinne. Me parece quei es un tipo aventurero, o más bien un mercenario.
-No seas ridículo, Russell -se burló Corinne-. Puede dar la sensación de ser rudo, pero es perfectamente inofensivo. Y pronto será socio mío. Papá cree que nece sitamos su dinero, de modo que no puedo ser grosera con él, ¿verdad?
Russell volvió a mirar sus ganancias con una expresión de avaricia en sus oscuros ojos grises.
-Supongo que no. Pero ten cuidado, Corinne. -¿Qué quieres decir?
-Sé cómo flirteas cuando te da la gana. Pero, en tu caso, yo no jugaría con Jared Burk.
Ella ignoró el aviso. -Es estrictamente una relación de negocios, Russell, no más.

El cerrado carruaje en el que Corinne se encontró no era tan grande como el que había usado Jared para llevarla a almorzar, ni tampoco era tan cómodo. Corinne casi dijo una grosería cuando un desnivel en el camino casi la sacó del asiento.
-Debo disculparme por este vehículo -dijo Jared hablando desde el sombrío interior-. Pero fue el mejor que pude encontrar apresuradamente. Para decirle la verdad, no estaba seguro de que el cochero me esperara, aunque le pagué por hacerlo.
-Sería mejor que pensara en contratar un cochero -sugirió Corinne impulsiva-, es decir, si planea usted quedarse aquí mucho tiempo...
-No lo espero -replicó él.
-¿De manera que piensa invertir el dinero y marcharse disparado?
-Si quiere usted ponerlo tan bruTalmente, así es - contestó Jared sin vacilar.
-¿Y ya se ha decidido por nuestra empresa? Aunque, si prefiere usted no decirlo...
Jared sonrió, pero Corinne no pudo verlo en la oscuridad.
-¿Haría una buena inversión si lo hiciera?
-Seguramente -había orgullo en su voz-. Yo Misma he hecho con los años una fortuna, según me han dicho.
-¿No está enterada?
-Mi dinero está en un depósito, señor Burk, que dejó paca mí mi abuela. Contiene el dinero que me dejó, b además de todas las acciones que ella poseía en los asti-hatos. Pero lo controla mi padre hasta que me case.
-¿Con su aprobación? -Sí.
-Me parece que a usted no le gustan esas condiciooes -dijo Jared casualmente-. Lo digo porque compruebo cuánto ama usted ser independiente.
-No me molesta tener que contar con la aprobación mi padre para casarme-replicó Corinne-. Lo que me molesta es tener que esperar por mi dinero. Quiero decir, está todo ese dinero, y mi padre no me da bastante para mis necesidades.
-Me resulta difícil creerlo.
-El dinero que tengo para gastos sería suficiente ta la mayoría de las mujeres, pero no para mí.
-¿A causa de su afición al juego?
Corinne contuvo el Aliento. El era tan perceptivo que la aterraba.
-Simplemente quiero el control de mi dinero, señor Burk. ¿No le pasaría a usted lo mismo?
-Sí, pero cuando usted se case seguirá sin tener el control. Lo tendrá su marido.
Corinne rió por lo bajo. -No, no lo tendrá. -No entiendo.
-Es muy simple, señor Burk. Es uno de los arreglos a que hemos hecho con Russell. El entiende que yo no tolero las contenciones. Cuando me case, seré libre. -Comprendo.
Y Jared finalmente comprendió. En Russell Drayton habia encontrado el perfecto marido. Perfecto para ella. -Si sólo hace falta casarse para obtener lo que quiere
¿por qué no lo ha hecho aún? -preguntó Jared curiosamente, esperando que Corinne sisuiera hablando en este nivel personal sin entrar en sospecha-. ¿Acaso el señor Drayton teme enfrentarse a su imponente padre?
Corinne podía ver la cara de Jared sólo cuando el coche pasaba ante el parpadeo de un farol callejero. En aquel momento no pudo ver su expresión, pero no parecía tenderle un lazo.
-La verdad es, señor Burk, que Russell ha hablado con mi padre acerca de mí, pero mi padre le negó mi mano.
-Lo siento.
-No lo lamente. Mi padre cederá.

-No me ha dado la impresión de ser un hombre que cambie fácilmente de parecer- señaló Jared.
Jared había tocado una llaga viva. Y tenía razón. Samuel Barrows rara vez cambiaba de idea. Había puesto muy pocas restricciones en la vida de Corinne, pero, cuando lo hacía, nada lo obligaba a volver sobre su decisión. Pero este caso era distinto, se dijo Corinne. Simplemente tenía que darle tiempo.
--Cuando vea hasta qué punto estoy interesada en este casamiento aflojará-erijo con más confianza de la que sentía.
-¿Entonces quizás me invitará usted a la boda? -Si todavía está aquí -tüjo Corinne ligeramente. -Apropósito, hoy, o mejor dicho, ayer, olvidó usted su bolso. Si hubiera sabido que iba a volver a verla tan pronto lo hubiera traído conmigo.
-Temía haberlo perdido definitivamente -dijo Corinne Aliviada-. Mañana mandaré a Alguien a recogerlo a su hotel, si le parece conveniente.
-No es en modo Alguno necesario. Se lo devolveré cuando pase a buscarla para cenar.
-No he dicho que vaya a comer con usted, señor Burk -replicó picada Corinne.
Jared hizo una mueca de picardía.
-¿No es lo menos que puede usted hacer cuando dejé una racha de buenas ganancias para acompañarla a su casa?

Corinne rió, divertida con aquellas provocaciones. -Habla usted como si fuera un mártir. Pero yo no pedí sus servicios, recuerde. Lo cierto es que fue usted muy persísteme.
--Creo que soy un caballero en el fondo y no resista ver a una dama en apuros.
-¿Es que yo lo era?
-¿Acaso no era así? -replicó él.
-Está bien... cenaré con usted esta noche... si me dice por qué estaba en el club. No es precisamente un fugar público.
-Mi abogado me habló de él -dijo Jared tranquilamente-. Lo cierto es que, si éI no hubiera estado, probablemente yo no habría ido.
-¿Quiere usted decir que él estaba Allí y usted simplemente lo dejó?
El carruaje se detuvo justamente en aquel momento. -Volveré a buscarlo.
Corinne sonrió.
-Entonces de verdad siguió otro camino para acompañarme a casa, ¿no?
-He disfrutado de ello --dijo él casuAlmente y abrió la puerta. Y bajó en seguida, para ayudarla a ella a descender.
Súbitamente Corinne se síntíó extrañamente feliz. iEl se había tomado tanta molestia por ella!
La llevó tomada del codo hasta que ella llegó ante la puerta del frente de su casa. El Alba subía en el horizonte, pero Corinne estaba muy despierta.
-Voy a besarte, Corinne Barrows -dijo Jared bruscamente .
Antes que ella pudiera reaccionar, la tenía entre sus brazos. Fue un beso suave pero decidido y Corinne no tuvo voluntad para resistir más que un momento. El no la apretaba con fuerza contra él, como intentaba a veces Russell: pero la mantuvo con firmeza, para que no escapara.
La soltó.
-Antes de que me degüelles por haberme tomado esta libertad, debes saber que nada hubiera podido detenerme. Ni tú, ni mi voluntad. Sentí ganas de besarte y no pude evitarlo.
Corinne sonrió.

-Me desilusionas... Jared. No esperaba que te disculparas.
Lo dejó entonces, completamente sorprendido y agradado por su respuesta.

8

Corinne se precipitó en la sala.
-Bueno, aquí estás, padre. ¿Qué haces aquí, sentado en la oscuridad?
Samuel estaba tendido en un sillón grande y cómodo, con un coñac en la mano.
-El fuego da bastante luz y aquí es más tranquilo -contestó lanzando una mirada inquisitiva a su hija. ¿Estás ya vestida de gala? ¿Tienes Algún plan para esta noche?
Corinne fue a plantarse ante la chimenea, levantando un poco las faldas para calentarse las piernas. Las noches de septiembre eran demasiado frías. Tomó nota menTalmente para ponerse algo más abrigado aquella noche.
-Jared me ha invitado a un reciTal. Pronto vendrá a buscarme.
-¿Jared dices, así como así? -levantó la ceja-. Ignoraba que tu relación con el señor Burk se hubiera vueto tan íntima.
-No seas tonto -lo reprendió Corinne-. Simplemente me parece tonto llamarlo señor Burk tras haber salido con él más de una docena de veces en los últimos dos meses.
-No incluía las muchas otras que la había llevado al club de juego.- Nos gusta salir a comer, a almorzar, ir al teatro. Incluso me acompañó Al baile de los Compton, Al que no pudiste asistir por estar muy ocupado, y hemos ido también a las carreras.
-Bueno, bueno -musitó Samuel, fingiendo ignorar todos los movimientos de su hija. Estaba bien enterado de las salidas de ella con Burk.
-¿Y qué ha pasado con el señor Drayton? ¿Ya no figura en el cuadro?
Corinne se puso rígida.
-Russell tuvo que ir a Nueva York en pleno verano.
-¿Por negocios... o por placer?
-Ninguna de las dos cosas -exclamó Corinne-. La familia de su madre vive Allí. Su abuelo está enfermo y los médicos temen que no se recobre. Russell dice que es muy viejo. De todos modos es correcto que haya ido. -¿Y en su ausencia has recurrido Al señor Burk? preguntó Samuel, con intención.
-A veces puedes ser exasperante, papá -replicó Corinne-. Russell volverá en cualquier momento, y en su momento será mi marido. Simplemente no veo motivo para recluirme cuando él no está aquí.
Samuel frunció el ceño.
-¿No estás saliendo con Jared Burk porque necesites un acompañante, verdad Cori? No es hombre con quien se pueda jugar.
-Ya me lo han dicho antes -dijo ella riendo-. Pero no, papá. Jared está enterado de mis sentimientos hacia Russell, sabe que pienso casarme con él. Nos divertimos juntos, eso es todo. En verdad ha resultado bastante simpático
-No fue ésa tu opinión cuando lo conociste ---recordó Samuel.
-Las primeras impresiones no siempre son buenas. Me he equivocado con respecto a el, lo reconozco. -¿Existe Alguna posibilidad de que no te hayas equivocado del todo, Cori?
-¿Qué quieres decir?
-¿Estás segura de que Burk considera vuestra relación tan inocente como dices que es? -preguntó Samuel con tono grave.

Corinne se encogió de hombros rechazando aquella preocupación.
-Claro que es así. Oh, puedo flirtear y bromear con Jared, porque eso añade pimienta a nuestras salidas. La vida sería toTalmente aburrida si no se pudiera flirtear un poco. El sabe que no hay nada serio de mi parte.
-¿Te conoce tan bien? ¿Puedes tú decir lo mismo? ¿Te has enterado de algo acerca de él en esas inocentes salidas? ¿De dónde es exactamente? ¿Quién es su familia? No sé si proviene de una buena familia, ¿sabes?
-Se lo he preguntado, pero siempre elude las respuestas -replicó Corinne, y después hizo una mueca-. Creo que le gusta su papel de hombre misterioso.
-¿Y no sientes curiosidad?
-No especialmente, aunque parece que tú si la sientes dijo Corinne-. ¿Por qué no le has preguntado de dónde es?
-Lo he hecho. -¿Y?
-Y también elude las respuestas. Dice que no tiene importancia, que no tiene nada que ver con nuestros negocios. Y tiene razón.
-Bueno, si invierte contigo, tendrás todas las respuestas cuando él se váya de Boston. Tendrá que darte una dirección en la que pueda cobrar sus ganancias. -Entonces, lo sabré en cualquier momento. -¿Por qué?
-La semana pasada invirtió en nuestra empresa - contestó Samuel, divertido ante la sorpresa de su hija-. ¿No te lo dijo?
-No. No me ha dicho ni una sola palabra -dijo Corinne, súbitamente muy enojada-. ¿Por qué no me lo dijiste antes?
-Te he visto poco últimamente, mi querida. O bien yo estoy trabajando o bien tú te has metido en Alguna parte donde no se te puede encontrar.
-¿Entonces es tu socio? -dijo Corinne, más para si que para su padre. No entendía por qué Jared no le había dicho nada sobre ello.
-Si, es socio, no hay duda-dijo Samuel, con una
risita-. Ha invertido mucho más de lo que suponíamos, casi medio millón.
Corinne lanzó un lento silbido.
-¿No necesitabas tanto para la expansión, verdad?
-No, pero Burk insistió. No quiso ningún otro tipo de acuerdo.
-Yeso le da más acciones de las que pensabas que tuviera, ¿verdad?
-Sí. Ahora posee tantas acciones como el primo Elliot y yo. Si quisiera podría contabilizar nuestros votos Lo que haría que tu voto fuera el decisivo.
-Pero tú dispones de mi voto. -Así es --dijo Samuel, sonriendo.
Corinne contuvo el Aliento ante la expresión furt¡va de los ojos de su padre.
-¿No se lo has dicho, verdad?
Samuel meneó la cabeza lentamente, saboreando su buen juicio para los negocios.
--Se enterará en la primera reunión de la directiva... si está aquí para asistir a ella.
-¡Entonces lo has engañado?
-Apenas. Sabiamente me he callado Algunos hechos. ¿Crees que ignoro que te está cortejando? Si no te hubiera prestado tanta atención no habría sentido ta necesidad de ocultar esos hechos. Tal como están las cosas debo considerar todas las posibilidades, y una de ellas es que Tal vez espere apoderarse de la empresa. ¿Para qué hacer una inversión tan grande si no es para esto?
-Eso es ridículo -replicó Corinne dudosa-. ¿Qué entiende él de astilleros?
-¿Debo recordarte que no sabemos nada acerca de él, Cori? Si él no hubiera sido tan secreto, es probable que yo tampoco lo hubiera sido. Pero fuera de esto, sí su finten ción es controlar la empresa manipulándote a ti, entonces recibirá una gran

sorpresa, y es lo que se merece. Y si no tiene esos planes, entonces no importa cómo sea la cosa. -Jared no es tan tortuoso como supones -dijo enojada.
-No, probablemente no lo sea. Pero no hace daño tener cautela, El tiempo lo dirá.
-Sí, el tiempo demostrará que tu imaginación se ha vuelto loca -contestó ella.
-Lo defiendes mucho -observó Samuel-. Espero que no te engañes a ti misma acerca de tu relación con él, Cori. Es un hombre muy atractivo, del tipo que enamora fácilmente a las mujeres.
-Eso te gustaría, ¿no? -acusó Corinne, y sus ojos se oscurecieron bruscamente en un esmeralda profundo¡Es el tipo de hombre que tu aprobarías!
-Bueno, dudo de que te dejara correr libremente de la manera que yo lo he hecho -dijo Samuel riendo. -¡Es mejor que dejes de pensar en seguida en proyectos casamenteros! -exclamó Corinne con ardor-. ¡Me casaré con Russell!
-No mientras yo tenga algo que decir sobre el asunto -Samuel levantó la voz para ponerse a tono con la de ella.
Corinne le lanzó una mirada furiosa. El nunca iba a ceder, y ahora ella se daba cuenta, simplemente tendría que buscar otro novio. Pero no Jared Burk, decididamente no. Oh, es verdad que era encantador, hermoso y rico, y cuando la besaba, como lo había hecho muchas veces, ella sentía un estremecimiento en todo el cuerpo. Sin esfuerzo él aniquilaba su voluntad y, precisamente por esto, no le serviría como marido.
Está bien, padre -dijo Corinne fríamente-. Cuando Russell vuelva le diré que no volveremos a vernos. -Bien. ¿Tomarás por lo tanto en cuenta a Burk? - preguntó él, sin poder ocultar la luz esperanzada en sus ojos.
-¿Cómo puedes preguntarme eso cuando prácticamente lo has acusado de procurar apoderarse de nuestro astillero?

-No he dicho Tal cosa. He dicho que es soto una posibilidad, y no muy probable.
Ella le lanzó una mirada de furia.
-Pero dejarías que se casara conmigo, ¿verdad? -Sí, creo que sería un buen marido -dijo Samuel sinceramente.
-Pues yo no opino así. De todos modos se irá pronto -dijo, matando la esperanza de su padre. -¿Dónde está ahora? ¿No dijiste que vendría? Corinne miró el reloj sobre la chimenea y frunció el ceño.
-Se ha retrasado Samuel lanzó una risita.
-Bueno, bienvenido el cambio. Por una vez Alguien te hace esperar.
-¡Pues será la última vez! -replicó ella seca, y empezó a pasear por la habitación-. Después de esta noche no volveré a verlo.
-¿Porque se ha retrasado?
-No, porque no podré encontrar a mi futuro marido si Jared Burk me acapara todo el tiempo.
-Eres muy fría, hija-dijo Samuel desaprobando-. Compadezco Al hombre con quien finalmente te cases.

9

Jared se retrasó treinta minutos lo que puso a Corinne todavía de peor humor que la conversación tenida con su padre. Lo sAludó fríamente, y le habló muy poco en toda la velada, como no fuera para confirmar la promesa de que volvería a buscarla después de la medianoche. Jared no cuestionó su silencio, suponiendo que estaba

malhumorada a causa de su demora. Corinne dejó que pensara eso. Le explicaría más tarde, cuando la trajera a casa desde el club.
Corinne no estaba en verdad enojada con Jared, sino con su padre por su irrazonable terquedad. ¡Tanto tiempo perdido con Russell! Y ahora perdería tiempo en encontrar otro hombre adecuado a sus necesidades. Pero esperar otros dos años para recibir su dinero era todavía más insoportable.
Este problema no era el único, porque Jared planteaba otro. Ella no anhelaba decirle que no pensaba volver a verlo, y por qué. Detestaba tener que quebrar una rela ción, soportar las miradas heridas y las súplicas como había sucedido con William y Charles. No era de corazón tan frío corno para que estas escenas no la afectaran, aunque su voluntad era demasiado fuerte para dejar que la conmovieran.

Con Jared no se sentía tan culpable, porque ella no había instigado la relación, como con los otros. El era quien habla insistido en verla una y otra vez. NaturAlmente lo había usado como escolta, y él la había utilizado como diversión durante su estancia en Boston. De manera que él no tenía derecho a fastidiarse cuándo ella le hablara más tarde.
Corinne sintió más resentimiento contra Jared después de llegar aquella noche Al club. Cada vez que la traía aquí insistía en que jugara en su mesa para poder vigilarla. Y cada vez que jugaba con él, perdía. Era enfurecedor.
Esta noche no fue diferente. Hacía tres horas que estaban en el club. No estaba repleto porque era una noche de entre semana y muchos de los primeros jugadores se habían vuelto a sus casas hacía tiempo. Solo seguían ocupadas tres mesas. Corinne estaba a punto de levantarse. Nuevamente Jared le había ganado todo su dinero.
-Será mi última mano -anunció Corinne. -Creo que también la mía-dijo el hombre de pelo color arena que estaba sentado Al lado de Corinne. -Entonces es mejor que todos lo dejemos -respondió el único otro jugador que estaba junto a Jared. Jared inclinó la cabeza asintiendo y Corinne repartió las cartas de póker. Tenla bastantes fichas como para terminar la mano, siempre que no se elevaran las apuestas. Rogó que esta última mano la hiciera ganar. Era la última vez que venía aquí con Jared, la última ocasión de vencerlo... una vez, solo una vez era todo lo que pedía. Tendió lentamente sus cartas y contuvo el Aliento cuando la reina, el príncipe, el nueve y el ocho de picas aparecieron uno tras otro como para provocarla. Retorció lentamente la última carta, pero el corazón se le vino abajo cuando vio que era el tres de corazones. Pero todavía podía pedir nuevas cartas y aunque pudiera esperar una escAlera reAl, «color+ era también posible y no desdeñable.
Jared abrió las apuestas y Corinne y otro jugador respondieron. El otro jugador tomó tres cartas; Jared pidió dos, haciéndole suponer que contaba por lo tanto con tres buenas. Ella tomó su única carta y casi le dio miedo mirarla.

Jared apostó de nuevo, el límite de la mesa de ellos, cincuenta dólares, y Corinne levantó suavemente la carta pedida de la mesa y la tomó en la mano. No parpadeó Al ver el diez de picas. Escalera con reina, dos cartas por debajo del punto máximo, la mejor mano posible. ¡No podía creerlo! ¡Era la mejor mano que había tenido en su vida, y no contaba con dinero para apostar! Ni siquiera le bastaba, porque Jared había apostado el límite. Se preguntó furiosa si lo habría hecho a propósito, para no dejarla apostar.
-Es tu turno, Corinne -dijo Jared.

Ella lo miró helada y después se dirigió a los otros jugadores con una sonrisa hechicera.
-¿Les molestaría que me levantara de la mesa un momento antes de terminar esta mano? Sé que generalmentente no está permitido, pero es la última mano y quiero pensarlo bien.
Adelante -dijo el hombre que había dado las cartas.
-Tampoco me molesta a mí -dijo el otro hombre, tlaaádo las cartas.- De todos modos no voy a apostar. Corinne lanzó una mirada furiosa a Jared, desafiándolo a que objetara.
-¿Te molesta a ti?
-No creo que sea necesario pedir más dinero Al dueño, Corinne, ya que estamos en la última mano. ¿Por qué no abandonas también y terminamos la noche? -Prefiero terminar esto -dijo ella rígida-. ¿O temes que finalmente te gane?
El se encogió de hombros y se echó hacia atrás en el asiento.
-Está bien, esperaré, pero no te demores.
Ella dejó la mesa y volvió a los pocos minutos amargamente desilusionada. El dueño se había negado a concederle más crédito.
-¿Bueno? -interrogó Jared, Al ver la desolada expresión de ella.
Ella lo miró, dudosa.
¿Aceptarías un pagaré mío? Sabes que puedo responder.

Jared esperó unos minutos antes de contestar. -Si Tal es el caso, ¿por qué no elevamos el límite? -Como dices puedes responder, y ahora sólo quedamos nosotros dos.
Los otros dos jugadores se habían ido. Estaban solos y ella sintió ahora la antigua excitación del juego, que no había experimentado desde que había empezado a jugar con Jared. Iba a ganarle y por Altas apuestas.
-¿Cinco mil?-sugirió.
Ella notó la expresión sorprendida de él e hizo una mueca. Era más dinero del que ella podía pagar sin recurrir a su padre. Pero no tendría que hacerlo, porque iba a ganar la mano, y la iba a ganar en grande.
Jared asintió y sacó del bolsillo papel y lapicero. -Todavía no has firmado, Corinne.
Ella tomó el papel y firmó un pagaré cubriendo la apuesta y el aumento.
-Y cinco mil --dijo con confianza, segura más que nunca de ganar la mano.
Jared volvió a meter la mano en el bolsillo, sacó fajo de billetes y extrajo Algunos.
-Ahí tienes tus cinco mil -hizo una pausa y contó algún dinero-. Y cinco mil más.
Corinne estaba encantada. Agarró el papel para, igualar la apuesta y elevarla, pero Jared la detuvo. -No aceptó más pagarés, Corinne.
-¿Por qué no?
-Porque sé a quién deberás recurrir para hacer honor a la deuda, y no creo que eso le guste mucho a -Mi padre no lo sabrá jamás, Jared, porque no pienso perder.
-Este es un juego de azar, Corinne -la previno con tono moderado-.Sólo una mano es invencible, y posible que no la tengas.
-¿Temes acaso que pueda vencer a la suerte? vocó ella.
-¿Tan segura estás de tu mano? -Lo estoy.
-Es triste ya que no puedes permitirte apostar -dijo éI al descuido.
La rabia de ella esTalló.
-¿Por qué aceptaste entonces que elevara las apuestas, si no pensabas dejar que las cubriera?
El ignoró toTalmente el insulto.

-Fuiste tú quien dejó el pozo abierto para otra apuesta. También sugeriste un límite de cinco mil. No he aceptado más -le recordó casualmente.
-Quise decir por cada apuesta. -Pero yo no.
-Eres despreciable, Jared Burk –dijo ella con calor-. Es mejor que no vuelva a verte después de esta noche.
-Por cierto que te ofendes fácilmente, ¿verdad?dijo él con pesada ironía.
-¡Eso no tiene nada que ver! --exclamó ella, con expresión furiosa-.Iba a decírtelo cuando volviéramos a casa. No es nada en contra de ti... Al menos no lo era hasta ahora. Pero acabas de demostrar que estás por debajo de mí. ¡No volvería a verte aunque me lo suplicaras!
La sonrisa de él la consternó.
-Vamos, mujer, de verdad esperas que lo haga, ¿no es así? ¡Creo que nunca he conocido a Alguien más vanidoso en mi vida!
Corinne se puso intensamente roja, pero irguió la espalda y se levantó con dignidad.
-De manera que ahora me insultas. Bueno, no te oiré más,
Iba a levantarse para partir cuando Jared tendió el brazo por encima de la mesa y la tomó de la muñeca. -Siéntate, Corinne.
-¡No quiero!
-¡Siéntate! -ordenó él con una voz que ella no le había oído antes.
Lo hizo, pero primero liberó el brazo con un movimiento brusco. Y entonces esperó, los ojos como dos feroces esmeraldas mientras lo miraba.
Jared se recostó en su asiento, buscó en otro bolsillo y sacó varios pedacitos de papel blanco. Los arrojó por encima de la mesa a Corinne y enfrentó la mirada asesina de ella.
-Puesto que ninguno de los dos piensa volver a verse después de esta noche, podrías hacer honor a estos pagarés ahora mismo.
Ella tomó las notas y quedó sin Aliento Al reconocer su deuda Al club por dos mil dólares, pagaderos ahora a Jared Burk. Sus ojos acusadores se volvieron hacia él. -¿Cómo has conseguido esto?
-Comprándolos. -¿Por qué?
-Eso no importa. Lo que importa es que los estoy coleccionando, incluido el que acabas de firmar hace unos minutos. Siete mil, señora.
Dijo «señora» con Tal desdén que ella se estremeció. -¿Si mi deuda había sido pagada toTalmente por qué no quisieron darme más crédito esta noche? -Porque, cuando compré los pagarés les dije no era bueno arriesgarse contigo -dijo él suavemente, como si hiciera diariamente este tipo de cosas-. No costó mucho convencerlos, ya que no te habías presentado tú misma a reclamar los pagarés.
-¿Cómo te has atrevido?
-Creí hacerte un favor, ya que hubieran recurrido, pronto a tu padre para exigir el pago. Yo arreglaré la contigo, no con tu padre.
-¿Y puede saberse cómo esperas que te pague el noche, cuando sabes perfectamente que no tengo ya dinero encima?
-Pero tienes Algo que vender.
-¡De manera que mi padre tenía razón! Corinne con voz entrecortada-. Estás buscando el control del astillero. ¡Y pensar que hasta llegué a defenderte. Jared frunció el ceño. -¿Tu padre ha dicho eso?
-Claro que lo ha dicho. Me ha dicho esta noche que ibas a querer manipularme para obtener el control da empresa, y no se equivocaba.
-¿Y por eso decidiste no volver a verme?

-Sí -mintió ella, aceptando aquella excusa en lugar de procurar explicar la verdadera razón.
-Bueno, tu padre se ha equivocado, Corinne -mintió también Jared, con tono sorprendentemente suave-. Y eres injusta contigo misma Al creerlo.
-¿Qué quieres decir? -preguntó ella desconfiada. a -No pienso comprar tu voto. No es eso lo que quiero de ti.
-¿Qué es entonces? No tengo encima nada de vAlor. Los ojos de Jared eran inescrutables.
-Te tienes a ti misma y una hora de tu tiempo en las habitaciones de arriba.
Corinne no pudo menos de reír.
-No es posible que hables en serio. -Y, como él no dijo nada, se puso de pie de un sAlto, bullente de indignación.- ¡Nunca he sido tan insultada!
-¿Consideras que no vales siete mil dólares?-preguntó él con cAlma.
-¡Lo que valgo no está cuestionado! -dijo ella, tomándose a la mesa para contener el temblor de sus manos-. ¡Eres despreciable por sugerir siquiera esa forma de pago!
-Es la única Alternativa que tienes.
-Te daré mañana tu dinero, hasta el último centavo. Solo tendrás que esperar hasta entonces.
-No me importa esperar tanto.
-Y no pienso aceptar tus condiciones -exclamó ella desafiante-. Y no puedes hacer nada en ese sentido, ¿verdad, señor Burk?
Hubo un brillo malévolo en los ojos de él, un brillo que debió prevenirla.
-Por el contrario. Cobraré el pago en su toTalidad, te guste o no.
-No te atreverás -dijo ella tensa. Los otros jugadores presentes la protegerían si era necesario.
-¿Es un desafío?
Corinne vaciló Al enfrentar la expresión decidida de él.
-No, no lo es.

Dios, intentará cobrar, pensó ella atemorizada. Claro que Alguien lo detendría, pero se armaría Tal escándAlo que la cosa no quedaría en secreto. Los rumores correrí-an como locos por la ciudad.
-¿Por qué vacilas, Corinne? En efecto recibirás siete mil dólares por una hora de tu tiempo. No creo que haya muchas mujeres que puedan exigir ese precio -sus labios se curvaron ligeramente-. ¿O te molesta que te paguen por lo que generalmente das gratuitamente?
Ella contuvo el Aliento. ¿Era posible que pensara tan mal de ella? Bueno, le importaba un comino la opinión de él. No iba a acceder a sus demandas, de una u otra mane ra. Pero de verdad debía salir de esta situación sin provocar una escena embarazosa.
-Todavía no has contestado a mi apuesta-dijo con un tono engañosamente mimoso-Ni me has dado todavía una ocasión de juego -miró el pozo en el centro de la mesa y luego a las cartas que estaban ante ella, y sonrió hechicera-. Si aceptas conmigo una deuda de doce mil, y me permites que responda a tu apuesta, entonces Tal vez pueda aceptar tus condiciones.
-¿Las aceptas?
La sonrisa de ella se amplió, porque sabía que no podía perder.
-Aceptaré.
El se inclinó hacia adelante.

-Entonces no puede haber malentendidos esta vez y quiero que mis condiciones queden bien en claro. Si gano esta mano subirás conmigo una hora. Y no hablo de una hora de conversación, Corinne, sino de una hora de cama ¿Está claro?
Ella se irguió.
-No es neccsario que seas tan vulgar. He entendido lo que tienes en la mente.
-¿Y aceptas? -Sí, ¿y tú?
El asintió y ella mostró una mueca triunfAl. Dio la vuelta a las cartas con un movimiento rápido y esperó ansiosa la expresión de derrota de él. Pero no vino. En lugar de esto él le sonrió y meneó la cabeza.
-No es bastante buen juego, Corinne.
Ella miró fijamente sin poder creer las cartas que él mostraba. Una escAlera reAl de color, batiéndola por una carta. Era imposible.
Después enfrentó los ojos de él, mientras los de ella chispeaban asesinos.
-¡Has hecho trampa!
-¿Cómo puedes probarlo?-preguntó él, mientras guardaba en el bolsillo el dinero y los pagarés.
-Hiciste trampa, ¿verdad? ¡Cuando yo me fui de la mesa cambiaste las cartas! -lo acusó furiosa. -Repito: ¿cómo puedes probarlo, Corinne? -¡No tengo que probarlo... lo sé!
-Eso no cambia nada. Las cartas dicen que he ganado y ahora tendrás que pagar.
-¡Ni aunque te mueras!
Corinne aferró su bolso y salió de la habitación.
El oscuro vestíbulo fuera del salón de juego estaba vacío. Las escAleras que llevaban Al segundo piso estaban convenientemente a la derecha de la puerta de entrada, para que los no jugadores pudieran deslizarse arriba sin ser vistos. Corinne nunca había sido más consciente que ahora de esas escAleras. Se estremeció Al pasar ante ellas y Al oír la risa aguda de una mujer que provenía desde arriba, de un punto indeterminado.
¿No le convendría esconderse Allí y dejar que Jared la buscara inútilmente en la calle? Porque él iba a suponer que ella había salido. Pero no lograba decidirse a subir aquellas escAleras. Si pudiera convencer Al cochero de Jared para que la llevara a su casa, dejándolo a él en el club... Eso era mejor.
Corinne abrió la puerta de entrada, sólo para que la cerraran de golpe ante ella, sujeta por la gran mano de Jared. El brazo pasaba por encima del hombro de ella, y se volvió a mirarlo.
-Voy a chillar, Jared. ¡Lo haré! ¡No puedes impedir que salga de aquí!
-Sí, puedo -dijo el fríamente-. No sAldrás hasta que hayas pagado tu deuda.
-No iría arriba contigo aunque me fuera en ello la vida. ¡Déjame pasar!
Procuró apartarlo de la puerta, pero no logró moverlo. La dejó que lo intentara por un momento antes de tomarla en brazos y dirigirse a la escAlera.
-¡No! -gritó Corinne-. ¡No quiero!
-Ya no tienes elección-dijo él cuando llegaron arriba-. ¿Qué cuarto prefieres, mi querida? -provocó-. ¿Alguno que hayas ocupado antes? ¿O te harta sentir incó-moda?
El estómago de Corinne se contrajo de miedo. El largo corredor ante ella era oscuro, empapelado en azul oscuro, con una única lámpara en el extremo opuesto que daba una levísima manchita de luz.
-Nunca he estado antes aquí -murmuró Corinne, percibiendo el terror en su propia voz-. Tienes que creerme Jared.
El rió con crueldad y se dirigió por el corredor hacia la primera puerta abierta.

-Pero no esperas que te crea, ¿verdad?
-¿Qué he hecho para que pienses así? -preguntó
ella.
El entró en un cuarto decorado enteramente en verde, desde la Alfombra hasta los muebles y las sábanas de la gran cama. Todo era verde.
Jared cerró la puerta, pero no la puso a ella en el suelo. Los ojos brillaban en la confusa luz cuando la miraban. -El cuarto hace juego con tus ojos -se burló. -Hace dos meses que te estás burlando de mí, - prosiguió- Alguna vez tenías que pagar tas consecuencias. Generalmente no espero tanto.
-¡Nunca me he burlado de ti! El levantó las oscuras cejas.
-¿Niegas acaso haber flirteado descaradamente conmigo? ¿Niegas haberme devuelto de buena gana los besos que te he dado?
-Es posible que haya flirteado un poco, pero eso no significa nada ---dijo ella a la defensiva-. Creía que lo habías entendido. Y no te pedí que me besaras, ¿verdad'? -Pero no intentaste detenerme. Un hombre de verdad no se contenta solo con besos, señora -dijo Jared con desprecio.
-¡La mayoría se contenta!
-Pero no este hombre dijo él fríamente-. No, porque me has dejado esperar más.
La dejó en el suelo y se volvió para cerrar con llave. Mientras le daba la espalda, Corinne rápidamente abrió el bolso y extrajo el cuchillito que hacía tiempo él le había devuelto. Era la primera vez que iba a usarlo, en serio. Rogó recordar todo lo que Johnny Bixter le había enseñado cuando era solo una niña de diez años.
Jared se volvió bruscamente cuando la oyó sacar el cuchillo de la vaina. Rió de buena gana ante el cuadro que ella presentaba. Estaba vestida de terciopelo dorado, con botones de perlas y adornos de encaje. Su pelo rubio oscuro estaba peinado en lo Alto de la cabeza y sujeto con cintas de terciopelo dorado, y Algunos rizos escapaban junto a las sienes. En una mano sostenía el bolso, el cuchillo en la otra.
-¿Qué piensas hacer exactamente con ese bonito juguete? -preguntó él, riendo.
-Lo usaré si es necesario. Si te acercas lo haré. -¿Nadie te ha dicho que puedes lastimarte jugando con cuchillos?
-sucede que sé cómo usar éste. Si Alguien se lastima, ése serás tú -dijo, con más confianza de la que sentía-. Abre ahora la puerta.
El ignoró la exigencia y permaneció de pie, con las piernas abiertas, ante la puerta.
-Me he preguntado por qué llevabas un arma en el bolso. ¿Has sentido con frecuencia la necesidad de protegerte? ¿O es solamente conmigo que te niegas?
Ella le lanzó una mirada furiosa.
-¡Miraste, por lo tanto, en mi bolso antes de devolvérmelo! Un caballero no lo habría hecho.
Bueno, ambos sabemos que yo no lo soy, ¿verdad? -replicó él, y empezó a quitarse la chaqueta.

--¿Qué haces?-preguntó ella.
-Me preparo para reAlizar nuestro acuerdo --v;ontestó él ligeramente-. Después de todo, sólo apostaste una hora de tu tiempo, y el tiempo está corriendo.
-Maldición, ¿no has oído acaso lo que he dicho? No me tocarás. ¡Preferiría hacer el amor con el mismo diablo antes que contiáo!
-El diablo y yo estamos en buenas relaciones-dijo Jared fríamente-. Y estoy seguro de que no le importará.
-¡Te odio, Jared Burk!

-Eso no cambia nada. Vamos, pórtate bien y deja de fingir que nunca has hecho esto antes. Si cooperas te gustará la cosa tanto como a mí.
Antes de que ella pudiera contestar, Jared ie arrojó la chaqueta a la cara, tomándola de sorpresa. Y le aferró la muñeca antes de que ella pudiera librarse de la chaqueta. La atrajo contra su duro pecho, doblándole el brazo por la espalda y apretando hasta que ambos oyeron que el cuchillo caía Al suelo. El miró fijamente los asustados ojos de ella por unos momentos antes de apoyar salvajemente su boca en la de ella.
Corinne nunca había sido abrazada tan estrechamente. Su cuerpo se moldeaba Al cuerpo de él. Incluso con el dolor que sentía en el hombro, porque él no le había sol tado el brazo, su cuerpo se estremeció de sentimiento, gozó con esto.
Jared le soltó el brazo y retrocedió.
-Me deseas tanto como yo te deseo. ¿Por qué finges lo contrario?
Sus palabras fueron como una bofetada y Corinne se puso roja. El tenía razon. Ni siquiera había luchado para rechazar su beso, lo había devuelto de todo corazón. ¿Qué le pasaba?
Se retorció las manos. Dios, ¡tenía que lograr que la creyera!
-No puedo, Jared. No soy lo que crees que soy. Nunca he estado antes con un hombre... ;lo juro! ¡Puedo haber hecho Algunas locuras, pero no ésa!

-Mientes, Corinne. No eres más virgen que yo. -¿No te importa que diga la verdad? -exclamó ella-. ¿Estás tan interesado en tenernre que no quieres oír? Dios, eres el socio de mi padre... ms socio. ¿Crees acaso que podremos trabajar juntos después de esto?
-Esto no tiene nada que ver con los negocias. Estás pagando una deuda, Corinne. Eso es todo.
-¡Maldita sea tu Alma negra! -rugió ella-. No te debo nada -hacia olvidado su miedo.
-Ese es todo el asunto, ¿verdad, Corinne? -hizo una mueca sardónica-. Estás enfurecida porque crees que te hice trampa.
-La hiciste. Pero fuera de eso: no me entregaré a ningún hombre hasta que no me haya casado con él. Entonces no debiste haber accedido cuando estábamos abajo -replicó el, y tendió la mano hacía los botones del vestido de ella. Corinne le dio un golpe en la mano furiosamente y se inclinó para recoger el cuchillo, pero Jared le dio un puntapié poniéndolo fuera del Alcance de ella. La levantó y la arrojó sobre la cama con cierta rudeza.
Corinne empezó a gritar, pero Jared cayó sobre ella y le tapó la boca con la mano.
-No me hagas enojar -dijo con voz amenazadora-. Puedo ser muy cruel cuando me enojo. -Usó la mano libre para desgarrarle el vestido.- De nada servirá que grites que te están violando, porque a nadie aquí le importa eso. La opinión de la casa es que, si una dama viene aquí, no es una dama. Yo soy de la misma opinión, de manera que no me sigas probando la paciencia. ¿Está cla
Cuando Jared descubrió los firmes montículos de sus pechos, Algo de la friAldad desapareció de su voz. -Eres de verdad bella-murmuró-. Nunca he visto una piel tan suave, tan blanca_
Bajó la cabeza hacia los pechos de ella y besó los dos pezones, uno tras otro. Permaneció Allí un largo rato antes de volver a mirar los ojos dilatados y llenos de lágrimas de ella.

-No te haré daño, Corinne, si no peleas -dijo él casi con ternura-. Te lo prometo.

Retiró la mano de la boca de ella y se inclinó para besarla. La besó profundamente, procurando abrirle la boca con la lengua, pero ella no respondió. El se encogió de hombros, indiferente.
-Si quieres ser terca es cosa tuya, Corinne. Eso no me detendrá.
Corinne no quiso contestar. Tenía tanta vergüenza que hubiera deseado morir. No podía detenerlo. La lastimaría si lo intentaba, Tal como lo había dicho. Y él la vio laría de todos modos, ¿para qué pues sufrir más de lo que era necesario?
Rogó que terminara cuanto antes. Cuando la levantó para quitarle el resto de las ropas, no se resistió. Cuando le habló tiernamente, ella no lo escuchó. Cuando sus manos fuertes y poderosas la acariciaron con suavidad, no sintió nada fuera de la vergüenza.
Las lágrimas corrían en silencio desde el extremo de sus ojos firmemente cerrados. Y de pronto un dolor agudo, desgarrador la hizo dar un sAlto, y se mordió los labios para no gritar. El había prometido no hacerle daño, pero ella sabía que se lo iba a hacer. Florence no la había dejado crecer en una ignorancia toTal. Y ahora Jared Burk le había quitado su inocencia, la inocencia que siempre había esperado conservar para su marido. Se la había arrancado con fuerza de bruto. Corinne nunca había sentido tanto odio como el que sentía ahora por Jared.
El cuerpo agotado de Jared se hizo muy pesado, y Corinne adivinó que había terminado.
-Se ha cobrado usted en su toTalidad, señor Burk -dijo con voz apagada-. Si tiene la amabilidad de levantarse de encima de mi persona, me iré.
-En verdad eres una puta de sangre fría -gruñó él, y se levantó de la cama para vestirse.
-Ya he oído eso una vez esta noche, no es necesario repetirlo.
-Lo que necesitas es Alguien que te haga entrar en calor. Compadezco Al hombre con el que te cases, si es que tiene que aguantar esta clase de comedia en lá cama.
-No tendrá que aguantarla -replicó Corinne tensa, y se sentó en el borde de la cama, bAlanceándose un poco-. ¿Y qué sucederá si me quedo embarazada?
El se encogió de hombros.
-La posibilidad es de que no te quedes, ya que esto no se volverá a repetir. Pero es tu riesgo, no el mío. Es la consecuencia de ser mujer.
Jared terminó de vestirse y casuAlmente se dirigió Al otro lado de la cama para devolverle el vestido desgarrado. Corinne oyó de pronto que contenía el Aliento y se volvió a mirarlo. Siguió la mirada de él hasta el centro de la cama y la mancha de sangre que parecía negra contra la sábana verde.
-¿Qué pasa, señor Burk? -preguntó amargamente-. Parece usted sorprendido. ¿Ignoraba que las vírgenes sangraban?
Los ojos de él se enfrentaron a los de ella y eran de un gris brillante, casi sin traza de azul. Quedó mirándola largo rato.
Finalmente se dirigió a la puerta, apretando con fuerza las ropas de ella en una mano. Se volvió y la miró furioso desde el extremo del cuarto.
-Quédate ahí hasta que vuelva -dijo con rudeza-. ¿Me oyes?
-¿Adónde vas?
-Quédate ahí, Corinne -contestó él-. Volveré antes del mediodía.
-¡Antes del mediodía! dijo ella sin Aliento-. Casi está amaneciendo. Sabes que debo volver a casa antes del Alba para que no me echen de menos.
-Yo me ocuparé de eso. -¿Cómo?
Pero ya se había ido. Y se había llevado la ropa de ella. ¿Qué maldad estaría planeando ahora?

10

Con dos mantas enrolladas Alrededor de las piernas y una pesada capa sobre los hombros, Jared esperaba impaciente en el carruaje frente a la antigua mansión de piedra da en la calle Beacon. Amanecía y el frío de la noche otoñAl invadía sus huesos. Iban a pasar horas antes de que el sol disipara aquel frío infernAl.

Y también iba a pasar un rato antes de que fuera esto visitar a Samuel Barrows. El viejo debía de estar pía dormido en su lecho caliente, ignorante de las razas de su hija. Jared tenía bastantes cosas que decire iban a provocar su ira, y no convenía empeorar el ato despertándolo Al Alba.

¡Maldición! Desde ayer todo andaba mal. Y él había o que todo estaba marchando perfectamente. Con las as de Corinne en su poder y con una relación agraentre ambos, iba a ser un asunto simple impulsarla el lado de él. Después de todo, ella no estaba en estos momentos en buenas relaciones con su padre, que se había opuesto a su casamiento con Drayton. Fácilmente hubiera votado en el astillero junto con él, aunque no fuera más que por despecho, o esto era lo que Jared suponía.

Pero ella había mandado todos sus planes Al diablo Al informarle, distraídamente, que no pensaba volver a verlo. ¡Después de haber perdido dos meses sirviéndole de escolta en los bailes! Y, como si no bastara haber fracasado con ella, Samuel Barrows sospechaba de sus planes con respecto Al astillero.

Ahora Jared se sentía culpable... culpable y furioso. Aquella puta se merecía lo que le había pasado. ¿Para qué había fingido ser una mujer experimentada? ¡Una virgen... una maldita virgen! Había procurado decírselo, pero él no lo había creído, lo que empeoraba la cosa.

Jared ya no pudo esperar más. Si tenía que sacar a Barrows de la cama, tanto peor. Pero si seguía unos minutos más haciéndose recriminaciones iba a mandar todo Al diablo. No quedaba más que un camino -el último- aunque por cierto no lo deleitaba. Pero tenía que seguirlo 0 abandonar todo y volver a su patria. En aquel momento casi estaba dispuesto a partir.

Brock abrió la puerta Al oír la llamada de Jared, tras una breve espera. Jared ya estaba acostumbrado a aquel lacayo de cara agria, pero nunca lo había visto antes tan enfadado.

-Por cierto, señor--dijo Brock indignado-, ¿sabe usted qué hora es?

--Claro que lo sé -contestó Jared con impaciencia-. No estaría aquí si no se tratara de un asunto urgente. -Pero la señorita Corinne nunca se levanta tan temprano -replicó Brock, lanzando una mirada de reojo hacia las escAleras-. Y la doncella no permite que nadie la moleste.

Jared se preguntó si el lacayo creía que Corinne acababa de llegar a casa. Ella había dicho que los criados estaban enterados de sus escapadas. Es difícil ocultar las cosas a los criados por mucho tiempo.

-No quiero molestar a la señorita Barrows -dijo Jared divertido-. Quiero ver a su padre.

-Bueno, señor, eso es otra cosa. Es bastante irregular hacerlo a esta hora, pero sucede que el señor Barrows ya está en pie y vistiéndose en este momento. Si quiere esperar en el estudio, le informaré de su presencia.

Diez minutos después con una bienvenida taza de café en la mano, Jared se puso de pie para sAludar a Samuel Barrows, que entraba en el estudio.
-Tengo entendido que tiene usted prisa --dijo Samuel mientras se sentaba detrás del gran escritorio-. No imagino de qué se puede tratar, a menos que haya deci
dido usted terminar con su estancia en Boston. ¿Ha venido usted para concluir el negocio antes de partir, señor Burk?
-Esto no tiene nada que ver con los negocios - replicó Jared, preguntándose por dónde debía empezar. -¿Qué es eso tan importante, pues?
-He venido por su hija -Jared se precipitó de un sAlto en el corazón del asunto-. Quiero pedirle su aprobación para nuestro próximo matrimonio.
Samuel miró incrédulo a Jared durante varios minutos antes de exclamar:
-¡Dios me vAlga, muchacho! No se cómo se hacen las cosas en el lugar de donde usted viene, pero aquí estos asuntos los discutimos Generalmente a una hora más correcta.
-Pronto entenderá usted por qué no he podido esperar, señor Barrows. Pero primero quiero saber si podemos contar con su bendición.
-Por favor, señor Burk, no tenga tanta prisa - Samuel levantó la mano para apaciguarlo-. He tenido la impresión de que Corinne no se siente exactamente atra ída por usted. No quiero ofenderlo, pero Tal vez no esté usted enterado de que ella prefiere a los hombres que puede dominar. ¿Me he equivocado con respecto a usted? ¿Acaso a mi hija le parece que usted es... fácil de manipular?
-No.
-Bueno, entonces, ¿por qué está de acuerdo en casarse con usted?
-Todavía no se lo he preguntado. Samuel no pudo menos de reír.
-¿Y usted cree que ella le dirá que sí cuando lo haga?
-Lo hará, si se la convence como es debido. Y yo puedo ser persuasivo.
-No lo dudo, pero no es fácil convencer a Corinne. Sabe lo que espera de la vida y poseé una terca voluntad para conseguirlo. Y usted no es exactamente el tipo de hombre que ella está buscando.
-Quizás no -dijo Jared encogiéndose de hombros----. Pero soy el hombre con quien se va a casar. -Habla usted como si me estuviera informando, no pidiendo -observó Samuel levantando una ceja. -Así es. Prefiero contar con su aprobación, aunque no cambiará mucho.
Samuel rió, sus ojos pardos se iluminaron de placer. -Me gustan los hombres decididos, señor Burk. Debe usted amar mucho a mi hija.
Jared hizo una mueca. Había esperado evitar este aspecto de la cosa.
-Para ser sincero, señor Barrows, el amor no entra en la cosa. Su hija es extremadamente bella, como usted sabe, y es una mujer deseable, pero será una esposa difí cil. No necesito decirle hasta qué punto es liberAl su manera de pensar, porque no dudo que usted ya está enterado. Considera que el matrimonio es un billete para la libertad. No piensa en las responsabilidades que acarrea. Pero, guia-da, aprenderá.
Los sentimientos paternos de Samuel despertaron. Se irguió tieso, puso las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia adelante con un resplandor de furia en sus ojos pardos.
-Pongamos una cosa en claro, señor Burk. Usted no ama a mi hija y, en su opinión, ella no sería una buena esposa. Entonces, ¿por qué diablos me dice que se va a casar con ella?
Jared no vaciló.
-Es un asunto de honor, señor.

-¿Honor? ¿De qué diablos está hablando? --exclamó Samuel, toTalmente confundido.
-Antes de explicarle, le haré una pregunta: ¿está usted enterado de la pasión de su hija por el juego? ¿Sabe usted que ella sAle tarde de su casa todas las noches para frecuentar un establecimiento poco santo del otro lado del Charles?
-Sé todo lo que hace mi hija, incluido que usted ha sido su acompañante en estas tardías aventuras nocturnas desde que el debilucho de Drayton se fue de 1 a ciudad.
-Y si estaba enterado, ¿por qué no la impidió? - preguntó Jared.
-La única manera de hacerlo hubiera sido encerrándola en su cuarto. La chica es testaruda, y hará lo que quiere, no lo que yo le diga. Pensé que pronto iba a perder interés por el juego. Todavía creo que así será.
-¿Pero entretanto, no le importa que la vean en ese lugar?
-Claro que me importa. Pero no puedo impedirle que vaya.
-En verdad debió usted hacerlo, señor Barrows - dijo Jared ominosamente-. Ese lugar no es sólo una casa de juego. Cualquierra que vaya Allí sabe para qué se usa el segundo piso. ¿Lo sabía usted?
-Sí. -Samuel apartó la mirada, turbado.- Sí, sí, lo sé. Pero Corinne es una buena chica. En ese sentido no me preocupa.
-Tal vez usted supiera hasta qué punto ella era inocente-recAlcó Jared sardónico-. Pero yo no lo sabía. En mi opinión ninguna mujer decente podía concurrir a un lugar así.
-¡Vamos, vamos!
-Déjeme terminar. No es éste el único motivo por el que supuse... ciertas cosas acerca de ella. En caso de que no esté usted enterado, le diré que su hija es una coqueta enloquecida. Da la clara impresión de ser experimentada en todo. ¿Entiende lo que quiero decir, señor Barrows? Debido a sus coqueterías y a la infame casa de juego que frecuenta, yo no creí que fuera inocente, ni siquiera cuando me juró que lo era.
La cara de Samuel adquirió un rojo vivo. -¿Que le ha hecho usted a mi hija?
Jared sintió que cada músculo de su cuerpo estaba vivo. Se había colocado en una situación peligrosa. Pero iba a decir la verdad.
-Gané a Corinne una mano en el póker, en una partida en la que sólo participábamos nosotros dos. Los términos se establecieron de antemano. Ella estaba decidida
a aceptar la mano, pero no tenía dinero para hacerlo. Se apostó a sí misma.
-¡No lo creo! -gritó furioso Samuel.
-Estaba convencida de que iba a ganar, señor Barrows. De otro modo no hubiera aceptado el trato. Pero aceptó... y perdió. Y después se negó a pagar la deuda. Y yo no fui lo bastante gAlante como para aceptar su rechazo.
-¿Qué está usted diciendo, Burk? Si usted... -Violé a su hija-interrumpió Jared fríamente-. Lo siento, pero esto no Altera el hecho... la violé. Si hubiera tenido la menor duda acerca de la virginidad de ella no habría sucedido. Pero ella apostó su cuerpo. No creía que una virgen se atreviera a correr ese riesgo.
Samuel se dejó caer pesadamente en el asiento. -No sé qué decirle, Burk. Podría hacerlo meter en la cárcel, pero lo malo es que entiendo cómo sucedió. Dios, ¿ha sido mi hija tan tonta como para jugarse a sí misma en un juego de azar?
-Sí.
-Y ahora, ¿porque ella era virgen usted se siente obligado a casarse con ella?

-No me considero enteramente culpable de lo que sucedió. Pero, debido a la inocencia de ella, lo lamento. Me siento como un idiota por haberla juzgado incorrecta mente. Pero lo que ha pasado ha pasado. Ella ha pagado su error. Y ahora siento que el honor me exige pagar el mfo. Quiero tenerla a ella, señor Barrows. De hecho, insisto. -¿Y esto ha sucedido esta noche?
-Sí, ella no está lastimada, señor -se adelantó Jared-. Aunque no está muy contenta conmigo. Lo cierto es que la dejé enfurecida.
-¿La dejó? ¿Dónde?
-Todavía está Al otro lado del río en un cómodo dormitorio, probablemente dormida en este momento.
-Si no me equivoco, y la conozco bien, se presentará aquí como una tromba en cualquierr momento, pidiendo la cabeza de usted en un platillo.
-No lo creo. No le dejé mucha elección entre quedarse o salir. Traje sus ropas conmigo.
Samuel respiró profundamente. No podía culpar enteramente aJared. Corinne se lo había merecido. ¿Quién la conocía mejor que él? Y le había prevenido que no juga-ra con Jared Burk.
Se aclaró la garganta.
-Sinceramente, señor Burk, desearía que nada de esto hubiera pasado. Pero ha pasado, y por lo menos usted ha ofrecido hacerlo que corresponde con mi hija.
-¿Entonces aprueba usted el matrimonio? -Apruebo si Corinne da su consentimiento. Pero si ao quiere, y sinceramente no creo que quiera, entonces no se verá usted bajo ninguna obligación.
-Es muy caritativo de su parte dadas las circunstancias. Pero asentirá --dijo Jared confiado.
Samuel hizo una mueca.
-Si cree usted poder usar la fuerza para que se case ~ usted, es mejor que abandone el asunto. No permitíté que Corinne vuelva a ser forzada.
-Ni siquiera he pensado en eso, señor Barrows - ~plicó con suavidad Jared-. Le doy mi palabra. No mala Corinne en modo Alguno.
-Desearía poder confiar en que cumplirá usted con apalabra-dijo Samuel con expresión grave.
-Puede usted confiar.
-Bueno, entonces tiene usted mi permiso para proponerle el matrimonio. Y, cuando hable con ella, le ruego que no mencione que yo apruebo el casamiento. De echo es mejor que ella crea que ignoro lo que ha pasado. No quiero causarle más vergüenza.
-Entiendo -dijo Jared incómodo-. Pero temo que será necesario que lleve de aquí Algún vestido de ella. El que usaba... está dañado. Sabrá por lo tanto que he estado aquí.
-Samuel casi se enfureció de nuevo.
-No hay problema, señor Burk -dijo tenso-. Haga arreglar el vestido que tiene usted consigo. Encuentre una costurera que lo arregle, es muy simple. Y yo haré que mi lacayo olvide que usted nos ha visitado.

11

Corinne estaba dormida cuando regresó Jared. El sólo deseaba dormir a su vez un poco, pero todavía no podía hacerlo. Primero tenía que arreglar las cosas con Corinne.
Dejó las ropas de ella Al pie de la cama y la miró. El pelo rubio oscuro estaba suelto y yacía tendido sobre la Almohada en suaves ondas. Era largo y esplendoroso, como seda recien hilada.
En verdad era condenadamente hermosa. Si no fuera la hija de Barrows... Pero lo era, y Jared no podía permitirse olvidar esto. Para Jared ella era solo el medio de lograr un fin. Y, una vez conseguido este fin, no volvería a ver más a esta salvaje belleza de ojos verdes. Corinne, levántate dijo Jared suavemente, sacudiéndola por el hombro-. Tenemos que hablar.
-Vete -murmuró ella y hundió la cabeza en la Almohada.
-Vamos--dijo él con tono cariñoso-.Son casi las
diez.
Ella lo miró furiosa, y el sueño desapareció instantáneamante.
-¡Tú! ¡Has vuelto después de todo! El hizo una mueca.

-No creerías que iba a dejarte aqui, ¿verdad? -Sí --dijo ella con amargura, subiendo la sábana para cubrirse-. ¡No me extrañaría nada de ti!
-Fui a hacer componer tu vestido. Y necesitaba tiempo para pensar, para tomar decisiones.
-¿Acerca de qué?
-Acerca de anoche, Corinne...
-No quiero hablar de eso -interrumpió ella furiosa
-¡Quiero olvidarlo!
-No es tan sencillo. l -¿Que no lo es? Si desapareces de mi vida te olvi
daré fácilmente.
-Yo también quisiera olvidar, pero no puedo -replicó Jared-. Lo que hice es imperdonable.
-¿Acaso quieres decir que te arrepientes? -preguntó Corinne cáusticamente.
-Sí.
-¿No cree usted que es un poco tarde para arrepentimientos, señor Burk? El daño está hecho.
-No es demasiado tarde para repararlo.
-¿Eres acaso un mago? -preguntó ella con tono sarcástico-. ¿Puedes devolverme mi virginidad? -No, pero puedo hacer que no sigas sufriendo a causa de lo que te he hecho.
-¿Que no siga sufriendo? ¿Qué estás diciendo? - preguntó ella-. El único sufrimiento es el de estar conogo en la misma habitación.
-Desearía que te cAlmaras, Corinne, para poder hablar en serio.
-¿Y porqué me voy a cAlmar? -exclamó ella. -Porque tú eres tan culpable como yo por lo que ha pasado -dijo él agudamente, y bajó la voz antes de proseguir-. Estuve mal, Corinne, pero estaba enojado contigo por arrastrarme a hacer lo que hice. No debías haber actuado como actuaste si eras virgen.
Ella apartó la cara, incapaz de mirarlo a los ojos. Sabía que en parte ella era culpable.., lo sabía. Pero esto no disminuía el furor que sentía por haber sido usada tan bruTalmente.

-No debiste tratarme como a una ramera.
Jared se sentó en el borde de la cama, curiosamente conmovido por la dolorosa frase de ella. Tendió la mano hizo que girara la cara hasta enfrentarlo.
-Lo siento muchísimo, Corinne. No quise provorte tanto dolor -los ojos de él buscaron profundamenlos de ella-. De haber sabido que eras inocente, no te habría tocado. ¿Me crees, verdad?
-No lo sé --dijo ella débilmente. Y se formaron lagrimas que convirtieron sus ojos en estanques verdes. No sé qué debo creer de ti.
-No te reprocho que no confíes ahora en mí. Pero te juro que nunca volveré a hacerte daño, Corinne.
Vete, Jared -dijo ella empujándolo-. No quiero hablar más.
Sus palabras lo sorprendieron más de lo que esperaba. Eran las mismas palabras que su madre había dicho a su padre hacía tanto tiempo. El agudo recuerdo lo estremeció profundamente.
-Hablarás conmigo, Corinne. Tienes que hacerlo,por ti misma-y añadidio Tal vez esta noche haya sido concebido un niño. ¿Quieres correr sola ese riesgo?
-¿Qué quieres decir, Jared? -preguntó Corinne nada-. Dilo y termina de una vez.
-Quiero que te cases conmigo. Hubo un momento de silencio toTal.
-¿De verdad? -rió de buen humor-. ¿ReAlmente Díme por qué.
-Hablo en serio, Corinne.
-Y yo te pregunto por qué lo haces, Jared -dijo con friAldad-. No me amas. ¿Te sacrificas porque te consideras culpable?
-No creo sacrificar nada, sólo procuro solucionar problema que he creado -replicó él, conservando el tono tranquilo .
Pues yo no veo ningún problema. Lo pasado, pasado. No voy a suicidarme por lo que pasó anoche. Sobre~ no lo dudes.
-¿Y si tienes un hijo?

-Si sucede, lo daré a Alguien -dijo ella con dureza, con intención de que sus palabras lo hirieran-. Por cierto que no conservaré un hijo tuyo.
A Jared le rechinaron los dientes. Verdaderamente ella lo odiaba.
-No solo te ofrezco matrimonio, Corinne, sino también lo que quieres de la vida. Sé que amas a Russell Drayton, y también sé que tu padre no dejará que te cases con él. Pero, si te casas conmigo, no solo te protegerás en caso de Algún posible embarazo, sino que tendrás lo que buscas. Después de un tiempo razonable podrás divorciarte de mí y casarte con Drayton.Corinne empezó a explicar que, en su familia, no podía haber divorcios. No los aceptaban. Pero su curiosidad había sido avivada.
-¿Que quieres decir con eso de que obtendría lo que
quiero de la vida? - -Quieres la libertad, ¿verdad? -le recordó él-.
¿Quieres la independencia?
-¿Quieres decir que si me caso contigo no intentarás controlarme? ¿No establecerás reglas ni intentarás restringirme de Algún modo?
-Es exactamente lo que te estoy diciendo -replicó Jared, comprendiendo que finalmente la había conmovido.
-¿Y mi dinero? ¿Procurarás controlarlo?
-No necesito tu dinero, Corinne. Puedes hacer lo que te dé la gana con él.

Ella no podía creer que él fuera a darle exactamente lo que ella buscaba. Era demasiado bueno para ser verdad. ¿Por qué se mostraba tan amable, tan cooperador?
-¿Cómo confiar en ti? -preguntó escéptica. -Si quieres te firmaré un acuerdo escrito-ofreció él.
-¿Antes del casamiento?
-Sí.
Ella apartó la mirada.
-Lo que propones es muy tentador, Jared -reconoció Corinne después de un rato-. Pero dudo que quieras casarte conmigo cuando te diga mi última condición.Escucho
-Jared sonrió apenas, seguro de haber ganado.
-Lo de anoche fue muy humillante para mí. Hacer el amor me parece toTalmente repugnante. Si consiento en casarme contigo seré tu mujer sólo en apariencia.
-¿Quieres decir que tu lecho estará fuera de mi con Alcance?
-Sí.
Los músculos de la mandíbula de Jared se contrajeron. ¿Por qué le importaba aquello? De todos modos nunca podría llegar a amarla. ¿Por qué se sentía herido?
-Anoche no te diste oportunidad a ti misma, Corinne. Hacer el amor puede ser muy grato cuando ambos participan.
-No pienso dejarte que me demuestres eso, Jared -replicó ella con terquedad.
-Está bien -dijo él-.Siempre que no te moleste que me satisfaga en otra parte.
Corinne rió y esto aumentó el pesar de Jared.
-Me sorprenderfa que no lo hicieras. No, no me opongo.
Dios, en verdad le importo un comino, ¿no es así?
Jared controló la expresión de su cara.
-De todos modos habrá una noche... la noche de bodas... para consumar el matrimonio.
Corinne pensó un momento. Una noche más como la noche pasada. ¿Cómo podía repetirla? Pero aquí se le ofrecía todo lo que deseaba, sin tener que esperar dos años.
Podría soportar una sola noche...
-De acuerdo -dijo finalmente-. Ganas muy poco en el acuerdo, Jared. ¿Te parece que vAle la pena?Jared se relajó toTalmente. Ni una sola vez mencionó las acciones de ella en el astillero. No sabía cómo hubiera manejado el asunto si ella lo hubiera sacado a la luz.
-Mi parte del acuerdo no está tan mal, Corinne. Es Algo que hago para cAlmar mi conciencia. Sí, vAle la pena.Y además, no será por mucho tiempo. Cuando te divorcies seguiremos nuestras vidas por separado.
Los ojos de Corinne bailotearon de risa. El creía saber por qué ella estaba feliz, pero ignoraba el motivo verdadero.
No habrá divorcio, Jared Burk, pensó Corinne. El acuerdo será hasta que la muerte nos separe. Pero no se lo iba a decir ahora. ¡Dios, qué magnífica venganza!

12

Los bandos matrimoniAles fueran colocados en las paredes y la fecha de la boda fue fijada para el 10 de octubre, un domingo para el que fAltaban menos de cuatro semanas. Se enviaron inmediatamente invitaciones, y Corinne empezó las pruebas

de su vestido de boda. Sus dias estaban llenos con los preparativos y con las compras para el ajuar. Las cuatro semanas pasaron rápidamente.
En este tiempo vio poco a Jared, y tuvo pocas ocasiones para hablar can él. El le envió el acuerdo escrito que le había prometido, y esto borró toda huella de duda.
Su padre no estaba enterado del papel que garantizaba su independencia. De saberlo, nunca le hubiera dejado casarse con Jared. A veces Corinne se preguntaba por que su padre había accedido tan fácilmente, sin interrogarla acerca de su cambio con respecto a Jared. Pero en verdad que pensaba poco en ello.
En la última y agitada semana antes de la boda, solo ocurrió una cosa que perturbó a Corinne. Russetl regresó a Boston. Ya sabía que Jared lo había reemplazado, de mane ra que ella no tuvo que darle la noticia. Pero sí explicaciones.
Era media tarde cuando informaron a Corinne que Russetl la esperaba abajo, en la sala. Ella se había estado probando el vestido de boda terminado, que acababan de entregarle esa mañana, y estaba burbujeante porque el vestido era exquisito. Ahora su ánimo se enfrió.
Al ver la expresión de Corinne, Florence preguntó: -¿Creía que no iba a tener que enfrentar a ese pobre hombre?
-No, pero esperaba hacerlo siendo ya la señora de Jared Burk -replicó Corinne-. Vamos, ayúdame a cambiarme.
-Sería aun peor si no lo viera hasta después de la boda -dijo Florence mientras empezaba a desabrochar la espalda del vestido-. Ese hombre esperaba casarse con usted. Merece que se le diga por qué ha elegido a otro. -Ya lo sé, pero si estuviera ya casada y a salvo, Russell no intentaría hablarme del asunto.
Florence meneó la cabeza.
-Trata usted muy a la ligera los sentimientos de un hombre, Cori.
-Russell sabía que yo no lo amaba -dijo ella, a la defensiva.
-Sí, pero él la amaba.
-¿De qué lado estás, Florence? -preguntó Corinne con petulancia.
-De la suya, hijita. La conozco a usted desde que nació. Mi madre fue su niñera, y, cuando ella murió, usted pasó a mi cuidado. Usted ha sido como una hija para mí.
-Bueno, basta -dijo Corinne riendo-. No eres bastante vieja como para ser mi madre.
-Casi puedo serlo. Y cuando no pueda decirle lo que pienso, será hora de que me vaya.
-No seas tonta.
-Bueno, debe usted escuchar a Alguien, Cori. ¿Y quién más va a decirle que lo que está haciendo está mal? Nunca me ha gustado Russell Drayton, pero usted lo uti lizó. Eso fue terrible. Ahora usa usted Al señor Burk para lograr lo que desea, y no lo ama usted más de lo que amaba a Drayton.
-Jared lo sabe. Nuestro matrimonio es de conveniencia.

--Conveniente sólo para usted. ¡Por Dios, Cori! Me ha dicho usted que ni siquiera compartirán el mismo cuarto. ¿Qué va a obtener él de este matrimonio?
-Me ha poseído a mí -exclamó Corinne olvidando que Florence ignoraba que Jared la había violado. -¿La ha poseído? ¿Cómo que la ha poseído? ¿Qué es lo que me oculta usted, Corinne Barrows? -preguntó con gravedad Florence.
-Nada -dijo Corinne con una risa nerviosa-. Nada, de verdad.
No podía confesar aquello a Florence. Estaba demasiado avergonzada de la parte que había tenido en el asunto. Peor, nadie podría entender por qué aceptaba casarse con el hombre que la había violado. No, no podía explicar.

Cuando bajó encontró a Russell enfurecido, más enojado aun por haber tenido que esperar.
-¡Empezaba a pensar que tenías miedo de enfrentarme! -gritó Russell Al verla entrar.
Corinne ignoró la acusación y preguntó con suavi-¿Se ha curado tu abuelo, Russell?
-Murió. -Lo siento.
-No lo dudo -replicó Russell tajante-. ¡Del mismo modo que estoy seguro de que lamentas no haberme hecho saber que me habías dejado por otro en e 1 momenW en que te di la espalda!
-No estés amargado, Russell. Sabes que mi padre no hubiera permitido que nos casáramos.
-Dijiste que ibas a convencerlo - recordó él, y sus ojos azules chispeaban de furor.
-Lo intenté, pero no dio su brazo a torcer. -Sabes que habría esperado hasta que ya no necesitaras el permiso de él -dijo Russell, con un poco de menos dureza.
-Y tú sabías que yo no tenía intenciones de espen~ tanto -el enojo de Corinne aumentaba-. Sé razonable, Russell. Nunca he pretendida amarte. Eso te lo dije claramente. Fui sincera contigo desde el principio. Simplemente las cosas no han marchado como queríamos.
-¿Amas a Burk?
-No. He hecho con él el mismo pacto que contigo.
La única diferencia es que mi padre no se ha opuesto a Jared, Si te sirve de consuelo, Russell, te diré que Jared y yo estaremos casados sólo en teoría. de Russell levantó la ceja.
-Eso no figuraba en nuestro acuerdo,
-No, no figuraba.
-¿Cómo es posible que un hambre como Burk acepte condiciones tan grotescas?
-No creo que sean tan grotescas --Corinne rechazó indignada la pregunta.
-¿Y qué sacará Burk de todo esto?
-Una esposa nada más que por las apariencias - mintió Corinne-. Y eso es lo que desea.
-¿Es eso todo?
-Si.
Russell se burló:
-¡De manera que él te utiliza como tú lo utilizas a él! Se divertirá con las damas sin que quieran forzarlo Al matrimonio, ya que tendrá una mujer legAl. Muy bien pensado. El hombre de verdad es hábil, ¿no?
-Supongo que es eso lo que tiene en la mente - señAló Corinne con cierta irritación. No había pensado en los planes de Jared.
-¿Entonces seguiremos viéndonos después de que te hayas casado? Corinne frunció el ceño.
-No lo sé, Russell. El se acercó a ella y la agarró de los hombros.
-No me rechaces del todo, Corinne.
-Si sigues esperando que me enamore de ti, no lo esperes. Dudo poder entregar mi corazón Alguna vez, Russell. Tendría que depender entonces de Alguien, confiar. Pregiero confiar en mí misma. Puedo confiar en mí.
-No puedo abandonar la esperanza, Corinne, todavía no -la estrechó contra él y buscó sus labios para un largo beso-. No me lo pidas.
Corinne detestaba el tono suplicante de la voz, la expresión herida. Eran los hombres débiles los que no cedían graciosamente.

-Creo que podemos ser amigos -sugirió ella rápidamente-. Pero de verdad no puedo volver a verte hasta después del casamiento.
-Está bien, Corinne. Como tú quieras -asintió ansioso.
Russell, naturalmente, se sometía a todos sus deseos. Era una lástima que su padre lo hubiera rechazado. Por lo menos Russell le gustaba. Y era Algo que no podía decir de Jared Burk.

13

La mañana del 10 de octubre se inició con una llovizna neblinosa, que se convirtió en una tormenta de truenos hacia la mitad de la tarde. Desde la ventana de su cuarto Corinne miraba miserablemente hacia la calle empapada. Ríos de agua corrían por las Alcantarillas. El parque de enfrente estaba inundado.
Corinne miró a Florence por encima del hombro y preguntó sin ánimo:
-¿No es mal augurio que llueva en el día de la boda? Florence buscaba sobre la cómoda las horquillas incrustadas en perlas de Corinne. Se volvió articulando un sonido de desaprobación.
-Son tonterías supersticiosas. Y me parece además que la tormenta está pasando. Todavía sAldrá el sol antes de las cuatro de la tarde.
Corinne volvió a mirar el siniestro paisaje del parque.
-No pasará-suspiró y se apartó de la ventana-. ~ probablemente el peinado se me estropeará Al entrar y salir del coche. Por no hablar del vestido.
-Quizás podríamos ir antes a la iglesia y que usted se vistiera Allí -sugirió Florence.
-Sí, Tal vez -contestó Corinne automáticamente, sus pensamientos vagando ya hacia otras cosas. Desde el momento en que había despertado aquella mañana se había sentido asAltada por las dudas. De pronto volvió hacia su doncella unos ojos desmesurados, aterrados.
-Oh, Florence, ¿en qué me he metido?
-No me mire como si yo tuviera la respuesta--contestó austeramente Florence-. Debía usted haber pensado antes, hija mía.
-No conozco Al hombre con quien voy a casarme -prosiguió Corinne-. ¡Dios, todavía ignoro de dónde viene!
-¿Acaso importa?
-Y tampoco sé dónde vamos a vivir. No podemos vivir en el hotel donde se Aloja.
-Estoy segura de que él ha hecho Algunos planes, Cori -dijo Florence procurando animarla.
-Sería mejor que no los hubiera hecho. No sin mi aprobación -exclamó infantilmente-. Y si cree que voy a dejar Boston para ir a vivir Al lugar de donde proviene, bueno...
-No sé por qué no ha hablado de estas cosas con él. ¿En qué ha estado pensando?
-No se me había ocurrido hasta ahora-reconoció Corinne y después exclamó, en un esTallido de pánico:¡Oh Florence, no me casaré con él! ¡No puedo!
-Eso sería un escándAlo... que haría arder a todo Boston. «¡Corinne Barrows no se presentó en la iglesia!» -Pero...
-No hay peros -interrumpió Florence, aunque amablemente-. Está usted nerviosa, Cori. Les sucede a todas las novias. Este casamiento es lo que usted quería. Y tendrá un refinado y hermoso diablo como marido. -Lo de diablo es exacto.
-Vamos, por lo que he visto de Jared Burk, no es más que un gatito. Pero es encantador, hay que reconocerlo.

-Bueno, yo conozco otro lado de su carácter, Florence. Es como dos hombres enteramente distintos.

-¿A que se refiere usted?
-A nada-contestó Corinne con rapidez-. Deben de ser los nervios. Tai vez estoy preocupada por esta noche y lo que pasará después de la recepción.
-Oh, eso andará sobre ruedas -rió Florence-. Usted ya está enterada de cómo son las cosas porque yo se las he dicho, ya que su madre no estaba aquí para hacer lo. No es que lo hubiese hecho, teniendo la educación que tenía. ¡Dios, usted no se parece para nada a su madre! -La recuerdo muy poco -reflexionó Corinne, sintiendo que lentamente se iba relajando-.Sólo sé que ella y mi padre nunca se entendieron.
-Bueno, fue un matrimonio de conveniencia, como lo será el suyo.
-Ya lo sé --dijo Corinne y miró el reloj-. Es mejor que partamos sí es que voy a vestirme en la iglesia. Se lo diré a mi padre mientras preparas mis cosas. Y no olvides el collar de perlas de mi abuela. Hará juego con el encaje blanco del vestido.
-Lo sé, lo sé -sonrió Florence-. ¿Se siente ahora mejor?
-Sf, no sé qué me pasaba, pero ahora estoy muy bien. Terminemos de una vez con esta boda.
Detenido en el extremo de la calle, a unas pocas casas de la iglesia, había un carruaje antiguo tiradó por dos briosas yeguas. El coche estaba vacío y no miraba hacia la igle sia, pero un cochero pesadamente encapotado estaba en el asiento, y se volvía para mirar hacia la iglesia cada vez que se detenía Allí Algún carruaje.
Los truenos resonaban con frecuencia y los relámpagos iluminaban el cielo con oscuras nubes. Llovía a cántaros, pero el cochero no se refugiaba en el interior del coche.
Esperaba, esperaba un cache determinado, y el viajero que sAldría de él. Un rifle nuevo estaba apretado entre sus manos, oculto por la capa.

Jared estaba de mal humor. Fue a la iglesia con W illis Sherman, el abogado que le había recomendado Dougherty. Sherman sería su padrino, y estaba sentado frente a él en el coche. Jared ocultaba a Sherman su agitación.
¿Por qué mierda iba a casarse con la hija de Barrows? Cada vez que la miraba recordaba Al padre de ella y lo mucho que lo odiaba. Pero no sería por mucho tiempo, se dijo. En cuanto usara las acciones de Corinne para destruir la empresa, ella pediría el divorcio. Pero ¿cuánto tiempo demoraría esto? ¿Y vAlía la pena casarse con ella?
Ya había perdido mucho tiempo. Había dejado su patria hacía ya cinco meses. Pero Al menos nadie sabría allí que él se había casado y divorciado durante su viaje a Estados Unidos. Deseaba que todo hubiera pasado, y estar ya de regreso a su país.
El coche se detuvo y Jared esperó que los lacayos trajeran paraguas antes de bajar. Lindo día para casarse, pensó sombríamente. De pronto un trueno esTalló como un tiro, y pasaron unos segundos antes de que Jared se diera cuenta de que en verdad se trataba de un tiro. Y pronto vio un agujero en el coche en el punto en que había dado la bala, a escasos centímetros de él. Jared vio un coche que partía apresurado calle abajo.
-Extraño ruido de trueno -señAló Sherman, mientras seguía a Jared a la iglesia.
-Asi es --dijo Jared, y no comentó más.
Su instinto era seguir Al coche que huía. Pero Corinne no aguantaría tener que esperar ante el Altar. Estaba atónito, no tanto porque podían haberlo matado, sino porque no imaginaba que Alguien quisiera disparar contra él. No tenía enemigos en

Boston. Aquello no tenía sentido. Por este motivo decidió que el bAlazo no le estaba destinado. Probablemente se trataba de Algún loco suelto.
-Venga antes de que nos empapemos -urgió Willis-. Llueve a cántaros y estos paraguas no sirven de mucho.
Jared asintió y trepó apresurado los peldaños de la iglesia. Olvidó el tiro como Algo sin importancia. En el momento tenía que casarse.
Unos minutos después Samuel y Corinne Barrows, lentamente seguidos por Lauren, la doncella de honor, avanzaron por el centro de la iglesia. Jared esperó ante el Altar, con una expresión de impaciencia que puso más nerviosa a Corinne.
Estaba soberbiamente vestido con panTalones negros y una chaqueta blanca, muy formal, con solapas de terciopelo negro. Era extremadamente apuesto. Corinne no pudo menos de sentir cierto orgullo por esto. Lauren estaba feliz y también envidiosa. Y Cynthia se había negado a asistir a la boda. Se había hecho tantas ilusionts con Jared, que ni siquiera quería hablar con Corinne. Russell tampoco había venido. Pero muchos entre el grupo de amigos de ella y los amigos de su padre estaban presentes para desearle felicidad. Los invitados estaban vestidos con lujo y llamativamente.
Samuel le apretó el brazo para tranquilizarla, pero su presencia no logró evitar el pánico. Le sudaban las manos. El corazón le latía tan furiosamente que podía oír lo por encima de la música y del estruendo de la lluvia afuera.
Cuando Jared le tomó la mano, comprendió que él iba a sentir la humedad helada que la embargaba. Iba a darse cuenta hasta qué punto estaba asustada. Cuando le son rió, ella se ruborizó intensamente bajo el velo. No podía saber que, pese a sí mismo, él la estaba admirando. Con el vestido de seda blanco cubierto de encaje y el velo que le llegaba hasta los pies, estaba más bonita que ninguna mujer que él hubiera visto jamás. Qué treta de la naturAleza, pensó Jared, que Alguien tan descorazonado como Corinne Barrows fuera tan semejante a un ángel. Su pelo rubio oscuro estaba peinado en Alto y sujeto con perlas, y cubierto luego por el velo. Llevaba flores de otoño de Nueva Inglaterra, los crisantemos profundamente rojos y amarillos haciendo perfecto juego con su precioso pelo. Jared sacudió el ensueño cuando el ministro inició la ceremonia. El flaco anciano con ropajes blancos inició la tradicionAl ceremonia de la boda, pero Jared apenas prestó atención, y Corinne tampoco oyó lo que decía. Acababa de darse cuenta de que estaba toTalmente sola, y que probablemente iba a seguir estándolo. A partir de hoy su padre só una no iba a desempeñar un gran papel en su vida, y Jared había a las es prometido no interferir para nada en esa vida. Había firmado un papel aceptando esto. De hecho le había hecho afirmar que ella le importaba un comino. Y no le importaba. Sólo contaba consigo misma a partir de ahora.
-Os declaro marido y mujer.
Corinne contuvo el Aliento. Ya na podía huir. Había terminado. Había dado el «sí» sin darse cuenta. Quedó petrificada cuando Jared le levantó el velo y tocó sus labios helados con los de el.
-Sonría, señora Burk -murmuró cuando la tomaba del brazo para escoltarla por el centro de la iglesia-.
Se supone que es un acontecimiento feliz.
Ella forzó una sonrisa para beneficio de los invitados, y pronto se perdió en un torbellino de felicitaciones.
Pasó de uno a otro hombre para el tradicionAl beso de la novia. Jared logró extraerla de la multitud y sacarla de la iglesia. Corrieron hacia el coche que debía llevarlos Al estudio del fotógrafo y luego a su casa, para la recepción.

En el coche, evitando las miradas de Jared, Corinne, seguía repitiéndose: «Está hecho, está hecho». Tenía su certificado de matrimonio, que había firmado sin mirar. Y en su casa estaba el documento que haría que Jared respetara sus promesas. Todo marcharía bien. Simplemente tenía que soportar esta noche.
Se sentó para las fotos con una aparente cAlma exterior. Jared ya no parecía impaciente. Las fotografías fueron tomadas rápidamente y salieron. Apenas habían intercambiado una docena de palabras entre ellos.
La recepción estaba en su apogeo cuando llegaron a la mansión de los Barrows. Nuevamente fueron bombardeados con felicitaciones por una multitud jubilosa. La fies ta era Alegre. Samuel Barrows había pedido los mejores bocadillos extranjeros y el charnpagne más caro. La sociedad de Boston siempre se sAltaba en una fiesta de boda. Se hicieron frecuentes brindis y Corinne rara vez estuvo sin una copa en la mano. Peco, mucho antes de lo que esperaba, Jared sugirió que se fueran. Corinne rehusó una y otra vez, pero finalmente Jared la acorraló junto a las escAleras.
-Sube a cambiarte, Corinne.
Había una nota decidida en su voz, pero ella todavía no estaba lo bastante borracha como para seguirlo.
-¿No podemos quedarnos aquí esta noche?
-¿Bajo el techo de tu padre? Difícil -replicó burlon-.Pasaremos nuestra breve luna de miel en mi hotel. -Todavía no, Jared. Es aún temprano.
El la agarró del codo y el apretón fue extrañamente duro.
-Me doy cuenta de lo que quieres hacer, Corinne. pero no lo lograrás. Esta noche es mía y quiero que ambos la disfrutemos.
-¡Tú podrás disfrutarla todo lo que quieras, pero seguramente yo no disfrutaré! -susurró ella furiosa Al ver gue él habia descubierto su plan.
-Yo no estaría tan seguro -dijo él con una sonrisa diabólica que la hizo estremecerse.
-Todavía no quiero ir, Jared -intentó hacer una muequita mimosa, pero la cosa no resultó.
-Te llevaré yo mismo arriba, Corinne, si es necesario -la previno él-. Y si no has bajado dentro de veinte minutos, entonces...
Está bien -le lanzó una mirada furiosa antes de subir corriendo.
Florence la esperaba.
Un vestido color borgoña y una capa yacían sobre la cama.
-Acabo de sacar sus ropas. No creía que subiera tan pronto.
-Tampoco lo creía yo -replicó enojada Corinne. -Las otras cosas necesarias ya han sido enviadas al Hotel.
-¿Por orden de quién? -El señor Burk lo mandó. -¿Estabas enterada de esto? -Vamos, Cori. No pensaría usted pasar la noche de bodas en su propia casa, ¿verdad? -respondió Florence. -No me gusta que arreglen las cosas para mi sin que me entere.
-Bueno, si se hubiera usted tomado tiempo para discutir con su marido antes de hoy, ahora no la habria tomado de sorpresa.
-¿Mi marido'? Bueno, ya que hablamos de él, es mejor que nos apuremos. Tuvo el coraje de decirme que vendría aquí a buscarme si me demoraba mucho.
Florence lanzó una risita.
-Está impaciente, ¿no?
-Tendrá esta noche... ¡y nunca obtendrá de mí nada más!
El viaje Al hotel se reAlizó en medio de un silencio toTal. Corinne sentía la cabeza Algo liviana por el champague que había bebido, pero la embriaguez estaba

desvaneciéndose lentamente debido a su enojo y, tenía que reconocerlo, a su miedo. Había esperado no tener que ser consciente ni un solo minuto de la prueba a la que la forzaba Jared.
La suite que él ocupaba en el hotel era amplia y lujosa, una de las mejores que podía ofrecer la dirección. Había una sala color borgoña y oro con un bAlcón que miraba sobre la ciudad, y un dormitorio oculto por puertas dobles.
Ella miró alarmada aquellas puertas, mientras Jared la ayudaba a quitarse la capa y la arrojaba sobre el sofá. Después vio sobre la mesa un cubito donde se enfriaba una botella de champagne.
Mirando hacia la botella, Corinne sonrió.
-Todavía no hemos brindado entre nosotros.
-No seas hipócrita, Corinne.
-¡Por Dios! -exclamó ella-. ¡Una copa más no me hará caer dormida!
El se acercó a ella. Le levantó el mentón y miró en aquellos ojos verde oscuro.
-Está bien, vete a cambiar mientras lleno las copas.
Ella se apartó de él. -¿No podemos esperar un rato más?
-No.
-Por favor, Jared.
El la agarró de los hombros y la obligó a que volviera a mirarlo.
-La mala gana no figuraba en el acuerdo, Corinne -dijo con voz sorprendentemente suave-. ¿Por qué me regateas esta noche? No volveré a dañarte, te lo prometo.
Corinne comprendió que se estaba comportando de manera irrazonable. Ella había exigido mucho, y esto era lo único que él pedía en cambio.
-Lo siento – dijo Corinne débilmente, bajando los ojos-. Creo que... simplemente estoy asustada.
El la estrechó entre sus brazos y la sostuvo dulcemente unos momentos antes de hablar.
-Ya lo sé. Pero no tienes nada que temer de mí. - Levantó la cara de ella hacia sí y la besó con ternura-. Esta noche no será como la anterior, Corinne. No estoy enojado contigo y te prometo no perder la paciencia, de manera que no hay motivo para que tengas miedo. Hablaba con tanta suavidad que ella casi confió en él. Casi. Recordó las sensaciones que la habían recorrido antes, cuando él la besaba. Era posible que después de todo disfrutara de esta noche.
-No tardaré -dijo con timidez y se dirigió Al dormitorio.
Jared sonrió cuando ella cerró las puertas tras de sí. Era muy fácil manejar a Corinne cuando hacía el esfuerzo. Y esta noche iba a darle Algo para recordar, Algo que le iba a hacer desear no haber exigido cuartos separados. Corinne encontró su maletín de viaje abierto Al pie de la cama. Sacó el camisón y la bata que había comprado para esta noche. Eran de un encaje verde pálido sobre seda esmeralda oscuro. El conjunto no era abiertamente sensuAl, pero sí provocativo, con las caídas que marcaban el cuerpo en profundos pliegues. Las mangas eran largas y vaporosas, y el escote de atrás bajaba tanto como el delantero. Botones de perlas sujetaban la bata desde el ruedo hasta el escote.
Se puso la bata y empezó a quitarse las horquillas de perlas del pelo. No había aún terminado cuando Jared entró en el cuarto, con dos copas de champagne hábilmente equilibradas en una mano, mientras abría la puerta. Se había quitado la casaca y la corbata, y la camisa blanca con volantes estaba abierta hasta la cintura, mostrando un pecho cubierto de rizado pelo negro.
-Prosigue con lo que estabas haciendo --dijo, mientras le tendía una de las copas de largo pie. -Sus ojos la recorrieron apreciativamente antes de proseguir:-Quería

encender el fuego para calentar esta habitación. El clima de Boston es más frío de lo que estoy acostumbrado. Corinne bebió un sorbo de champagne, después dejó la copa y empezó a peinarse. Lo miró a hurtadillas cuando él se dirigía a la chimenea. De manera que estaba acostumbrado a un clima cálido. Naturalmente, ¿cómo iba a estar si no tan tostado?
-¿Exactamente de dónde vienes, Jared?-Vio que la espalda se ponía tiesa Al oír la pregunta.- ¿No te parece que ya es hora de que contestes a eso?
-Simplemente no es importante --contestó él sin mirarla.
Ella sonrió hechicera.
-Tal vez no, pero sería una satisfacción para mi curiosidad.
-Me he criado en una isla del Pacífico, Corinne. Ella quedó genuinamente sorprendida. ¿Por qué había supuesto que él provenía del Oeste?
-¿Cómo se llama?
-Oahu -dijo él sinceramente, omitiendo el nombre de la cadena de islas.
-Nunca la he oído nombrar.
-Lo suponía-contestó él, en el momento en que el fuego empezaba a chisporrotear. Se volvió y le sonrió-. Y ahora basta de preguntas.
-Una más -dijo ella mimosa.
El se encogió de hombros y empezó a quitarse la camisa.
-Adelante.
Corinne se volvió rápidamente, turbada Al verlo desvestirse.
-¿Qué haces Allí? -Construyo casas.
Nuevamente ella quedó sorprendida. No lo imaginaba como un constructor. Lo veía como un hacendado o un dueño de minas, incluso como a un jugador... ¡jugaba tan bien! Pero ciertamente no lo veía como constructor. -¿Tienes Allí un negocio?
-Sí.
-¿Y piensas regresar Allí?
-Creí que sólo ibas a hacer una pregunta más -le recordó él.
-¿Piensas hacerlo, Jared? -persistió ella. El suspiró.
-Oportunamente.
Ella se volvió cuando él se quitó el resto de la ropa. Verdaderamente iban a vivir vidas separadas, pensó Corinne. Separadas por miles de kilómetros de distancia, por que ella no iba a vivir en una oscura isla. Pero no tuvo más tiempo para pensar, porque Jared se le acercó por detrás y sus labios buscaron la dulzura de su nuca.
Corinne se pegó contra él, moldeándose a su cuerpo, disfrutando de la excitación de sentirlo. Cuando la boca de él avanzó hacia la zona sensible de su oreja, ella ardió de placer. No protestó cuando los dedos de él desabrocharon los boiones hasta la cintura y la bata cayó a sus pies. El calor del fuego llegó hasta ellos, pero Corinne sintió un calor diferente cuando Jared la hizo girar entre sus brazos y la besó ávidamente. Quedó atónita ante la dura virilidad de él que se apretaba contra ella, y vaciló sólo un momento hasta volverse y enfrentarlo, echarle los brazos Al cuello y devolver con abandono sus besos.
Corinne nunca había sentido unas sensaciones tan estremecedoras como las de ahora, con su cuerpo pegado Al de él. Sintió verdadera frustración cuando él la soltó. Le tomó la mano y la llevó a sus labios, y sus ojos grises azulados miraron profundamente en los oscuros ojos verdes. Después la condujo hasta el gran lecho y suavemente hizo que se tendiera en él. Por primera vez ella lo vio completamente, y quedó sorprendida ante lo que veía: Todo el poder y la fuerza de él estaban Allí para ser vistos por ella, en las largas piernas, los duros músculos Alrededor del

pecho y los brazos, la gracia animal. Era un hombre soberbio, recio, duro, y la estremecía sólo mirarlo.
Cuando descubrió que él le sonreía, se ruborizó intensamente. ¿Acaso había percibido él su admiración? -No... no quería mirar -tartamudeó ella, y se sintió otra vez avergonzada.
-¿Nunca habías visto antes a un hombre? -preguntó él suavemente.
-No.
-Pero debías de haberme visto cuando...
-No, no vi --dijo ella con rapidez-,tenía los ojos cerrados.
Dios, aunque él la había poseído una vez verdaderamente era virgen. Jared rió bondadosamente, y se tendió junto a ella.
-Eres tan inocente, Kolina, tan realmente inocente -dijo mientras le besaba la cara-. Y tan bella, tan exquisitamente suave y sensual.
Sus ojos recorrieron lentamente las ondas de pelo dorado, a lo largo de todo el flexible cuerpo. Sus manos lo recorrieron, después sus labios. Corinne empezó a olvi dar la vergüenza Al sentir cada parte de su cuerpo explorada y gozada. ¿Había él hecho esto con frecuencia? Pensaría en ello otra vez. Ahora todo era distinto.
Cuando él le abrió las piernas y trepó sobre ella, ella ya lo esperaba. Los labios de él buscaron los de ella otra vez antes de penetrarla, y el beso la dejó temblando. -¿Sabes cuánto te deseo, Corinne?
Ella miró sus ojos gris azulado, semicerrados y nebulosos, y supo.
-Sí.
-¿Y tú me deseas?
Ella no sintió vergüenza Al responder: -Oh, sí, Jared.
¿Ahora? -¡Sí, ahora! Hundió los dedos en el tupido pelo negro y atrajo los labios de él sobre los suyos, besándolo con una pasión que ignoraba poseer. Al mismo tiempo, la parte superior del órgano de él buscaba la entrada, la encontraba y se deslizó suavemente en ella, más profundamente, hasta que sintió que todo él pAlpitaba dentro de ella. Fue exquisitamente, tierno Al principio, moviéndose lentamente, dándole tiempo para saborear cada sensación hasta el máximo. Fue ella quien apresuró el ritmo cuando un dulce éxtasis recorrió súbitamente todo su cuerpo. Enfrentó cada envión de él con salvaje furor, sintiendo que aquello era la cumbre del deleite, pero había más, y contuvo el Aliento a medida que la sensación se intensificada. Y demasiado pronto los últimos enviones la sumergieron en el más glorioso pAlpitar de deleite imaginable.
Algún tiempo después, Corinne volvió flotando a la reAlidad. ¡Pensar que había contemplado con terror la perspectiva de aquella magnífica experiencia! ¡Qué tonta había sido! ¡Pero Florence no le había dicho que iba a ser asi! Y Dios mío, ¡había hecho prometer aJared que no volvería a pasar!
Corinne abrió los ojos para mirar los de Jared. El parecía tan atónito como ella.
-¿Es siempre así? -preguntó ella soñadora, recorriendo con los dedos el pelo de él. Se sentía tan bien que no deseaba tener que moverse nunca más.
-No, amor-contestó él rudamente-. Depende de la pareja, si la pasión es igual.
-La nuestra lo ha sido, ¿no? -dijo ella sonriendo. El la besó muy suavemente en los labios. -Perfectamente -asintió .
Jared no quería reconocer que nunca había vivido algo mejor. No podía creer lo que había pasado. Nunca se le había entregado antes una mujer con tanta pasión. Oh, había conocido salvajes encuentros de la carne, pero ninguno tan satisfactorio. ¿Por qué tenía que ser esta mujer la que incendiaba su sangre y tenía poder para hacer que la deseara otra vez, incluso ahora?

-Oh, Jared. -Restregó la cara contra el cuello de él y lo oyó gruñir.- Me ha gustado mucho, ¿y a ti?
El le tomó la cara con ambas manos y sonrió también.
-¿Estás buscando cumplidos?
-Creo que sí -dijo ella con una risita. -Estuviste magnífica, Kolina, pero supongo que ya lo sabes.
-¿Kolina? Ya me has llamado así antes. ¿Qué significa?
-Es tu nombre en mi idioma.
-Ah--dijo ella desilusionada. Había esperado que fuera una palabra de cariño.
Jared empezó a besarla de nuevo. Tal vez no iba a tener que decirle que había sido una tonta Al exigir cuartos separados. Tal vez él lo sabía y arreglaría las cosas. Y si empezaba a moverse en ella, estaba segura de que también él iba a querer más y más.

14

-¿Estás despierta, Corinne?
Ella se dio la vuelta bajo las sábanas, dormida a medias, y encontró el espacio a su lado vacío. Miró Alrededor de la habitación hasta que vio a Jared de pie junto a la chimenea. Se había puesto una bata negra y tenía una copa de champagne en la mano.
Corinne frunció el ceño.
-¿No piensas dormir esta noche?
-Un hombre no se casa todos los días -respondió él como Al descuido-. Estoy demasiado excitado para poder dormir.
Ella hizo una mueca traviesa. -Entonces quieres...
-No puedo tanto en tan corto tiempo, Corinne. -¿Te he agotado acaso? -lo provocó ella. -Por el momento, sí.
-Bueno, vuelve a la cama y te haré sentir diferente.
-Dios mío, eres insaciable-exclamó él incrédulo y meneó la cabeza-. Ahora quiero hablar.
-Yo no -dijo ella con una muequita y se tendió boca abajo.

Jared se precipitó sobre la cama y se sentó junto a ella.
-Tranquilízame -díijo, pasando una mano sobre tas nalgas de ella-. ¿Cuándo es la próxima reunión de la dirección, Corinne?
-¿Por qué demonios quieres saber eso ahora? - preguntá ella desde la Almohada, sin mirarlo.
-Es un asunto que me importa.
-No lo sé, Jared. Nunca asisto a las reuniones. -¿Por qué no? -Su mano recorrió la espalda de ella, y después se dirigió hacia los muslos. Eres la accionista más importante. ¿No tienes interés por la empres -¿Por qué voy a tenerlo? Mi padre no me deja votar para que pierda mis acciones.
-Pero ahora estás casada -le recordó él-. El no controla tu parte.
-No controla mi dinero, pero todavía controla mis intereses en la empresa. Controlará mis acciones hasta que me crea capaz de poder ocuparme de mis propios intereses.
-Pero ahora tienes un marido que puede velar tus intereses.

-Mí padre tendría que confiar completamente, Jared, antes de traspasarte mis acciones.
La mano de Jared dejó de moverse.
-Eres mi mujer. Nuestro voto debe ser el mismo. Ella se volvió para mirarlo.
-¿Por qué te importa tanto esto, Jared? Mi padre sabe lo que conviene a la empresa. No usará mal mi voto
-Pero eso le da un toTal control de la empresa.
-Debe tener ese control. Después de todo su familia fundó el astillero. ¿Qué es lo que te preocupa? Tendrás un bonito beneficio de tu inversión. La empresa no está bancarrota.
-¿Y si dijeras a tu padre que estás dispuesta a aceptar la responsabilidad por tus acciones?
Corinne rió.
-No me creería. Sabe que no me gusta molestarme -Pero si lo intentaras...
Jared, él se daría cuenta de que es idea tuya-dijo ella seriamente-. Volverá a tener la absurda idea de que quieres el control de la empresa. Pero no lo quieres, ¿verdad?
El se irguió, muy tieso.
- Claro que no -dijo con voz apenas controlada e hizo ademán de salir del cuarto. -¿Adónde vas?
-Tengo que escribir una carta. Duerme ahora, un poco Corinne.
Jared necesitó todas sus fuerzas para cerrar tranquilamente la puerta del cuarto. Permaneció Allí de pie, tan lleno de ira ciega que el pie de una copa de champagne se quebró en dos entre sus dedos. La sangre manó incontrolada por la pAlma de la mano. Iba a arrojar la copa Al otro lado del cuarto, pero se contuvo a tiempo y la dejó caer sobre el suelo Alfombrado.
¡Maldito Barrows una y otra vez! ¡Astuto, desconfiado hijo de puta! ¿Por qué había mantenido aquellas cosas en secreto? Jared se había casado con Corinne por nada.
Había tenido dudas antes de la boda... debió haber seguído su instinto. Ahora...
Se sentó Al escritorio y empezó una carta. Nada había andado bien en este viaje, pero no volvería a su patria sin que Barrows supiera por qué había venido. El hombre no sentiría enteramente toda su ira, pero nunca olvidaría el encuentro.
Pasaron dos horas antes de que terminara la carta para Samuel Barrows, y escribió también una nota para los periodicos. Su ira no se había apaciguado. Miró hacia el dormitorio y no sintió la menor piedad por la mujer que estaba Allí. Ella era quien más iba a sufrir por lo que él iba a hacer, pero Barrows también compartiría la vergüenza de ella. Ella era la única debilidad de su padre. Lo que la heria a ella tambien lo heria a el.
Jared entró en la habitación y se dirigió rápidamente la cama. El fuego no se había apagado del todo, y pudo claramente la figura dormida de Corinne. Su cara se suavizó Al mirar aquella delicada belleza, con las suaves ondas de pelo de oro. Tendió la mano para tocarla, pera se contuvo.
Volvió a enfurecerse. ¡No iba a tener remordimientos, por Dios! Ella se recobraría, se dijo. Era bastante elástica.
Forzándose en no mirar otra vez más a Corinne, Jared se vistió y recogió rápidamente sus cosas; después salió dei hotel. Se detuvo en la oficina del diario y dispuso que la nota apareciera a la mañana siguiente y continuara apareciendo diariamente durante un mes. Después fue directamente a la calle Beacon, la última parada antes de tomar el tren para el Oeste.

Eran las tres de la mañana cuando el lacayo contestó a la llamada en la puerta de la casa de Barrows y dijo secamente:
-¿Otro casó de urgencia, señor? Jared no se amilanó.
-No estaría aquí en mi noche de bodas si no fuese asi? Brock irguió la espalda.
-Sí, señor. Despertaré en seguida Al señor Barrows -Esperaré en su estudio -dijo Jared y cruzó el oscuro vestíbulo.
En menos de diez minutos Barrows se precipitabaea el cuarto con una bata y en zapatillas, el pelo revuelto por el sueño. Pero estaba toTalmente despierto, e inquieto. Jared percibió en el hombre el miedo de pregutar qué había pasado.
-Para que no pierda el tiempo le diré que no pasa nada con Corinne. Duerme tranquilamente y no sabe que yo estoy aquí.
-¿Entonces por qué...?
-Siéntese, Barrows -interrumpió Jared fríamente-. Esta vez haré yo las preguntas, especialmente una. ¿Por qué diablos no me dijo que controlaba usted las acciones de Corinne en el astillero y que seguiría teniendo ese control después del casamiento de ella?
Samuel no sólo quedó sorprendido ante la pregunta sino un poco sacudido por el tono helado de Jared. -La cosa no estaba en nuestros acuerdos.

¡Esa es su opinión! ¿Y creyó usted que eso no interviniendo después de haber ofrecido casarme hija?
¿Es por eso por lo que se casó usted con ella, -Samuel empezaba a desesperarse. ¿Por qué no se ruda cuenta de que había Algo extraño en aquel canlliento?- ¿Para tener el control de la empresa?
"-sí, y no me llamo Burk, sino Burkett. --¿Burkett? ¿Y por qué ha usado un nombre fAlso? No entiendo nada. Se ha casado usted con una mujer extremadamente rica. Podría comprarse media docena de astilleros
--No la quiero a ella ni a su dinero... nunca los he querido -dijo Jared venenosamente-. Y podría usted haberle evitado a ella mucho dolor y humillación si no me hubiera ocultado estos hechos cuando hice la inversión. -¿Por qué está tan obsesionado con ese astillero? Por que lo desea tanto?
-¡No lo quiero, Barrows! ¡Quiero destruirlo, y a usted y Al astillero ira la bancarrota!
-¡Caramba, no entiendo nada!
Jared arrojó la carta sobre el escritorio de Samuel.
-LéAla. Si tuviera que decir en voz alta algo de lo que contiene perdería el poco control que tengo y lo mataria -dijo Jared con voz morTalmente tranquila-. Lea.
Samuel miró atónito a Jared. Nunca lo habían amenazado antes. Y había en el joven una rabia contenida, que desbordaba. Había muchas cosas que no entendía.
Sin vacilar más, Samuel recogió la abultada carta y la leyó rápidamente. Cuando terminó de leer, arrojó la carta a el escritorio y permaneció sentado unos minutos, mirando fijamente al frente. Después sus ojos encontraron e Jared.
--¿Es cierto? ¿Ha muerto Ranelle? ¿Y hace tanto tiempo?-Y como Jared no contestó, dijo:- Todos estos años la he creído viva. Esperaba el día en que Corinne se casara y se fuera de casa antes de... quería intentarlo de nuevo, Jared, quería convencer a su madre de que viniera conmigo.

--¿Quería usted destruirle de nuevo la vida'?-dijo Jared con aquella voz morTalmente tranquila-. Hizo usted un buen trabajo la primera vez.
-Yo amaba a su madre.

-No es posible -replicó Jared, con amargo desprecio-. Si la hubiera amado nada le hubiera impedido casarse con ella.
-Usted no en...
-Digo nada. Conozco sus obligaciones de familia, su supuesto deber de sAlvar los negocios familiares. Bueno, los ha sAlvado, ¿no? ¡A costa de mi madre!
-Lo siento, hijo.
-No soy su hijo. Podía haberlo sido y casi desearía serlo, porque mi madre todavía estaría viva. Lo amaba a usted tanto que no pudo soportar la vida sin usted. Se hizo alcohólica. Lo ha leído en la carta, ¿no es así? ¡Una borracha! ¡Era la única forma de olvidar que todavía usted la deseaba!
-No lo sabía.
--Claro que no lo sabía dijo Jared con sorna-. Después de hacer trizas el mundo de mi madre simplemente volvió usted junto a su mujer y su hija. No le importó lo que pudiera pasar después de irse de Hawai, o el efecto que su visita pudiera tener sobre mi madre. Pero a ella ya no le importo yo ni mi padre. Nosotros dejamos de existir para ella. Y mi padre quedó destrozado por esto. El la amaba, ¿sabe usted? Había sido de él por ocho años, hasta que usted decidió arruinar nuestras vidas.
-Nunca pensé hacerlo.
-No le he dicho cómo murió ella, Barrows. No me lo ha preguntado. ¿No quiere saberlo? -preguntó Jared cruelmente, volviendo a revivir aquella pesadilla. Como Samuel no contestó, continuó:- Entró una noche caminando en el océano, así se suicidó. La vi desaparecer bajo las aguas y no pude llegar a tiempo. No pude encontrarla hasta la mañana, cuando finalmente hAllé su cuerpo hinchado sobre la arena.
-¡Seguramente fue un accidente, Jared!
-Le gustaría pensar eso, ¿no? Pero mi madre no sabía nadar, nunca había aprendido. Nunca se acercaba Al agua, ni siquiera para chapotear en ella.
Tras un largo silencio Samuel murmuró: I
-Y usted me echa la culpa de todo esto.
-Quiero que sepa para qué vine aquí. Quería arruinarlo, Barrows, pero he fracasado. Lo mataría ahora, pero creo que ya he sufrido bastante por su culpa.
-Entonces usted ha usado a mi hija para llegar a mí. ¿Y ella? Es su mujer, y ¿necesito recordarle acaso que había un asunto de honor involucrado?
Jared rió amargamente.
-No hay en mí ni una pizca de honor. ¿No se ha i dado ya cuenta? Y su hija recibirá lo que ha buscado.
-¿No tiene usted conciencia?
-¿Y usted? -demandó Jared-. ¿Dónde estaba su conciencia cuando escribió a mi madre hablándole de su hijita y diciéndole que era mejor que hubiera decidido no seguirlo?
-Fue ella quien tomó esa decisión, Jared.
-Sí, la tomó, y lo lamentó. Echaba la culpa a mi padre y a mí, porque se sentfa obligada a seguir con nosotras. Pero nada de esto hubiera pasado, Barrows, si usted no se hubiera metido en la vida de ella. ¿Qué derecho tenía para buscarla después de tantos años? ¿De verdad espetaba que abandonara la vida que había construido y huyera con usted?
-Yo esperaba encontrarla libre.
-Pero no fue así, y de todos modos le pidió que se fuera con usted. Usted mató a mi madre. Indirectamente, i pero sigue en pie el hecho de que ella estaría viva de no ser por usted. Espero que eso le pese a usted para siempre. Entonces mi venida

aquí no habrá sido un fracaso toTal. -Jared, por favor-empezó Samuel-,tiene usted que creer que...
-No -interrumpió brusco Jared-. Nada de lo que pueda decir mitigará el odio que siento hacia usted. -¿Y ahora qué piensa hacer?
-Me vuelvo a mi país. Su astillero está otra vez a salvo. Pero Al menos no dejo intacta a su familia -dijo

Jared con una mueca maligna-. Su hija no le permitirá a usted olvidar este encuentro.
-¿Qué quiere decir?
-Corinne no será muy feliz mañana, y usted tampoco lo será. Y si cree que podrá devolver el golpe cancelando nuestro acuerdo comercial, no lo haga. Me daría mucho placer llevarlo ante los tribunAles. De manera que espero mis beneficios sobre una base regular, y mantendré aquí mi abogado para que cuide de mis intereses. No puedo arruinarlo, Barrows, pero voy a hacer dinero con usted.
-No le deseo a usted ningún mal, Jared.
-Me lo deseará por la mañana. Verdaderamente es de lamentar que Corinne tenga que sufrir por Algo que usted hizo antes de que ella naciera. Puede decirle que lo siento. Pero probablemente no cambiará nada -y tras esto Jared salió de la habitación sin más palabras, y sin mirar hacia atrás. Nadie le abrió la puerta de entrada.
Samuel oyó cómo se Alejaba el coche. Muchas emociones enturbiaban su mente mientras se dejaba caer en el asiento, pero la principal era el pesar. Su primero y único amor estaba muerto. Dios, ¿cómo vivir con aquello... y con el hecho de que él era responsable?

15

La tempestad empezó el lunes por la mañana y, a mediodía, todas las huellas habían desaparecido, fuera de Algunos charcos aquí y Allá. El cielo era brillante. Boston estaba agradablemente cálido para el mes de octubre. La ciudad chispeaba. Pero en la zona Back Bay de Boston, en la calle Beacon, el estado de ánimo no era tan Alegre.
Corinne había vuelto sola a su casa a mediodía. Había pasado toda la mañana en la suite vacía del hotel donde se Alojaba Jared, y esto la había confundido más que enoja do. Esperó horas antes de bajar a la mesa de entradas para preguntar si él había dejado Algún mensaje. De este modo se enteró de que Jared había pagado la cuenta del hotel en medio de la noche, y se había ido sin dar explicaciones.
Ya en su casa se enteró de que su padre se había encenado en el estudio después que el señor Burk fue a verlo a media noche. ¿Qué estaba pasando?
Encontró a Samuel desmoronado sobre el escritorio la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados. A su lado había una botella de licor vacía.
-Papá. . .
Samuel levantó la cabeza, vacilante. Corinne contuvo el aliento Al ver su cara consumida. Nunca le había parecido tan viejo.
-¿Te sientes mal, papá?
-Sólo cansado, Cori --contestó él, pasando su temblorosa mano por el pelo-. Te estaba esperando. Creí. que ibas a venir antes.
-Entonces, ya sabes que he despertado sola esta mañana. ¿Dónde está él, padre?

-Se ha ido, Corinne. No volverás a ver a tu marido... si es que es tu marido. ¡Dios es posible que el casamiento no sea legAl!
-¿Estás borracho? -preguntó Corinne. -Desearía estarlo, pero desgraciadamente no es así He terminado toda una botella, pero no sirvió de mucho Nada podrá ahogar la verdad.
-¿Qué verdad? ¿Qué quieres decir con eso de que «si es tu marido»?-tendió el bolso-. Tengo aquí el certificado de matrimonio.
-¿Lo has mirado?
Corinne frunció el ceño y rápidamente sacó el documento del bolso. Cuando vio el nombre que estaba escrito junto Al de ella, contuvo bruscamente el Aliento.
-¡Burkett! ¡Ha usado un nombre falso para esto! -No -suspiró Samuel, que había esperado que el nombre Burk apareciera en el documento-. Parece que tu matrimonio es legal después de todo. Jared Burkett es su nombre verdadero.
-¿Qué significa todo esto, padre? ¿Con quién diablos me he casado`?
--Con un joven tan lleno de odio que vino aquí nada más que para destruirme. Creyó haber fracasado, pero no es así. Que Dios me ayude... no ha fracasado.
Su padre estaba Al borde de las lágrimas, y aquello le desgarró el corazón.
-¿Qué ha pasado? ¿Qué te hizo anoche cuando estuvo aquí?
-No hizo nada aparte de decirme la verdad, la verdad que, misericordiosamente, he ignorado durante diecinueve años.
Samuel empujó la estrujada carta sobre el escritorio.

-Toma, esto explica casi todo. Tienes derecho a saber por qué te ha usado para herirme.
Corinne leyó la carta y su espalda se fue poniendo tiesa a medida que lo hacía.
-Dice que tú mataste a su madre -dijo ella sin Aliento, los ojos verdes dilatados-. ¿Qué quiere decir con esto?
-Mi hermosa Ranelle se suicidó. ¡Dios, si hubiera sabido lo que iba a representar para ella mi viaje a Hawai! -¿La amabas?-preguntó tranquilamente Corinne. -Fue mi primer amor, y yo fui su primer amor. Queríamos casarnos. No dudábamos eso. Pero el maldito astillero estaba Al borde de la ruina, y mi familia me forzó a casarme por dinero para poder sAlvarlo. ¡Dios, si no hubiese sentido que era mi responsabilidad hacerlo! Pero lo hice, y me casé con tu madre. Ranelle huyó a Hawai antes de averiguar adónde había ido. Tu madre y yo nunca nos entendimos muy bien, y no teníamos hijos. Sentí que había llegado el momento de ir en busca de Ranelle y pedirle que volviera conmigo.
-¿Te habrías divorciado de mi madre? -preguntó Corinne sorprendida.
-Sí, Ranelle y yo éramos el uno para el otro. .. estábamos destinados. Pero nunca soñé que ella podía también haberse casado y que tenía un hijo.
-¿Jared?
Samuel asintió.
-Pero incluso después de saber esto le rogué que viniera conmigo. No debí haberle mostrado hasta qué punto la necesitaba todavía. Fue esto lo que no pudo soportar cuando salí de Hawai. Nunca fue una mujer fuerte.
-Pero ella no te siguió... ella tomó la decisión - recordó Corinne.
-¿Se puede acaso arrancar a un niño de siete años de un padre que adora, o abandonar a ese niño? ¿Podrías tan fácilmente romper el corazón de un hombre que te adora y que cree que tú también lo amas? Ranelle no pudo hacerlo. Pero lamentó esa decisión. Y yo volvía frustrarla. Antes de que Ranelle pudiera escribirme, yo le escribí diciendo que pensaba quedarme con mi mujer, ya que me

había dado una hija. Le dije que era mejor que hubiera elegido como lo había hecho. Esto destrozó toTalmente a Ranelle, aunque yo no lo supe hasta ahora.
-Yo soy culpable -dijo Corinne tristemente-. Si yo no hubiera nacido...
-No. Eso no tiene nada que ver contigo. Cometí la tontería de creer que Al fin iba a poder tener lo que más deseaba, el gran amor de mi vida. Pero la vida había anda do, y ya no éramos las mismas personas. Era demasiado tarde para nosotros. Si me hubiera dado cuenta antes de intentar recobrar el pasado... no habría ido a Hawai.
-Veo por qué Jared te considera culpable, pero está equivocado. Y tú tampoco te debes culpar. No podías saber lo que iba a pasar.
-Me echa tanto la culpa que vino aquí a destruirme. Nunca he visto a Alguien más lleno de odio.
-Y entonces me usó para lastimarte. -Corinne se encogió de hombros como si la cosa ya no le importara.Pero me ha dado lo que quería, y si cree que voy a pedir el divorcio porque me ha abandonado, está en un error. Simplemente tendremos que ocultar que se ha ido, Al menos por un tiempo. Después, para explicar su continua ausencia, diremos que viaja por negocios. Más adelante diré que ha muerto.
-Corinne -suspiró Samuel- Jared Burkett buscaba vengarse. Aunque no haya logrado arruinarme financieramente, se ha vengado. Jared dio un último golpe antes de irse. Mira -y empujó hacia ella el diario de la mañana.
Corinne asió el periódico con cautela, mientras un temor creciente la corroía. En la parte de abajo de la página décima había un aviso en letras negras. Pareció sAltar de la página para venir a su encuentro:
DECLARACION DE ABANDONO
JARED BURK HACE SABER POR LA PRESENTE QUE SU ESPOSA, DE SOLTERA CORINNE BARROWS, DE LA CALLE BEACON, HA DEMOSTRADO SER UNA ESPOSA INSATISFACTORIA.
BASÁNDOSE EN ESTO EL LA HA ABANDONADO.
El aturdimiento duró sólo un momento. Después Corinne se puso de pie y desganó el diario.
-¡Cómo se atreve! -gritó, con toda la ira Al fin. ¿Y cómo se atreve el diario a publicar un aviso tan grosero? ¡Los llevaré ante los tribunAles!
-Eso será todavía más vergonzoso para ti, Cori - dijo Samuel con suavidad-. Y el daño ya está hecho. Bueno, tendremos que capear esto.
-¡Me las pagará! Dios, habla como si yo... -las lágrimas llenaron sus ojos-. ¡Es mentira, no fui insatisfactoria, no lo fui!
-Corinne, tesoro,. nadie podrá pensar otra cosa. -¿De verdad? ¡El se ha ido... esto es verdad... y se ha asegurado de que todos crean que me ha dejado! -Si te sirve de consuelo, Cori, te diré que Jared me dijo antes de partir que lamentaba haber tenido que usarte para llegar a mí. Creo que era sincero.
-¿Que lo lamentaba?-dijo ella furiosa-. ¿Cómo podré ahora dar la cara ante la gente? No podré salir de esta casa sin morir de vergüenza.
-No será eterno, Cori. Los chismes corroen por un tiempo, y después se olvidan. Sería mejor que te fueras Al extranjero por un tiempo. Entretanto, yo iniciaré los trá- mites de divorcio.
-¿Divorcio? ¿Y acarrear más escándAlo a la familia? -dijo ella mirándolo furiosa-. No, no habrá divorcio.
Pero seguramente...
-No, eso es lo que Jared quiere. Y moriré antes de darle ese despreciable gusto. Deja que se pregunte por qué no ha recibido los papeles pidiendo el divorcio. Espero que se vuelva loco pensando. ¡OjAlá conozca a Alguien de quien se

enamore y quiera casarse! No podrá hacerlo. Porque no lo soltaré. Créeme, Jared Burk pagará por esto... de una u otra manera.

16

La furia de Corinne había sido una comedia, un disfraz para ocultar hasta qué punto se sentia terriblemente herida. A partir de aquella mañana se negó incluso a pen sar en su noche de bodas. No quería recordar nada de Jared, como no fuera los elementos desagradables en aquel hombre. Se escondió negándose a salir y no recibió a nadie.
Florence fue la primera en percibir los cambios que se producían en Corinne, y Samuel también quedó perturbado. Estaba pálida, había perdido su antiguo buen humor, no se interesaba por nada. Lo que más inquietaba a su padre era aquella tranquilidad tan poco característica, y solo daba un fórmal «Buenas noches» o «Buenos días». Samuel empezó a preocuparse. ¡Esta no era Corinne!
Olvidó su propio dolor en medio de la ansiedad que sentía por su hija. Nada de lo que él hacía o decía la ayudaba. El no había esperado que ella enterrara avergonza da la cabeza tanto tiempo. Segía insistiendo en que viajara, pero esta no quería oír hablar de esto.
-Los cobardes huyen -decía Corinne, y se negaba a seguir discutiendo.
Samuel rogaba que se presentara Algo que sacara a
su hija de aquel letargo. Sus ruedos fueron pronto contestados.
-Voy a Hawai, padre -anunció Corinne un mes después de la boda.
Ambos estaban Almorzando, pero el apetito de Samuel desapareció enseguida.
-No te lo permitiré.
-No seas irrazonable --dijo Corinne con cAlma. Su voz era desusadamente seca, correcta-.Sabes que no me puedes impedir ir. Y tú has sido quien me ha sugerido que me vaya por un tiempo Al extranjero.
-¡Pero no a Hawai! -¿Por qué no?
-Jared Burkett ya ha demostrado hasta qué punto puede ser desaprensivo -le recordó Samuel con severidad-. No quiero que ese hombre vuelva a cruzarse en tu camino.
-No seas tonto-replicó ella-, es mi marido, ¿verdad?
-¡Oh, por el amor de Dios! Le importas un comino, Cori.
-Pero iré de todos modos, papá -habfa una fuerte determinación en su tono-. Creo que el viaje me hará bien. Y Florence ya ha aceptado venir conmigo.
Samuel se recostó en el asiento y meneó la cabeza. -¿Por qué no dejar las cosas como están? Olvida a Jared Burkett. Estoy seguro de que él ya te ha olvidado. -La cosa no está terminada -dijo Corinne fríamente-Jared quería vengarse de ti, pero me hizo daño a mí. Nunca le hice nada que mereciera lo que me hizo. El cree en la venganza. Y también ha hecho que yo crea, creo de todo corazón.
--Corinne, no puedes batirte con un hombre como ése -la previno Samuel-. No puedes ganar. El no juega limpio.
-No pienso yo tampoco jugar limpio. Y no le tengo miedo.
-Pues deberías tenerlo.
-Deja de preocuparte --dijo ella para pacificarlo-.

No haré ninguna tontería.

-¿Exactamente qué planeas hacer? -preguntó Samuel-. Debes de tener Algo en la mente, o no estarías tan decidida.
Corinne rió, con un sonido maligno. Era una risa como su padre nunca le había oído antes.
-Sí tengo Algo pensado. Daré a Jared Burkett una cucharada de su propio remedio. Veremos si le gusta enfrentar el escándAlo en su terreno.
-¿Qué escándAlo?
-El escándAlo de una esposa promiscua. -¡Corinne!
-Oh, tranquilízate, padre -dijo ella con una mueca-. No tendré una multitud de amantes. Simplemente daré la impresión de que los tengo. Los amigos de Jared creerán que soy una ramera, y que Jared no es bastante hombre como para dominarme. No me importa lo que piensen de mí, pero a Jared le importará. Lo humillaré como él me ha humillado, delante de todos sus amigos.
-¿Y crees que Jared se va a quedar quieto mientras le haces hacer el ridículo? ¿Crees que no te va a detener? -No puede -replicó Corinne confiada-. No puede decir nada acerca de lo que yo haga. Me aseguré de esto antes de casarme.

Un poco más tarde ese mismo día, en su nuevo y confiado estado de ánimo, ella consintió en ver a Russell cuando éste se presentó.
-¡El hijo de puta merece ser azotado! -dijo Rusell con vehemencia cuando Corinne explicó todo-. ¿Cómo se ha atrevido a cAlumniarte?
-Tú procuraste prevenirme contra él -dijo Corinne magnánima-. Debí haberte escuchado.
Y Corinne prosiguió a explicar sus planes con gran deleite. Y Russell la sorprendió.
-Iré contigo. Corinne -anunció.
-¿Por qué quieres hacer eso? -preguntó Corinne, sorprendida. No voy a un crucero de placer. Voy a Hawai con un propósito definido en la mente.
-Ya lo sé. Pero necesitas que Alguien te acompañe. No puedes enfrentar sola a Burkett.
-Mi padre parece opinar lo mismo -Corinne empezaba a enojarse-. Desearía que dejaran de tratarme como a una niña. Sé cuidarme y me cuidaré.
-No he pensado lo contrario, Corinne -dijo Russell retrocediendo rápidamente-. Y no te molestará que yo esté cerca --continuó-. Podría ayudarte con tu plan. Ella pensó rápidamente.
-Está bien, Russell. Siempre que entiendas que no tomaré por mucho tiempo ningún amante verdadero. Será una comedia.
-No quiero presionarte, Corinne.
-Quiero que me lo prometas -dijo ella impertérrita.
-Te lo prometo.
-Otra condición -dijo ella con tono ligero-; tienes que dejar que yo pague tus gastos.
-Eso es ridículo -dijo Russell riendo, sabiendo perfectamente que ella iba a insistir. Y dio gracias a Dios porque hubiera detestado tener que pedir prestado ahora que sus deudas eran tan elevadas-. Sé que estás muerta de ganas de gastar todo ese dinero que tienes, pero no quiero oír hablar de eso. No soy precisamente un pordiosero -mintió con convicción.
-Ya lo sé, pero insisto. Es como si te contratara como acompañante -explicó ella.
-¡No!
-Insisto, Russell. No quiero quedar ligada a ti porque me hayas ayudado. No quiero sentirme obligada hacia nadie. Ese sentimiento destroza a la gente.
-¿De qué estás hablando?

-No importa -exclamó ella-. Si no dejas que pague tu pasaje es mejor que olvides que has querido venir. -Está bien, está bien -suspiró é l cansado-. Si es la única manera de que aceptes, está bien.
-Bueno -sonrió Corinne, ignorando hasta qué punto él la había manejado bien-. Y recuerda que yo no te he pedido que vinieras. Tú lo has ofrecido. Y ahora es mejor que te apresures a poner en orden tus asuntos. Partimos pasado mañana.
-¿Tan pronto?
-No veo motivo para retrasarlo -contestó Corinne-. Cuanto más pronto me haya vengado de Jared Burkett, más pronto recobraré mi orgullo.

17

Samuel Barrows no dejaba de proclamar su desaprobación ante la decisión de su hija. Intentó hacerla echarse atrás, incluso en la estación del tren, pero sabía que no podía detenerla. De todos modos logró que ella prometiera escribir con frecuencia.
-Y si te ves en dificultades, vuelve en seguida a
casa.
-Lo haré, padre. Samuel dijo a Russell:
-Debí haber dejado que se casara con usted, Drayton, ojAlá lo hubiese hecho.
-Espero que lo recuerde, señor, cuando convenza a Corinne para que se divorcie de Burkett.
-Bueno, sí -dijo Samuel sin comprometerse-. Me Alegra que usted también vaya. No dejen que se meta en líos, por favor. -Hablaba a la vez a Russell y a Florence. Y Russell contestó por los dos:
-Si es que eso es posible.
Corinne se Alegraba de no haber encontrado ningún conocido en el camino a la estación. Era la primera vez que salía de su casa desde aquella terrible mañana después de la boda. Cuando volviera ya no iba a importarle lo que
pensara la gente. lba a tener la satisfacción de saber que se las había cobrado a Jared, que incluso lo había vencido. Podría enfrentar cualquier cosa después de esto.
El viaje a través del país no fue desagradable. Un cuarto de siglo atrás hubiera sido difícil. Pero con la terminación del ferrocarril de la Union Pacific en 1869, el viaje duraba sólo una semana. Corinne, Russell y Florence pasaron otra semana en San Francisco, esperando un barco.
San Francisco resultaba una agitada metrópoli, muy distinta del tranquilo y ordenado Boston, incluso para una muchacha criada en la ciudad. A los tres les encantó aquel lugar ruidoso, lleno de color. Corinne se preguntó cómo habría sido en la época de la quimera del oro. ¿Cuántos se habrían hecho ricos? ¿Cuántos habrían muerto Al intentarlo? Había sido una época de aventura, en la que todo era posible.
En una elegante casa de juego, que recibía sólo a gente muy rica, Corinne jugó Al fin la partida sin límites con la que había soñado durante tanto tiempo. Ganó cinco mil dóla res. Pero esto ya no le importaba. Jared había estropeado toda la excitación, pensó. Se había convertido en su obsesión. Fuera dgnde fuera o hiciera lo que hiciera, Jared parecía estar siempre con ella. Cuando los días la iban acercando a Hawai, Jared fue llenando cada vez más su mente. No hubiera sido tan molesto en caso de no recordar la noche de bodas. No podía olvidarla, aunque había jurado borrarla de su mente.

En cuanto partieron ella tuvo que acostarse, mareada, y también culpó de esto a Jared. Otro punto en contra de él, juró.
Pasó las tres semanas de la travesía del Pacífico acostada. Adelgazó. Se sentía atrozmente. Y siempre maldecía a Jared por cada momento de sufrimiento. Cuando el barco finalmente ancló en Hononolú, estaba demasiado débil para levantarse, pero con un tremendo deseo de tocar tierra, y, con la ayuda de Florence, logró salir del camarote y emerger en cubierta.
Corinne quedó gratamente sorprendida. Era el 12 de diciembre, época de nieve y de un frío helado en Boston, pero aquí había perfumadas brisas del océano, sol, y una definida fragancia en el aire.
-¿Usted también lo huele? -señAló Florence-. Son flores, no cabe duda. He aprendido muchas cosas acerca de Hawai cuando usted estaba indispuesta. Se recibe aquí a los visitantes con leis. Es una tradición, una linda tradición.
-¿Leis?
-Guirnaldas de flores que se cuelgan del cuello. No estamos en Boston, mi querida. Las flores crecen aquí todo el año. Estamos ahora en el trópico -dijo Florence, aba nicándose ya con un pañuelo de encaje-. Creo que tardaremos cierto tiempo en acostumbrarnos Al calor. -Me gusta.
-Pues no le gustaría si estuviéramos en verano y no en invierno -replicó Florence-. Me han dicho que puede ser intolerable para los malihinis en verano. Es una suerte que nos vayamos antes.
-¿Malihinis?
-Es como llaman los hawaianos a los recién venidos -explicó Florence, con Algún orgullo.
--Caramba, de verdad estás bien informada-sonrió Corinne-. Cuéntame Algo más.
A Florence no le molestó el tono burlón de Corinne.
-No está mal saber Algo del lugar Al que venimos. Muchos pasajeros habían estado antes aquí. Y el capitán está muy enterado.
-Tienes razón -confesó Corinne-. Debí haberme tomado tiempo para aprender Algo acerca de Hawai. Después de todo podía haber leído cuando estaba echada en la cama, en lugar de gemir mis pesares ante las paredes vacías.
-Podrá hacerlo cuando esté recuperando las fuerzas. Eso requerirá unas semanas.
-Bueno, cuanto más pronto me establezca, más pronto me recobraré. ¿Dónde está Russell?
-Ha ido a ocuparse de nuestro equipaje. Dice que nos esperará en el muelle con un coche.

Avanzaron entre la multitud de gente en el muelle y fueron sAludadas por amistosos Alohas de los hawaianos con sus brillantes ropas floreadas, que traían leis para cada pasajero. Otros nativos ofrecieron frutos frescos de la isla. Un grupo de músicos tocaba, y las muchachas lugareñas, de oscura belleza, con sarongs de colores, bailaban para los recién llegados.
A Corinne le dieron dos leis hechos de plumas. Agradeció el regalo con una sonrisa, pero el perfume de las flores era abrumador y sintió que se le revolvía otra vez el estómago.
-Tengo que sentarme, Florence -dijo, agarrando el brazo de la otra mujer.
-Venga-Florence la condujo hasta un refugio en la sombra-. Espere aquí. Le traeré esas frutas que están vendiendo. ¡Es raro incluso que pueda caminar, ha comido tan poco últimamente!

Florence volvió un momento después con un gran trozo de ananá envuelto en una hoja de ti, una canastita con bananas, cocos y guayabas.
-¿Qué clase de fruta es ésta? -preguntó Corinne con cautela.
-Yo nunca he visto nada parecido, pero crece aquí. Pruebe este ananá. Dicen que no hay nada más delicioso. Corinne llevó a sus labios la fruta amarilla, pero retrocedió Al olerla.
-Llévatela. -¿Qué pasa, Cori?
-Llévatela-gimió Corinne, y se puso morTalmente pálida-. Crei que la náusea iba a desaparecer una vez que dejara el barco, pero aún no se ha ido.
-Corinne... ¿está usted segura de que... no se trata de otra cosa?-preguntó Florence vacilante-. No es posible que se sienta mal ahora. La verdad es que el médico de a bordo me dijo que no había motivo para que se sintiera usted tan mal. La gente no se marea en un viaje tan tranquilo como el que hemos tenido.
-¿Qué estás sugiriendo? -Que Tal vez está usted encinta.

Corinne logró producir una risita.
-No seas ridícula. Yo lo sabría, ¿no es así? -¿Lo sabría, estando tan preocupada como ha estado con Jared Burkett? ¿Cuándo fue la última vez que tuvo usted la regla? -preguntó agudamente.
Corinne no pudo contestar. No recordaba haber menstruado recientemente.
-Oh, no sé --dijo con impaciencia. -¡Piense!
Pensó y solo recordó una vez antes de que Jared la violara. Sus ojos verdes se dilataron y se oscureciéron casi instantáneamente.
-¡No!
-Es inútil negarlo, Cori. No cabe duda de que es un diablo muy viril.
-¡No tendré un hijo de él! Dios, ¿hasta que punto va a seguir arruinando mi vida?
-No puede usted hacer mucho respecto Al niño. Ya está creciendo.
-Bueno, no me quedaré con él.
-Eso depende de usted -dijo Florence, con fría desaprobación-. Pero ahora tenemos que decidir dónde va a tenerlo. No puede usted seguir adelante con su absurdo plan, porque pronto será usted un espectáculo. Tal vez deberfamos volver en seguida a nuestro país.
Corinne hizo una mueca ante la idea.
-Prefiero morir antes de volver tan pronto en un barco. No, nos quedaremos aquí. No abandono mi plan. Simplemente habrá que posponerlo un poco.

18

Corinne estaba reclinada a la sombra de su gran lanai Al aire libre, contemplando la ajetreada ciudad de Hononolú. Bebía una limonada, y fruncía el ceño cada vez que la criatura se movía dentro de ella. Sobre el regazo tenía un cuaderno, para la carta que en verdad no tenía deseos de escribir.
Florence había ido Al mercado, y Russell se estaba dirvirtiendo en Alguna parte. Corinne lamentaba amargamente su forzoso encierro, pero ella misma había elegido no ser vista por nadie en su condición actuAl. No podía arriesgar que Jared se enterara. El no iba a conocer la existencia del niño, ella se ocuparía de esto.

Querido padre No ha pasado nada desde que te escribí la última vez. Todavía seguimos viviendo en la casa que he Alquilado en las colinas de Punchbowl. Hay

nuevos capullos veraniegos en todas panes, todo se hace muy bello. En verdad no puedes imaginarla multitud de colores que tengo aquí, en mi propio jardín.
Lo cuida yo misma, estoy aprendiendo acerca de todas las flores y. plantas exóticas que hay aquí. Esto podrá decir hasta qué punto estoy viviendo una vida agitada. La temperatura es mucho más cálida que la que conocemos nosotros, los de Nueva Inglaterra. Parece que yo la siento mas que los otros, debido a rni estado. Pero, como estamos tan arriba en la ntontaita, tenemos brisas frescas, especialmente Al anochecer. ¡Oh, Dios, cómo anhelo esas brisas!
Sigo coa excelente sAlud, según dice nti médico, daré a luz dentro de un mes. En cuanto a la pregunta de tu última carta, no, no lie cambiado de idea respecto a dar el niño. Simplemente me recordaría a Jared, y quiero olvidarlo del todo urca vez que me vaya de aquí. Los sentitrtientos maternos que, según tú, debería sentir, rto están presentes. Odio a este niño tanto coma odio a Jared. Y él nunca sabrá por esto de la existertcin del niño. ¡Es una pequeña satisfacción que tendr-é.r
¡Dios, qué dura sonaba! Pero culpaba también a Jared de esto. El le había hecho conocer el odio, y el odio había devorado toda la compasión que Alguna vez ella pudo haber tenido.
Pienso seguir adelante con mis planes, en cuanto recobre mi forma. No me he deformado demasiado, de modo que no tardaré mucho.
Jared está en la ciudad. Russell averiguó dónde vive y también dónde trabaja. Está construyendo un hotel en la zona menos poblada de la playa de Waikiki. Evidente mente ha vuelto a su antigua vida, sin pensar un momento en el daño que me hizo. No sospecha que yo estoy aquí. No he sido vista en público desde nuestra llegada. Florence), Russell sAlen, pero Jared no conoce a Florence, y Russell se ha mantenido Alejado de Jared, según me dice.
Apenas puedo seguir esperando sin hacer nada. Sabes que no soy una persona paciente. Me he metido en este lío porque no pude esperar a recibir nti herencia. A propósito el dinero que traje conmigo está a salvo en urt banco locAl, de manera que no tenías por qué haber protestado tanto por la gran cantidad que quise traer.
Pronto volveré a escribirte, padre. Pero no esperes todo un informe sobre el nacimiento del niño. Ni siquiera voy a mirarlo. Es mejor que ninguno de nosotros sepn cómo es, ni siquiera de qué sexo. De todos modos no lo considero mi hijo. Es de Jared, sólo de él. Mi rnédico nae ha dicho que los hawaianos adoran a todos los niños. Ya ha encontrado un buen hogar para la criatura, de manera que rto debes preocuparte.
Te quiero, papá, y espero que me perdones por regAlar a tu nieto. Simplemente no soporto guardarlo. Te ruego que entiendas.
Tu cariñosa hija,
Corinne Barrows Burkett

A su padre no iba a gustarle esta carta. Pero tampoco le habían gustado ninguna de las cartas que ella había mandado a su casa. Siempre parecía tan dura y amargada. Fría, había dicho él. También se lo había dicho Jared. Tal vez lo fuera. Pero era fuerte. No era fácil ser mujer. Corinne selló la carta y entró con ella en la casa. Florence iba a despacharla. La casa estaba muy tranquila. Incluso la severa cocinera Alemana que habían contratado había salido esa tarde.
Sin tener a nadie con quien hablar, Corinne se sintió inquieta y salió a trabajar Al jardín. Una hora o dos después el carruaje trepaba por la empinada colina y Floren ce descendía con canastas de legumbre y frutas. Encontró a Corinne podando los

hibiscus, que formaban cerco Alrededor del patio, densos matorrAles verdes con grandes flores amarillas y rojas, como de papel.
Florence frunció el ceño.
-¡Vamos, Cori, se está usted abrasando Al sol! Corinne se secó el sudor que le corría por la frente con la mano sucia.
-No tengo otra cosa que hacer.
-Con este calor podría usted Al menos trabajar a la sombra, hija. Es un milagro que no se haya desmayado. Venga y le prepararé un baño frío, Corinne.
Ayudó a Corinne a ponerse de pie y subieron los escasos peldaños del frente de la casa. Un pórtico bordaba el frente, y helechos y flores en macetas colgaban de los travesaños y estaban colocados sobre las bAlaustradas. Jóvenes pAlmeras crecían en los extremos de la casa, Al frente y Al fondo. Tal profusión de deliciosas fragancias y colores hacía que el pórtico fuera un lugar muy deseable para descansar.
-Espere aquí, Cori, mientras dejo estas canastas y le preparo el baño.
-No sé por qué dejo que me mimes de este modo -se quejó Corinne, y después sonrió cansada-. Pero un largo baño frío me parece una idea muy agradable. La espalda ha vuelto a molestarme.
-Si no la conociera mejor, diría que está más avanzada de lo que está -señAló Florence, mirando el gran vientre de Corinne bajo un vestido hawaiano en forma de tienda de campaña, llamado muumuu.
--Oh, no seas tonta-Corinne usó la frase que siempre usaba cuando Alguien se acercaba a la verdad. Florence meneó la cabeza y se dirigió a la casa. Conrinne se sentó torpemente en una de las sillas de rattan que había en el pórtico. Era posible, pensó tercamente, acariciando su vientre. En verdad ahora podía dar a luz en cualquierr momento. Pero, aunque aquello terminaría con la espera, no lo deseaba. Entonces tendrfa que explicar a Florence acerca de la primera vez que ella y Jared habían estado juntos, y prefería guardar esto para sí.
Una brisa agitó a las plantas en el pórtico y trajo consigo la embriagadora fragancia de las gardenias desde los matorrAles junto a la casa. Corinne aspiró profundamen te el perfume que se había convertido en su favorito, pero contuvo profundamente el Aliento cuando la espalda volvió a producirle una aguda punzada. Me he estado inclinando demasiado, pensó enojada. Debió haber sabido que no convenía hacer aquello. Ya ni siquiera podía trabajar en el jardín sin que el niño le produjera incomodidad.
Lo detestaba. El niño sólo le había procurado molestias, incluso desde que fue concebido. Corinne se sentía derrotada, dispuesta a acostarse y no levantarse más.
-Venga, Cori -Florence abrió la puerta del frente-. El baño está listo.
Corinne intentó levantarse pero no pudo hacerlo, y volvió a dejarse caer con un gemido.
-Tienes que ayudarme. Ya ni siquiera puedo levantarme de la silla.
Florence rió y tomó la mano de Corinne para tirar de ella.
-Lo está pasando terriblemente mal, ¿verdad querida? Es lástima que él no pueda estar aquí para cómpartir lo que ha hecho y oír todas sus quejas.
-¡Si él estuviera ahora aquí creo que lo degollaría de buena gana!
-Vamos, vamos, son necesarios dos para hacer un niño. ¿Recuerda que no quería casarse con él?
-No me lo recuerdes. Ignoraba que me estaba usando para herir a mi padre. Y, por cierto, que no era necesario que hiciera lo que hizo antes de irse. ¡Ni tampoco tenía por qué dejarme con un niño a cuestas!

-Vamos, Cori, el médico le ha dicho que no se Altere. Y hemos hablado de esto una y otra vez. Creo que habría hecho usted bien en dejar las cosas como estaban. Nada bueno puede surgir de la venganza.
-Puede darnos satisfacción -dijo Corinne terca. Pero de pronto contuvo el Aliento y volvió a doblarse de dolor.
-¿Qué pasa? -preguntó Florence, y después sus ojos amarillentos se dilataron.
-Oh, Dios espero que no sea prematuro...
-No erijo Corinne cuando pasó el espasmo-. Creo que es de tiempo. Tenías razón Al decir que estaba más avanzada.
-Sabía que usted me estaba ocultando Algo que había pasado antes de la boda. No me sorprende que se usted se precipitara para casarse.
-¡Florence, por favor! -gimió Corinne-. Más adelante te explicaré. Ahora llévame a la cama. Esta espalda me está matando.
-Oh, Dios, va a ser uno de esos nacimientos... - murmuró Florence para sí, sin mirar a Corinne.
-¿Cómo'?
-Nada, mi querida. Vamos. La llevaré a su cuarto y después iré en busca del médico.
-iNo! -exclamó Corinne-. ¡No puedes dejarme
sola!
-Está bien, Cori, esta bien -dijo Florence para apaciguarla-. De todos modos tenemos mucho tiempo. Mandaré a la cocinera en busca del médico, cuando ella venga.
Dieciocho horas después Corinne luchaba contra la conciencia. Aquel tremendo dolor que había desgarrado su cuerpo estaba aún muy presente. Simplemente quería dormir ahora que todo había pasado, y olvidar la agonía. Pero aquel atroz llanto no se lo permitía.
-Vamos, señora Drayton.
Corinne seguía con los ojos cerrados. Sabía que el doctor Bryson le estaba hablando, y ella había adoptado el nombre de Russell para cubrir las apariencias. Después de todo, él vivía en la misma casa que ella. ¿Por qué el médico no la dejaba ahora en paz? La había estado provocando en las últimas horas, diciéndole lo que debía hacer, insistiendo en que se relajara cuando ella sabía que no era posible. Repetía que todavía no era el momento, pero ella sabía que íba a morir si aquella agonía se prolongaba.
El doctor Bi'yson se quejó diciendo que ella era la peor paciente que había tenido jamás, y ella le dijo que se fuera Al diablo. El quedó escandAlizado ante su lenguaje, porque había usado contra Jared todas las pAlabrotas que había aprendido de niña Al visitar los astilleros. El nombre de Jared había venido a sus labios cada vez que la presión era intolerable. Dios, le debían resonar los oídos. Solo deseaba que hubiera estado aquí para recibir sus insultos. -Señora Drayton, por favor.
Ella abrió los ojos.
-¿No puede dejarme ahora en paz? Solo quiero dormir.
-Todavía no hemos terminado.
-Pero yo sí.
El doctor Bryson suspiró. Era un hombrecito Al fin de la cuarentena, que estaba perdiendo el pelo y usaba unos grandes anteojos que continuamente caían sobre su larga nariz. En verdad su paciencia había llegado Al límite.
-Tengo todavía que cortar el cordón. Deberá usted tener en brazos a su hijo por un momento.

-¡No!
-Es usted la joven más desagradable que he conocido -la reprendió él-. Deje de ser irrazonable.
-Que lo tenga Florence -dijo Corinne tercamente, evitando mirar a la criatura que gemía-. Usted ya sabe que no quiero verlo. Se lo dije de antemano.
-Su doncella ha ido a buscar agua limpia. -Entonces espere a que ella vuelva.
-¿Quiere arriesgarse a una infección? -preguntó el él con dureza-. ¡Vamos tome a su hijo!
No le dio oportunidad para volver a negarse, sino que le colocó el bebé en los brazos. Corinne se volvió con rapidez antes de mirarlo. No quería recuerdos, no quería llevar ninguna imagen del niño en la mente.
-Apúrese, ¿quiere? -dijo Corinne amargamente,mientras la criatura seguía llorando.
Pareció gritar más cuando cortaron el cordón umbilical, y Corinne contuvo el Aliento.
El doctor Brysol sonrió. -Descanse, señora Drayton.
-¿Le hizo daño? -No.
-Bueno, lléveselo ahora.
-Todavía no. Todavía tenemos que terminar con usted. Empuje ahora-dijo, aplicando presión en el abdomen de ella.
La placenta salió de ella con sólo una incomodidad menor. La criatura seguía llorando.
-¿Quiere ahora llevarse a ese niño? -suplicó ella. -Todavía tenemos que esperar el agua para lavar la sangre de este hombrecito.
-¡Sangre! -dijo ella sin Aliento y de inmediato se volvió a mirar Al niño.
-No es sangre de él, señora Drayton -la tranquilizó el médico-. No es un chico lindo y sano?.
Ahora Corinne no pudo apartar los ojos. ¡Había dado vida a aquel pequeño ser! Había sufrido por esto, habi soportado el dolor más atroz imaginable para que él pudie ra vivir. ¡Un varoncito!
-¿Es muy feo, verdad? -no pudo menos de preguntar Corinne.
El doctor Bryson rió de buena gana.
-Es la primera opinión sincera que he obtenido de una madre. Pero le aseguro que quedará mejor cuando lo hayamos limpiado.
-¿Por qué no deja de llorar?
-Acaba de ser sacado de su lindo, cómodo, bíen Ali mentado hogar de los últimos nueve meses. Naturalmente está trastornado por esto y no le vendría mal que lo consolaran.
-Yo... yo no...
-Solo necesita su seno, señora Drayton. -No puedo -dijo ella rápidamente.
-Bueno, depende de usted. Creo que no le hará daño llorar un rato. Entretanto yo iré a ver por qué se demos el agua.
-¡Espere!
Pero el doctor Brysol cenó con firmeza la puerta Encontró a Florence en la cocina, sentada ante una mes. con medio vaso de whisky.
-¿Le sobra un vaso? -preguntó él.
Florence lo miró, preocupada, casi con miedo d~ hacer la pregunta:
-¿Dío resultado?
-Aún no lo sé. Le daremos un ratito, pero después tengo que lavar a ese níño. No me gusta eso de no bañar los en seguida.
Florence se levantó para buscar otro vaso y lo llenó -Díos, espero haber hecho lo que correspondía Simplemente no soportaba que diera a su hijo. Sé que lo hubiera

lamentado una vez que fuera demasiado tarde -No estoy de acuerdo con usted. Yo habría seguído adelante con la farsa.
-No quería escuchar razones. Si dejarla sola con él no nos sirve de nada, nada servirá.
-Bueno, hay que esperar para ver. Pero ¿dónde está el padre?
-Oh, ha ido a emborracharse -replicó Florence, refiriéndose a Russell-. Por cierto que es lo que convenía-añadió, levantado el vaso.
Había depositado su confianza en el doctor Bryson, pero no hasta el extremo de negar el supuesto casamiento de Corinne con Russell. El médico desaprobaba ya bastante de Corinne, y no convenía empeorar las cosas diciendo la verdad. Y Russell Drayton no había ido a emborracharse por nerviosidad. Festejaba que todo hubiera terminado Al fin. Suponía que el bebé era prematuro, y después que Corinne explicó a Florence dejó que siguiera creyendo aquello. La verdad es que Russell nunca había pensado en el niño y no le importaba.
¡Dios, a Florence no le gustaba aquel hombre! Russell parecía cambiar cuando Corinne no estaba presente. Era como dos personas distintas. Pero ella no podía dar en la tecla de lo que era exactamente, qué era lo que la perturbaba de él.
El doctor Brysol terminó su bebida. -Es mejor que volvamos Allá.
-¿Pero cree haber dado a Corinne bastante tiempo, doctor? -preguntó Florence frunciendo el ceño, dudosa-. Tal vez ver Al niño y tenerlo en brazos no logre hacerla cambiar de idea. Es una muchacha muy terca.
-¡Terca no es la palabra conveniente, señorita Merrill! ¡Jamás he visto una mujer más pendenciera, más irritable!
Florence tuvo que sonreír a la fuerza.
-La verdad es que tiene un poco de mal genio y muy poca paciencia.
-Eso es decir las cosas suavemente -gruñó el doctor Bryson-. Bueno, traiga esa agua.
Cuando entraron en el cuarto de Corinne la encontraron incorporada en la cama, mirando Al niño que tenía en brazos. Cuando levantó la vista no había rabia en sus ojos verde lima.
-Ten cuidado -murmuró Corinne-. Está dormido.
Florence depositó la pequeña palangana de agua sobre una mesa y se acercó a la cama donde estaba Corinne. -Tendremos que despertarlo de todos modos, querida, para poder bañarlo.
-¿Por qué han tardado tanto? -preguntó Corinne, aunque su voz ya no era dura.
-Temo que haya sido por culpa mía. Se me derramó varias veces el agua-mintió Florence-. Vamos, ha sido un parto de dieciocho horas, Cori. Todavía no he tenido un minuto de descanso. Estoy abrumada y las manos me temblaban todo el tiempo.
-¿Por qué no te ayudó Russell?
-Estuvo fuera toda la noche. Ha salido el sol, pero todavía él no ha vuelto.
-Lo lamento -replicó Corinne-. No sabía que iba a abandonarnos de este modo.
El doctor Bryson rió.
-Es lo común con los nuevos padres, señora Drayton. Muy pocos se quedan cerca cuando hay un nacimiento. Corinne se preguntó si Jared lo habría hecho. Pero era inútil pensar en eso. Vamos, Jared ni siquiera sabia que tenía un hijo. Un hijo, pensó conmovida.
Observó con atención cuando el doctor Bryson tomó Al bebé y lo llevó al otro lado del cuarto. El niño empezó a llorar de nuevo cuando lo lavaban. Cuando ter minaron lo envolvieron en una pequeña manta y Florence se preparó a salir del cuarto con él.
-¿Adónde lo llevas? -preguntó Corinne.

-Por ahora lo pándré en el cuarto de al lado ~ontestó Florence-. La fámilia que lo va a adoptar todavía no ha sido notificada.
-Me ocuparé de eso esta tarde ofreció el médico-. Ahora usted necesita descansar. Todos lo necesitamos. Vendré mañana, señora Drayton, para ver cómo está usted.

Corinne procuró que el agotamiento de la noche se apoderara de ella, pero, aunque su cuerpo estaba dispuesto, su mente se negaba a descansar. Podía oír el lejano llanto del niño y el sonido parecía tirar de ella. ¿Acaso iban a dejar que siguiera llorando de aquella manera?
¿Qué le estaba pasando? No debía importarle. Era el hijo de Jared, y ella lo odiaba. ¿Qué le importaba que llorara porque se sentía mal? El bebé desaparecería pronto y ella no volvería a verlo.
Corinne cerró los ojos contra el sonido, deseando que terminara. Pero el cuadro de la criatura entre sus brazos la obsesionaba. Había dejado de llorar cuando ella le había ofrecido el pecho. Se había dormido instantáneamente, como si eso fuera lo único que quisiera. Había confiado en ella, dependido de ella para que lo consolara.
El llanto pareció más fuerte, y repercutía en su mente, hasta que ya no pudo aguantar. Luchó contra el insistente deseo de acercarse Al niño.
-¡Florence! -gritó Corinne desesperada-. ¡Florence, hazlo callar!
No hubo respuesta y el llanto siguió. Corinne frunció el ceño. No, no podía volver a verlo. Tenía que arrancarlo de su mente.
¡Oh, cállate, niño, por favor, no llores más!
No pudo contener las lágrimas que pugnaban por salir. Lentamente se levantó de la cama. Le dolía todo el cuerpo. Simplemente iba a ver si le pasaba Algo, después podría dormir.
Caminar le resultaba muy incómodo, pero logró hacerlo lentamente. Habían puesto Al bebé en el cuarto vacío contiguo Al de ella. Tampoco había ahora nadie con él. El niño estaba en el centro de la cama, con Almohadas a cada lado.
Corinne lo miró. Parecía un poco menos feo ahora que lo habían limpiado. Estaba azulado de tanto gritar. -Chist -dijo Corinne suavemente, y tocó con los dedos el revuelto pelo negro de la frente de la criatura-. Tienes que terminar con esto, ¿me oyes?
No dio resultado. Entreabrió las mantas para ver si Algo lo estaba lastimando, pero no encontró nada. Los pobres y pequeños miembros estaban rígidos por el esfuerzo que hacía para ser oído. No lloraba solo por llorar, gritaba con todo el corazón y rompía el de ella Al hacerlo.
-Por favor, no llores más -suplicó-. No lo soporto.
Corinne recogió Al niño y procuró cAlmarlo, pero él seguía gritando. ¿Acaso nada daría resultado? Volvió a ponerlo en la cama y movió una Almohada, para poder ten derse junto a él. Cediendo, abrió el frente del camisón y atrajo suavemente a la criatura contra ella. Cuando la mejilla de él tocó el pecho, el niño se sacudió como loco, hasta que su boquita encontró el pezón. La respiración tardó un momento en regularizarse, se relajó y se durmió satisfecho.
Corinne ya no pudo contener las lágrimas.
-¡Oh, Dios, no! -exclamó sollozando, mientras el dolor le desganaba el corazón-. ¿Por qué me has hecho esto?
Florence se presentó poco después y encontró a la madre y al hijo pacíficamente dormidos. Sonrió y cerró con mucha suavidad la puerta.

Corinne se examinó críticamente en el espejo de cuerpo entero con marco de caoba. Su vestido era azul cielo, de un delicado papelín de Algodón con adornos de enca je... muy fresco, muy elegante. Llevaba una sombrilla azul. También había peinado de otro modo su pelo dorado, tirante de los costados y formando un rodete en lo Alto de la cabeza, con unos ricitos en flequillo que caían por la frente y las sienes. No le importaba la incómoda severidad del estilo. Estaba designado para un pelo más corto, no para los tupidos y largos rizos que ella se negaba a cortarse. Pero at menos era bastante fresco.
Corinne tenía un guardarropa enteramente nuevo. Ya nada de aquellos muumuus como tiendas de campaña para ella. Tenía que dar la impresión de que acababa de llegar de Estados Unidos, y esto no podía lograrlo con ropas nativas.
-Está usted preciosa, mi querida -señAló Florence, que entraba en el cuarto con una canasta de flores recién cortadas-. Pero, ¿por qué, se está probando otra vez esos vestidos nuevos?
Corinne ignoró la pregunta y se volvió para ver distintos ángulos de su persona en el espejo.
-Lo he logrado, Florence-dijo radiante-. Después de dos agotadores meses de ejercicios vuelvo a recobrar mi figura. Los nuevos vestidos fueron tomados a la medida de uno antiguo, y ahora me caen perfectamente. -¿No está un poco apretado en el busto? Corinne frunció el ceño, confundida.
-No, pero debería estarlo, ¿no? Florence rió.
-Debe darme las gracias por esto. Le dije a la costurera que agrandara el vestido en esa zona. Es una buena idea que se me ocurriera, ¿no?
Corinne no pudo menos que sonreír.
-Otra vez vuelves a tomar las cosas en tus manos, ¿eh? Como la trampa que me tendiste con el doctor Bryson,¿eh?
-No lo niego.
-Oh, Florence, ¿qué sería de mí sin ti? -Y Corinne abrazó a su vieja amiga, cosa que hacía rara vez. -Por cierto que no le iría tan bien, no cabe duda. Corinne rió, toTalmente deleitada.
-¿Sabes? Sólo tengo este aumento en la línea del busto y dos pequeñas marcas que muestran lo que he pasado. ¿Te he dado las gracias por insistir en esas aplicaciones de aceite de coco para ayudar a la piel a extenderse sin dilatarse? ¡Solo dos marcas!
-Bueno, también tiene usted Algo más que mostrar -dijo Florence suavemente.
-Sí, y nunca te lo podré agradecer bastante -las dos mujeres se miraron a los ojos. Se entendían, la que no tenía hijos y la nueva madre.
Ambas oyeron el llanto Al mismo tiempo. -¿Quiere que yo vaya? -ofreció Florence.
-No -Corinne hizo una mueca-. Apostaría a que pensaste que, cuando yo recobrara el juicio y decidiera quedarme con él, ibas a tener que ocuparte de mi hijo todo el tiempo. Bueno, puedes ayudarme, pero disfruto demasiado con él para dejar de cuidarlo.
-No es correcto -gruñó Florence-. Vamos, su madre nunca se molestó con usted, como no fuera para mostrarla a sus amigos. Una mujer de su clase necesita una niñera que se ocupe de cambiar, lavar, Alimentar. -Pero yo no soy mi madre -contestó Corinne-. Sucede que me gustan todas estas cositas menores. ¡No puedo evitar que me parezca que nunca estoy con él bastante tiempo!
Florence rió. '
-No, supongo que no. Pero sigo afirmando que no es lo correcto.

-Simplemente estás celosa. Vamos, creo que lo quieres tanto como yo-dijo Corinne-. Bueno, vayamos juntas, pues. De todos modos él adora que se le preste atención.
Ambas pasaron Al cuarto contiguo Al de Corinne que se había convertido en el cuarto del bebé. El sol de la mañana caía sobre el suelo Alfombrado en dibujos por las cor tinas de las ventanas abiertas. Una delicada brisa agitaba los pájaros con campanillas que colgaban sobre la cuna, haciendo cAlmar el llanto.
Corinne sonrió a Michael Samuel Burkett.
-Está fascinado con esos pájaros que encontraste en la tienda de antigüedades. Verdaderamente empieza a percibir las cosas.
-El médico dijo que no tenía nada en los ojos - replicó Florence, sonriendo a Michael, que se había vuelto Al oír las voces-. Los bebés no ven muy bien Al prin cipio. Me Alegra ver que sus ojos han cambiado de aquel azul opaco hasta parecerse a los suyos, verde amarillentos. Dios, será un demonio muy guapo cuando crezca, igual que su...
-No -la interrumpió Corinne-. No se parecerá en nada a él.
-Si usted lo dice, querida...
-Lo afirmo --contestó Corinne con decisión-. Michael será Algo especiAl. Ya sé que lo es.
-Bueno, por el momento este hombre especial necesita que lo cambien -replicó Florence, y empezó a retirar el pañAl.
-¿Dejó el doctor Bryson más sAlvia para ese sarpullido provocado por el calor?
-No, dijo que la traería hoy. Pero no hay por yué preocuparse. Ese sarpullido no parece molestar a Michael en lo más mínimo.
-No me gusta. Tal vez habría que poner aquí un ventilador de techo.
-Se preocupa usted de más, Cori -bromeó Florence-. Michael ha nacido en este clima. Probablemente el calor húmedo lo molesta mucho menos que a usted o que a mí. Está perfectamente sano.
-Ya lo sé. Simplemente quiero que lo siga estando -replicó Corinne, y levantó a Michael de la cuna. Sonrió ante la gorda carita, y todo el amor del mundo se reflejaba en sus ojos. El era como un pequeño ángel. Todavía se estremecía Al recordar que había estado a punto de darlo. Nunca se perdonaría las atroces ideas que había tenido cuando lo llevaba en sus entrañas. Solo se le ocurría pensar que había estado un poco loca.
Michael ya no era el hijo de Jared, que había que echar a un lado sin pensar más. Era el hijo de ella, solo de ella. Nunca había soñado que Alguien pudiera llegar a ser tan importante en su vida.
-¿Tienes hambre, precioso? -lo mimó Corinne.Creo que tendré que volver a darte de comer antes de salir. Así dormirás toda la tarde y no me echarás de menos.
-¿Va a salir? -preguntó Florence, levantando una ceja.
Corinne se dirigió a la mecedora acolchada que estaba junto a la ventana y abrió el frente de su vestido para amamantar a Michael.
-Ya es hora, Florence. Russell me ha dicho que se espera un barco para el fin de semana. Iremos al puerto con algún equipaje y, desde allí, nos dirigiremos Al hotel Royal Monarch, como si acabáramos de llegar de Estados Unidos. Me inscribiré Allí como la señora de Jared Burkett. Florence meneó la cabeza.
-¿Entonces quiere seguir con la cosa? Esperaba que se hubiera olvidado de eso.
Florence había entendido el furor de Corinne Al enterarse de la violación. Pero después había tenido tiempo de desmenuzar la historia, y seguía pensando que lo mejor era no pensar más en aquello.

-Michael ya tiene edad para poder viajar, Cori. ¿Por qué no nos volvemos a nuestro país en lugar de seguir con esto? -sugirió-. Su padre se muere de ganas de conocer Al nieto.
-Ya lo sé, pero tendrá que esperar unos meses. No volveré a mi patria sin haberme vengado.
-¡Qué aburrimiento, qué mierda Cori, se meterá usted en líos si quiere jugar con ese hombre!
Corinne quedó sorprendida y un poco divertida. -No es costumbre tuya usar un lenguaje tan fuerte, Florence -observó.
-Uno se acostumbra viviendo con usted---dijo Florence provocativa-. No sé qué pensaba su padre cuando la dejaba ir Al astillero siendo niña. ¡Hay que ver las palabras que ha aprendió!
-A mi padre le Alegraba que yo demostrara interés. -Un interés que no duró. Pero que la convirtió en una dama muy poco dama, Corinne Barrows. -Corinne Burkett -recordó Corinne a la niñera-. Además, yo no digo groserías intencionadamente. Se me escapan cuando estoy enojada.
-Lo que ocurre casi todo el tiempo.
-Vamos, ¿he sido acaso desagradable en estos dos últimos meses? -preguntó Corinne con una sonrisa. -No, pero lo será si vuelve a tropezar con él --dijo Florence, sabiamente.
-No será el caso. No necesito ver a Jared para convertirlo en un hazmerreír. Es probable que no tenga que verlo para nada, y será mejor. Pero, si lo encuentro, ¿por qué me voy a enojar? No podrá hacer nada para detenerme. No podrá representar el papel de marido ultrajado después de haberme abandonado. Esta vez tengo las mejores cartas.
-Esto no me gusta, Cori -previno Florence-. Me engañó bastante a mí con su encanto, y todavía más a usted. Parece haber olvidado hasta qué punto es desaprensivo. -Es inútil que procures disuadirme, Florence --dijo
Corinne cun firmeza y sus ojos verdes fueron duros-. Nada ha cambiado. No volveré a casa hasta haber hecho lo que vine a hacer.
-¿Y Michael? -preguntó gruñona Florence-. ¿Piensa tenerlo escondido en un sofocante cuarto de hotel mientras usted se exhibe en la ciudad?
-Claro que no. Tú y el niño os quedaréis aquí. Sólo me anotaré en el hotel porque es un lugar público y tengo que ser vista. Pasaré casi todo el tiempo aquí, pero nadie lo llegará a saber.
-¿Y si Jared la sigue y descubre a Michael? ¿Qué hará usted entonces?
Corinne frunció el ceño.
-Es poco probable que suceda, Florence. Pero, si pasa, la solución es simple. Diremos que Michael es hijo tuyo, y que resides en Punchbowl porque es más fresco y te resulta difícil acostumbrarte Al calor.
-¡Pero no soy casada! -dijo Florence sin Aliento. -¿Y quién va a decir que no eres una viuda reciente, señora Memll?--dijo Corinne-. ¿Y Michael no nació en Boston antes de que partiéramos? Después de todo, se supone que llegamos hoy. Y podemos decir que Michael tiene un mes más de los que tiene.
-Vuelve usted las cosas demasiado complicadas, Cori. ¿Para qué mentir sobre la edad del niño?
-Para que Jared no pueda sospechar nada en caso de que llegue a descubrir a Michael. El doctor Bryson es el único que sabe que Michael es mío y que nació el 14 de junio. Y el buen doctor me conoce como señora Drayton. Es dudoso que conozca a Jared o que me relacione con la señora de Jared Burkett que pronto será famosa.

-Nada de esto me gusta, Cori. Sabe usted que las mentiras no me agrádan. Nunca he podido decir una con convicción.
-Probablemente no tendrás que mentir. Tendré cuidado cuando venga y cuando salga de aquí. Y, en el caso poco probable de que Jared me siga, no debemos dejarlo entrar. Por lo tanto no hay motivo para preocuparse.
-Eso dice usted -contestó Florence-.Pero eso no
tranquiliza mi mente en lo más mínimo. En lo más mínimo.

20

Jared se apoyó contra el tronco de un gran cocotero y miró hacia el océano. Vio las olas que se quebraban en la playa de Waikiki. Atrás se erguía el hotel que estaba construyendo. Aunque Jared se sentía orgulloso de contribuir Al desarrollo de la isla, también estaba triste. El viejo estilo de vida estaba desapareciendo.
-¿Et trabajo marcha bien, no, Ialeka?
Jared miró a Leonaka, que se montó a horcajadas en un banco bajo las pAlmas, mientras mondaba un mango y metía grandes trozos del jugoso fruto en la boca. Leona ka Naihe era descendiente de Leimoní Naihe, Al igual de Jared, pero Leo era un verdadero hawaiano, que sólo había perdido la pureza de su sangre hacía una generación, cuando su padre tomó a una japonesa por esposa. Parecía un
hawaiano puro, con pelo negro como el carbón y ojos también negros.
Habían crecido juntos en la ribera norte, ido juntos Al colegio, y ahora trabajaban juntos. Leo era el capataz principal de Jared, Al mismo tiempo que su mejor amigo y primo lejano.
-Sí, el trabajo marcha bien -dijo Jared sonriendo-. No sé por qué me he molestado siquiera en venir aquí. Diriges todo sobre ruedas.
-Amo perfecto no necesitar trabajar-dijo Leo en broma, aunque hablaba inglés perfectamente-. Todo el día Al sol con bonita wahine. Preocuparse de nada.
-¿Sugieres que me retire antes de los treinta años? -Nos arreglaremos perfectamente sin ti, jefe. Mejor difrutar la vida cuando se es joven, ¿no?
-Gracias, Leo. Me Alegra saber que me necesitan. Ambos rieron. Después el súbito cambio de expresión de Leonaka Alertó a Jared.
-Mira quién ha venido a visitarte --dijo Leo gravemente, señAlando con la cabeza hacia el hotel-. Debe de ser Alguien muy importante para que tu tío salga de Fort Street.
Jared siguió la mirada de Leo. Edmond Burkett avanzaba decidido hacia ellos-. Sospecho para qué viene aquí. -Yo también -dijo Leo frunciendo el ceño-. Quería hablarte yo mismo de ello, pero, como tú no sacaste el tema, no me atreví. Creo que tu tio tiene más coraje.
-Audacia, dirás ---dijo Jared fríamente.
Cuando Edmond llegó junto a ellos sudaba copiosamente por el calor del mediodía y respiraba con dificultad. El esfuerzo de avanzar en la arena lo había agota do. Se dejó caer en el banco junto a Leonaka y empezó a abanicarse con el sombrero.
Leonaka se puso de pie, como si no hubiera visto a Edmond.
-Creo que es mejor que vaya con los hombres a trabajar.
-Sí ---dijo Jared tenso, mientras lo veía Alejarse. -Hace dos semanas que te estoy enviando mensajes, Jared -empezó Edmond, dejando de lado los sAludos-. ¿Por qué no has contestado?
-He estado muy ocupado.

-¿Tanto que no has podido concederme unos minutos?
Jared.se plantó rígido ante su tío.
-Sí, y lamento que hayas venido aquí para nada, porque ahora tampoco tengo tiempo. Debo trabajar.

Edmond pareció agitado.
-Es inútil que finjas que no sabes por qué estoy aquí. ¡Quiero que me digas qué piensas hacer con tu mujer! -Nada--contestó Jared tranquilo-. ¿Quieres discutir Algo más?
Edmond lo miró incrédulo. -¿Nada ? ¿ReAlmente nada?
-Tienes un oído excelente, tío --dijo Jared con sarcasmo.
Edmond frunció el ceño.
-Tal vez no estás enterado de lo que está hacien
do.
-Sí, tío. Estoy bien enterado de sus indiscreciones. Puedo nombrarte cada uno de los amantes que ha tenido en las seis semanas que hace que llegó. Sé exactamente lo que está haciendo. La diferencia es que también sé por qué lo hace.
-¡Dios mío, Jared! ¿Cómo puedes permitir que ande exhibiendo su infidelidad? ¿No te molesta?
-Si quieres decir que es una puta... te diré que no me molesta. No será mi mujer por mucho tiempo. Proba¡ blemente me pedirá el divorcio en cuanto se canse de su juego y vuelva a su patria.
-No entiendo nada -dijo Edmond sacudiendo la cabeza-. Ni siquiera tuviste la cortesía de decirme que te habías casado.
-Como he dicho, no será por mucho tiempo. -Tuve que enterarme por los amigos, que me dijeron además otras cosas -prosiguió Edmond, como si no
lo hubieran interrumpido-. No pude creerlo. Fui a verla para pedirle que dejara de fingir que era la señora de Jared Burkett.
-¿Has visto a Corinne? -Jared pareció empezar a interesarse.
-Sí, la he visto -replicó el otro asqueado-. ¡Una ramera! Con la cara pintada. Incluso después de saber quién era yo y de mostrarme sus papeles de casamiento, tuvo la audacia de provocarme. ¡Vamos, tengo edad de ser su padre y lo cierto es que soy tu tío! ¿Cómo has podido
casarte con una criatura semejante'?
Los ojos de Jared se volvieron de un tono gris pizarra.
-El motivo por el que me casé con ella no tiene importancia.
-Tal vez a ti no te importe que tu nombre sea arrastrado por el fango. Pero yo también soy un Burkett, y también lo es tu hermana. ¿Has pensado lo que sentirá Malia Al tener una puta como cuñada? Toda esta condenada isla está enterada. Tienes que terminar con esto.
-¿Desde cuándo te preocupa Malia? -preguntó Jared con tono helado.
-Sé lo que sentirá cuando se entere de las noticias. Es una suerte que esté ahora en la costa norte. Probablemente no querrá salir de Allí cuando lo sepa.
-¡Basta! -dijo Jared furioso.
-¡Entonces haz Algo! El daño está hecho, pero no es necesario que continúe. Los problemas políticos en esta isla están llegando a su punto culminante. Es posible que pronto tengamos una revolución. AL menos con esto la gente se olvidará de tu mujer.
-Te he dicho que nunca menciones delante de mí la revolución. Sabes que me opongo a derrocar a la reina. -Solo he dicho que tu escandAlosa mujer no seguirá

siendo tema de conversación una vez que se haya ido. -¿Qué estás sugiriendo? ¿Que la embarque para su país, le guste o no?
-Sí, y que le pagues para que se vaya si es necesario. Incluso te ayudaré, si el precio es demasiado Alto para ti.
-Ella es más rica que tú y yo juntos, tío -replicó Jared, mientras observaba atentamente la reacción de su tío.
Edmond quedó sorprendido, pero no retrocedió. -¡Maldición, Jared, tienes que hacer Algo! Estás permitiendo que esa mujer te convierta en un hazmerreír y que arruine nuestro nombre.
-Está bien, tío -suspiró Jared, y se volvió para mirar en la playa la estructura en forma de castillo del Hotel RoyAl Monarch, donde se Alojaba Corinne-. Me ocuparé de eso.
Era la segunda conversación que había tenido sobre su mujer desde la inesperada llegada de ella. La primera había sido con Dayna, la mujer con la que debía haberse casado. Ella conocía ahora todos los sórdidos deTalles de su casamiento. Curiosamente Dayna lo había acusado recientemente de estar celoso, lo que era absurdo. A él no le importaba Corinne. ¿Por qué no lo comprendía así Dayna?
-¿Terminarás pronto con esto? -presionó el tío. La boca de Jared se contrajo en una línea sombría. -Sí, pronto.

21

Corinne estaba aburrida. La continua representación, los largos trayectos entre Punchbowl y Waikiki de ida y vuelta, la habían puesto irritable. La broma la tenía dema siado tiempo Alejada de Michael, y ella detestaba esto. Sí, ya era tiempo de volver a su casa. La aventura no había sido gratificante. Si Al menos Jared hubiera reaccionado de Alguna manera, si le hubiera mostrado que el comportamiento de ella le había causado Algún efecto, Corinne hubiera tenido la sensación de haber hecho Algo. Pero no lo había visto ni una sola vez. Tal vez a él le importaba un comino lo que pensara la gente.
-Creo que echaré de menos esta isla, Russell -dijo Corinne mientras servía más té chino en una tacita-. Tienes que reconocer que es agradable que sea verano todo el año, y que haya fruta fresca cuando se desea., Estaban en un restaurante en Chinatown, una parte muy poblada de Hononolú, no lejos de Punchbowl. Era una experiencia exótica la de comer choca mien de cerdo, fu ~~ung de huevo, choro fun y una cantidad de otros deliciosos manjares. Los platos seguían llegando, en toTal siete platos diferentes, bastantes como para Alimentar a diez personas hambrientas. Corinne quedó atónita ante el despilfarro, pero de todos modos probó de cada plato.
-¿De manera que finalmente has decidido abandonar la aventura y volver a casa? -preguntó Russell.
-Sí, tenga que sacar de aquí a Michael antes de que se acostumbre a este clima cálido y tenga luego dificultad en adaptarse a Boston.
-Michael --dijo Russell secamente-. Todo lo yue haces ahora parece centrarse en él. Cuando no estás representando tu pequeña comedia, estás jugando con ese bebé, acariciándolo, bañándolo. Apenas te veo ahora si no me toca el turno de presentarme como tu amante del día. -No seas grosero, Russell.
-No me molestaría si fuera verdad... si de verdad fuera tu amante --contestó él con amargura-. ¡Pero el ünico hombre que dejas que se te acerque es ese maldito bebé!
-¡Russell!

-Perdón Corinne -dijo él rápidamente, tomando con ambas manos una mano de ella-. No quise decir eso. Simplemente estoy desAlentado. He estado perdiendo cons tantemente en las peleas de gAllos de KAlihi, y este tiempo hümedo pone los pelos de punta a cualquierra. Corinne suspiró.
-Ya lo sé. ¿Por qué no averiguas si sAle Algún barco mañana?
-¿Tienes tanta prisa por partir?
-¿Y tú? Hemos estado aquí diez meses. -Querías ajustar las cuentas con Burkett. Y ni siquiera lo has visto.
-¿Para qué iba a verlo?
-¿Por qué no pides el divorcio?
-Yate lo he dicho, Russell: no habrá divorcio. Jared seguirá siendo mi marido ausente, aunque no volvamos a vernos nunca. Me gusta la situación presente.
-¿Y eso dónde me sitúa a mí?
-¿Qué es lo que estás sugiriendo, Russell? -preguntó Corinne, dejando el tenedor y echándose hacia atrás. -Quiero que seas mi esposa, Corinne -sus manos apretaron con más fuerza la mano de ella-. ¡Quiero ser yo tu marido, no quiero que lo sea ese canAlla a quien le importas un comino.
Corinne suspiró.
-Eso es ímposib[e ahora. Ya te lo he dicho antes. Nunca te he prometido nada, Russell. Note quiero y desearía que dejaras de esperar que mis sentimientos cambiaran. No quiero a nadie aparte de Michael.
Los ojos de Russell se ensombrecieron.
-Tal vez no sentirías así si no tuvieras Al niño - dijo con acritud-. Me pregunto qué haría tu marido si supiera que tiene un hijo.
La cara de Corinne se puso pálida. Nunca había oído a Russell hablar tan rudamente. ¿Por qué parecía tan amargado?
-¿Me estás amenazando, Russell?
-Siento curiosidad, eso es todo -dijo él encogiéndose de hombros-. ¿Crees que él intentaría quitarte Al niño?
Los ojos verdes de Corinne se oscurecieron y lanzaron chispas.
-Si se lo dices, Russell -dijo en un murmullote mato.
-La leona protegiendo Al cachorro, ¿eh? -se burló él-. Después sus ojos oscuros se dilataron de sorpresa-. Bueno... el león acaba de entrar en la guarida. -¿Qué?
-Tu marido ausente ya no está ausente.
Corinne sintió que el corazón empezaba a latirle rápidamente. No se atrevió a darse la vuelta y mirar. Miró en cambio furiosa a Russell.
-Sí te atreves a decir una sola palabra acerca de... -Descansa, Corinne -Russell sonrió cálidamente y le besó la pAlma de la mano-. SAlo te estaba provocando. ¿Acaso no me conoces lo suficiente?
-Empezaba a dudado --dijo ella con Algún Alivio-. ¿Nos ha visto?
-No sólo eso, querida, sino que viene hacia acácontestó con suavidad Russell.
Corinne contuvo el Aliento. ¿Cómo debía comportarse" Por Algún motivo la antigua rabia contra Jared no iba a emerger. En cambio se sintió preocupada por la rabia de él, por lo que él iba a hacer. Cuando oyó los pasos que lentamente se acercaban detrás de ella, tuvo ganas de salir corriendo.
-Señor Drayton -dijo Jared arrastrando la voz - espero que disfivte usted de la compañía de mí mujer, pero, ¿le molestaría prestármela unos minutos?
Russell no se movió. Contestó suavemente.
-Me molestaría, señor Burkett. No creo que a su mujer le guste ser prestada, como usted dice.

Jared colocó ambas manos sobre la mesa y se inclinó hacia Russell.
-Deje que se lo diga de otro modo --dijo con tono peligrosamente tranquilo-. Si usted no se va lo sacaré personAlmente de aquí y lo golpearé hasta dejarlo sin sentido.
Russell se levantó indignado. No era tan Alto como Jared, y era ridículamente delgado en comparación, pero no parecía intimidado en lo más mfnimo.
Corinne también se levantó.
-Russell, por favor. De todos modos hemos terminado aquí. Espérame en el coche. Estoy segura de que lo que tiene que decirme Jared solo demorará unos minutos.
Russell miró a Corinne un largo momento. Rápidamente hurgó en el bolsillo y tiró dinero sobre la mesa para pagar la cuenta. Después salió furioso del restaurante, sin decir una palabra más.
Corinne volvió a sentarse, consciente de todos los ojos que miraban su mesa. Finalmente miró a Jared. Una chispa pareció correr entre ellos. Ella no pudo apartar los ojos de los de él.
-Se te ve muy bien, Corinne --dijo Jared quebrando el silencio y sentándose frente a ella-.Pero mi tío tiene razón. Llevas un maquillaje tremendo. ¿Acaso nadie te ha dicho que no es necesario tener apariencia de puta para serlo?
Había esperado unas palabras semejantes, pera la hirieron de todos modos.
-Te has dejado crecer la barba -dijo para devolver en parte el golpe, Al mismo tiempo que percibía que el tono de la piel de él era aún más oscuro-. No te queda bien.
-No te he pedido opinión.
-¡Ni tampoco yo he pedido la tuya! -contestó ella con calor, mientras la antigua rabia volvía con sorprendente rapidez.
-¿Qué pasa. Corinne? -preguntó él-. ¿Te gusta ser una puta pero no te agrada que te lo digan? ¿Es eso? Con gran esfuerzo Corinne cambió de actitud. -No me molesta, Jared -dijo-. ¿Y a ti? ¿Te gusta que se sepa que tu mujer es una puta?
-Basta, Corinne.
-¿Te resulta humillante, Jared? Dime lo que sientes. ¿Has sentido un poco de lo que sentí yo cuando te fuiste publicando aquel aviso en el diario? ¿Estás con un poco de vergüenza, Jared? ¿Te sientes Algo tonto?
-¡De manera que tu comportamiento aquí ha sido intencionAl!
-Sí, canAlla -susurró ella, dejando escapar su rabia. -¡No eres tú el único que entiende de venganzas! Jared miró la mesa, pensativo.
-¿Note parece que ahora estamos a mano? Te jugué una mala pasada, pero te la has cobrado.
-Que estemos o no a mano es discutible. Ni siquiera me atrevía a salir de casa en Boston debido a la humillación. Pero veo que tú no has tenido ese problema. Tal vez no te importa la opinión pública.
-Me importa, Corinne.
-Bueno, gracias por darme esa satisfacción -dijo ella fríamente.
-No me has dejado terminar, me importa, pero no permito que me afecte -dijo él-. Ya que das tanta importancia a la opinión pública, ¿cómo has podido degradarte tanto aquí nada más que para ajustar cuentas conmigo? -No me importa lo que pueda pensar esta gente - replicó ella-. No vivo aquí. Los chismes de aquí no me seguirán hasta Boston.

-Puedo encargarme de que te sigan -provocó éi. Ella le lanzó una mirada furiosa.

-Si quieres una baTalla sin fin, acepto el desafío. Los hombros de Jared parecieron caer un poco. -No, simplemente quiero termines con ésta. Ya has hecho bastante daño, Corinne. Quiero que aceptes que escamas a mano y que te vayas.
-¿Quieres? -rió ella burlona-. Me imparta un comino lo que quieras, Jared. Quizás no quiero irme aún. Quizás sucede que me gusta este lugar. Después de toda me estoy divirtiendo de lo lindo.
-¿Puteando? dijo él con desprecio.
-Sí ---dijo ella con una mueca-. Tú me enseñaste hasta qué punto puede ser grato el amor. Y yo he descubierto que cualquierr hombre sirve para esa.
Los ojos de Jared eran de un gris acerado. -Te irás, Corinne, aunque tenga que... Eita se puso de pie, furiosa.
-¡No te atrevas a amenazarme! Perdiste todo derecho Al tratarme de la forma que me trataste. Yo nunca te había hecho daño, Jared. Ya no estás en posición de pedirme nada, jamás.
Jared contempló la figura que se Alejaba mientras una furia asesina crecía en él. ¿Por qué estaba ella haciendo esto? ¿De verdad pensaba quedarse aquí?
Pasaron unos minutos antes de que Jared decidiera seguir a Corinne y a su amante favorito. Los otros hombres habían sido aventuras de una noche, pero Russell Drayton era compañero de cama de Corinne regularmente. Jared se preguntó qué pensaba Drayton Al compartir a Corinne con otros hombres. ¿Qué ctase de hombre es el que ama a una puta?
Et coche de Jared siguió el de ellos. Estába a punto de Alcanzarlos cuando lo sorprendieron doblando hacia Punchbowt, en lugar de dirigirse a Waikiki, Al hotel de Corinne. Jared disminuyó la velocidad de su coche y continuó siguiéndolos a la distancia. Se detuvieron en una colina que miraba sobre la ciudad, y vio que Corinne y Russell entraban en una casa.
Jared se acomodó y esperó, preguntándose a quién habían ido a visitar. Cuando los minutos se convirtieron en horas, la cosa se hizo clara para él. No había logrado averiguar dónde se Alojaba Drayton. Ahora lo sabía. Corinne no sólo exhibía sus aventuras en público, sino que las disfrutaba en privado. ¿Acaso aquella mujer nunca dormía sola?
A eso de la medianoche Jared vio que se apagaban las luces en el frente de la casa. No hubiera podido decir por qué había esperado tanto, anhelando que sAlieran. Vamos, maldición, ¿por qué sentía la urgencia de irrumpir en la casa y matar a Drayton? A Jared no le importaba con quién se acostara Corinne. ¿Iba a dejar que el hecho lo molestara simplemente porque ella llevaba el nombre de él?
Jared volvió en el coche a la ciudad con un pensamiento en la mente: Corinne tenía que irse de Hawai. No volvería a buscarla. Que ella viniera a él. Y, cuando lo hiciera, él sabría exactamente lo que tenía que hacer.

22

Corinne se despertó con una jaqueca que le partía la cabeza. La lluvia entraba en el cuarto por la ventana abierta. Saltó de la cama y corrió Al cuarto de Michael. Pero las ventanas estaban ya cerradas contra el aguacero. Obviamente esto era obra de Florence.
Michael seguía dormido, y ella cerró silenciosamente la puerta y volvió sigilosa a su cuarto. Cenó las ventanas, después se llevó las pAlmas de las manos a las sienes e hizo una mueca contra el pAlpitante dolor.

Dormía demasiado poco, pensó, y tenía pensamientos demasiado turbadores... por eso le dolía la cabeza. ¿Por qué había dejado que el encuentro con Jared la perturbara tanto?
Había olvidado cuán hermoso era. Había permanecido despierta buena parte de la noche recordando su contacto, la noche de bodas, el loco placer que le había dado. Y, más turbador aún, sabía que, si él se hubiera presentado la víspera en su cuarto, ella le hubiera dado la bienvenida.
Florence llamó a la puerta y asomó la cabeza. -¿Ya está levantada? Bien -entró en el cuarto sin esperar ser invitada-. Quiero hablar con usted unas palabras antes de que despierte Michael y le exija toda su atención.
-Bueno.
-Le rueso que me diga qué pasó anoche entre usted y Russell.
-¿Qué quieres decir?
-Usted sabe lo que quiero decir. Ambos volvieron a casa y se dirigieron a sus respectivos cuartos sin decirme siquiera una palabra amable. ¿Habían discutido?
-No estoy muy segura --dijo Corinne meciendose de hombros-.Porque, ¿sabes?, nos encontramos con Jared.
Florence frunció el ceño y aspiró profundamente. -¿Y?
-Por cierto que no fue agradable. Jared y Russell casi se agarraron a golpes, pero, por suerte, convencía Russell para que se fuera.
-Bueno, no se interrumpa -dijo Florence con impaciencia-. ¿Peleó usted con su marido?
-Sí, y creo que perdí la paciencia. -Eso me temía.
-Bueno, ¿qué quieres que sienta hacia Jared después de lo que me hizo? Y anoche me llamó puta. -¿Y qué esperaba usted, mi querida? Deliberadamente usted ha hecho que todo el mundo crea que es usted una... -Florence vaciló y se puso colorada, incapaz de pronunciar la palabra- ...una mujer inmorAl -dijo como compromiso-. ¿Creía usted que él no iba a pensar lo mismo?
-En reAlidad nunca pensé lo que él iba a opinar de mí, quise sólo humillarlo ante los otros -admitió Corinne con los ojos enturbiados.
-¿Y eso le molesta, verdad?
Corinne levantó el mentón con terquedad.
-¿Por qué me va a molestar? No volveré a verlo, de manera que su opinión no es importante. Yo sé la verdad sobre mí misma, y eso es fo único que cuenta.
-¿Entonces por qué se enojó? -preguntó Florence, con una mirada sabia en sus ojos color avellana.

Corinne se mordió el labio.
-Creo que me lastimó lo amargado que estaba. Y me sorprendió. No tiene derecho a condenarme después de lo que me hizo. Simplemente le he ajustado las cuen tas. El fue quien inició todo. Me usó para vengarse, y después me dejó para que enfrentara la vergüenza del abandono. El muy canalla se equivocó si creyó que iba a dejarlo libre tan fácilmente.
-Cori, se está usted enojando de nuevo -la previno Florence-. Si no baja la voz va a despertar a Michael.
-Oh, Jared me enfurece tanto... -dijo ella exasperada-. Ha tenido la audacia de pedirme que me dé por satisfecha y que me vaya. No me pidió, me lo ordenó. No dijo ni siquiera una palabra en el sentido de que lamentaba lo que había hecho. Ni una palabra de disculpa. Solo me criticó por lo que estoy haciendo... por lo que cree que estoy haciendo.

-Bueno, espero que le haya dicho que piensa irse -replicó Florence.
-No -exclamó ella-. No le daré esa satisfacción. Le he dicho que me gusta estar aquí.
-Cori, ya basta con lo que ha pasado.
-Ya lo sé-dijo Corinne con voz apagada-. Había decidido irme. Pagaré la cuenta del hotel y retiraré el dinero del banco. Pero estaba demasiado enojada para decír selo a Jared. Es mejor que se sienta incómodo aún por cierto tiempo, mientras esperamos el barco.
-¡Por suerte ha recobrado usted el juicio! -exclamó Florence.
Corinne sonrió.
-Además de estar harta de todo el asunto, ya no puedo fingir más -reconoció finalmente-. Todo el tiempo tropiezo con los hombres que he llevado a la suite del hotel
y ellos insisten en que cumpla mis promesas. Ya no puedo rechazarlos más.
-Dios sabe que era un plan peligroso-recordó Florence-. Podía usted haber tropezado con Algún canAlla ardiente que no estuviera dispuesto a esperar. ¿Qué habría hecho entonces, mi querida?
-Chillar pidiendo auxilio, ¿qué otra cosa podía hacer? -dijo Corinne riendo, y añadió:- Eso nunca me preocupó, Florence. Todo marchó sobre ruedas. He bai~
lado en el salón del hotel con los caballeros Allí presentes los he llevado a mi habitación, les he dado vino, he elu~ dido sus avances y después me he disculpado. Siempre he prometido los máximos placeres para la próxima vez. Er verdad ha sido muy fácil. Cada hombre partió con una son risa de anticipación, y quien lo hubiera visto irse podía suponer que ya había logrado lo que buscaba. Los hom~ bres son los hombres y ninguno quiere reconocer la derro ta y decir que ha fracasado.
-Como los hombres son los hombres, es una suer~ te que haya usted podido escapar-dijo Florence con seve~ ridad.
-Bueno, lo hice -dijo Corinne satisfecha-. Y ahora puedo volver a casa. Sólo espero eludir a esos hombres hoy, cuando pague la cuenta del hotel. En verdad ya he agotado los pretextos para no verlos una segunda vez -¿Quiere que la acompañe?
-No, tienes que cuidar a Michael. No quiero expo~ verme a que Alguien lo vea. Se parece demasiado a Jarec y no quiero que nadie saque la conclusión justa y haga correr el rumor de que Jared tiene un hijo. Si tropiezo cor Alguno de mis supuestos amantes, espero que baste con dar le nuevas excusas.
-Por lo menos vaya con Russell -sugirió Floren ce-. Entonces esos hombres no serán un problema. -Russell me dejará en el hotel. Pero después le he pedido que vaya a averiguar si sAle Algún barco. Ahora que estoy decidida a partir, quiero que sea rápido. Me esconderé aquí hasta la partida. Basta de desfiles. No quie~ ro arriesgarme a volver a encontrarme con Jared. Con une vez basta.
Florence observó atentamente la expresión de Corinne -El la asusta, ¿verdad?
-Cuando está enojado, sí -reconoció ella de mala gana-. Pero sólo porque su carácter es tan imprevisible
Florence entendía bastante claramente.
-Usted lo subestimó antes. Debió recordar eso antes de venir aquí. Conviene aprender de los errores pasados. Corinne meditó. Tenía buenos motivos para temer a Jared. Musitó una plegaria silenciosa para que la ira de aquel hombre grandote siguiera dormida hasta después que hubieran partido.
El joven asistente hawaiano con su camisa florida y sus anchos panTalones, llamó a un coche que esperaba y puso adentro las escasas pertenencias de Corinne. Tími damente evitó mirar a la hermosa wahine que taconeaba impaciente. Sabía quién

era ella... era la camídílla de todo el hotel. Pero el muchacho no creía ni la mitad de las cosas que decían de aquella señora, que siempre tenía una sonrisa de agradecimiento cuando él la ayudaba.
También conocía Al marido de ella, lo había visto esa mañana cuando se había presentado en el hotel. De manera que ahora sabía por qué la preciosa dama de piel blan ca no sonreía ahora, por qué sus ojos verdes oscuros lanzaban chispas. ¿Por qué había tenido que ser él el único que estaba desocupado en el vestíbulo cuando el gerente pidió que sacaran el equipaje de la dama? De Alguna manera se sentía responsable de la rabia de ella.
Corinne muy tiesa se había sentado en el borde del asiento en el coche cerrado. Sus manos se abrían y cerraban repetidamente sobre el regazo. Estaba toTalmente desorientada.
Había atravesado el costoso vestíbulo del hotel, colmado hoy más que nunca a causa de la lluvia. La conmoción que provocaba la divertía: las mujeres se apartaban de su camino como si estuviera apestada, los hombres procuraban atraer sus miradas. Estaba en camino hacia la suitepara recoger las escasas pertenencias que Allí tenía, cuando el gerente del hotel la detuvo.
Antes de que ella pudiera decirle que preparara la cuenta, él le informó que la suite ya no estaba disponible.
Los ojos verdes de Corinne se dilataron ante cada palabra del gerente. El explicó que el equipaje ya había sido hecho y la esperaba, que su cuenta había sido toTalmente pagada, y que su presencia ya no era deseable en el RoyAl Monarch.
-¿Y cuál es el motivo de esto? -había preguntado ella, desafiando Al cobarde hombrecito a que le dijera que las escandAlosas actividades de ella habían provoca-do aquella acción.
La respuesta fue lo último que ella hubiera esperado oír
-Su marido ha amenazado con retorcerme el pescuezo si le permito a usted seguir aquí un día más. Ahora Corinne miraba furiosa por la ventanilla del carruaje a la lluvia copiosa sin ver el bAlanceo de las pAlmeras que bordeaban las calles, o las adornadas casas. Había llegado a contemplar con deleite la profusión de color en todas partes, cada casa con su jardín privado, no un jardín formal, sino con flores y plantas en todas partes, bordeando las casas y los senderos, cubriendo los porches, colgando del Alero de los tejados. Los brillantes colores estaban en todas partes, pero en ese momento Corinne no veía nada. No se dio cuenta de que habían llegado Al centro de Hononolú hasta que el coche se detuvo ante el banco, la dirección que había dado Al cochero. Sus ojos todavía ardían brillantes cuando se acercó a un contable, y estaba demasiado preocupada para notar la sorpresa en la cara del hombre cuando le tendió la libreta y pidió dinero. -Debe de haber un error, señora Burkett.
El contador, de edad mediana, con los anteojos montados en oro, reclamaba ahora toda su atención. La había llamado señora Burkett. ¿Cómo sabía que ella estaba casa da? Había abierto la cuenta a nombre de la señorita Corinne Burkett.
-¿Qué error? -preguntó con creciente Alarma-. He venido a retirar mi dinero.
La mirada de sorpresa del hombre se transformó en una mirada de consternación.
-Pero su dinero ya no está aquí, señora Burkett. Fue retirado esta mañana.
-¿Por quién?-preguntó ella, aunque era inútil preguntar, lo sabía.
-Bueno, por el señor Burkett -explicó el hombre. Corinne procuró controlarse. SeñAló con el dedo tembloroso su libreta de cuentas.
-¿Acaso el nombre de él está junto Al mío en esta libreta'? ¿Cómo se ha atrevido a entregarle el dinero? -Es su marido -dijo el contable penosamente. -¿Cómo lo sabe?

El pobre hombre empezó a sudar.
-No tenía motivos para dudar de la palabra de él. El señor Burkett es aquí muy conocido. Es competidor nuestro. El y su tío poseen un banco de Ahowo y Préstamo en la calle Fort.
-¡Me importa un comino lo que posea! -rugió ella, sin preocuparse ya por llamar la atención-. No tenía usted derecho a darle mi dinero.
-Si él no es su marido hemos cometido un error, y le aseguro que la ley intervendrá. Pero, si el señor Burkett es su marido, entonces el dinero de usted es también de él, tiene derecho a retirarlo.
Corinne se volvió bruscamente y salió furiosa del banco.
-¡Vamos de vuelta a Waikiki, en seguida! -gritó Al cochero hawaiano.
-¿Al hotel del que venimos?
-¿No están construyendo uno nuevo en la playa? ¿Sabe dónde queda?
-Claro, señora-sonrió con una mueca-. Tengo un primo que trabaja Allí. Dice haber mucho trabajo. Mucho tiempo pasar antes de hotel terminado.
Ella ignoró los comentarios y subió Al coche para el largo viaje de vuelta hasta Waikiki. Unas calles más Allá del hotel que la había rechazado, se erguía la armazón de un nuevo hotel en construcción. Cuando el coche se detuvo Allí, ya era tarde. La lluvia había cesado y había salido el sol. Pero el efecto de la tormenta seguía en el suelo, y Corinne tuvo que chapotear en la arena mojada para llegar Al edificio.
Corinne se detuvo cuando ya estaba en la zona y miró en busca de Jared, pero no lo vio. Un hawaiano monstruosamente Alto, de contextura esbelta pero atlética, parecía ser el encargado. Ella nunca había visto un hombre tan Alto, y casi tuvo cierto miedo Al acercarse a él e interrumpir su trabajo. Sintió aún más temor cuando silbidos y frases obscenas salieron a su encuentro. La construcción se interrumpió. Todos los trabajadores se pusieron a mirarla mientras avanzaba.
El hawaiano Alto se volvió para ver qué era lo que distraía a sus hombres, y frunció el ceño Al ver a Corinne. Notó el costoso vestido de seda color cobre, la sombrilla haciendo juego que se abría paraprotegerla del sol, el pelo rubio oscuro bajo un elegante sombrero, la pAlidez de la piel blanca. Una malehine probablemente perdida, y por cierto, sorprendentemente bella.
Avanzó hacia ella y le cerró el paso. -Esta es una zona prohibida, señorita.
Corinne tuvo que levantar la cabeza para mirar los oscuros ojos del hawaiano.
-Busco Al señor Burkett... el señor Jared Burkett, ¿Está aquí?
El hawaiano quedó un poco sorprendido.
-Jared no ha venido esta mañana. Yo soy Leona ka Naihe, su capataz., ¿En qué puedo serle útil? Corinne no ocultó su frustración.
-Solo podrá serlo si me dice usted dónde puedo encontrar a mi marido, señor Naihe.
El levantó las cejas.
-¿Es usted la señora Burkett? -Desgraciadamente sí --contestó ella con amargura-. ¿Sabe dónde está mi marido?
-Vaya a la oficina de la calle Merchant. O a su casa en...
-Sí, ya sé dónde queda su casa -interrumpió el con impaciencia-. Gracias.
Leonaka la contempló cuando se Alejaba y dejó escapar un lento silbido. ¡De modo que ésta era la promiscua esposa de Ialeka! ¿Por qué él no la había llevado consigo a su casa Al volver de Estados Unidos? ¿Y por qué ella venido aquí para refregarle sus amantes en la cara?
Leonaka hubiera querido saber lo que estaba pasando. Pero no se atrevía a preguntar.

23

El resplandor rojo anaranjado del sol poniente encendía el cielo por el lado occidenTal de la isla mientras el coche de Corinne avanzaba por la calle Beretania hacia el parque privado de la grande e imponente mansión de Jared. Ya había pasado por la oficina, sólo para enterarse, por un empleado orienTal, de que él acababa de salir. Ella estaba de un humor febril.

Sus pechos, hinchados de leche, le dolían. Los apretó con las pAlmas de las manos para hacer retroceder la leche y que no goteara, como solía ocurrir cuando pasaba tanto tiempo sin amamantar a Michael. Por suerte llevaba un sostén ajustado, pero no quería correr riesgos, y apretó con más fuerza para que la fluencia se interrumpiera antes de descender cuidadosamente del coche.

Por la quinta vez aquel día pidió Al cochero que la esperara. Si Jared no estaba en casa tendría que abandonar por hoy la búsqueda. Estaba tan dolorida que casi pensó que eso era lo mejor. Pero la necesidad de dar rienda suelta a su ira era casi mayor que el dolor de los pechos o el agotamiento. De todos modos, Florence ya debía de haber Alimentado a Michael.

Antes de que Corinne pudiera golpear en la puerta principal de la casa de Jared, dicha puerta se abrió y se vio ante los ojos gris azulado de su marido. El la miraba con un brillo triunfal en las pupilas. Una ligera sonrisa de burla curvaba sus labios y la enfureció más Allá de toda precaución, avanzó un paso y levantó la mano para golpearlo.

Jared la agarró de la muñeca y la sujetó como un garfio de acero

-En tu caso no volvería a intentar esto -dijo con voz profunda-. Yo podría golpearte como réplica. Corinne procuró soltar la mano, pero él la arrastró dentro de la casa y cerró la puerta antes de soltarla. Ella se volvió y lo miró. Tenía tantas palabrotas que decirle que en verdad no sabía por dónde empezar.

Jared rió.

-Esperaba verte mucho más temprano. ¿No podías dar conmigo?

No esperó a que ella contestara, sino que se dirigió pasando ante ella hasta un largo bar en el salón y se sirvió medio vaso de ponche, Al que añadió una generosa can tidad de ron. Vestía panTalones color crema y llevaba una camisa blanca abierta hasta la mitad del pecho. Su actitud indiferente hizo que Corinne se pusiera lívida.

-¡Canalla! -gritó, avanzando desde el otro lado de la habitación.

Jared lanzó una risa profunda.

-Eres especiAl para insultar a la gente, querida esposa.

-Eres despreciable -dijo ella sin Aliento, y su cara se volvió más roja mientras buscaba Algo para tirárselo. ¡Cómo necesitaba golpearlo, herirlo! Pero Jared adivinó su intención cuando ella se acercó a un jarrón con flores de una mesa cercana.

-Oh, no -dijo previniéndola-. Si no te comportas como debes tendré que enseñarte a hacerlo.

Corinne ignoró la amenaza y le arrojó el florero a la cabeza. Las flores y el agua se derramaron por la habitación, pero el rudo florero se quebró, sin hacer daño, con tra la pared, detrás de Jared. Ella no vio el furor en la cara de él, cuando corrió hacia ella. Estaba demasiado ocupada buscando otra arma.

Antes de poder echar mano a una planta en una maceta que pendía de un gancho sobre la ventana, Jared la agarró desde atrás. La arrojó sobre el sofá y quedó con las manos en las caderas, mirando el cuerpo tendido de ella, silenciosamente

provocándola a que se levantara. -¡Haré que limpies estos destrozos, malditos ojos verdes! -rugió-. Has venido a mí esta vez. Si estás dispuesta a hablar, hazlo. De lo contrario te encerraré en un cuarto hasta que comprendas que debes comportarte con decencia.
-¡No puedes hacer eso!
-¿Cuándo te enterarás de que puedo y haré cualquierr cosa menos asesinar? Ya deberías haberte dado cuenta.
El sinvergüenza es capaz de hacerlo, pensó ella furiosa. Se sentó, se estiró el vestido, después enderezó el sombrero que se torcía a un lado de su cabeza.
Jared volvió Al bar.
-¿Quieres un trago? -ofreció, cuando recogía su vaso, apoyando la espalda contra el bar-. De verdad debías haberme escuchado anoche, Corinne. Podrías haber evitado esto.
-¿Qué has hecho con mi dinero, Jared? -preguntó ella con tono tranquilo.
-Está en mi cuenta. -¿Dónde?
-No tiene importancia, ya que me he asegurado de que no puedas retirar fondos de esa cuenta -dijo él suavemente.
Corinne hizo todo lo posible para que la ira no inundara su voz.
-No tienes derecho a hacer eso. Has robado mi dinero.
-Lo que es tuyo es mío. ¿Acaso has olvidado que eres mi mujer? -la provocó.
-Juraste no tocar mi dinero. El se encogió de hombros.

-Mentí. Deberías recordar que a veces hago trampa en el juego, Corinne.
-Pero deberías haber recordado el papel firmado que poseo, en el que te comprometes a no presionarme en ningún momento, o a intervenir en nada de lo que yo haga. Y acabas de hacer justamente eso hoy.
-¿Y qué?
-¿Y qué? -No podía entender la tranquilidad de él.- Si crees que no te llevaré por esto ante los tribunAles, no me conoces, Jared Burkett.
-Oh, creo conocerte bien -dijo él con una sonrisa-. Eres como yo. No toleras que nadie se te imponga. -Jared, yo...
-Ese ridículo papel que me hiciste firmar carece aquí de todo valor.
-¿Cómo? -dijo ella sin Aliento.
-Busca un abogado y entérate. Estás en Hawai, Corinne, y aunque hace años que los norteamericanos planean que seamos gobernados por Estados Unidos, somos todavía un reino soberano, con leyes enteramente diferentes.
Maldición. ¿Por qué no había pensado en eso? Súbitamente todo el sentido de lo que él decía penetró en ella y se estremeció. La extensión del poder de él sobre ella era aterradora. Probablemente podía hacer lo que quisiera con ella, y la ley iba a protegerlo, porque él era el marido.
Jared observaba las cambiantes expresiones de ella muy atentamente y sonrió.
-Ahora entiendes, ¿verdad?
Le daba órdenes. Dios, ¡cuánto lo odiaba! -Entiendo, Jared -dijo Corinne fríamente mientras se erguía y levantaba orgullosa el mentón-. Entiendo que estás más Allá del desprecio. Quédate con mi dinero si tanto lo necesitas. Todavía tengo bastante Al contado y joyas para que me duren hasta que mi padre me envíe más.
Jared suspiró.
-No has entendido un ápice, Corinne. No quiero tu dinero. Nunca lo he querido. Quiero que te vayas de esta isla. En cuanto decidas abandonar la cosa e irte, te devolveré tu dinero.

¿Por qué no podía decirle que esto era lo que ella también quería? ¿Por qué tenía que sentirse tan desafiante? -No me obligarás a partir, Jared -dijo con terquedad-. No me obligarás a nada.
Los ojos de Jared se ensombrecieron hasta volverse gris oscuros.
-Lo lamento, porque estoy harto de tus puteríos en la ciudad, sean cuAles sean tus motivos. Saldrás de la circulación, Corinne, de una u otra manera.
-¡Y tú te puedes ir a la mierda! --chilló ella furiosa. Al comprender, que no podía contener su furor, giró y corrio para salir de la casa.
Si cree que va a encadenarme, se ha vuelto loco, pensó enojada mientras corría por el sendero frente a la casa. No puede ordenarme lo que tengo que hacer. No puede.
Antes de que Corinne llegara Al coche que la esperaba, Jared la Alcanzó e hizo que se diera la vuelta para enfrentarlo. Ella estaba todavía demasiado enojada para asustarse, y luchó para soltarse, perdiendo la sombrilla y el bolso en el proceso.
-¡Suéltame! -aulló, golpeándole el pecho con la mano que tenía libre.
-Te quedarás aquí, Corinne, hasta que decida lo que voy a hacer contigo -dijo él fríamente.
-¡Me quedaré cuando estés en el infierno! Corinne intentó darle patadas, pero solo consiguió perder un zapato. El sombrero se le cayó y su pelo dorado se volcó sobre su cara, cegándola por un momento. En el momento siguiente, sintió que Jared la levantaba y la cargaba Al hombro, y su glorioso pelo pendió hasta casi tocar el suelo. Sus pechos golpearon contra la dura espalda de él, y el dolor de la tierna hinchazón fue atroz. -¡Socorro! -gritó súbitamente con toda la fuerza de sus pulmonés-. ¡Auxilio!
-Quédate tranquila, Corinne, antes de que te dé Algo que de verdad te haga gritar- susurró Jared-. Nadie vendra en tu ayuda.
-Y ordenó Al cochero, que contempla ba divertido la escena:- Si mi esposa ha dejado Algo e el coche tráigAlo adentro y se le pagará la molestia. Ella ya no necesita de sus servicios.
Jared volvió hacia la casa. Corinne hundió sus Bien tes en la carne de él. Lo oyó gemir de dolor y su satisfac ción fue tan grande que ya no le importó lo que él hacía.. hasta que la arrojó Al suelo.
Ella cayó detrás de la puerta, hiriéndose los hombro Al tocar tierra. Jared estaba de pie ante ella apretándose Ia herida con una mano, los ojos como brasas.
-¡Maldita víbora sedienta de sangre! ¡Tendría que darte una pAliza por esto!
-Hazlo --dijo ella desafiante-, no me importa. Ya eres una bestia vil y de lo más bajo. Vamos, golpéame veremos si es que puedo odiarte más.
Pero cuando Jared se inclinó, ella retrocedió. El la agarró de la muñeca y la puso de pie de un sAlto, después la arrastró escAleras arriba.
Ella resistía con todas sus tuerzas, y en eso vio la san re que empapaba la camisa donde lo había mordido. Iba a pegarle por esto, sabía que iba a hacerlo. ¿Estaba reAlmente a la merced de él porque un trozo de papel decía que ella era su esposa? ¿Podía hacer con ella lo que le diera la gana, sin que le pasara nada? La respuesta era aterradora.
En lo alto de la escalera había un largo corredor, Jared abrió la puerta del segundo cuarto, y la empujó aden tro, después cerró la puerta de golpe y la trancó por fue ra.
Corinne golpeó la puerta.
-¡No puedes hacerme esto, Jared! -arañó y golpeó de nuevo.
Pero él lo había hecho. Lo oyó Alejarse. Se dio la vuelta y miró la habitación en la que se encontraba. Tardó unos momentos en calmarse. Vio una lámpara y la encendió.

Era un cuarto grande, de apariencia masculina decorado en azul oscuro y castaño, gamuza y pesados brocados. ¿El dormitorio de Jared? Examinó más con la lámpara en la mano. Un gran armario reveló ropas de hombre: trajes, camisas, batas, zapatos y botas por el suelo. Otra puerta llevaba a un cuarto de baño muy moderno, con una bañera de mármol incrustada en el suelo y un lavabo con grifos de crisTal.
Percibió su reflejo en el espejo que cubría toda una pared, y contuvo el Aliento Al verse tan desarreglada. Su vestido estaba atrozmente arrugado, había perdido dos botones en lo Alto del corpiño, el pelo le caía sobre los hombros en una mezcla de rizos, y conservaba sólo un zapato.
El dolor de los pechos era intolerable y la presión que aplicó para detener la irrupción de leche ya no dio resultado. Corrió Al cuarto de baño y cenó con llave desde adentro.
Cada movimiento hacía pAlpitar sus pechos y lentamente retiró la parte de arriba del vestido, que dejó colgar hasta la cintura. Suavemente fue extrayendo la leche de su pechos. Qué desperdicio, pensó con amargura. Debería estar en casa con Michael, Alimentándolo con aquella abundancia de leche.
El proceso fue largo y agotador, pero encontró algún alivio, aunque no bastante. Seguía necesitando a Michael. Por la mañana iba a necesitarla desesperadamente.
Corinne volvió a vendar con fuerza sus pechos y se arregló el vestido, después volvió Al cuarto, llevando la lámpara. Ahora estaba toTalmente a oscuras afuera. Una fresca brisa soplaba por la ventana abierta. Se plantó Allí y dejó que el aire fragante la refrescara. Los coches pasaban por la calle ante ella, llenos de gente desconocida, que ignoraban el apuro en que se encontraba. De pronto se sintió mal por el temor y el agotamiento.
Pasaron las horas. Corinne se sentó en un cómodo sillón junto a la ventana y esperó. El dolor de cabeza que había sentido por la mañana volvió. El estómago le rezon gaba, y le dolía el hombro. Cuanto más esperaba más iba olvidando su miedo. La ira crecía hasta hacerla casi esTallar.

Finalmente se abrió la puerta y Corinne no pudo correr hacia Jared para arrancarle los ojos. El estaba de pie con una bandeja con comida entre las manos, zapato que ella había perdido bajo el brazo y una expresión inescrutable en la cara.
-¿Tienes hambre?
Ella no contestó, pero de todos modos él entró en cuarto con la bandeja.
-Hubiera venido antes, pero tuve dificultades para explicar a Soon Ho los destrozos de la sala.
-Ella demostró curiosidad, pero él siguió hablando de todos modos-. Soon Ho se encarga aquí de mis cosas. Cocína y limpia la casa. Es un hombre notable.
Corinne siguió en silencio, y su ira crecía. Obserbaba todos los movimientos de él con ojos entrecerrados. dejó la bandeja, le arrojó el zapato Al suelo junto a la cama y la enfrentó frunciendo gravemente el ceño.
-¿Piensas seguir ahí matándome con los ojos o vendrás a comer?
La súbita, profunda, límpida carcajada de ella le pu los nervios de punta.
-¡OjAlá mis ojos pudieran matar!
-No dudo que lo harías --dijo él brevemente y dirigió a encender otra lámpara.
Corinne miró la espalda de él, y notó que se habia cambiado de camisa; también percibió el débil trazo de vendaje. Esperaba que la herida le doliera. Mejor aún, deseaba que se le infectara. Tal vez pudiera morir por envenenamiento de la sangre. La idea trajo una triste sonrisa sus labios.

Jared se dirigió a la mesa de palo de cerezo y recogió Algunos frutos que estaban en un cuenco sobre una bandeja. Corinne frunció el ceño. ¿Pensaría ignorarla ahora?
-Sabes que reAlmente no puedes seguir teniéndome aquí, Jared -dijo con tono tranquilo, práctico. -Sí, lo sé --contestó él fríamente-. Pero no molestará quedarte una noche, ¿verdad?
-¿Qué sentido tiene si me voy por la mañana? -No te irás por la mañana. Estoy de acuerdo en que no puedo tenerte aquí, en esta casa. Tendrías que estar encerrada indefinidamente en el cuarto. Pero, por la mañana sAldremos para la costa.
-¿La costa?-preguntó ella Alarmada-. ¿Quieres decir al otro lado de la isla?
-Sí, Allí podré dejarte sin temer que provoques Algún escándAlo. Está lo bastante lejos de Hononolú como para que no puedas meterte en líos.
-¡No iré!
-Note dejaré elegir, Corinne-erijo Jared con cAlma. Ella volvió a sentir pánico. ¡La llevaba lejos de su hijito!
-Mira, Jared -procuró ocultar el miedo de su voz, pero él pudo leerlo en sus ojos-. Mentí anoche cuando dije que me gustaba estar aquí. Ya había decidido irme. Pero estaba demasiado enojada para reconocerlo. Incluso Russell ha ido hoy Al puerto para averiguar cuándo tendremos un barco. Partiré en el primero que salga.
-Es demasiado tarde para eso, Corinne -se plantó ante ella, con ojos inescrutables-. Te di ocasión de que partieras, y te negaste.
-¿Qué quieres decir? El le sonrió.
-He decidido que es mejor que te quedes. -¿Por qué?
-Viniste aquí para convertirme en un hazmerreír y lo lograste-dijo él, y su tono volvió a ser duro, mostrando Al fin su propia rabia-. No me importaba ser el pobre mari ~ engañado, porque en primer lugar me importas un comino. Pero, cuando oí decir que no era bastante hombre para dominar a mi mujer, eso dio en el blanco. Y la manera de hacer que los chismes se vuelvan a mi favor es demostrar que he tomado las riendas.
-¿De verdad crees que la gente va a pensar que me has perdonado? -preguntó ella, pensando rápidamente. -Un hombre nunca puede perdonar a una mujer que ha puteado tanto como tú lo has hecho -dijo él cruelmente, deleitado Al verla estremecerse-. Pero eso no tiene nada que ver.
-¿Entonces qué?
El colocó las manos sobre los brazos del sillón y si inclinó sobre ella, dejándola atrapada.
-Llevas mi nombre. Debías haberlo evitado. Pero ya que no lo has hecho, a partir de ahora serás una esposa modelo.
-¡Estás loco! -gritó ella, con un fuego verde er los ojos-. Nunca haré lo que quieras que haga, Jared. Estábamos a mano, pero estás volviendo a inclinar la balanza Y no creas que no me las pagarás! ¡Te lo prometo!
El rió y se dirigió a la puerta.
-Veremos qué daño podrás hacer cuando estés aislada en una playa.
-¡No conseguirás llevarme Allí!
-Si es necesario amordazarte y atarte durante todo el día del viaje, lo haré -la previno, y cerró la puerta corriendo otra vez firmemente el cerrojo.

24

Jared torció la botella de ron y se sirvió un gran trago. Había dado cuenta de la mitad de la botella desde que había dejado a Corinne en su cuarto. Pero no sirvió para sofo car los golpes de arriba, unos golpes que él procuraba desesperadamente olvidar. ¿Cuándo diablos iría a cAlmarse?

Sé sentó ante su escritorio, con la estilográfica en la mano, e intentó escribir una carta a Leonaka explicándole la situación acerca de su mujer, y diciéndole también que él se iría unos días. Las palabras adecuadas no se presentaban. Había demasiado que decir.

El equipaje de Corinne, que habían bajado del coche, había sido dejado en un rincón del cuarto, junto con las cosas que ella había dejado caer en el patio. Los ojos de Jared seguían mirando aquel rincón, un gran baúl, uno pequeño, y una simple caja de sombreros era todo. No parecía bastante. Simplemente no podía imaginar a su elegante esposa viajando con tan escasas pertenencias.

Tomó otro trago de ron y volvió a la carta. Soon Ho la entregaría por la mañana. Finalmente la carta se transformó en una breve nota en la que dejaba encargado de la obra a Leonaka durante su ausencia. No dijo nada sobre su mujer.

Una hora después, tras haber vaciado la botella, Jare se paseaba por el cuarto como un animal enjaulado. Los golpes de arriba habían cesado. ¿Acaso estaría durmiendo?

El equipaje todavía seguía despertando su atencíón y curiosidad. Finalmente examinó el contenido y qued más intrigado que antes Al encontrar dos vestidos y Alguna ropa interior en una gran caja, polvos, colorete y peines y perfumes en una caja más chica, y sólo un sombrero en la sombrerera. ¿Dónde estaban las joyas que ella había mencionado antes? ¿O el vestido que había usado anoche?

Supo la respuesta. Aquellas cosas provenían del hotel, por eso ella las llevaba consigo. El resto de los vestidos debía de estar en la casa de Punchbowl, donde moraba Drayton. Por lo tanto era evidente que ella había pasado allí mucho tiempo. De Alguna manera la idea de que ella viviera con aquel hombre le pareció peor que las innumerables citas con desconocidos en el hotel. Aunque le hubiera ido la vida, Jared no habría podido explicar por qué.

Jared miró hacia el techo, sabiendo que ella estab exactamente encima de él. Por un momento pensó en subi y poner las cosas en claro como era debido. A ella no ib a gustarle. Había mostrado ante toda la isla que prefería cualquiera antes que al hombre con el que se había casado. Jared se dirigió a la escalera, pero se detuvo brusca mente.

¿Qué le pasaba? Corinne era la mujer que meno podía desear. Ella había usado su cuerpo para vengarse de él, deliberadamente se había entregado a otros hombre: no porque los deseara, sino para vengarse de él. El no pensaba tocarla, por condenadamente deseable que fuera Corinne no representaba nada.

-Entonces, ¿por qué no la dejo partir y termino de una vez? -se preguntó a sí mismo en voz Alta.

Jared volvió a la sala, extrajo otra botella de ron se dejó caer en el sofá. Tras unos sorbos tomados Al des uido se limpió los labios y sus ojos volvieron a las escasas pertenencias de Corinne. Iba a necesitar más ropas que éstas, por cierto. Tendrían que detenerse en la casa de Drayton cuando fueran hacia la costa. De todos modos no le gustaba que el amante quedara en posesión de las cosas de su mujer. Pero

esto iba a crear un problema, porque sin duda Corinne iba a gritar pidiendo ayuda a Drayton.
Bueno, Al menos éste era un problema que podía solucionar. Todavía era bastante temprano. Iría ahora a la casa de Drayton.
Jared se apoderó de su chaqueta y salió de la casa. Eran las diez y media cuando se detuvo frente a la construcción de una sola planta. A través de las encortinadas ventanas pudo ver luz, de manera que supo que Drayton estaba Allí.
Los labios de Jared se curvaron en una sonrisa maligna. No se había dado cuenta de hasta qué punto iba a disfrutar del encuentro. Avanzó un poco tambAleante por el sendero que llevaba hasta el porche del frente, lamentando haber bebido. Pero incluso estando ebrio, podía dividir en dos a Drayton. Simplemente lamentaba haber bebido tanto porque quería recordar después esta noche.
Probablemente iba a ser una velada entretenida. Antes de golpear a la puerta, Jared oyó el llanto de un niño. Retrocedió confundido. ¿Era posible que estuviera tan borracho que se hubiera equivocado de casa? Descendió Al patio de entrada y volvió a mirar la casa, y después miró las otras que bordeaban la calle. No, caramba, no estaba equivocado. Vol vió Al porche y golpeó a la puerta.
Pasaron varios minutos. El llanto había cesado y Jared decidió que había sido obra de su imaginación. Golpeó otra vez la puerta y ésta se abrió, pero sólo hasta donde lo permitía una cadena.
Jared entrecerró los ojos Al ver a la mujercita que lo miraba por la abertura de la puerta. No podía medir mucho más de un metro y medio, con revuelto pelo castaño y ojos color avellana. No era mucho mayor que él, y ciertamente no parecía un ama de llaves. ¿Era posible que Drayton tuviera dos queridas?
-¿Dónde está Drayton?
Su tono era lo bastante provocativo como para que los ojos de la mujer se pusieran redondos, pero era evidente que se sentía segura detrás de la cadena del cerrojo, porque contestó con brío:
-No está aquí y tampoco está Corinne. De manera que es mejor que se vaya, señor Burkett. No es usted bienvenido en esta casa.
Quiso cerrar la puerta, pero Jared metió en la abertura su pie, cAlzado con bota.
-¿Me conoce?
-Claro que lo conozco. Estaba en la iglesia el desdichado día en que usted se casó con mi Cori.
-¿Qué quiere usted decir con eso de su Cori? -pregunto el.
-He cuidado a Corinne desde que tenía cinco años. Soy su doncella, Florence Merrill.
Jared rió de buena gana ante la tonta sospecha que había tenido, pero luego se le presentó otra idea.
-¿Y qué está haciendo usted aquí, en nombre de los dioses infernAles?
-Eso no es asunto suyo -contestó ella con vivacidad.
-Abra la puerta, Florence Merrill -había bajado la voz-. Quiero hablar con usted.
-Oh, no molla meneó la cabeza con terquedad-. Corinne seguramente no querrá que usted entre en su casa cuando ella está ausente.
Los músculos de Jared se pusieron tensos y sus cejas se juntaron peligrosamente.
-Creía que ésta era la casa de Drayton. ¿Quiere usted decir que él está viviendo a costa de mi mujer? -Ella le pagó el viaje, así es. Insistió en hacerlo - explicó rápidamente Florence-. A Corinne no le gusta sentirse con obligaciones hacia nadie.
-¿Y también ha pagado mi querida esposa a sus otros amantes? -preguntó Jared, burlón.

-Usted ya sabe por qué ella vino aquí, señor Burkett. Creía tener buenas razones para...
-i No se atreva usted a defender delante de mí a esa puta! -interrumpió Jared ferozmente-. ¡Y abra enseguida esta condenada puerta antes de que la tire abajo! -No -logró decir Florence, Algo atemorizada-. Usted no tiene derecho...
-¡A la mierda si lo tengo! -rugió él, y retrocedió para dar una sólida patada a la puerta.
La cadena del cerrojo se rompió fácilmente, y la puerta golpeó contra la pared. Florence se apartó del camino. Horrorizada vio cómo Jared entraba en la casa y miraba Alrededor.
-Entonces éste es el nidito de amor, ¿eh? -señAló con acritud-. No es tan lujoso como el hotel RoyAl Monarch. Lo cierto es que parece bastante hogareño. - Miró con sus helados ojos grises a la mujer aterrada.- ¿No tiene usted nada que decir, Florence Merrill?
-Ya... ya le he dicho que estoy sola, señor Burkett -tartamudeó ella-. ¿Qué busca aquí?
-Quiero las pertenencias de Corinne, todas. Es mejor que empiece en seguida a embAlarlas.
-¡No puedo! -dijo ella conteniendo el Aliento-. De verdad no puedo, Corinne se pondría furiosa. Ella... -... ella se lo agradecerá -terminó él-. Corinne está conmigo. Y se quedará conmigo por un período de tiempo indeterminado.
-¡No, no to creo! -replicó Florence-. ¡Cori nunca consentiría en eso!
Jared rió burlón.
-Tiene usted razón. Lo cierto es que ella se opone toTalmente. Pero lo que ella quiera no tiene importancia. Soy su marido y he tomado la decisión por ella.
Florence quedó petrificada. ¡El hombre estaba en su derecho! Ahora comprendía por qué Corinne no habla vuelto a casa.
-¿Dónde está ahora Corinne? -En mi casa de la ciudad.
-¿Y está seguro de encontrarla Allí cuando vuelva? -preguntó Florence, dudosa.
-La conoce usted muy bien, ¿verdad?-dijo Jared con una risita, en la que había sin embargo escaso humor-.
Estoy seguro de que estará Allí. La he encerrado en mi dormitorio.
-¡Señor Burkett!
-Es inútil que me diga que soy terriblemente -dijo él fríamente-.
Fue necesario hacerlo y es sólo esta noche. Por la mañana la llevaré a mi casa de la playa, Al otro lado de la isla, donde no tendré que preocuparme por ella. -De pronto miró pensativo a Florence.-Supongo que debería ofrecerle a usted venir para estar con Corinne. No dudo que le gustaría tener con ella a una amiga. Allí otras mujeres, pero dudo que se entiendan con mi calenturienta esposa.
Florence se encontró atrapada. Si iba, Jared ve Michael. El bebé dormía en aquel momento y no atrz atención. ¿Querría Corinne que ella corriera el riesgo dejar que su marido viera Al niño? Podía contar la h ria que habían inventado antes.
Jared volvió a hablar cuando ella no aceptó enseguida.
-Si usted prefiere no acompañar a Corinne, le ofreceré el viaje de regreso a su país.
-Tal vez sea lo mejor-dijo Florence de mala rogando a Dios que aquella fuera la decisión justa. Jared se encogió de hombros.
-Depende de usted, señorita Merrill. -Señora Merrill -mintió ella, por si acaso ne~taba la historia que habían inventado-. Y si me hace el favor de sentarse y esperar, iré a buscar las cosas.

Se dirigió Al cuarto de Corinne, con un pliegue fundo que atravesaba su frente. Dios, ¿por qué le habia tocado tener que tomar aquella decisión? ¡Si Al menos hubiera podido consultar antes con Corinne! Detestó idea de dejar a Corinne sola con el hombre a quien odiaba más que a nadie. Pero ella se había mostrado inquebrantable en el sentido de que Jared no debía ver a su Florence sacó las maletas de viaje y empe vaciar la cómoda de Corinne. Había Algo en lo que no 1 pensado. ¿Podría Corinne separarse de Michael durante tanto tiempo? ¿Podía ella correr el riesgo de llevárselo?
¿Cómo pensaba Jared custodiar a su mujer? Jared apareció en la puerta.
-Tiene que apurarse, señora Merrill -dijo impaciente-. El viaje a Sunset Beach es diabólicamente largo, y yo necesito dormir un poco esta noche.
-Para embAlar es necesario tiempo --contestó Florence indignada-. Cori tiene aquí bastantes cosas. -Ya lo veo --contestó él tajante, mirando Alrededor de la habitación. Se acercó Al ropero abierto, atraído por las ropas hawaianas que Allí veía. Tomó un muumuu y rió de buena gana-. No imagino a mi elegante esposa con esto. ¿Lo usa reAlmente?
Los ojos de Florence se agrandaron Alarmados. --Cori compró Algunos en un impulso, porque parecen tan cómodos --dijo, y añadió lo primero que se le ocurrió:- Pero nunca los ha usado.
Sabía que no era necesario mentir, pero sentía que debía guardar en secreto todo lo que se relacionara con Michael. Empezaba a experimentar pánico.
-A mi mujer le gusta gastar dinero, ¿no es así? En vestidos... en amantes -dijo Jared desdeñosamente-. Pero será interminable embAlar todos esos vestidos. - Miró frunciendo el ceño.- Hay una manera más fácil - dijo, tomando entre sus brazos toda la cantidad de vestidos y saliendo del cuarto.
-Señor Burkett-dijo Florence sin Aliento, corriendo tras él-. ¡ Va a estropear esa ropa, y cuesta una fortuna!
-Unas pocas arrugas no arruinan un vestido, señora Merrill ---dijo él por encima del hombro, y se dirigió hacia la puerta-. Le he dicho que tengo prisa. Termine de poner en las maletas el resto de las posesiones de mi mujer.
Florence se dio la vuelta precipitada y volvió Al dormitorio de Corinne. Aquel hombre era insoportable. ¿Cómo era posible que Cori sobreviviera viviendo con un hombre tan dominante? Siempre iba a estar furiosa, y Florence sabía que Cori era capaz de hacer locuras si la provocaban.

Nunca debieron venir aquí. Florence había prevenido a Cori bastantes veces diciéndole que nada bueno podía surgir de su peligroso plan.
Jared, imponente, volvió a aparecer en la puerta. -¿Todavía no ha terminado?
La exasperación y la ansiedad hicieron que ella gritara:
-¡HágAlo usted, entonces! ¡Pero espere a que Cori se dé cuenta del estropicio que está haciendo con sus cosas! Sus gritos despertaron a Michael, que estaba en el cuarto contiguo. Florence se puso lívida Al oírlo llorar. Ahora empezarían las mentiras. Era inevitable.
Jared pareció confundido cuando ella volvió hacia él sus ojos acusadores.
-Vea lo que me ha hecho -dijo ella, con voz llena de reproche, y salió del cuarto corriendo hacia el cuarto del bebé.
Florence tomó en seguida a Michael en brazos y lo cAlmó contra su pecho. Jared la siguió a la habitación y la contempló unos minutos antes de hablar.
-¿De quién es ese niño?

Florence lo miró con cautela. La voz de él había sido peligrosamente baja. Sus ojos se habían entrecerrado, eran oscuros y amenazadores. Miraba fijamente a Michael. Michael seguía llorando, sin prestar atención Al drama que se desarrollaba a su Alrededor.
-Mío, naturAlmente -contestó ella rápida, ocultando la cara de Michael para que Jared no la viera-. ¿De quién quiere que sea?
La expresión de él no cambió. Dios, ¿en qué estaría pensando?
-¿Quiere usted decir que mi mujer la trajo a usted aquí, desde tan lejos, con un bebé recién nacido? -Michael es mayor de lo que parece, señor Burkett --dijo Florence a la defensiva-. Ya tenía edad de viajar cuando vinimos. De otro modo no lo hubiera traído. -¿Y su marido no se opuso? -preguntó él incrédulo.
-Soy... viuda-explicó ella, y le resultó difícil decirv la mentira-. Y no tengo familia. Cori... Corinne no quería que viniéramos con ella, porque Michael era muy pequeñín. Pero yo insistí. No iba a dejar que viniera tan lejos sin mi compañía. Ella es todo lo que yo tengo... aparte de Michael.
-Me parece quc todo esto es difícil de tragar, señora Merrill -dijo Jared fríamente-. Corinne debió haber tenido más cabeza y no traer un niño recién nacido en un viaje tan largo. A juzgar por el tamaño su hijo tiene que serlo. Y tampoco usted debía de estar en condiciones de viajar. ¿Cómo pudo Corinne haber sido tan temeraria?
-Ya le he dicho que Michael es pequeño para su edad, señor Burkett. Tiene cinco meses. Tenía... dos meses cuando sAlimos de Boston. Es edad suficiente para viajar.
Florence sabía que no sonaba convincente. Simplemente no sabía mentir. Por Dios, que me crea, rogaba en silencio.
-Bueno, cámbielo, o déle de comer o haga Algo - dijo Jared con dureza porque el llanto de Michael continuaba-. No puedo oír llorar a un niño.
Salió del cuarto y Florence lanzó un suspiro de Alivio. Volvió a poner a Michael en la cuna y empezó a cambiarlo. Sabía que el niño debía de estar todavía hambriento. Le había dado más temprano puré de legumbres, pero no le caía bien la leche de vaca que estaba obligada a darle. Necesitaba a su madre. Ahora que Jared estaba enterado de la existencia de la criatura, y que aparentemente había creído su historia, ya no había motivo para que ella y Michael volvieran a Boston sin Corinne.
Después de cAlmar a Michael volvió Al cuarto de Corinne. Encontró a Jared embAlando el resto de las pertenencias de Corinne, con muy poco cuidado, metiendo simplemente el contenido de los cajones en las maletas. Cuando Jared vio a Florence en la puerta, gruñó: -Si hay más condenadas maletas, mañana tendré que traer un carro para llevarlas.
-Probablemente tendrá usted que hacerlo de todos modos, señor Burkett -replicó Florence-. Porque he cambiado de idea: no voy a Boston. Al ver lo pendenciero y desagradable que es usted, no pienso dejar a mi Cori sola, a su cuidado.
-¿Yo, pendenciero'? -Jared frunció el ceño. -Claro que lo es -aseguró ella, decidida a mantener el terreno ganado.
Jared finalmente mostró una sonrisa.
-Bueno, mujer, no se quede ahí inmóvil. Apúrese si usted y el chiquito vienen conmigo.
Más o menos una hora después, el coche abierto estaba lleno de ropas, baúles y vAlijas. No quedaba sitio para Florence, y Jared tuvo que ayudarla a subir Al pescante del cochero, junto a él. Florence tenía Al niño en su regazo. Michael se había dormido cuando hacían las maletas en su cuarto, pero ahora estaba

despierto, y gorgoteaba suavemente, fascinado ante el cielo estrellado que tenía sobre él.
Jared se inclinó para mirarlo, pero no pudo verlo bien en la oscuridad.
Meneó la cabeza cuando empezaron a descender la colina.
-Todavía me resulta difícil creer que Corinne haya viajado con un bebé -dijo como de paso-.Los bebés exigen paciencia, y esto es Algo que mi mujer no posee.
-Se sorprendería usted, señor Burkett -replicó Florence ocultando una sonrisa-. Cori tiene todavía más paciencia que yo con Michael. La verdad es que le tiene mucho cariño. -Luego, hábilmente, para desviar cualquierr sospecha que él pudiera tener, dijo:- Vamos, a veces se diría que ella es la madre, no yo.
Florence quedó chocada consigo misma. Aquella mentira era justamente lo que convenía. Y le había salido fácilmente. ¿Qué le estaba pasando?

25

El Alba estaba cerca, el cielo era de un tono gris sombrío y se aclaraba. Pero la casa seguía a oscuras, y Jared llevaba una lámpara junto con las ropas para que su mujer se cambiara Entró en el cuarto y cerró con cuidado la puerta por dentro. Corinne seguía durmiendo.
Se acercó a la cama y depositó en ella las ropas de Corinne, después levantó la lámpara para ver mejor. Recordó la última vez que había contemplado la forma dor mida de ella, la noche de la boda. ¿Cuánto tiempo hacía? Recordó la fecha y quedó sorprendido. Mañana haría un año. ¿Lo recordaría ella?
Jared había pensado con frecuencia en aquella noche antes de que Corinne llegara a Hawai. Se había demorado en la belleza de Corinne, en la sorprendente respuesta de ella, en aquella salvaje pasión que había inflamado la suya propia. En esos momentos exquisitos había olvidado por qué se había casado con ella. Por ese tiempo tan breve había sido un matrimonio de verdad.
Pero el odio estaba enraizado primero en él. Y por eso la había dejado a ella detrás, había luchado desesperadamente para olvidar aquellos momentos maravillosos. Corinne se movió y sonrió en sueños, y Jared se preguntó qué soñaría. Su glorioso pelo estaba extendido como un abanico a su alrededor. Oro y cobre chispeaban a la luz de la lámpara. Parecía tan inocente, tan infantil. Pero naturAlmente, él sabía que no era así. De todos modos sentía una urgencia casi irresistible de inclinarse y tocarla, sentir la seda de su piel. Sus labios ardían por probar los de ella, recordando su dulzura.
Jared recobró su buen juicio y, con una sombría mueca se dirigió Al cuarto de baño y empezó a llenar de agua fría la bañera. Hizo bastante ruido como para despertar a Corinne, después se acercó a la puerta para ver si lo había logrado. Ella acababa de sentarse en la cama y miraba alrededor, atónita.
Jared estaba furioso consigo mismo por la debilidad a la que casi había sucumbido, y volvió su enojo contra ella. -¡Vístete! -se oyó gritar a sí mismo-. ¡Quiero que estemos en camino cuando salga el sol!
Corinne volvió los sorprendidos ojos hacia donde estaba Jared, pero sólo vio que cerraba de golpe la puerta del cuarto de baño. Mientras miraba la puerta cerrada sus ojos pasaron del amarillo verdoso a un chispeante esmeralda. Aspirando profundamente, contuvo su furia. No convenía irritar a Jared. Tendria que volver junto a Michael, pero no podía hablar a Jared del niño. De Alguna manera tenía que

convencerlo para que la dejara partir. Ya había estado separada de su hijo casi un día entero.
Iba a convencer a Jared, lo iba a adular. No podía arriesgarse a volver a enojarlo. Michael estaba en juego, no su orgullo.
-Tienes que ser razonable, Jared -se atrevió a decir Corinne, hablando desde el otro lado de la puerta y poniendo una nota de súplica en la voz-.Tengo una doncella en esta isla, no puedo partir y dejarla abandonada. Jared emergió del cuarto de baño con unos panTalones blancos que moldeaban sus muslos poderosos. Se estaba todavía poniendo una camisa color crema, y no se preocupó por mirarla cuando contestó:
-Tu doncella está aquí, Corinne. De este modo no habrá altos en el camino.

Los ojos de Corinne se dilataron y su cara se puso pálida. ¿Florence aquí? Dios querido, ¿dónde estaba Michael? ¿Acaso Jared ya lo había visto?
-¿Cómo? -logró bAlbucear.
-La recogí anoche, junto con el resto de las cosas que guardabas en tu guarida para los amantes. La pobre mujer pasó la mitad de la noche acomodando el revoltijo que yo hice con tus ropas Al llegar aquí. Soon Ho está cargando ahora un carro... ¡más peso para volver lento el viaje! Eres mucho más molesta de lo que esperaba. ¡Y para colmo, una doncella con un bebé! No entiendo cómo lograste convencerla para que viniera a Hawai con un niño pequeño. Ahora date prisa y arréglate, Corinne. Esta mañana estoy más impaciente que de costumbre.
Corinne le dio la espalda para que él no viera el Alivio que trastornaba su cara. ¡Florence lo había logrado! Había recordado el cuento preparado y lo había contado. Michael estaba a salvo... y estaba aquí. Por un momento Corinne casi tuvo ganas de estrechar entre sus brazos a Jared. ¡Tenía otra vez a Michael!
Cuando Corinne y Jared se acercaron Al coche, vieron a Florence que ya estaba sentada, la cuna en el asiento que estaba frente a ella.
-Tiene que poner una cubierta sobre esa cuna si no quiere que le dé una insolación Al niño -dijo Jared a Florence, en el momento de subir a ocupar el pescante del cochero.
-¿Por qué no levantas simplemente la capota del coche? -preguntó Corinne.- ¿O te parece bien que nos dé una insolación a nosotros?
-No confío bastante en ti como para levantar la capota, mi querida esposa -dijo él fríamente-. Quiero que estés donde te pueda ver.
-¿De modo que Florence y yo tendremos que soportar el calor?
-Usad esos sombreros de paja que hay sobre el asiento. Para eso están.
Ella no discutió más, ansiosa de que él se ocupara de conducir para poder hablar con Florence. Florence esta-
ba igualmente ansiosa. En cuanto doblaron en la calle Beretania se volvió hacia Corinne.
-¿Está usted bien? -preguntó en un murmullo. -Sí, sí, ¿cómo está Michael? ¿Qué le dijiste a Jared? Florence sonrió tranquilizadora.
-El cuento que habíamos planeado. -¿Lo creyó?
-Sí, estoy segura. Sólo quedó sorprendido de que usted hubiera traído a un niño consigo.
-Gracias Al cielo -suspiró Corinne-. ¡Oh, Florence, estaba enloquecida Al verme separada de Michael! Jared ha sido una bestia.
-Puedo asegurarle que anoche no estuvo muy agradable -dijo Florence encolerizada.

-¿Estaba presente Russell?
-No, había salido a buscarla a usted. Se va a llevar una linda sorpresa cuando vuelva a la casa y la encuentre vacía.
-Dime todo lo que dijiste a Jared acerca de Michael. No puedo arriesgarme a contradecir nada.
-Lo haré, Cori, pero no corramos el riesgo de que él nos oiga ahora. Se lo diré en cuanto tengamos un minuto a solas.
Avanzaban lentamente por las calles de la ciudad, congestionadas incluso a una hora tan temprana. Pero una vez que atravesaron KAlihi y marcharon hacia Aiea, hubo menos tráfico. Entonces Michael empezó a revolverse, no contento ya con que el coche lo hamacara.
Florence buscó en la canasta que Soon Ho había preparado y extrajo un biberón de agua con azúcar.
-No le he dado de comer esta mañana confesó Florence-. Sabía que usted iba a estar dolorida. Y también ignoraba que íbamos a ir en un coche abierto. Esta agua tendrá que calmarlo por el momento.
-No, dámelo -ordenó Corinne.
-¡Cori, no puede usted hacerlo! -dijo Florence con voz entrecortada-. Jared puede verla. Y también todos los que pasen por el camino.
-Jared y yo nos damos la espalda -murmuró a su vez Corinne-. Y usaré ta manta de Michael para ocultar lo que estoy haciendo. No aguanto más este dolor. Tengo que amamantarlo.
-Está bien -dijo Florence de mala gana. Le tendió a Michael.
-Simplemente espero que su marido no se dé la vuelta para ver lo que está usted haciendo.

26

Las estrellas parpadeaban en un ciclo azul oscuro cuando finalmente el coche salió del camino costero. Giraron por un sendero arenoso que llevaba a una extensa casa de una sola planta, apartada del camino.
Corinne estaba agotada y se dio cuenta de que Florence tambiém lo estaba. El calor las había sofocado casi todo el día. También estaban deplorablemente sucias, porque el polvo rojo se había pegado a ellas mientras recorrian los kilómetros y kilómetros de campos de caña de azucar. Pasaron por el extremo de la majestuosa montaña Koolau marchando por el margen; empezaron a avanzar hacia la ladera oeste de la montaña, el paisaje se volvió fascinante e hizo tolerable el resto del viaje. Era una visión casi de jungla, y salvajemente hermosa por el lado de la montaña que daba sobre el camino. Por el otro lado contorneaban bahías, el océano siempre estaba presente. A veces el camino bajaba directamente hasta la playa. Y entonces llegó el crepúsculo con sus expléndidos colores, y Corinne quedó hechizada. Estaba maravillada y, por unos momentos, olvidó por qué estaba en el coche.
Ahora llegaban a destino y Corinne miró fijamente la casa blanca, bañada por la luz de la luna. Se sintió Ali-
viada Al ver yue no era la choza que había esperado. La casa era ancha Al fi-ente, colocada sobre pilares, bastante arriba del suelo. Altos pinos, plantados muy juntos, creaban muros a los lados de la casa y bordeaban el camino hasta la playa. Sólo

había un espacio abierto entre los pinos. frente a la casa, a la izquierda. Este espacio conducía a un pequeño establo del otro lado de los árboles.
El enorme terreno del frente era un jardín. Crecían flores por todas partes... Alrededor de los árboles del lugar, en los senderos, Alrededor de la casa. Los perfumes lle gaban a ella a través del cálido aire salado, perfumes de frutas y de jengibre, los capullos eran de un blanco apagado,amarillos y rojos. Los jazmines crecían en profusión. Había arbustos atrofiados de plumas en flor y un magnífico árbol de colvillea con sus capullos rojo anaranjado formando una Alfombra en el suelo. Dignos cocoteros bordeaban el camino como un cerco gigantesco, bAlanceándose suavemente en la brisa oceánica.
Corinne tendió la mano hacia el otro lado del coche y suavemente sacudió el hombro de Florence mientras Jared sAltaba del pescante.
-Hemos llegado.
Florence despertó con un sobresAlto. -¡Michael!
-Todavía duerme -contestó Corinne.
Michael se había portado adorablemente todo el día desde que ella lo había alimentado, y no había alborotado para nada pese al calor y al polvo. Corinne había podido amamantarlo tres veces, y el dolor de los pechos había desaparecido por completo.
-No debíamos haber dejado que durmiera tanto - dijo Florence, mientras se incorporaba y se frotaba los ojos cansada, olvidada de la presencia de Jared-. Ahora la tendrá a usted despierta la mitad de la noche.
Corinne casi se ahogó. Miró llena de pánico a Jared, pero el no pareció haber oído. Miraba la casa y sonreía. Corinne siguió su mirada y vio que la puerta del frente se abría lentamente. Alguien se asomaba, sosteniendo un quinqué en el aire, mientras procuraba ver quiénes eran los visitantes.

Bruscamente la puerta se abrió del todo y la lámpara fue depositada en el porche. Corinne vio atónita que una mujer de proporciones de elefante descendía bAlanceán dose por los peldaños del pórtico y, pese a su tamaño, pa,-ció volar hacia ellos. Jared la encontró a medio camino y Corinne contempló muy sorprendida cómo él levantaba a la enorme mujer del suelo y la bAlanceaba en el aire.
-¡Ialeka, suéltame! -ordenó la mujer severamente, y después rió mientras trataba de liberarse de aquel abrazo de oso-. Te vas a quebrar la espalda levantando a esta vieja.
Jared la dejó, riendo.
-El día que no pueda levantarte del suelo seré un viejo, tía Akela.
Ella lo estrechó contra sí, después lo apartó bruscamente, como si aquella muestra de cariño la avergonzara. Retrocedió y cruzó los enormes brazos sobre el pecho, igualmente enorme.
-Quisiera saber por qué tú no mandar recado de venida -dijo la mujer, nuevamente con una nota severa en la voz-. ¿Y por qué no venir antes, eh?
-He estado ocupado, tía.
-¿Demasiado ocupado para venir a tu casa desde regreso de Norteamérica? -dijo ella gruñona, y levantó las manos en el aire-. Auwe. Malia loca como una cabra. Espera a que te vea.
Jared sonrió con los labios apretados. -¿Dónde está Malia?
-¿Dónde crees que está a estas horas de la noche? erijo Akela, como si la respuesta fuera obvia-. Duerme.

-Bueno, no la despiertes ahora. Estoy demasiado cansado para soportar un ataque de nervios. CAlienta agua para un par de baños, y después puedes ir a acostarte.
-¿Qué quieres decir con eso de «un par»? -preguntó ella, mirando sorprendida hacia el carruaje.
-Mi mujer y su doncella me acompañan -explicó Jared de mala gana. Como la revelación no pareció sorprenderla, él hizo una mueca.
-¿Ya lo sabías?
La mujer asistió con un gruñido.
-Ahora ya sabes por qué Malia está como loca. Naneki tampoco feliz. Buena cosa esté en Kahuku, visitando mis primos.
Jared gruñó. No había pensado en Naneki. ¿Cómo había podido olvidar que su querida era una criada en la misma casa a la que traía a su mujer? ¿Acaso la presencia de Corinne afectaba su pensamiento hasta ese punto? -¿Qué lleva la wahine?
Jared vio que Corinne y Florence habían bajado del coche. Florence llevaba la cuna en sus brazos.
-Hay un bebé...
-¿Un keiki? exclamó Akela y corrió sin esperar que Jared continuara.
Corinne se Alarmó cuando la enorme hawaiana corrió hacia ellas y se detuvo junto a una aterrada Florence para mirar dentro de la cuna. Cuando tendió los brazos en la camita e intentó levantar a Michael, Corinne casi le pegó.
Florence previó el movimiento de Corinne y se plantó ante ella.
-Por favor, señora, está durmiendo -dijo rápidamente.
-El no dormir ---dijo Akela, rechazando la protesta de Florence. Volvió a tender los brazos para levantar a Michael, y esta vez lo sacó de la cuna. Florence y Corin ne quedaron estupefactas cuando vieron lágrimas en sus ojos. La mujer contemplaba Al bebé.
-¡He esperado tanto para tener en brazos Al keiki de Ialeka!
Jared se acercó por detrás, con cara sombría.
-El chico no es mío, tía. Es de la doncella de rni mujer.
Akela miró a Jared y luego volvió a mirar a Michael. Después meneó la cabeza como quién sabe y, pese a las protestas de Florence, llevó a Michael Al porche, se sentó en los escAlones y lo examinó atentamente a la luz del quinqué .
Todos siguieron a la enorme mujer hasta el pórtico, y el corazón de Corinne latía enloquecido. Debía quitar a Michael de las manos de la mujer. Pero no podía hacerlo.
Tampoco podía decir nada, porque Jared estaba de pie detrás de ella, con la sorpresa pintada en sus ojos. Tenía que dejar que Florence hablara en su lugar, y deseaba que lo hiciera pronto.
Akela fruncía el ceño. El keiki que acunaba entre sus brazos era la viva imagen del keiki que había ayudado a dar a luz a Ranelle, hacía veintiocho años. Sólo los ojos eran distintos, y miró a las dos haole wahine y vio los ojos de la madre, y la madre no era la wahine a la que ella había tomado el keiki. La madre era la otra, la bonita, con el pelo de oro y la cara ansiosa.
Lanzó una mirada acusadora a Jared.
-¿Por qué niegas a este keiki? ¿Crees poder engañar a tia Akela?
Jared le elevó una mirada incrédula. -¿De qué diablos estás hablando?
Corinne pellizcó a Florence para que hablara en seguida.
-En verdad, señor Burket, lo que está insinuando esta mujer es insultante -dijo ella con indignación, y se inclinó para quitar a Michael de los brazos de la vieja.

Akela se puso de pie, dominando a Florence y le lanzó una mirada enfurecida.
-¿Por qué dice que este keiki es suyo? Florence contuvo el Aliento. -¡Porque lo es! ¡Démelo!
-DAle el chico, tía -ordenó Jared con voz fría-. No sé que idea se te ha metido en la cabeza, pero estás en un error.
-¡No, tú en error! -Le clavó sus oscuros ojos y después señAló a Corinne, con un dedo denunciador.-Esa es la madre, no ésta.
Jared se volvió hacia Corinne. Ella quedó hipnotizada ante la creciente sospecha en los ojos de él. Su cara era una máscara de furor y ella se rebeló ante la idea de que Tal vez había creído lo que decía esta vieja.
-¡Note atrevas a mirarme de ese modo! -dijo ron tono ofendido.
-Corinne, si...
-iEsto es ridículo! -lo interrumpió ella, y después bajó la voz-. Si piensas un poco, Jared, verás yue todo esto es una tontería. Ese bebé es demasiado crecido para ser tuyo. Si yo tuviera un hijo, por cierto que no lo neearía. OjAlá Michael fuera mío. Le he ayudado a Florence a cuidarlo, y le he tomado muchísimo cariño.
Jared suspiró; y se pasó las manos por el pelo. -Ella tiene razón, tía. No es posible que el niño sea mío. Nos casamos hace un año mañana. -Corinne contuvo el Aliento y atrajo con esto la mirada de Jared.- ¿Tú no lo recordabas, verdad?
La espalda de Corinne se puso tiesa.
-¿Por qué iba a recordarlo? -dijo encogiéndose de hombros-. Es un día yue no me trae buenos recuerdos. Jared sintió que su rabia crecía. ¿Era posible que ella hubiera olvidado reAlmente su noche de bodas, la noche que había hechizado sus sueños desde entonces?
Jared vio que todos le clavaban la mirada sorprendidos. ¿Era tan obvia su rabia? Tenía que contenerse. Nunca en su vida había dejado que sus sentimientos fueran tan transparentes.
¿Qué le estaba sucediendo?
-Id a la casa -les dijo. Después se dirigió a descargar el equipaje y a atender los caballos, mientras Akela guiaba a las otras dos mujeres. La casa estaba oscura y tranquila. Akela tomó la lámpara que estaba en el porche y las condujo hasta una gran sala en medio de la casa. Sofás acolchados, mesas de sándalo, plantas en macetas y un piano dominaban el cuarto. A ambos lados había unas puertas con cortinas de cuentas, y Akela pasó por la de la derecha que llevaba a un corredor estrecho que conducía a tres cuartos.
-Usted dormirá aquí -dijo a Florence en un murmullo, abriendo la puerta del medio.
Entró y encendió un quinqué sobre una cómoda Alta. El cuarto no era árande. Era curiosamente largo y estrecho, pero parecía cómodo, con una mesita, una silla y un escritorio contra una pared. Alfombras tejidas cubrían el suelo y había un gran ropero e incluso un cuarto de baño privado en el extremo del cuarto.
-Muy lindo -dijo Florence.
-Chist -murmuró Akela-. Malia dormir cuarto de Al lado. No despertarla porque molestar.
-Bueno, seré lo más silenciosa que pueda-replicó Florence, pero Akela ya salía del cuarto, indicando que Corinne debía seguirla.
-No me gusta esta mujer -murmuró Corinne, mientras se inclinaba para dar a Michael un beso de buenas noches.
-Parece muy astuta -contestó Florence-. Pero váyase ahora, Michael y yo estamos muy bien.

Corinne dejó a Florence y encontró a Akela esperando impaciente en el extremo del corredor. La siguió a un dormitorio mucho más grande en el frente de la casa. Tras encender un quinqué de porcelana sobre la mesa de noche, Akela se dirigió a la puerta.
-¿Quién es Malia?-preguntó Corinne, pero Akela ignoró la pregunta.
La mujer grandota se detuvo en la puerta y miró pensativa a Corinne.
-Sé que usted mentir sobre keiki, pero seremos amigas igual, porque usted dar un hijo a mi Ialeka, y eso es bueno. Un día él saber y ser feliz.
Corinne tardó un momento en contestar, indignada: -¡Michael no es mío!
Pero Akela ya había cerrado la puerta tras de sí. Corinne empezó a pasearse por el cuarto. Aquella mujer iba a estropearlo todo si persistía.
Cuando Akela volvió poco después trayendo agua caliente para un baño, Corinne la ignoró. Fingió interesarse en el cuarto que iba a ser suyo, notando que era largo como el de Florence, pero mucho más ancho. Una gran cama con postes de madera estaba en el centro de la pared de la izquierda, cubierta por una colcha de seda rosa. Había Altos armarios a ambos lados de la puerta, y del otro lado de la habitación había otra puerta que llevaba Al cuarto de baño. A la derecha del cuarto de baño había una ventana y un gran sillón acolchado Al frente, con un posapiés tapizado en brocado verde oscuro, sAlpicado de plata. Otras dos ventanas con cortinas de encaje rosa miraban Al patio del frente, con todas sus flores. Entre ellas había un diván, con una mesa de caoba para café de extraña forma.
Corinne se dirigió a la cómoda junto a la cama, y vio retratos en marcos de plata. Había dos, uno de un hombre y una mujer, y otro de una niñita con largo pelo negro tren zado y una sonrisa de picardía. Corinne miró fijamente el primer retrato, preguntándose si aquellas dos personas eran los padres de Jared. La mujer era estupenda, con sedoso pelo negro y unos ojos gris azulados exactamente como los de Jared. ¿Sería ésta la mujer a la que su padre había amado?
-El baño está listo -anunció Akela, sobresAltándola.
Corinne se volvió para darle las gracias, pero la mujer grandota, con pelo color sAl y pimienta sujeto en un apretado rodete, ya había salido del cuarto. Corinne no perdió el tiempo. Aquel baño caliente sonaba como algo celestiAl. Akela incluso lo habla perfumado con una deliciosa fragancia de sándalo, y Corinne quedó agradecida de mala gana, decidiendo que Tal vez iba a simpatizar con la enorme hawaiana después de todo. Rápidamente se desvistió y se metió en la gran bañera, después se recostó y se relajó por primera vez en aquel dfa, dejando que todos los pro-blemas se disiparan en medio de aquel vapor perfumado.
Un fuerte golpe en el dormitorio sacudió su tranquila paz y Corinne se incorporó, muy tiesa. Como no llegaron más sonidos, comprendió que Jared había traído su equipaje a la habitación. Volvió a relajarse y se tomó tiempo, no queriendo dejar la bañera hasta que se hubiera enfriado el agua. Pero ya le resultaba difícil mantener los ojos abiertos.
Corinne abrió con cautela la puerta del cuarto de baño, envuelta en una gran toalla, pero no encontró a nadie en el dormitorio. El equipaje estaba alli y abrió varias male tas antes de encontrar un camisón y una bata. Después encontró su cepillo de pelo y, tras unas rápidas cepilladas se metió en la cama.
Se dejó caer entre mullidas almohadas y sábanas suaves, y suspiró, después gruñó. La lámpara seguía ardiendo Al otro lado de la cama. Tendió el brazo para apagarla, pero se detuvo cuando la puerta del dormitorio se abrió.
Jared se plantó Allí, casi exactamente como lo había visto aquella mañana, descalzo y vestido sólo con los panTalones, una toalla Al cuello. Se había afeitado

la barba y se parecía más al Jared que ella había conocido antes. -¿Qué quieres, Jared?
Lentamente los labios de él se curvaron. -Nada, mi querida.
-¿Entonces por qué estás aquí?
-Porque éste es mi cuarto --cerró la puerta y avanzó hacia ella.
Corinne se sentó, subiendo las mantas hasta el cuello.
-Me trajeron a este cuarto. -NaturAlmente eres mi mujer.
-¡No compartiré un cuarto contigo! -gritó ella-. Vete de aquí.
-Anoche te di mi cama -dijo él con tono frío, yendo hacia el otro lado de la cama-. No pienso volver a hacerlo.
-¡No me eches la culpa por eso, maldición! -replicó ella con calor, y un fuego verde ardió en sus ojos-. Yo no pedí dormir Allí. Ni tampoco quiero estar aquí. Si quieres tu cama, tómala-se deslizó Al suelo y asió la bata que había dejado Al pie de la cama-. Dormiré en otra parte.
-Temo que eso no sea posible, Corinne --dijo él-. No hay otras habitaciones disponibles.
Ella se dirigió a la puerta.
-Dormiré con Florence-dijo con altivez, por encima del hombro
Jared sAltó hacia ella y la tomó del brazo. Su apreton fue como un torniquete, y la hizo girar par que lo enfrentará.
-No irás a ninguna parte -dijo con dureza, y volvió a empujarla hacia el cuarto-. Vuelve a meterte en la cama.
Corinne tropezó. Su pelo suelto le cayó sobre la cara. Cuando logró echarlo hacia atrás sobre los hombros, y mirarlo de nuevo, la respuesta furiosa que iba a darle murió en sus labios. El arrojó la toalla y empezó a quitarse los panTalones.
-No -dijo ella ahogada, con la cara lívida-. No te me acerques, Jared.
El detuvo sus movimientos, y la miró atónito. Después echó hacia atrás la cabeza y rió profundamente. -Lo digo en serio, Jared -dijo Corinne, y su voz se elevó histérica.
-No duermo vestido, Corinne. Nunca lo he hecho ---explicó él, todavía riendo-. Y lo único que pienso hacer es dormir.
Corinne sintió que sus mejillas se ruborizaban de vergüenza.
-Dormirás entonces solo. Yo usaré el diván -dijo, retirando la manta de la cama.
Jared se puso serio en seguida, mientras la miraba Alejarse del lecho con Altanería. Sus ojos se entrecerraron y adquirieron un tono gris tormentoso.
-Si de Algo puedes estar segura es de que no te tocaré -dijo, con voz cargada de desdén-. Tu cuerpo ha sido demasiado usado para interesarme.
Oyó cómo ella aspiraba aire, entrecortadamente, y sintió un placer perverso. Ella irguió la espalda y se dirigió Al diván.
¡Maldición que fuera tan bella! Había quedado petrificado al entrar al cuarto y verla en la cama, tan tentadora, tan terriblemente hechicera. Y después sus ojos habían chispeado furiosos, y había parecido aún más hermosa, magnífica en su furia. Pero él sabía controlarse. No iba a permitirse sentir nada por ella.
Era sólo lujuria, pero se detestaba a sí mismo por sentirla, y estaba decidido a no permitir que le agitara la sangre.
-Apagó el quinqué, se quitó los panTalones y se dejó caer pesadamente en la cama. Estaba muy cansado, pero tardó en dormirse.

Cuando Jared despertó a la mañana siguiente, se vistió con rapidez. Corinne seguía durmiendo, tendida de espaldas, con un brazo que pendía hasta el suelo, el otro sobre la frente. Su largo pelo rubio también llegaba Al suelo por el extremo del diván, y la colcha de seda que había llevado había sido desplazada hasta el pie del lecho, revelando sus esbeltas curvas bajo el camisón.
Jared quedó mirándola un momento su cara contraída en duros rasgos. Había pasado la mitad de la noche pensando en ella. Tenía ahora que sacarla de la mente. Tenía que enfrentar a Malia.
Malia era la traducción hawaiana de María, nombre que jamás le habían dado. Hacía ocho meses que no veía a su hermanita. Pero la verdad es que hacía más de un año que no le prestaba atención. Esto no era normal en Jared, porque quería a Malia más que a nadie en el mundo. La había cuidado desde la muerte de su madre, se había preocupado por ella, la había atendido como si hubiese sido una madre y no un hermano.
Pero el año pasado había sido un tormento para Jared, y tenía que reconocer que las preocupaciones de una chica de dieciocho años como Malia habían pasado a segundo plano dentro de su mente.
Malia había vuelto aquí en febrero, furiosa con Jared porque él la ignoraba. Y, según Akela, ahora estaba todavía más enojada. No le echaba, la culpa. Siempre habían estado muy unidos, y Jared había considerado que era su deber compensarla por la pérdida de su madre. Que no le hubiera hablado de su boda debió de ser un choque para ella. El no quería siquiera pensar que ella hubiera podido oír los sórdidos comentarios acerca de su esposa. Nadie lleva esta clase de chismes a una chica de dieciocho años.
Corinne empezó a moverse y Jared se fue rápidamente, cerrando la puerta sin ruido. Oyó voces en la cocina y pensó que Malia debía de estar Allí desayunando. El comedor formal era siempre dejado de lado como no fuera cuando había invitados, porque tanto él como Malia preferían la cálida atmósfera de la cocina y la joviAl presencia de Akela.
Los ojos de Corinne parpadearon y se abrieron en el momento en que Jared salía del cuarto. Su ánimo se levantó cuando oyó cerrar la puerta. El volvería ahora a Hono nolú. Y ella tenía todas las intenciones de irse poco después de la partida de él. No podía tenerla aquí aislada en la costa. Encontraría la manera de volver a la ciudad, aunque tuviera que contratar a Alguien para que la llevara. Todavía le quedaban sus joyas y una pequeña cantidad de dinero en metálico. No seguiría Allí mucho tiempo.
El débil llanto de Michael en el cuarto contiguo la sacó de sus pensamientos. Corinne se puso de pie haciendo una mueca ante los dolores que sentía en el cuello y en la espalda, pero atravesó rápidamente la habitación y sacó un vestido blanco y rosado de uno de los baúles. Ya vestida, con su largo pelo recogido con una sencilla cinta, salió del cuarto, golpeó suavemente la puerta de Florence y entró.
Florence miró desde la cuna, que había colocado Al pie de su cama. Corinne se le unió y sonrió Al ver a su hijo. -¿Acaba de despertarse?
Florence rió.
Hace horas que está despierto, y está ahí quietito,canturreando solo. Pero creo que finalmente ha decidido que tiene hambre.
-Ven tesoro -dijo Corinne levantándolo y rozando su mejilla con la de él-. Mamá te Alimentará. -Déjeme atrancar primero la puerta-sugirió Florence.
Corinne meneó la cabeza.

-No es necesario: Jared ya se ha ido.
-Pero Akela sigue aquí -recordó Florence marchando hacia ta puerta-. No tiene sentido correr riesgos. Cómo es posible que esté tan segura de que Michael es hijo suyo y de Jared es Algo que sobrepasa mi entendimiento. -Debe de haber visto a Jared cuando era bebé. El parecido existe. Tú y yo ya hemos percibido que Michael tiene muchos rasgos de Jared.
-Bueno, es una suerte que Jared no haya mirado a Michael cuando había buena luz.
-Oh, no te preocupes más, Florence. Hoy mismo arreglaré para que salgamos de aquí. Supongo que estás dispuesta Al largo viaje de regreso a la ciudad.
-¿Y puede saberse cómo piensa usted que salgamos de aquí?
-Todavía no lo sé, pero lo sabré -replicó Corinne-. No te molestes en desembalar las cosas.
Cuando Michael quedó satisfecho y arrullando otra vez en su cuna, Corinne y Florence se prepararon para salir del cuarto. Se detuvieron de golpe Al oír unos gritos.
-Creí que me había dicho que su marido se había ido -dijo Florence.
-Eso creía.
Corinne se mordió el labio, preguntándose si debía evitarlo. La grave voz de él sonaba terriblemente enojada. ¿Pero a quién gritaba? ¿Habría vuelto Akela a insistir acerca de Michael?
-Ven --dijo Corinne sin mucho ánimo-, vamos a ver qué es todo este ruido.
Jared miraba fijamente a su hermana, aferrado a los extremos de la larga mesa de cocina. El pequeño mentón de Malia se erguía terco, y él se estremecía ante la con denación retratada en los sorprendentes ojos azules de ella.
Lo que él no había creído posible era posible. Malia estaba enterada de todo. El esperaba la respuesta a la pregunta que le había hecho, pero esa respuesta no llegaba. -Repito, Malia: ¿quién te lo dijo?
-No importa cómo lo he sabido --dijo ella con calor-. Pero ahora comprendo por qué no te molestaste en decirme que te habías casado. ¡Estabas demasiado aver-gonzado!
-¡He dicho quién ! -gritó él, golpeando la mesa con el puño y haciendo trastabillar los platos.
Malia retrocedió, pero siguió con el mentón levantado. Contestó con petulancia:
-Nuestro vecino, John Pierce. Pensó que yo tenía derecho a saber, teniendo en cuenta que todo el mundo está hablando de mi familia.
Jared se echó hacia atrás, y sus ojos tuvieron un brillo acerado. ¡John Pierce! El canAlla estaba detrás de la tierra de ellos desde que Jared podía recordar, porque la tie rra de él limitaba por ambos lados y la quería toda. Pera el padre de Jared se había negado a vender, y lo mismo había hecho Jared. Despechado, John Pierce se había dirigido a Rodney Burkett hacía años con la historia de que había visto a Ranelle en la playa con otro hombre. Y ahora había vuelto a hacerlo, provocando dificultades nada mas que por despecho.
-¿Cómo has podido casarte con una mujer de esa clase, Jared? -la pregunta de Malia cortó sus pensamientos.
La expresión dolorida de los ojos de ella lo enfureció.
-¿Qué diablos te importa?
Ella contuvo el Aliento y sus ojos se abrieron mucho. -¿Cómo puedes decir eso?--exclamó-. AL casarte con ella la convertiste en mi cuñada. ¿Crees que me gusta tener una puta por...

Akela emergió desde detrás de la mesa donde había estado moliendo poi para hacer una pasta.
-¡Malia, ten cuidado con tu boca! -la reprendió.
-¡Bueno, es verdad! -exclamó Malia-. ¿No es así, Jared? ¿Puedes negarlo? -Como él no pudo hacerlo ella le lanzó una mirada llameante.- ¿Por qué se lo has permitido? Todos están enterados de lo que ella ha estado haciendo. ¡No puedo creer que tú no lo supieras! -Basta con eso, Malia -dijo Jared, procurando desesperadamente cAlmar la ira que ardía en él. Corinne era culpable de toda la situación.
-¿Cómo has permitido que te tome por tonto hasta ese punto? -siguió ella, inflexible- ¡Tú, que nunca has dejado que nadie se burle de ti! ¡Bueno, ahora todos se ríen! ¡Se ríen de todos nosotros!
-Basta, Malia -la previno Akela.
Malia se puso de pie, furiosa contra ambos. -¡Todavía no he terminado! ¿Sabes lo que me has hecho, Jared? No puedo ahora salir de esta casa. Me moriría de vergüenza si tuviera que ir a la ciudad para la temporada de invierno. Y sabes que odio quedarme aquí cuando empiezan las tormentas.
-Auwe -dijo Akela, levantando al aire los pesados brazos-. Malia, tú avergonzarme por verte egoísta. ¿Qué creer que siente tu hermano, eh? ¿Creer que a él gustar lo que ha pasado?
-¡Podría haberlo impedido!
-No entiendes cómo son las relaciones entre Corinne y yo -dijo Jared.
¿Cómo explicar a su hermana que no había cortado las andanzas de su mujer por orgullo? No podía dejar que Corinne supiera que le importaba. ¡Qué desastre había hecho de su vida!
-¿He oído mencionar aquí mi nombre?
Corinne estaba de pie en la puerta, y su apariencia era angelicAl con aquel vestido rosa y blanco. Su expresión era serena, sus ojos de un brillante verde lima, ino centes. Jared percibió la conmocionada sorpresa de su hermana. Akela debería haberla prevenido de que Corinne estaba aquí.
Jared se volvió hacia la mujer grandota, pero ella se encogió de hombros.
-No me corresponde a mí hablar --dijo, leyendo los pensamientos de él.
-¿Esa es tu mujer? -preguntó Malia. Había esperado una coqueta pintarrajeada, no la dama sorprendentemente beata que era Corinne.
-¿Y quién es ésta, Jared? -preguntó Corinne avanzando en la habitación, mientras Florence se quedaba nerviosa en la puerta.
Florence tenía buenos motivos para esperar dificultades, porque reconocía la nota agresiva en la voz de Corinne. También Jared la había reconocido. Dijo, incómodo: --Corinne, ésta es mi hermana, Malia.
-¡Tu hermana!
Jared se sintió casi divertido ante la sorpresa que reveló Corinne, hasta que vio los ojos de ella adquirir un tono de esmeralda oscuro. Las ruedas de la mente de Corin ne parecían girar furiosas, porque miró a Malia y, luego, a Jared.
-¿Es más joven que yo, verdad, Jared?
Ahora le tocó a él el turno de quedar atónito. ¿Qué diablos tenía aquello que ver con todo lo demás?
-Sí, unos pocos años -contestó con cautela, no viendo adónde quería ir a parar ella hasta que fue demasiado tarde.
-¡Bestia! -gritó Corinne-. ¡Le mentiste a mi padre nada más que para hacerlo sufrir!

Jared contuvo el Aliento. Súbitamente comprendió la conclusión a la que ella había llegado.
-¡Cálmate, Corinne! -la previno, los nudillos de ias manos emblanquecidos cuando se aferró a la mesa. -¡No lo haré hasta que ardas en el infierno! -gritó Corinne furiosamente-. ¿Cómo es posible que tu madre la tuviera si estaba languideciendo con el corazón destrozado? No creo que se matara a causa de mi padre. Fue un accidente, ¿verdad?
Jared se había puesto pálido. Corinne siguió su mirada de angustia hacia Malia, y vio el horror en la cara de la muchacha. Contuvo el Aliento cuando la chica esTalló en lágrimas y salió corriendo del cuarto.
¿Qué había hecho`? Tuvo miedo de volver a mirar a Jared, pero él la obligó a hacerlo cuando sus dedos se clavaron en sus hombros.
-¡Podría matarte por esto! -dijo en un murmullo asesino, y el apretón de los hombros se hizo doloroso-. ¡Malia no sabe nada, maldita! Se le dijo que la muerte de nuestra madre había sido un accidente.
-Per...dón, Jared -tartamudeó Corinne, mucho más asustada ante él de lo que nunca lo había estado. -¡Que te perdone! -exclamó él, arrojándola lejos de sí-. Quisiste hacer daño y lo has hecho. ¡Espero por el diablo mismo que estés satisfecha!
Jared se precipitó fuera del cuarto para seguir a su hermana, dejando a Corinne temblando. Florence corrió hacia ella, y le puso el brazo sobre los hombros.
-No tema, Cori. Sé que no quiso usted hacer daño a la chica.
-¿Por qué no me habré tragado esta lengua maligna? Merezco todo lo que él ha dicho y más -se volvió hacia Akela-. De verdad lo siento.
La vieja frunció el ceño.
Mala cosa hizo usted, Kolina, pero yo entender ahora.
-¿Entender?
-Su padre el hombre que mi Ranelle amar demasiado. Ialeka odiarlo mucho tiempo. Ahora sé por qué fue a Norteamérica, por qué se casó con usted. ¿La ha herido, eh? Y usted vino aquí para herir a su vez. Auwe, mala cosa odio -sacudió la cabeza color pimienta-. Mucho mejor amor.
-Eso es imposible -contestó tristemente Corinne, bajando los ojos.
Akela volvió a menear la cabeza.
-Piense en el keiki y verá que amor ser mucho mejor.
Corinne se irguió a la defensiva, pero Florence la sacó de la cocina antes de que se produjera el choque. Pasó el resto del día con Michael y Florence, en el cuarto de ellos. Akela les llevó comida, y se detuvo un rato para jugar con Michael. Sabiamente no volvió a decir nada acerca de él, o acerca de Jared y su hermana.
Corinne supo que él había tardado horas en tranquilizar a la chica, porque había oído el llanto que partía e corazón y que provenía del patio. Si no hubiera ido a la cocina aquella mañana... ¡maldito carácter el suyo!
Jared no se había ido aquel día, y ya era demasiado tarde para que partiera. Ella temía volver a enfrentarlo, especialmente solo. Pero, aquella noche, temía todavía mas la idea de que él viniera en busca de ella.
Dio las buenas noches a Florence y se dirigío vacilante al cuarto de Jared. El ya estaba allí, de pie ante la lejana ventana, mirando hacia afuera, los brazos a ambos lados de la ventana. Estaba tan sumergido en sus pensamientos que no la oyó entrar y ella tuvo que aclararse la garganta. Coma él estaba en sonthras no pudo ver su expresión cuando se volvió para mirarla.
-Si has cambiado de idea acerca de que duerma en este cuarto, yo...

-Adelante, Corinne -Dijo él-. Eres mi mujer y este cuarto es tan tuyo como mío. Te he dicho antes que no hay otras habitaciones. Y no quiero que molestes a tu doncella porque nosotros no queremos compartir el mismo cuarto.
-A ella no le molestara.
-Pero a mí, sí.
Su voz no era dura. Lo cierto es que parecía terriblemente cansado.
-Bueno, pero no pienso volver a dormir en ese diván -previno ella-. Tengo todavía el cuello endurecido. -Como gustes.
-Tú no...
Corinne se detuvo a la mitad de la frase y se mordió el labio.
-No te tocaré -contestó él.
Corinne cerró la puerta y se dirigió a la cama, donde Akela había depositado el camisón. Lo recogió y se dírigio al cuarto de baño, pero se detuvo antes de llegar y lentamente se volvió para mirar a Jared.

-De... de verdad siento lo que pasó esta mañana - dijo, agradecida de que él siguiera dándole la espalda y no se hubiera vuelto a mirarla-. Nunca habría hecho daño deliberadamente a tu hermana, Jared No sabía que ella ignoraba las circunstancias que rodeaban la muerte de tu madre.
-Lo sé -dijo él siempre sin mirarla-. Todo ha terminado, no pienses más.
¿Cómo hacerlo?, hubiera querido decir ella. Pero se dirigió lentamente Al cuarto de baño y cerró la puerta silenciosamente. Se cambió a la escasa luz que le proporcio naba la luna que se filtraba por la hilera de ventanas Altas en la pared del baño. Cuando volvió Al dormitorio, Jared seguía de pie ante la ventana, mirando hacia el patio y la Alta y dentada base de la montaña Al otro lado del camino.
Ella se acostó, y vaciló antes de preguntar: -¿Te molesta que apague la luz?
-Adelante, yo todavía estaré un rato levantado. Dormir era imposible. Y en verdad transcurrió mucho tiempo antes de que Jared dejara su guardia junto a la ventana y fuera a la cama. Corinne fingió dormir mientras lo oía desvestirse. Cuando sintió que él se metía en la cama, se puso tiesa.
El estaba muy cerca, tan cerca, y no podía menos de pensar en la noche de bodas, hacía hoy un año. Nunca volvería a experimentar aquel estremecedor placer, nunca volverían a estrecharla aquellos robustos brazos, ni la besarían aquellos labios que deshacían su voluntad. Nunca más parecía mucho tiempo, cuando en el momento quería que las poderosas manos la acariciaran, quería sentir el largo del cuerpo de él contra el suyo. ¿Por qué habían destruido lo que pudo haber sido?
Sintió que la cama se movía de nuevo y se dio cuenta de que él la estaba mirando. Siguió con los ojos cerrados, conteniendo el Aliento.
-Lo siento, Kolina -murmuró él en voz muy baja y después se apartó hacia el otro lado de la cama. ¿Sentir qué? Pero sabía que él la había creído dormida. Suponía que ella no lo había oído, porque de otro modo jamás hubiera hablado. ¿Sabría ella algún dia que era lo que él lamentaba? ¿Lamentaba acaso haberla conocido? Las lágrimas inundaron sus ojos, y no hubiera podido decir la causa.

28

Al despertar Corinne encontró que el pecho de Jared estaba contra su espalda, y un brazo la rodeaba posesivamente. Su primer impulso fue saltar de la cama, pero

comprendió que esto iba a despertarlo y que incluso podía enojarlo. Quedó quieta, disfrutando del placer de sentirlo pegado a ella.
Aquella cercanía la puso nerviosa: sentía el cálido aliento en su cuello, el peso del brazo sobre ella, la mano contra su pecho, floja. Sintió que la excitación crecía en ella como algo vivo. Audazmente se apretó más contra él y sus ojos se dilataron cuando sintió el blando bulto de él contra sus nalgas. Había olvidado que él estaba toTalmente desnudo. Su propio camisón estaba enroscado Alrededor de la cintura.
El estremecedor contacto de él era más de lo que ella podía soportar. Olvidó todo lo que había pasado entre ellos.. excepto de que habían hecho el amor en la noche de bodas, la noche en la que él había despertado su pasión. Y ella lo deseaba de nuevo, quería despertar el deseo de él y hacer que volviera a poseerla. Pero, ¿podía hacerlo? ¿Olvidaría él su odio el tiempo suficiente como para satisfacer las necesidades de ella... y las de él? Sí, reconocía que necesitaba a Jared.
La apasionada incertidumbre en la que estaba Corinne quedó interrumpida, porque en aquel momento se abrio la puerta del dormitorio y una muchacha hawaiana, joven y muy atractiva, con una piel dorada, se precipitó hacia ellos.
-Ialeka, vi tu coche y...
La muchacha se detuvo, y sus oscuros ojos se dilataron Al ver la escena de la cama. Jared había despertado instantáneamente y Corinne sintió que el cuerpo de él se crispaba antes de apartarse de ella con una muda maldición.
La muchacha salió corriendo del cuarto con un grito estrangulado antes de que Jared rugiera llamándola -¡Naneki !
Corinne observó conmocionada y casi incrédula cuando Jared se puso los panTalones y, sin mirarla una sola vez, salió corriendo tras la muchacha. Corinne quede mirando la puerta vacía y sintió que la cara se le ponia ardiente por la rabia que súbitamente se apoderó de ella ¡La muchacha era la querida de Jared! De otro modo era imposible explicar su familiaridad con aquel cuarto, o su reacción ante la presencia de Corinne.
-¡Maldito sea!
Corinne se apoderó de su bata y corrió tras ellos Jared había alcanzado a la muchacha en el patio de atrás a la salida del patio techado. Corinne quedó crispada, de pie en lo alto de la escalera que llevaba al patio, en un nivel más bajo. Podía verlos claramente por la puerta de alambre. Jared se había apoderado del brazo de la muchacha, y hacía que lo escuchara, aunque ella procuraba soltarse.
El comedor estaba al lado, lleno de estanterías cerradas con toda clase de crisTales de colores y porcelanas. La cocina quedaba directamente Al frente y Akela emergió por la puerta.
-Deja eso, Kolina.
Corinne lanzó un relámpago de sus ojos de esmeralda hacia ella.

-¡Es mi marido! Akela asintió.
-No tuve ocasión de decir a Naneki tú estar aquí. Ella herida. Deja explicar a Ialeka.
-¿Pero qué hace ella aquí? -exigió Corinne, apretando los puños de furor.
-Ella vive aquí, trabaja aquí. Ella salir ayer, volver ahora. Naneki, mi keiki adoptada -explicó Akela. -¿Ella vive aquí? Y él me ha traído para... Corinne no pudo terminar la tirase, ahogada por la rabia. Ignoró la mano de Akela que procuraba cAlmarla, descendió los peldaños y atravesó la habitación. Pero se detuvo antes de abrir la puerta que daba Al patio y revelar su presencia.
-¿Por qué la has traído aquí? -gritaba Naneki-. ¿Cómo puedes perdonarle lo que te ha hecho?

-No le he perdonado nada, Naneki -dijo Jared con impaciencia-. Y la he traído aquí para que deje de armar escándAlos.
-¡Pero duermes con ella!
-¡Duermo solamente, maldición! Nada más. -Bueno, yo no quedarme aquí con ella-dijo Naneki desafiante-. Te comparto con Dayna, pero no con esta haole.
¿Quién era aquella Dayna?, se preguntó Corinne. ¿Otra querida de Jared? Corinne empezó a darse la vuelta, pero le llamó la atención una niñita hawaiana que venía corriendo por el costado de la casa en dirección a Jared. -íPapá! --exclamó la niña, y voló hacia los brazos que le tendía Jared.
Corinne contuvo el Aliento, mientras veía a Jared abrazar a la niña. Pero Naneki la sacó enojada de los brazos de él.
-Ven, Noelani -dijo con rudeza-. Volvamos a casa de la tía.
Corinne abrió la puerta.
-No es necesario que se vayan por causa mia -balbuceó con suavidad, preguntándose de dónde sacaba tanto control.

Naneki miró a Corinne con odio antes de alejarse muy tiesa, mientras la pequeña Noelani saludaba con la mano inocentemente, por encima del hombro. La niñita con el pelo oscuro y los ojos y la piel dorados, era la viva imagen de su madre. Pero Jared también tenía aquellos bellos rasgos morenos ¿Sería realmente hija de él?
-¿De modo que tienes una hija, Jared? -preguntó sonriendo-. Me alegro por ti. Me pregunto por qué nunca has hablado de ella.
-Porque Noelani no es mía, Corinne-dijo él secamente y se dirigió otra vez hacia la casa.
-Pero Naneki es tu querida, ¿no? -erijo ella, levantando la voz.
Jared se volvió hacia ella y dijo con tono helado: -Era mi querida antes de casarme contigo. Pero no he tenido tiempo para estar con ella desde que volví de Norteamérica.
-¿Y esperas que yo crea eso? -¿Celosa? -preguntó él sarcástico. -¡Claro que no!
-Está bien, porque no debes estarlo. No puedes reprocharme una querida ---dijo con tono cruel-. Sobre todo después de haberte entregado a cada hombre que se ha cruzado en tu camino.
Ella contuvo el Aliento e instintivamente levantó la mano para abofetearlo, pero él la agarró de la muñeca y la sujetó con firmeza. Sus ojos eran dos tajos gris acerado Al mirarla.
-¿Te duele la verdad, mi querida? -preguntó despiadado, apretando más la muñeca-. Las putas tienen que acostumbrarse a los insultos, es algo inherente Al oficio. En verdad debiste haber pensado en esto.
-¡Prefiero andar con cualquierra antes que contigo! -escupió ella, deseando furiosamente herirlo a su vez. El palideció, la apartó de sí y marchó hacia la casa. Corinne se dio la vuelta, luchando por contener las lágrimas. ¿Por qué tenían siempre que herirse mutuamente? Hubiera preferido que le hubiese pegado en lugar de decir lo yue había dicho, con tanto veneno en la voz.

Por un momento estuvo a punto de decirle la verdad, toda la verdad. Pero pensó que sólo serviría para que él se riera de ella, para que la desdeñara con mofa una vez más.
Había cumplido demasiado bien la tarea de dar la ilusión de ser una puta. Nadie creería ahora lo contrario... excepto sus supuestos amantes. Ellos sabían, pero nunca iba a decirlo. Era demasiado absurdo.

Abrumada, Corinne cortó una gardenia de entre las matas que crecían a lo largo de la roca de lava de tres pies que bordeaba el patio. Aspiró profundamente la aterciopelada flor blanca, después se la puso tras la oreja y lentamente atravesó el patio trasero en dirección a la playa. El vergel era largo y ni de lejos tan cultivado como el jardín del frente. Había bananeros, guayabos, lichi, limón, toronja y dos grandes árboles de mango, que proyectaban abundante sombra sobre el rico pasto. El gigantesco mango de la izquierda tenía un columpio colgado a una de sus ramas, y Corinne se detuvo Allí en lugar de bajar a la playa.
El rumor en las olas golpeando contra la ribera era tranquilizador. No podía ver el azul profundo del océano, porque la playa descendía más Allá del patio, pero sabía que estaba muy cerca. Aquí había una gran paz. Sería celestiAl sentarse en esta hamaca y ver el poniente, tener Alguien amado Al lado, que la abrazara, que compartiera la belleza y la maravilla de la naturAleza y el amor mutuo.
Súbitamente se sintió solitaria y confundida. ¿Por qué las insultantes frases de Jared la habían lastimado tanto? No debfa importarle lo que él pensara de ella. El había reconocido que Naneki era su querida y, por Algún motivo, esto también la lastimaba. ¡Y la chiquita le había llamado «papá»! Corinne no creyó ni por un momento que no fuera hija de Jared. Jared debió haberse casado con Naneki, aunque no fuera más que por su hija. Pero, en lugar de eso, había ido a Norteamérica y se había casado con ella para vengarse de su padre.
Estaba harta de todo. Estaba cansada de pelear con él, de procurar entender qué había pasado con su única noche de amor. Simplemente quería volver a su país. Ni siquiera iba a intentar recobrar el dinero que le habia arrebatado Jared. Que se lo guardara todo; ella no Io necesitaba.
El ruido de una puerta al cerrarse al frente llamó la atención de Corinne. Se volvió en la hamaca a tiempo para ver a Jared que salía de la casa. Un minutos después oyó el trote de un caballo. De modo que había ido. Sin siquiera despedirse. En lugar de alivio sintió otra vez los ojos llenos de lágrimas.

29

Corinne estaba sentada sola ante la mesa de la cocina, bebiendo el té chino que Akela había preparado. Era el 1 de noviembre y habían pasado tres semanas desde el dia en que Jared había regresado a la ciudad. Los esfuerzos de ella para volver a Hononolú se habían visto frustrados una y otra vez.
Había descubierto bastante rápidamente que el establo estaba fuera de su alcance. Kapu, el hawaiano grandote que se ocupaba de los caballos le había gritado el día que ella se había presentado Allí. Jared había dado órdenes de que no le dejaran usar el coche, ni tampoco un caballo. Y cada vez que se había deslizado en los establos en procura de algún caballo había sido descubierta por el gran hawaiano, y se había producido otro intercambio de gritos que ninguno de los dos entendió, porque él apenas si sabfa una palabra de inglés, y ella conocía solo Algunas palabras de hawaiano.
Corinne sólo había visto otra oportunidad para escapar, en el hielero que venía regularmente. Le había pedido que la llevara en su cano hasta ciudad mas cercana, ofre ciéndole el poco dinero en metálico de que disponía. Pero Akela había oído, y previno Al muchacho que Jared iba a perseguirlo con un mazo si llevaba a su walline a cualquierar parte. Los ojos del pobre hombre se abrieron más que de prisa.
-Kolina no irse -dijo Akela más tarde decirlo así.

Corinne se había enfurecido con ella, pero se limitó a chasquear la lengua y Alejarse. Eso habia sucedido hacía más de una semana. Corinne no podía sobornar a Akela. Ella estaba con Jared desde que éste era bebé. Akela nunca vendería su leAltad.
-¿Por qué se casó usted con Jared? Corinne contuvo el Aliento ante aquella súbita intrusión en sus pensamientos. Miró y vio a Malia de la mesa. Era la primera vez que la chica le había hablado en tres semanas, en realidad la primera vez que se le habia acercado. Siempre se había retirado de la habitación en que estaba si Corinne entraba, y comía en su cuarto evitando a Corinne.
-Hable.
Corinne no podía reprochar su odio a la chica -Jared y yo nos casamos por diversos motivos contestó, esperando que la muchacha no insistiera -¿Usted lo quería?
-No.
-¿Y él a usted?
-No, por cierto que no -Corinne oyó la amargura que trepaba en su propia voz.
-¿Por qué entonces?
Corinne sintió como si la empujaran hacia un rincón -En verdad... en verdad no es asunto tuyo Malia puso las manos en el respaldo de un asiento y se inclinó hacia adelante.
-Es mi hermano-dijo casi suplicante-. Le he preguntado por qué se casó con usted, y él me ha dicho lo mismo que usted dice. Le pido ahora que me ayude a entender, Corinne bajó los ojos ante la suplicante expresión de la cara de Malia. Procuró ponerse en el lugar de muchacha, y comprendió hasta qué punto debía de estar enloquecida.

-Tu hermano prometió darme lo que yo quería del matrimonio,.. no un marido.
-¿Qué quiere usted decir?
-El no debía interferir en nada de lo que yo hiciera: Ibamos a vivir vidas separadas.
-Si no quería usted vivir con él, ¿para qué vino aquí?
-No creo que en verdad te interese la respuesta - dijo Corinne con tono duro- No habla muy en favor de hermano.
-Mi hermano no ha hecho nada malo, fuera de elegirla a usted como esposa -dijo Malia sAlinendo en defensa de Jared, con nueva hostilidad.
Corinne igualó el furor de Malia con el suyo propio. -Jared no es el parangón de virtudes que crees que querida. Mintió acerca del motivo por el que se casado conmigo. Dijo que era un asunto de honor. Porque, tu sido hermano me había violado. Ofreció sAlvar mi reputación con el matrimonio.
-¡Mentira!
-PregúnTale a ver si se atreve a negarlo. Ese fue el texto para casarse conmigo, Malia. Pero fue sólo un pretexto, porque tu hermano no tiene conciencia. El verdadero motivo por el que se casó conmigo es éste: creyó que, siendo mi marido, podía controlar las acciones que poseo en los astilleros de mi padre. Quería a mi padre. Era ya tarde cuando se enteró de que no podía controlar mis acciones. Debió de ser un golpe temible.
-Su padre es... -Malia no pudo terminar.
-¿Te ha hablado Jared y explicado lo de mi padre? ¿O sólo te ha contado su lado de la historia?
-El... él dijo que mi madre había muerto... que mi madre se había suicidado porque no podía vivir sin Samuel Barrows -dijo Malia con voz entrecortada.

-Sí, ella amaba a mi padre y él la amaba. Ella no bastante fuerte para seguir adelante sin él. Pero mi padre nunca supo hasta qué punto la había afectado la separación. Todos estos años hábía pensado que ella estaba viva y era feliz. Quedó deshecho cuando Jared le dijo lo que había pasado, porque seguía amándola. Recuerda que ella fué quien echó de aquí primeramente a mi padre.
-Pero Jared dijo que su padre era culpable
-Nadie es responsable de la debilidad de replicó Corinne-.Pero Jared nunca lo ha visto así las cosas. Por eso fue a Estados Unidos, y por eso se casó conmigo para vengarse. Me usó, Malia, cuando yo nunca he hecho nada para merecer ese trato.
-¿Entonces es por eso que usted vino aquí guntó Malia?-. ¿Usted también quería vengarse' -Hablas como si no creyeras que estoy justificada Malia ---dijo Corinne tranquilamente.
-¡No lo está! Usted consiguió lo que quería volvió a casa... la dejó para que llevara la vida separada de él que usted quería.
-Sí, me dejó, pero hay más que eso. Me abandono públicamente, Malia, Al día siguiente de casarnos cuando supo que no podía usarme para arruinar a mi padre. En lugar de eso me arruinó a mí, poniendo un anuncio en todos los diarios diciendo que su mujer había sido insatisfactoria y que, por eso, él la abandonaba. No era verdad. Tu hermano no encontró falta Alguna en mi e hizo sólo para herirme. Y si te sientes humillada por lo que yo he hecho, piensa cómo debí sentirme yo desde aquel anuncio público.
-¡No lo creo! Usted dice todo esto porque Jared no está presente para negarlo. Y nada puede perdonar usted ha hecho... nada.
Corinne perdió del todo la paciencia ante muchacha.
-No tengo nada de qué avergonzarme. He dado escándalos, pero ha sido sólo una comedia.
-¿Qué está usted diciendo? -preguntó
¡Todos saben que se ha acostado usted con mucho hombres!
-Todos creen que lo he hecho -replicó Corinne furiosa, sin importarle ya lo que iba a revelar-. Hombres en mi suite del hotel, pero no en mi dormitorio.
No era necesario ir tan lejos para humillar a Jared. Especialmente cuando la gente inmediatamente saca las peores conclusiones. Todo fue una farsa, Malia. El único hombre que me ha tocado es tu hermano.
Malia se irguió.
-Nunca debí pedirle que me dijera la verdad. Corinne se puso de pie, y la exasperación se reflejó en sus ojos.
-Y yo debí saber que era inútil decirte la verdad. Es más fácil pensar que soy una puta, ¿verdad? Y puedes seguir pensándolo, porque me importa un comino lo que creas.
-Usted... es horrible -exclamó Malia. Y salió corriendo del cuarto hecha un mar de lágrimas.
Corinne se dejó caer en el asiento. Había vuelto a herir a la muchacha. ¿Por qué diablos no podía contenerse? Le había dicho a Malia que su hermano era un cana lla, y había procurado presentarse como sin mancha, cuando sabía que no era así.
Contempló por la ventana las nubes de tormenta que se iban formando. El cielo estaba tan sombrío como su ánimo.

30

Jared estaba junto a la ventana en la oficina de su tío, mirando hacia la concurrida calle, pero sin verla. Escuchaba avergonzado cómo Edmond reprendía a su joven ayudante, Marvin Colby, por Algún error real o imaginario. Edmond Burkett siempre encontraba defectos. Era sorprendente que Alguien trabajara para él. La joven señorita Dearing se había ido hacía tiempo, y una relamida señora Long había ocupado su puesto.
-No toleraré más su ineptitud, Colby -decía Edmond-. Usted sabe que la aprobación finAl de todos los préstamos la hago yo.
-Pero usted no estaba, señor, y el hombre necesitaba desesperadamente el dinero para ayer. Fue un préstamo pequeño y tiene amplias garantías.
-Ese no es motivo para ignorar la política de esta compañía, mi política. Y éste es el último error quc cometerá usted aquí, Colby. Está despedido.
-No es usted razonable, señor Burkett -dijo Marvin Colby, dejando asomar su enojo.
-¡Fuera!
Cuando la puerta se cerró, Jared se volvió a enfrentar a su tío.

-¿No crees que has sido un poco duro? -No conoces los hechos, Jared, por lo tanto no has de interferir.
Jared suspiró. Tenía ya suficientes problema propios. Y había aprendido hacía tiempo que era inútil discutir con su tío sobre cualquierr cosa referente a la compañía de Ahorro y Préstamo.
-¿Por qué me mandaste llamar, tío? -pregunto Jared con impaciencia.
-No te pongas tan a la defensiva, muchacho dijo Edmond sonriendo, amistoso ahora-. Pensé que podiámos almorzar juntos. Hay un nuevo restaurante en la calle King que tiene unos excelentes camarones de Cantón
-¿Me has hecho llamar para que Almorzara contigo? -preguntó Jared incrédulo-. No tengo tiempo para Almuerzos de placer, tío.
-Tonterías -se burló Edmond-. Estoy en que tu negocio del hotel marcha sobre ruedas. Y te he dicho muchas veces que no podrías encontrar mejor luna que tu amigo Leonaka Naihe. Deja que cumpla con el trabajo por el que le pagas. Debe obtener mejores resultados que tú de los peones locales, ya que él también muchacho local.
-Sucede que me gusta el trabajo -dijo Jare tieso-. Me deleito trabajando.
-Quieres decir que te distraes con el trabajo contestó sabiamente Edmond-. Eso no hará desaparecer problemas. De hecho ya no deberías tener más problemas. Has manejado admirablemente la situación con tu mujer. Te dije que los chismes iban a morir si ponías coto a sus aventuras extravagantes. Ella ha sido olvidada debído a la próxima revolución.
-¡Tío!
-Los hechos no desaparecerán por ignorarlos Jared. Habrá otra revolución y muy pronto. Pero és más resultado que la de 1887, que ganó nuestra constitución. Esta vez derrocaremos a la reina. Nadie está contento con el reinado de LiliukAlani. Es demasiado terca y quiere tener mucho poder.

-Es la reina -le recordó Jared-. Los antiguos reyes tenían poder absoluto. La reina LiliukAlani quiere volver a la antiguas costumbres.
-Es demasiado tarde para eso. Hay demasiados intereses extranjeros en Hawai.

-Muchos intereses económicos, querrás decir. -¿Puedes acaso negar que anexarse a Estados Unidos no sería un beneficio para estas islas? Y es mejor Norteamérica que otras potencias extranjeras, como China o Gran Bretaña.
-Los hawaianos deben gobernar ellos mismos sus islas, tío -dijo Jared exasperado-.Siempre lo he sentido así, y nada me hará cambiar de idea. Estas islas perte necen a los hawaianos, pero poco a poco se las están arrebatando los haoles.
-El hecho de tener Algo de sangre hawaiana te influye, Jared -dijo Edmond rudamente.
-Simplemente no apruebo que una raza sea destruida por la avidez y el deseo de ganancia de otra. -Por Dios, hombre. No estoy hablando de guerra. Seguramente no se llegará a eso. Será una revolución rápida.
-Y yo hablo de una cultura que está muriendo. Más de la mitad de los pueblos hawaianos han perdido la vida por enfermedades extranjeras, los otros se mezclan Al casarse y olvidan las antiguas costumbres. El número de hawaianos puros que existe ahora es escaso. Les han arrancado sus creencias, y su tierra, y ahora quieres quitarle el resto de orgullo que les queda.
-¿Acaso apruebas lo que está haciendo la reina? Ya no se trabaja en palacio. Lo único que ella hace es discutir con sus consejeros ministeriAles. La legislación está toTalmente bloqueada debido a los partidos opuestos. Ha habido dimisiones forzadas. La reina no oculta que quiere terminar con la constitución actual por la que tan duramente luchamos. Quiere proclamar otra que le otorgue poder ilimitado y que conceda sólo a los hawaianos y a los extranjeros casados con, hawaianos el derecho a votar. ¿De verdad apruebas un comportamiento tan tiránico?

-Tal vez ella exagera un poco, pero no le reprocho lo que intenta hacer. Su reinado ha sido una burla. Tiene el título de reina, pero ha sido despojada de su poder los intereses extanjeros que tú defiendes. Hace años son ellos quienes toman las decisiones. ¿Puedes reprocharle que quiera que el pueblo gobierne unas islas que son suyas?
-Las islas han prosperado gracias a los extranjeros-dijo Edmond a la defensiva.
-A costa de los hawaianos, a quienes no les han dado nada -replicó Jared furioso-. Ahora, pau. Ya no quiero oír hablar de revolución.
-Espera, Jared...
Pero Jared ya estaba en la otra oficina. Si Edmond quería hablar de política, tenía que buscar a otro para hacerlo.
Cuando regresaba en coche a su oficina en la Merchant, Jared percibió finalmente la tormenta que se amontonaba sobre su cabeza. Se sintió inquieto. A juzgar por los fuertes vientos, sabía que ésta iba a ser una tormentas destructoras. Y el lado oeste de la isla era siempre el que más sufría. En la ribera norte olas devastadoras inundaban los caminos y penetraban en las casas. Los arboles caídos y los tejados arrancados por el vendava hechos comunes durante esta clase de tormentas.
Malia siempre había temido estas tormentas. ¿Y Corinne? No iba a darse cuenta de que estaba a salvo donde estaba. Era posible que las olas llegaran al vergel, incluso que inundaran el patio, como había sucedido muchas veces, pero ella estaría a salvo. Aunque ella no podía saberlo. Akela iba a tranquilizarla, pero, ¿creería Corina que la tormenta invernal no iba a durar mucho y que el sol volvería brillar mañana? ¿O iba a asustarse ante un hecho natural que se producía con frecuencia en la lluviosa estación invernal?
Jared hizo girar su coche hacia Beretania y a los caballos. Súbitamente sintió un deseo irracional de proteger y reconfortar a su mujer. Sabía que era absurdo pero,

de todos modos, apresuró inquieto el paso de los caballos. Al llegar a su casa rápidamente ensilló uno y volvió a partir, con una creciente urgencia que bordeaba el pánico.
Jared marcó un tiempo excelente hasta llegar a Wahiawa. Allí cambió de caballo, pero, antes de partir vio que la lluvia se acercaba en torrentes pesados. Cayó sobre él en unos segundos. El resto del camino fue mucho más lento, porque muchas partes estaban inundadas, dejando abiertos unos agujeros en los que fácilmente podía tropezar su caballo.
Descendió hasta el mar, pero la visión del océano se perdía en la cegadora tormenta. Después de pasar Haleiwa comprobó que la tormenta se había preparado durante días con frecuentes chubascos. Los campos y los caminos ya estaban inundados. Los carros y los coches yacían abandonados. Olas de más de dos metros llegaban en muchos puntos Al camino, y demoraban aun más su marcha.
Era de noche cuando finalmente Jared llegó a la casa junto a la playa. No había adelantado viniendo a caballo más de lo que hubiera adelantado viniendo en coche en un día límpido. Estaba empapado hasta los huesos, y seguía lloviendo sin cesar. El jardín del frente estaba lleno de barro y Jared comprendió que si las olas se elevaban otros metros, el patio iba a quedar inundado por Algo más que el agua de la lluvia.
El frente de la casa estaba a oscuras, pero había luz en la cocina. Jared pudo ver que habían cerrado el patio techado con pesadas celosías, para impedir el paso de la lluvia. Todos los muebles del patio habían sido llevados Al salón. Akela tenía como de costumbre todo bajo control, pero Jared seguía inquieto por Corinne.
Fue directamente a su dormitorio, pero lo encontró vacío y a oscuras. Se demoró sólo para recoger un par de toallas del cuarto de baño antes de ir a la cocina. Pero Corinne tampoco estaba Allí. Akela y su hermana estaban sentadas a la mesa, bebiendo chocolate.
Malia fue la primera en verlo y saltó para correr a abrazarlo. En seguida empezó a llorar, gimiendo una y otra vez el nombre de él, como solía hacer cuando era pequeña, Jared procuró apartarla.
-Te estás empapando, Malia. -Pero ella se aferró a él con más fuerza y rápidamente él se apaciguó y la estrechó para cAlmarla.- Es sólo una tormenta, querida has vivido bastantes como para saber que aquí estás segura. Nunca ha sucedido que hayamos tenido que dejar la casa.
-No es la tormenta, Jared -sollozó Malia es tu mujer...
Malia sólo le llamaba Jared cuando estaba enfadada o perturbada por él, y por esto él supo que Malia y Corinne habían discutido.
-¿Qué pasa con ella?
-Esa... esa mujer es horrible. Me ha dicho terribles acerca de ti. Pero mintió. Sé que ha mentido en todo. Y procuró decirme que no era una puta
Jared agarró a su hermana por los hombros y la apartó de él. Todo el cuerpo se le había puesto rígido. -¿Qué te dijo?
Malia repitió la historia que había contado sollozando, a Akela, pero con mayores deTalles. Un brillo asesino surgió en los ojos de Jared. Akela lo vio, pero siguió adelante, sin darse cuenta.
-Fue tan insultante -terminó Malia-. Y me gritó, y yo no hice nada para enojarla. La odio. -¿Dónde está? -preguntó Jared en un murmullo amenazador.
Akela se puso de pie, atemorizada. -Ialeka, no. No la veas ahora. Pero Malia contestó:

-Está con su doncella y con ese chico que me tiene despierta todas las noches con sus chillidos. Jared salió del cuarto. Akela tuvo ganas de abofetear a Malia.
-Vamos, Iolo -dijo enojada-. ¿Por qué has hecho tanto alboroto por nada, Malia?
-No ha sido por nada -exclamó Malia. -Kolina no hacerte daño, muchacha. Pero, por que has dicho a tu hermano, él hacerle daño. Y' será culpa tuya.
-Yo no soy culpable... lo es ella, por todas las cosas mezquinas que me ha dicho.
-Pua no ka uahi, he ahi ki Talo -esTalló Akela, y le dio la espalda disgustada.
Malia hizo una mueca y no dijo más. Akela tenía razón. «Cuando el río suena, agua lleva» era lo que había dicho. Cuando se usan palabras enfurecidas, es por Algún motivo. Sí: ella había provocado toda la escena con la mujer de Jared. Había buscado a Corinne y le habla dicho cosas insultantes. Pero esto no cambiaba nada. Corinne seguía siendo una mujer horrible, y si Jared le pegaba, era simplemente lo que se merecía.
Incluso con el ruido de la lluvia que golpeaba el tejado oyeron una puerta que chocaba contra una pared, y Malia dijo rápidamente:
-Quiero más chocolate caliente. De todos modos nunca duermo cuando hay tormenta.
Akela gruñó:
-¿Qué te pasa, Malia? ¿No gustarte ir a tu cuarto para poder oír la pelea que has provocado?
-Basta. Sólo he dicho la verdad. ¿Es culpa mía que Jared se haya enojado tanto?
-Eres tan rápida de lengua como Kolina. Ambas deberían aprender a quedarse cAlladas.
Corinne miró con incredulidad a Jared cuando él se precipitó sin llamar en el cuarto de Florence, despertándolos a todos. Ella había estado con Michael en brazos, lo había paseado por el cuarto porque la tormenta y el tronar del océano lo asustaban. Pero cuando Jared se dirigió a ella a zancadas, con deliberación, rápidamente tendió el niño a Florence.
-¿Qué te pasa, Jared? -preguntó Corinne asustada, retrocediendo .
El no le contestó, pero la agarró de la muñeca y empezó a tirar de ella para sacarla del cuarto. Corinne resistió, y el temor se apoderó ahora de ella, pero Jared dio un tirón que casi la precipitó contra él. -Vea... -empezó a protestar Florence. Jared le lanzó una mirada furiosa y las palabras que ella iba a decir murieron.
-No se meta -la previno con rudeza. No olvide que ella es mi mujer.
-¿Que no me meta en qué? -preguntó Florence pero Jared ya había salido.
Florence contuvo el aliento. Pero verdaderamente no podía hacer nada. Cori era la mujer de él y, ademas, no iba a lastimarla. No, no lo haría, se dijo.
-Cuando oyó que cerraban de golpe la puerta del dormitorio de ellos, rápidamente salió del cuarto con Michael y se dirigió a la cocina, en el otro extremo casa. No podía quedarse en un sitio desde el que oír lo que Tal vez iba a pasar.
Cuando Jared empujó a Corinne en el cuarta y la soltó para cerrar la puerta, ella corrió al cuarto de baño y se encerró Allí. El corazón le latía frenético mientras apretaba la oreja contra la puerta. Nunca había visto a Jared tan enojado, ni siquiera en la noche que la había violado. Entonces se había mostrado decidido, pero no violento.
Pudo ver una luz por debajo de la puerta y contuvo el aliento.. ¿Qué estaba haciendo él? ¿Por qué habia vuelto en medio de la tormenta tan enfurecido?
Corinne pudo ahora oír a Jared ante la puerta del cuarto de baño. Movió el picaporte y descubrió que ta estaba atrancada. Y entonces golpeó con el puño la puerta madera, haciendo que ella diera un sAlto ante aquel ruido explosivo.

-Abre la puerta, Corinne.
No gritaba. Verdaderamente su voz era morTalmente tranquila.
-No abriré hasta que me digas qué desea -Abre -su tono se elevó, amenazador. -No.
-Entonces es mejor que te hagas a un lado Ella se apartó de un sAlto, justo a tiempo. El cerrojo cedió ante el puntapié de Jared y la puerta se abrió de golpe. La silueta de él se proyectó en el marco, con la luz atrás, y fue imposible para ella distinguir sus facciones. Su propia cara era una máscara de terror.
Cuando él tendió la mano para agarrarla su respiración se hizo entrecortada. El la tomó del brazo y la arrastró al dormitorio, después la forzó a darse la vuelta para que lo mirara. La soltó luego y ella sintió un segundo de alivio. No estaba preparada para la tajante bofetada que siguió, tan vigorosa que casi la arrojó a un lado. Cayó contra la mesa de café, casi desmoronándose sobre ella.
Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se llevó la mano al lugar golpeado, mirando con ojos sorprendidos a Jared, que seguía de pie a corta distancia de ella.
-¿Qué diablos te sucede? -gritó ella, y su ira aumentó, pese al miedo y la sorpresa.
La cara de él estaba negra de rabia, y cuando dio un paso hacia ella, Corinne sintió pánico y pasó al otro lado de la mesita, los ojos dilatados de terror.
-No te me acerques, Jared -lo previno, aunque su voz era demasiado amedrentada para tener peso-. No estoy dispuesta a aceptar tus maltratos, especialmente cuando ignoro de qué se trata.
-Aceptarás lo que yo quiera -se burló él, aprertando los puños a los lados-. ¡Hace tiempo que debí haberte enseñado a que te callaras la boca!
-¿De qué se me acusa? -suplicó ella, desesperada.
-¡Has hecho llorar otra vez a mi hermana! Le dijiste hasta qué punto soy un canalla, ¿no es así?
Corinne luchó para recobrar el Aliento.
-¿Por qué voy a cargar yo con toda la culpa, cuando nadie más que tú sabe por qué hice lo que hice? Insistió en saber la verdad, y se la dije.
-¡Y procuraste presentarte tú como inocente! -No del todo -dijo ella con labios apretados. -¿No del todo? -repitió Jared con fría burla-. Mentiste a Malia. ¿Querrás hacerme creer a mí que no eres una puta?

Corinne hizo una mueca. -No lo soy -dijo desafiante.
Los ojos de Jared ardieron aun más. -Conozco a la mitad de los hombres con los que te has acostado, y no son hombres que se pueden dejar con una broma.
-Pues es todo lo que he hecho, Jared. He bromeado. Les prometí a todos cosas que no cumplí –dijo Corinne sencillamente-. No fue tan difícil rechazarlos. Nunca he visto dos veces al mismo hombre.
-¡Y naturAlmente Russell Drayton sólo ha fingido ser tu amante.
-Así es. Sabía que quería hacértelas pagar y me ha ayudado.
-¿Y siguió adelante con tu supuesta comedia sin tocarte jamás? ¿Nunca te pidió nada, aunque sabia que tu lo amabas y que estabas dispuesta?
-¿Cómo?
-Una vez me dijiste que lo amabas -la Jared.
-Te... te mentí -tartamudeó Corinne, rugiendo interiorrmente porque él recordaba aquello-. Hubieras creido que era de una dureza empedernida si te hubiera dicho la verdad. Después de todo yo pensaba casarme con Russel. No lo amaba más de lo que te amaba a ti cuando nos casamos. Russell y yo teníamos un acuerdo.
-Eres increíble. Tienes respuesta para todo, ¿verdad? -los ojos de Jared se estrecharon y rugió mente:- Estoy harto de que me tomes por tonta que hayas

obtenido placer usando tu lengua viperina contra mi hermana, porque vas a pagar por eso. Avanzó hacia ella, pero el fuego verde que ardio de pronto en los ojos de ella hizo que se detuviera. -¿Y mis sentimientos, caramba? No quise dañar a Malia, pero ella no quería dejarme en paz. Y nunca he podido tolerar que me insulten sin enojarme. -iTu enojo ha provocado dificultades desde que te conocí! -rugió él.

-Si vuelves a golpearme, Jared...
-¿Harás qué? -la interrumpió él virulento-. Una esposa frívola merece una paliza, y tus frivolidades se han sobrepasado.
Ella corrió otra vez hacia la puerta. Estaba trancada y antes de que pudiera correr el cerrojo, los dedos de Jared se hundieron en su brazo y la atrajo contra él. Ella vio que levantaba la mano para volver a golpearla, y sus ojos eran despiadados. Ella no podía soportar el dolor y no podía tolerar el comprender que, si él volvía a pegarle, ya nunca podría perdonárselo.
-¡Jared, no!
Sin vacilar un segundo más Corinne se lanzó contra él y lo rodeó apretadamente con los brazos a la altura del pecho. Sintió que los músculos de él se ponían tensos y supo que estaba a punto de empujarla lejos.
Jared quedó toTalmente desorientado ante la inesperada reacción de Corinne. Pero su furia no disminuyó. No era solo ira por lo que había pasado con Malia, sino también por las mentiras que Corinne le había dicho. Sabía que ella no era inocente... ¡lo sabía! E intentar convencerlo de lo contrario demostraba hasta qué punto lo despreciaba.
-Suéltame, Corinne -respiró con los dientes apretados, y empezó a aflojar los brazos de ella.
Corinne apretó más, desesperadamente cruzó los dedos a la espalda de él. Lo miró, pero volvió a ver que su expresión era despiadada. Y después sintió las manos de él entre su pelo, que agarraban los rizos peinados en Alto -y la apartaban de él de este modo. Ella resistió, incluso cuando el dolor fue terrible, y sus ojos brillaron de lágrimas.
-Jared... por favor -suplicó, sintiendo que él le arrancaba el pelo de raíz-. ¡Por favor... no me... lastimes! Corinne sintió que él aflojaba lentamente. Y de pronto él la soltó, y ella hundió la cabeza en el pecho de él. Los sollozos surgieron naturalmente en una mezcla de dolor, de humillación por haberse visto obligada a suplicar, y de alivio porque Jared había controlado su furia. Se aferró a él y lloró.

Cuando Jared le soltó el pelo, sus brazos extendidos a unos centímetros de la espalda no sabía si dejarlos caer a los lados o rodear con ellos a la mujer. La expresión aterrada que había visto de ella lo acobardaba. Recordó los motivos había vuelto a su casa... para confortarla de la tormenta. La tormenta seguía rugiendo fuera, no temía a la tormenta. Estaba aterrada ante el.
¿En nombre de Díos, qué se había apoderado de él? Nunca había golpeado antes a una mujer, pero habia querido estrangular a ésta, ahogarla hasta privarla del sentido.
Jared sintió que ella temblaba contra él y se aparto de aquellos desgarradores sollozos. Los brazos le dolian de ganas de abrazarla, y finalmente lo hizo. Acaricio el sedoso pelo que le había caido por la espalda debido a la crueldad de él, y se maldijo por el dolor que le habia causado. Ella lloraba y lloraba, y el sonido desgarraba

-Perdón -murmuró. Le agarró la cara manos, pero ella no quiso mirarlo, y las lágrimas seguian cayendo-. Por favor, makamae, no llores no volvere a hacerte daño.
La besó en los ojos, en las mejillas y despues en los labios, con dulzura. Lentamente levantó despues la cabeza, esperando que ella diera alguna señal, una muestra de alivio, de rabia, cualquier cosa. Cuando ella abrio los ojos eran unos chispeantes estanques verdes que todavia parecian suplicar, pero de diferente manera. Y de ojos de él ardieron de nuevo. No con rabia, sino con el fuego de la pasión.
Volvió a bajar su boca sobre la de ella, pero esta vez su beso fue exigente, devorador. Su deseo de inagotable. Y la respuesta de ella lo igualaba. Era enteramente de él. Le soltó la espalda para agarrarse a su cuello y atraerlo hacia ella. Se alzó de puntillas para acercarse aún más. El beso se hizo salvaje, casi doloroso y Jared finalmente se apartó, para hundir los labios en el hueco sedoso del cuello de ella.
-Te deseo, Kolina-murmuró rudamente. Levantó luego la cabeza para mirarla y empezó a desabrocharle el vestido-. Vamos a hacer el amor.
-Ya lo sé -murmuró ella, y sus ojos se enfrentaron directamente los ojos de él-. Yo también te deseo. Jared casi le desgarró el vestido en su precipitación por quitárselo. Al mismo tiempo desabrochó su camisa mojada. Pero cuando empezó a retirarle el corsé, ella lo detuvo.
-Apaga primero la lámpara, Jared.
-No ---dijo él con decisión- quiero verte. -Por favor, Jared.
En aquel momento él no podía negarle nada. Por mucho que deseara contemplar la belleza de ella, hizo lo que le pedía.
En cuanto la lámpara se apagó, Corinne rápidamente se quitó el resto de la ropa, y el corpiño que apretaba sus pechos y que temía tanto que Jared pudiera ver. ¡Dios, cómo le agitaba la sangre este hombre! No le importaba lo que había pasado antes. Nada importaba ya.
El la deseaba, la necesitaba. Este conocimiento hizo que su propio deseo se convirtiera en una punzada caliente, y fue ella quien lo arrastró a la cama e hizo que se tendiera allí. Ella lo siguió y audazmente frotó su cuerpo contra el de él, después, en broma, volvió a hacer que se acostara cuando él quiso incorporarse. De rodillas lo tocó donde palpitaba y oyó que él contenía el aliento. Se deleitaba en el deseo que él sentía por ella. Después le recorrió el pecho con las manos, le acarició la cara, pasó los dedos por su pelo. Y sus labios encontraron los labios de él.
La reacción de Jared fue inmediata. Ya no podía esperar mas y ella tampoco podía hacerlo. Su pasión había estado demasiado tiempo contenida. La acostó en la cama, se dispuso sobre ella y ella se abrió para él, abrió aquel cuerpo, hambriento de él. Se movieron juntos, loca, salvajemente, a medida que se acercaba el momento culminante. Y después llegó a ellos, y Corinne gritó el nombre de él cuando sus muslos se separaban, hundiéndolo mas en ella, saboreando el deleitoso estremecimiento que él había provocado.

Había terminado muy pronto, y volvía el tiempo de recordar. Pero Corinne rechazó el recuerdo. Era demasiado feliz para permitir que algo estropeara esto.
-Corinne... --empezó Jared.
-Jared, por favor, no digas nada. Guardemos silencio --contestó ella con rapidez-. ¿No podemos al menos disfrutar esta noche?

La respuesta fue acercarla más contra él. Y quedó dormida de este modo, con la cabeza apoyada en el hombro de él, una sonrisa de intensa dicha en los labios.

31

Jared se detuvo en la puerta de la cocina y se desperezó. Akela estaba ante la mesa haciendo poi, un ritual matutino que databa de un tiempo tan antiguo como Jared podía recordar. El poi se hacía con la planta de taro, la bulbosa rafz que Akela cocinaba una vez por semana y que después amasaba hasta que se ponía dura para que no se echara a perder. Cada mañana tomaba lo que se necesitaba para el día, lo mezclaba con agua y volvía a amasarlo, convirtiéndolo esta vez en una pasta blanda. Jared pensaba que aquel pegajoso almidón gris era muy blando, pero Akela no podía vivir sin él.
-¿No me das Algo para desayunar tía? No he comido nada desde ayer por la mañana.
-Auwe -le lanzó una mirada penetrante por encima del hombro, por haberla sobresaltado-. No oírte entrar, Ialeka.
El rió.
-Es sorprendente que puedas oír algo con el ruido que estás haciendo.
-¿Te gusta el poi?
-No como desayuno-rezongó él-. Pero me gustarían unos pastelillos de banana.

-Nada de bananas -rió ella-. El keiki Mikaele, cree que son ono. Come una deshecha todos los dias. No haber ya más en nuestros árboles. Si vas hoy a la montaña trae algunos cachos, ¿quieres?
-Ya veremos. ¿Y esas papayas del estante? Estan ya maduras?
-Ve a ver. Kuliano las trajo con unas salchichas. Te prepararé huevos con salchichas, ¿eh? -¿La morcilla de Kuliano? -Jared meneó la cabeza-. Dame sólo huevos -dijo. Encontró sobre el alfeizar papayas verdes y amarillas bastante maduras. Y Tal vez una tostada con jalea de guayaba –partio en dos la papaya y la llevó a la mesa-. ¿Cómo está Kuliano?
-Mi sobrino está muy bien. Esa esposa japonesa que tiene lo hace marchar al trote. Pero se queja de no ver bastante a Leonaka. Dice tú hacer trabajar muy duro a su muchacho.
Jared sonrió.
-Supongo que tendré que dar tiempo a Leo para que visite a su padre. O Kuliano terminará desterrándome de la familia. Hoy mandaré a buscar a Leo. De todos la lluvia va a demorar los trabajos del hotel... –Hizo una pausa para meterse un gran trozo de papaya en la boca. Hace siglos que no veo a Kuliano. Tal vez pase cuando vaya a recoger esas bananas.
-¿Por qué no llevas también a Kolina? - Akela, mirando atentamente a Jared-. Creo que le gustará el paisaje desde lo Alto.
-¿Te parece? -dijo Jared, y sus labios se levantaron un poco en los extremos-. Tal vez lo haga. ¿Te ha causado muchas molestias cuando estuve ausente?
-¿Kolina? ¡No! -replicó Akela con én Todo el tiempo jugar con pequeño Mikaele, cuidarlo. Siempre estar con el keiki.
Jared ignoró el énfasis que ella ponía en sus palabras -¿No intentó irse de aquí?
-Sólo unas pocas veces. Kolina muy sola, creo. Tal vez echarte de menos, ¿eh?

-Puedes abandonar esa expresión esperanzada que tienes en la cara, tía, Corinne y yo hemos hecho las paces temporalmente, pero estoy seguro de que no durará. -Tú hacerla durar --dijo ella con firmeza.
-Buenos días, señor Burkett-Jared se volvió y vio a Florence con los labios finos contraídos, que entraba a la cocina-. No he oído a Cori moverse en su cuarto - dijo con un tono que requería una explicación.
-El sonrió.
-¿No entró usted Allí para ver si estaba?
-Florence irguió la espalda y sus ojos color avellana le lanzaron una mirada furiosa.
-No he querido molestarla si todavía está durmiendo.
-Posiblemente aún duerme. -Y súbitamente Jared rió.- Siéntese, señora Merrill, y acompáñeme en el desayuno. Y no siga mirándome como si hubiera cometido un crimen abominable. No lo he cometido. Su Cori está muy bien.
Florence se relajó e incluso sonrió un poco.
-Verdaderamente no había pensado que no estuviera bien.
Se unió a él en la mesa, y notó el buen estado de ánimo en que se encontraba. Las líneas duras habían desaparecido de su cara, dándole un aspecto más joven y decididamente más hermoso.
-¿Quiere un poco de papaya? -ofreció Jared-.
Esta es la única que está madura.
Florence aceptó un trozo de la fruta amarillo verdosa, pero lo hizo a un lado.
-Lo guardaré para Michael, si no lo toma usted a mal. Adora la fruta.
-Y el poi -dijo Akela con orgullo.
Florence hizo una mueca, preguntándose cómo a Alguien podía gustarle aquel Almidón blanduzco.
-Es notable, pero parece deleitarse con eso -concedió.
Jared rió.
-Me han dicho que a mí me criaron con poi. Si Akela le ha estado dando poi a su bebé, imagino que haber engordado. Me pareció terriblemente pequeño la primera vez que lo vi.
-Deberías echar un buen vistazo a ese keiki dijo arteramente Akela-. Tal vez veas lo que yo veo. Florence se levantó en seguida para distraer la atención de Jared.
-De verdad tienen ustedes unas condiciones atmosféricas extrañas en este lado de la isla, señor But dijo mientras se dirigía a la ventana que daba sobre izquierdo de la casa-. Nunca he visto una tormenta tan violenta como la de ayer, pero hoy brilla el sol y todo está cAlmado.
-Esto no es anormal en las islas, señora Merrill. No se está tan mal aquí, en el extremo de la isla, pero estamos en la estación de las lluvias y hay tendencia a Algunas violentas tormentas marinas. En el lado oeste Generalmente llueve por lo menos una vez Al día, durante unos meses. Pero esto sucede más arriba, siguiendo la costa, donde la montaña atrae a las nubes.
-No suena tan mal comparado con un sombrio invierno en Boston -comentó Florence antes de dirigirse a la otra ventana de la cocina. Se abría exactamente sobre el patio-. Veo que las olas no llegaron a la casa despues de todo. Tuve visiones de que despertaba para encontrar mi cama flotando en el mar.
Jared rió.
-Una posibilidad muy difícil. El terreno es aquí Alto y la casa está construida sobre pilares para mayor protección. El patio es un obstáculo más para cortar la fuerza de cualquierr ola que pudiera llegar a la casa.
-Es una casa muy rara, señor Burkett –dijo Florence, volviéndose a mirarlo.

-Supongo que así es -concedió él-. Mi la construyó como un retiro veraniego. Entonces solo contaba con tres cuartos, es decir, dos dormitorios y -¿No había cocina?
-Se cocinaba Al aire libre, según la tradición hawaiana -explicó él-. Pero a mi madre le gusto tanto el lugar que resolvió quedarse. Mi padre entonces decidio agrandar la casa. Se añadió una cocina y el comedor. Después se Alargaron los dormitorios.
-¿Y el patio?
-Al principio era el jardín de mi madre, rodeado por el muro de roca de lava de un metro. Pero ella se interesó más en el jardín del frente, y por eso se puso un techo y piso para convertir el jardín en patio techado. Más adelante fue rodeado completamente por ventanas y biombos. Con las ventanas abiertas produce el efecto de estar Al aire libre, y es la habitación más fresca en verano.
-¿A usted le gusta más estar aquí, verdad? -preguntó Florence.
--Creo que sí --contestó Jared-. He crecido en esta casa, y en parte he ayudado a construirla, cuando tuve edad para hacerlo. Pero en los últimos años no he pasado mucho tiempo en ella. Encargarme del negocio de mi padre me ha tenido muy ocupado.
-¿Se ha retrasado, por lo tanto, su trabajo? -preguntó ella-. Quiero decir, bueno... ahora usted está aquí. -Jared frunció el ceño y rápidamente ella añadió:- Perdone, señor Burkett, no era mi intención averiguar.
Jared guardó silencio, pensando en el motivo que había tenido para volver aquí tan pronto, y a lo que lo había conducido esto. Tuvo que reconocerse a sí mismo que, desde que había dejado aquí a Corinne, sólo había pensado en ella. Con frecuencia había querido decirle cuánto lo lamentaba, cuánto le apenaban ciertas cosas. Pero no podía decidirse a pronunciar las palabras.
Detestaba lo que ella había hecho, pero seguía deseándola. AI verla recordaba a todos los hombres que la habían poseído, pero seguía deseándola. La tormenta y el querer confortar a Corinne habían sido un pretexto para volver. Lo sabía. ¿Y a qué lo había conducido esto? La deseaba como nunca había deseado a ninguna mujer. El mero contacto con ella le hacía olvidar lo que ella era.
Sabía en las entrañas que nunca podría perdonarle haber estado con otros hombres. Pero desde anoche también sabía que no quería que ella se fuera. Era una locura y nunca daría resultado, pero esperaba que la tregua alcanzada anoche continuara, aunque fuera por corto tiempo. Suspiró. Mucho dependía de Corinne. Y Corinne podia ponerselo muy difícil.
Jared no se dio cuenta hasta qué punto lo observaban atentamente la niñera hawaiana y la niñera de Boston.

32

Corinne miraba pensativa su reflejo en el espejo de encima de la cómoda. Estaba hipnotizada por la zona hinchada de su mejilla, con un leve tono azulado. Si no se hubiera moreteado tan fácilmente no hubieran quedado huellas de lo sucedido anoche. La hinchazón duraría unos días, y el moretón se volvería pardo, después amarillo.
Se preguntó qué iba a decir Jared cuando viera la marca. Sorprendentemente el moretón no la enojaba en lo más mínimo. Lo que había pasado después de que Jared la golpeó bien valía lo que había pasado antes. Ya no lo detestaba, y lo sabía.

Pero no estaba muy segura de lo que sentía. Había una poderosa atracción física, pero era aterrador reconocer algo más que esto. No podía enamorarse de él. El no había creído en la confesión de ella, nunca la creería. Y el asco que sentía por lo que suponía que ella era, destruía cualquierr relación que hubieran podido tener. No, era inútil. Era mejor que se fuera de Allí lo antes posible.
Se abrió la puerta, pero Corinne no quiso mirar. Contuvo el Aliento esperando que la persona que había entrado hablara, pero, como nadie lo hizo, la curiosidad triunfó. Se volvió y encontró a Jared de pie en la puerta, con aire tan tímido como el de ella. El avanzó lentamente, se detuvo bruscamente cuando le vio la mejilla.
-Oh, no... ¿yo hice eso? -No le dio oportunidaá para contestar, sino que se plantó en un instante ante ella y con suavidad le levantó la cara hasta la de él.
-Perdón. ¿Qué hay en ti que me hace perder el control? Nunca había golpeado a una mujer, lo juro. Per....dón. Corinne se puso nerviosa. El estaba demasiado cerca. Su pulso se apresuró y la cara se le encendió. Bajó los ojos, turbada.
-¿Te duele?
-No mucho --contestó Corinne, volviendo a mirarlo-. Parece mucho más de lo que es en realidad.
Jared se apartó, desconcertado ante las dulces palabras que intercambiaban.
-Akela ha sugerido que Tal vez te agrade dar un paseo. Hoy iré a las colinas a traer Algunos cachos de bananas. Me han dicho que el hijo de la señora Merrill tiene pasión por ellas.
-Espero que no le niegues los frutos que crecen en tus tierras -dijo Corinne muy tiesa.
-En modo Alguno -replicó Jared, mirándola con curiosidad-. Te gusta ese bebé, ¿verdad? Me han dicho que pasas mucho tiempo con él.
-¿Hay algo malo en eso? -preguntó ella, un poco agudamente.
-No, supongo que necesitas Alguna diversión para pasar el tiempo -dio un paso más cerca, y su ceño se frunció-. ¿Pero por qué te pones tan sensible cada vez que menciono Al niño?
-No sé qué quieres decir -dijo ella evasiva, apartándose de los penetrantes ojos de él.
-¿Crees que es bueno tomar tanto cariño al hijo de otra mujer?
-Florence no es otra mujer, Jared. Ha sido para mí una madre, una hermana, y es mi única amiga verdadera. Ha estado conmigo toda la vida, y la quiero. Habría algo malo en mí si no quisiera al hijo de Florence.
-Esa es buena lógica para la mayoría de la gente,pero yo tenía la impresión de que eras diferente. ¿No querías acaso una vida libre de vínculos? Eso no es posible cuando se ama, Corinne. Entonces queremos que nuestro amor sea correspondido.
-Tal yez yo haya cambiado -dijo ella en un murmullo.
Jared no estaba seguro de haber oído correctamente.
-¿Has cambiado?
-No sabes nada de mí, Jared, de verdad no lo sabes. Pero lo cierto es que yo tampoco lo sabía.
-¿Y ahora lo sabes?
creo que sí -replicó ella lentamente, pensativa-. He descubierto que tengo mucho amor para dar, aunque hay muy poca gente que me importe lo bastante como para dárselo.
-Parece que lo has distribuido por todas partes recientemente ---dijo él sin pensar, y en seguida lamentó sus palabras.

-Tenías que volver sobre el tema, ¿verdad? -dijo ella enojada, con las manos en las caderas-. Es verdad que nuestro casamiento fue una farsa, pero, ¿deberé recordarte que fuiste tú quien me abandonó?
-No he venido aquí para pelear contigo -dijo Jared-. Lamento lo que dije... está fuera de lugar. Esperaba poder continuar la tregua iniciada anoche.
-Yo también, pero...
-No hay peros -la interrumpió él con una sonrisa-. ¿Quieres venir hoy conmigo?
Ella vaciló, porque deseaba seguirlo, aunque recordaba que debía amamantar a Michael.
-¿Tan pronto? Aún no he desayunado.
-Tienes tiempo de sobra. SAldremos dentro de dos horas.
-Estaré lista -dijo ella sonriendo.
Corinne quedó más tarde desilusionada Al comprobar que Jared había pensado en una larga caminata. Llevaba una sombrilla, porque el sol iba a continuar todo el día, y Jared le dijo que se pusiera zapatos cómodos. Y ella comprendió el porqué cuando dejaron el camine kilómetro más Allá bordeando la costa, y empezaron a andar en terreno tosco.
El sendero que seguían era estrecho, y todavia embarrado por la tormenta. Tenían que cruza matas resecas y contornear árboles.pelados. Aquella zona distaba de parecer un paraíso tropicAl. El único color era el de las matas salvajes de kAlamona, con racimos de flores amarillo naranja, y el verde y pardo de los koa, desechos de árboles.
Caminaban en silencio pero amistosamente; llevaba de la mano tirando para que lo siguiera, daba a cruzar las zanjas profundas. Ella se sentía con él, quizás por primera vez.
Pasaron unas escarpadas colinas, y entones el paisaje cambió drásticamente hasta convertirse en un esplendor verde. Era hermoso, como en un valle encerrado. Trepando hacia arriba avanzaron entre flores salvajes y esplendorosos árboles.
Finalmente el sendero se niveló y llegaron montón de bananeros, donde Jared se detuvo. EI buscaba los mejores cachos, Corinne miró hacia no que habían recorrido. Contuvo el Aliento Al ver el paisaje. Ocupaba toda la extensión de la ribera norte -Es precioso,¿verdad?
Jared se había plantado detrás de ella, y Al sintió que le rodeaba la cintura con los brazos y que la apretaba contra él. En aquel momento Corinne fue inmensamente feliz.
-~Sí, es precioso --dijo con un suspiro-gracias por haberme traído.
-Ha sido para mí un placer.
Como Jared no se apartaba, sino que llevó los labios Al costado de su cuello, Corinne sintió la pAlpitacion del deseo. Hubiera querido insultarlo por excitarla, nada podían hacer Allí. Procuró apartarlo, pero el la abrazo con más fuerza.
Jared -empezó a decir ella llena de frustración ¿No crees que deberíamos volver?
-Tenemos que andar todavía un poco -le dijo él en el oido. No parecía apresurado-. Las bananas no están aquí suftcientemente maduras.
-¿Mucho más lejos?
Mi primo tiene un buen plantel de árboles detrás de' la'casa. De todos modos pensaba hacerle una visita. ¿Tu primo? -preguntó Corinne sorprendida ¿Tienes a un primo... aquí?
-No te sorprendas tanto -dijo Jared-. A mucha gente le gusta el aislamiento de la montaña.
-Pero no estoy vestida como para conocer a tus parientes.

-Estás muy bien vestida. Aunque me gusta la idea de que no estés vestida.
El brillo diabólico de sus ojos la previno antes que él empezara a desabrocharle los botones del cuello. Se apartó fuera del Alcance de él y siguió retrocediendo, meneando lentamente la cabeza.
-Jared, no.
-¿Por qué no? Eres mi mujer.
-Estás loco -dijo ella, pero no pudo menos de sonreir.
El se encogió de hombros y tendió el brazo para agarrarla, pero ella se volvió y bajó corriendo el sendero. Jared la Alcanzó cuando apenas había andado unos pasos. Ambos cayeron Al suelo. El empezó a levantarle la falda, y ella rió, protestando débilmente.
-Aquí no, Jared.
-Sí, decididamente aquí y decididamente ahora dijo él, y la besó ruidosamente para hacerla callar. Corinne se entregó Al momento. Deseaba a Jared. El tenía la capacidad de excitarla con una palabra dulce, una mirada apasionada, un contacto. ¿Por qué él y no otro? Otros hombres la habían deseado, pero el hecho de que Jared la deseara la estremecía.
Con el pesado aroma de las flores salvajes Alrededor, hicieron el amor con una urgencia salvaje que súbitamente se apoderó de ambos. Corinne quedó con la sensación de ser decididamente mala, pero también satisfecha, contenta con la impulsividad de Jared. Hubiera querido quedarse Allí todo el día, haciendo el amor una y otra vi le hubiera gustado poder hacerlo! Pero ahora estaba satisfecho iba a querer que se fueran.
-Pero Jared la sorprendió. No hizo ningun movimiento para levantarse, sino que se incorporó codos, librándola de su peso. Sus ojos eran de un azul brillame cuando la miraban, después le rozó los labios con un tenue beso.
-Eres magnífica, makamae.
-Bueno, gracias, señor --dijo ella traviesa. El sonrió.
-Creo que esta noche te llevaré a dar un paseo la playa. Caminar contigo es muy agradable. La noche será perfecta, con las estrellas y la luna que habrán para ver tu belleza.
Corinne suspiró.
-Creo que me gusta esta tregua, Jared. El volvió a besarla perezosamente, despué -Es mejor que nos vayamos ahora, antes de que olvide todo lo referente a las bananas y otras cosas. De mala gana ella dejó que él tirara de ella para ponerse de pie y la ayudara a Alisar sus ropas. Veinte minutos después, trepando por el risco llegaron a otra área nivelada donde una rústica cabaña de delgadas maderas y aros de meTal se elevaba tupidos árboles. Casillas para animales se extendian Alrededor, pero los cerdos y las gAllinas corrian libremente, sin estar encerrados. Abundaban los helechos y otra cubriendo la ladera. Había gigantescos manzanos, árbol de mango que sombreaba la choza, y la plantación de bananeros de la que Jared había hablado, no lejos de la cabaña.
Corinne se aferraba Al brazo de Jared. -Espero que tu primo no viva Allí -murmullo -¿Por qué no? --dijo Jared mirándola divertido. A él le gusta vivir aquí. Es como vivir en otro siglo nunca le ha gustado el mundo moderno y lo que los hAloes han hecho en su isla.
-¿Su isla? No entiendo.
En aquel momento un gran hawaiano emergió agachándose por la puerta y vino a zancadas hacia ellos. Era inmenso, con una mata de pelo negro y barba, y cálidos

ojos pardos. Llevaba sólo un par de .shorts floreados. Incluso estaba descalzo, pero no parecía sentir las agudas ramas sobre las que caminaba.
-Ialeka! -estrujó como un oso a Jared antes de lanzar una mirada curiosa a Corinne-. ¿Wahine male? -Sí -dijo Jared con una nota de orgullo en la voz. Esta es mi mujer, Kolina.
-La tía Akela me dijo que te habías casado, Ialeka. ¿Cuándo hacer luau, celebrar?
-Es tarde para eso -dijo Jared.
-Auwe, cualquierr motivo bueno para luau. Pero ven. Tú no visitar mucho. ¡Kikuko! -gritó y una mujercita orienTal, con un kimono descolorido, apareció en la puerta.
Era una criatura solemne, tímida, y diminuta comparada con el enorme hawaiano. Se deslizó hacia la casa sin sAludar siquiera.
-Ella poner más hulaus en calabaza. Tú quedarte y tomar kau kau con nosotros, ¿eh?
Jared no tuvo tiempo de contestar, porque el hombre volvió a la casa, haciéndoles señas de que lo siguieran. -Hemos sido invitados a comer -explicó Jared. Corinne empezó a relajarse después de la incomodidad iniciAl ante aquellos desconocidos. La casita era muy confortable por dentro. Las dos culturas se mezclaban bien, uniendo la tela hawaiana, calabazas y artefactos con ídolos japoneses, estatuas y cortinas de seda.
Kuliano Naihe era un hombre joviAl, con quien era fácil simpatizar. Los entretuvo toda la tarde con cantos hawaianos, acompañándose con el ukelele. Su mujer, Kikuko, era muy silenciosa y se mantenía Alejada. Jared explicó a Corinne que aquello no tenía nada que ver con la visita de ellos. Kikuko era así.
Comieron un plato delicioso en el patio de atrás, donde un magnífico crepúsculo de tonos rojos, anaranjados y púrpuras encendía el cielo. El laulau era carne de cerdo envueltas en hojas de taro, que parecían gruesas espinacas pero tenían mucho mejor sabor. El bulaus se cocia en una gran calabaza, envuelto primero en hojas de tif para protegerlo. La carne era tierna, con un sabor único dado por las hojas de taro. NaturAlmente también sirvieron papaya fresca y unas manzanitas de la montaña , extrañamente pequeñas. No se parecían a nada que Corinne hubiera comido antes, tenían una piel suave, delgada, semilla marrón en el medio.
Cuando oscureció, Kuliano encendió un fuego en el patio trasero y volvió a cantar. Jared, sin prisa a volver, estaba apoyado en un árbol de colvillea. Los tremendos racimos de capullos rojo naranja, como de uvas, pendían de las ramas Alrededor de ellos; se sentó cerca de él, disfrutando de la música y la compañía.
-¿Hace mucho que conoces a Kuliano y a su mujer? -preguntó ella casualmente.
-Toda la vida --contestó Jared-. Ya has conocido a Leonaka, mi capataz, según él me dijo. -Sí.
-Kuliano es su padre. Leonaka y yo hemos crecido juntos, mas como hermanos que como primos.
-Espera un momento, Jared. Cuando dices primo te refieres solo a un término de amistad, ¿no es asi? -No. Los Naihe son primos lejanos por sangre.
Pero son hawaianos.
-Te has dado cuenta -dijo él divertido. Corinne se sintió muy confundida. -¿Quieres explicarme, por favor? -Leonaka y yo tenemos la misma tatarabuela moni Naihe. De modo que yo también tengo alguna sangre hawaiana, aunque ya me quede poca. ¿Quieres oir la historia?
-Sí.
-Leimoni era una hermosa mujer que Kauai, la primera isla que visitó el capitán Coolk en 1778

¿Has oído hablar del capitán Cook, verdad?
-Sí.
-Bueno, fue considerado un dios cuando llegó, y los hawaianos, pueblo amistoso y de espíritu libre, no sabían qué hacer para halagarlos a él y a su tripulación. Leimoni se entregó a uno de los marinos ingleses, a quien conocía solo como Peter. El se fue, ignorando que pronto ella iba a tener un hijo de él. Tuvo un varón a quien llamó MakuAlilo. Leímoní se casó después con alguien de su raza, a quien dio un hijo y dos hijas. Su marido aceptó a MakuAlilo y lo crió como hijo propio. Pero el niño creció con la sensación de ser un descastado. Las visitas de Cook terminaron en derramamiento de sangre, y hubo mucho resentimiento contra el hombre blanco durante cierto tiempo. MakuAlilo tenía la piel demasiado clara, Io que recordaba al detestado hombro blanco, que seguía visitando las islas.
En 1794, cuando sólo tenía quince años, partió para el confínente en un ballenero. Cinco años después volvió con un hijo varón, que había tenido con una prostituta nor teamericana que no quería saber nada dei niño y lo hubiera vendido si MakuAlilo no lo hubiera reclamado. -¡Eso es terrible!
Jared le lanzó una mirada y prosiguió: -MakuAlilo trajo Al bebé, Keaka, a su madre. Ella lo crió en la isla de Oahu.
Pero él no se quedó en las islas, En 1818 partió para Inglaterra, y después para Irlanda. Allí se casó y, en 1820, nació Colleen Naihe. Keaka se estableció en Irlanda. Cope en fue educada Allí y, en 1839, se casó con un comerciante francés, Pierre Gourdin. Un año después nació mi madre. La voz de Jared se suavizó cuando empezó a hablar de su madre.
-Ranelle pasó su juventud en Francia. En 1850 partió con sus padres para San Francisco.
-¿No fue entonces cuando se descubrió allí el oro por primera vez? -preguntó Corinne,
-Sí, pero no tuvieron suerte, y Pierre era comerciante hasta la médula. Salieron Al camino, atravesaron Norteamérica durante tres años y finalmente se establecieron en Boston, donde abrieron una pequeña tienda. -¿Es Allí donde Ranelle conoció a mi padre? atrevió a preguntar Corínne.
-Sí. Y sintió que no podía seguir en Boston cuan do tu padre rompió el compromiso. Sus padres ya habí muerto y, como la Guerra Civil era inminente, pensó q _~ era mejor írse definitivamente de Estados Unidos. Sa que tenía aquí parientes, aunque fueran lejanos, y vino su busca. Encontró a Akela y a Kuliano, que también conocía la historia de Leimoni y de su primer hijo MakuAlilo. Akela y Kuliano son descendientes de los otros hijos de Leimoni. Ranelle enseñaba en la escuela hasta que cono-'ció a mi padre y se casaron. Y ya sabes lo demás.
-De manera que eres principalmente inglés y francés, con un poco de sangre irlandesa y un poco menos de , hawaiana.
-¿Te molesta la sangre hawaiana?
-¿Por qué iba a molestarme? Y creo que es buena que una historia tan complicada haya pasado de generación en generación -hizo una pausa y preguntó:¿Sigues odiando a mi padre, Jared?
-Los sentimientos que albergo hacia Samuel Barrows los tengo desde hace mucho tiempo, Corinne.
-En otras palabras, sigues odiándolo -afirmó ella frunciendo el ceño-. ¿Y a mí?
-Durante largo tiempo tú y tu padre fuisteis uno y lo mismo para mí. Por eso no tuve escrúpulos en usarte para llegar a él.
-¿Y ahora?

-No te odio, Corinne -vaciló, y ella pudo sentir hasta qué punto estaba tenso-. Pero detesto lo que hiciste al llegar aquí.
-Pero...
Empezó nuevamente a afirmar su inocencia pero se interrumpió. Sólo podía llevarlos a una discusión, y el día había sido demasiado lindo para terminarlo de aquella manera.
-¿No crees que ya podríamos volver? Jared meneó la cabeza.
-Ya está muy oscuro. Esperaremos hasta mañana.
¿Quieres decir que pasaremos aquí la noche? - Michael ya habia perdido el Alimento de la tarde-.
Pero nos echarán de menos, Jared. Florence se volverá loca de preocupación.
~No nos echarán de menos por una noche. Akela dará lo que ha pasado. Cuando vengo aquí Generalmente me quedo a pasar la noche.
--Quiero volver,Jared. No es tan tarde -protestó
-Vete entonces --dijo Jared encogiéndose de hombros: Pero, cuando pierdas el equilibrio y caigas por la ladera de la montaña, no esperes a que vaya en tu ayuda. -Eso es una grosería -dijo ella Alerta.
-Entonces sé razonable y no Alborotes más. No hay nada en casa que no pueda esperar hasta mañana -y sonrió entonces, y la apretó contra su pecho-. A menos que pensando en el paseo por la playa que te he prometido.
-¡No pensaba!
-¿No? -levantó una ceja y sus dientes brillaron a la luz del fuego-. De todos modos tendrás ese paseo, si no esta noche, mañana por la noche. Pero ahora conozco un lugarcito un poco perdido en la montaña donde podremos...
-Jared, basta --dijo ella, con una risita, mientras luchaba por librarse del cálido abrazo-. Ya hemos jugueteado bastante hoy...
-Si no recuerdo mal, tomaste parte activa en esos juegos. Y fue sólo para abrir el apetito. Estoy listo para el plato principal.
-A veces puedes ser muy crudo.
El rio y empezó a acariciarle los pechos.
-Basta -procuró parecer enojada pero fracasó-. Además, ¿qué pensará tu primo si nos escabullimos? -Kuliano reirá y recordará su juventud -le lanzó una mirada de diabólica picardía-.Incluso es posible que se una allí a nosotros.
-¡Jared, eres incorregible!
El se levantó y la arrastró consigo. -Ven -rodeándole la cintura con un levantó la cara con la mano que le quedaba libre ligeramente los labios-. Nunca me canso de ti Corinne expulsó a Michael de su mente, que Florence iba a cuidarlo bien. En el momento contaba Jared.

33

El sol estaba alto cuando Corinne caminaba por lá playa, pisando la arena caliente con sus pies calzados con sandalias. Sonreía, pensando en aquella mañana. Ella y Jared habían entrado en la casa, para descubrir que nadie los había echado de menos. Michael era feliz con su dieta de comida sólida.
¡Había sido tan agradable el paseo! Jared no era el hombre hechicero que había conocido en Boston, ni el enfurecido marido de sus recientes encuentros. Era él mismo... relajado, distendido, era un placer estar con él. ¡Y qué dicha había experimentado en la noche, cuando él le hizo el amor, lenta, sensualmente,

postergando la consumación hasta que ninguno de los dos pudo ya resistir más! Era un magnífico amante este marido que le había caído en suerte.
-Hola, señora.
Corinne miró y vio a un hombre alto, de pecho como un tonel, que la saludaba agitando un sombrero de paja blanco desde unos diez metros de distancia. Empezó a acer carse. Ella lo miró con cautela, dándose cuenta de que se había Alejado bastante de la propiedad de Jared.
-Me llamo John Pierce --dijo el hombre, deteniéndose a unos pasos de ella con una llameante sonrisa.
Usted debe de ser la nueva señora Burkett.
-Sí, ¿pero cómo lo sabe?
-Oí decir que Jared había encontrado un mujercita en Boston, una verdadera chica de sociedad. Debe de ser usted, porque hace tiempo que no veo una muchacha mas bonita.
-Bueno... gracias, señor Pierce -dijo vacilante, preguntándose qué más habría él oído de ella. Probablemente todo. ¿Podría Alguna vez terminar con la reputación sórdida que ella misma se había creado?
-Llámeme John, querida. Soy su vecino mas cercano, y de Alguna importancia. He estado pensando hacerle una visita a Jared, pero no he tenido tiempo.
– Se interrumpió y se secó la frente con un pañuelo a cuadros.
Supongo que él está en la ciudad...
-No, volvió a casa el otro día. Está examinando las tierras en este momento.
-¡No me diga! --dijo él pensativo-. No es cosa del muchacho venir aquí en la temporada de invierno. Corinne sonrió.
¡El «muchacho»! John Pierci parecía al final de la cuarentena, con pelo castaño y largas patillas castañas, que empezaban a encanecer. Parecía un hombre simpático, y seguramente amistoso.
-¿No quiere usted acompañarme de vuelta a casa -ofreció Corinne-. Jared ya debe de haber vuelto para Almorzar.
El pareció meditar, casi con cautela. -No... Tal vez en otra ocasión.
-Bueno, yo debo volver antes de que Jared me eche de menos.
-El la vigila bastante, ¿no? ¡Bueno, quién se lo puede reprochar con una esposa tan bella!
-Le deseo a usted buenos días.
Corinne se volvió y se dispuso a partir. Sintio que le clavaba los ojos mientras ella avanzaba entre la arena caliente. Su rostro se ruborizó Al entender el doble sentido de la última frase. Claro que había oído hablar de ella. Todo el mundo había oído.
-Espere un minuto, señora Burkett.
Corinne se sobresAltó, porque él la había seguido en io.
.-¿Sí?
-¿No conoce a Alguien que quiera un cachorrito de petroperdiguero? Una de mis perras tuvo cuatro hace dos semanas y ya están listos para ser regAlados. Ya tengo cinco perros en mi casa.
-No creo.
-Es usted la primera persona a quien pregunto. Podría usted haber elegido de la camada.
Ella vaciló, imaginando a Michael jugando con un spaniel de largas orejas. Todavía era muy pequeño, pero podía crecer junto con el perro.
-Lo cierto es que conozco a alguien que adoraría tener un cachorrito.

-¡Bien! Mi casa queda aquí cerca, detrás de esas pAlmeras. Los cachorros están en un cobertizo en el fondo. No perderá más que un minuto en venir a elegir uno.
Corinne asintió con la cabeza y lo siguió. En medio de los árboles pronto pudo ver una casa vieja, destarTalada, que se estaba descascarando. El jardín que llevaba a la playa no era por cierto un jardín, tenía muy poco césped, y abundaban la arena y la suciedad. No era un lugar agradable, y Corinne se preguntó si existiría una señora Pierce.
-Por aquí -abrió la puerta de un cobertizo para Almacenamiento y esperó a que Corinne pasara.
El sol penetraba por las ranuras del techo y de las paredes, y motas de polvo giraban en torbellino, como si no se hubiera entrado durante meses en el cobertizo. Había
un rancio olor a moho y a humedad, y Corinne contuvo el Aliento.
-¿Dónde están los cachorros? -se dio la vuelta, pero la puerta se cerró de golpe en su cara. Miró como atontada unos momentos-. Señor Pierce...
Nadie contestó. Pasaron unos segundos hasta que se aclaró la confusión y llegó la inquietud. Corinne se dirigió a la puerta, pero no había picaporte por dentro. Empu
jó suavemente y, como no se movió, usó más fuerte. Finalmente empujó con el hombro, pero la puerta siguio firmemente cerrada.
El miedo empezó a apoderarse de ella. -¡Señor Pierce! ¿Dónde está usted?
No hubo respuesta y ella empezó a golpear ta con los puños.
-¡Déjeme salir! ¿Me oye?
John Pierce debía de estar loco, pensó aterrada, volvió y miró Alrededor del cobertizo buscando a poder abrir la puerta. Sólo vio viejos cajones, dos carretillas, y una pila de mugre húmeda. Buscó Alrededor y dentro de los cajones vacíos, pero no encontró instrumentos. En cambio descubrió Algo. No había cachorros en el cobertizo. ¿En qué diablos se había metido Al venir aquí?
Malia se volvió tras haber seguido a Corinne cuando ésta partió de la playa con John Pierce. Sus labios se curvaron satisfechos mientras se apresuraba en
casa. Había estado preparada para provocar otra escena la esposa de Jared, pero ahora tenía Algo que contarle a él. Corinne y John Pierce... ¡vamos! Jared se iba a poner livido. Esta vez no iba a perdonar tan rápidamente a su aventurera mujer.
Encontró a Jared en el corral trasero, lavándose en la bomba que el padre de ellos había puesto Allí para que no llevaran arena a la casa. Estaba atada a un gran barril de lluvia Al otro lado de los árboles.
-¿Estuviste nadando? -dijo Malia, pregutandose si habría visto a Corinne.
-Un zambullón para lavarme. La lluvia a empapado los campos. Hay mucho barro Allí. Malia esperó hasta que él soltó la bomba de agarró una toalla que pendía de las ramas de un lichi. Llevaba sólo unos shorts, y ella notó que habia perdido buena parte de su color tostado. Había estado demasiado tiempo lejos de la playa, lejos de la casa de su padre. Malia sufría por esto. Echaba de menos las veces que salían a nadar y cabAlgar juntos, y la atención que le había prestado su hermano.
-¿Quieres Algo, Malia?
-Me estaba preguntando si sabes dónde está tu mujer -dijo con un tono que hizo poner tenso a Jared. -¿No está en casa?
-No. Está con John Pierce. -¡Oh!
La tranquila respuesta de Jared la enfureció.
-Lo encontró en la playa y lo acompañó a su casa. No te incomoda eso?
-¿Por qué va a incomodarme? Yo no simpatizo mucho con John, teniendo en cuenta su tenaz decisión de apoderarse de nuestras tierras, pero es nuestro vecino más

cercano. -Jared miró a su hermana.- Ya es hora de que Corinne conozca a nuestros vecinos.
Los ojos de Malia llamearon furiosos.
-Hablas como si ella fuera a vivir aquí permanentemente.
-Tal vez sea así. ¿Quién sabe?
-No te entiendo, Jared. ¿Cómo puedes haberle perdonado que te haya convertido en un cornudo?
Los ojos de él se entrecerraron.
-¿Dónde diablos has aprendido esa palabra? -Leo mucho --dijo ella a la defensiva-. Como no hay aquí nadie de mi edad, no puedo hacer otra cosa. Naneki era la única amiga que yo tenía, pero tu mujer la echó. -Naneki decidió volver a Kahuku -dijo Jared, imperturbable-. Fue decisión de ella. En cuanto a lo de perdonar a mi mujer, ése no es asunto tuyo, Malia. Te agradeceré que no vuelvas a mencionar el asunto.
-¿No te importa entonces que siga teniendo relaciones con otros hombres? -preguntó Malia. Su hermano la estaba tratando como si fuera una niña.
-¿John Pierce? -Jared rió ante aquel absurdo-. No seas ridícula, Malia.
Ella se irritó.
-¡Los he visto juntos! Vi cómo flirteaba con él y cómo coqueteaba. Si crees que ahora están bebiendo eres un idiota más grande de lo que ella te hizo parecer Hononolú.
Los ojos de Jared adquirieron un tono gris tomé toso mientras miraba a Malia correr hacia la casa. Miro hacia la playa y no vio señAles de Corinne. ¡Maldita Malia por plantar sospechas en su mente! Jared esperó sólo una hora y ya no pudo resistir más. Ensilló un caballo y se preparó para ir por la playa hasta la casa de Pierce. En aquella hora había ido cobrando furor, había imaginado lo Peor, pero estaba irritado consigo mismo por pensarlo. No estaba preparado para ver a John Pierce que Llegaba trotando Al establo en el momento en que él iba a montar a caballo. Jared miró con desconfianza Al hombre.
-¿Qué hace usted aquí, John? -He venido a causa de su mújer.
-¿Le ha pasado Algo a Corinne? -preguntó Jai Alarmado.
-No, nada de eso -aseguró John Pierce, y parecia incómodo.
-¿Dónde está ella entonces? -preguntó él-. Tengo entendido que hoy le hizo a usted una visita. -¿Sabe? No es muy lindo lo que ha hecho usted a esa pobre chica.
-¿De qué diablos está usted hablando? -Todos sabemos por qué la trajo usted aquí, Jared se rumorea que la tiene usted bajo cerrojos y llaves. Me sorprendió cuando la encontré caminando hace un rato pero no me sorprendió que me pidiera ayuda. -¿Ayuda?
John vaciló un momento.
-Ella quiere que la lleve a Hononolú. -¿Cómo?
-Su mujer parecía terriblemente trastornada--dijo John con rapidez-. Dijo... que no podía tolerar las restricciones que usted le ha impuesto. Dijo por otra parte q no soportaba vivir más con usted.
Los ojos de Jared se entrecerraron.
-¿Qué más dijo? --preguntó, con un control morTal.

John miró nerviosamente a Jared. La idea de secuestrar a la señora Burkett se le había ocurrido en la playa. Había actuado bajo un impulso. Ahora era demasiado tarde para echarse atrás.
John se aclaró la garganta.
-Su mujer me prometió mucho dinero si ta llevo a la ciudad.

-,Y usted consintió?
-Todavía no -replicó John-. Le dije que primero debía pensarlo.
-¿Y qué tiene usted que pensar? Esa mujer es mi esposa. Se casó conmigo por su propia voluntad. -Jared avanzó un paso-. Le aseguro que si usted interviene en esto, lo lamentará.
John hizo retroceder su caballo. Sudaba profusamente, pero no por el calor.
-Vea, Jared -procuró sonar indignado, las amenazas están de más. Comprendo su punto de vista. -¿Entonces qué está haciendo aquí?
-Bueno, también veo el punto de vista de su mujer. Quiero decir que la damita parece desesperada, desesperada Al punto de pagarme to que yo pida. Sería poco cabAlleresco de mi parte ignorar su súplica.
-Quiere decir que no sería para usted ventajosodijo Jared sarcástico-. ¿Adónde quiere usted llegar? Había llegado el momento.
-Pensé que usted y yo podíamos llegar a un acuerdo. Aunque me gustaría ayudar Ala damita, ella es su mujer.
-¿Y también le gustaría ayudarse a sí mismo, no es así? -dijo Jared, fríamente.
-Yo no he creado esta situación, me ha caído de an-iba -dijo John a la defensiva.
-¿Qué es lo que quiere, Pierce? -preguntó Jared, perdiendo casi la paciencia.
-Bueno, usted sabe que yo siempre he querido ese pedacito de tierra que usted tiene ahí, muchacho. Y estoy dispuesto a pagarle el doble de lo que vAle sí quiere venderlo ahora.
-Déjeme entender bien esto -dijo Jared con s vidad-. ¿Me devolverá a mi mujer si yo le vendo la tierra?
-Exactamente.
-¿Y si no vendo usted se llevaría Corinne a Algo na parte donde yo no pueda encontrarla? -Nuevamente así es... -dijo John radiante.
¡Era un plan tan bueno! ¿Por qué no se le había ocumido antes? NaturAlmente cuando la mujer volviera iba a explicar que Pierce la había secuestrado, que no le había: pedido ayuda en ningún momento. Pero sería la palabra' de ella contra la de él, y para entonces él sería dueño de la tierra, de manera que nada importaba.
-¿Dónde está mi mujer?
-Vamos, no creerá usted que soy tan tonto como para darle esa información, ¿no? -John añadió con rapidez:- No está en mi casa, si es eso lo que está pensando: Estamos perdiendo el tiempo. ¿Qué me contesta? -Me deja atónito, Pierce. ¿Cómo puede creer que voy a ceder ante este chantaje?
-¿No quiere que su mujer vuelva?-preguntó John, mientras su confianza se iba desvaneciendo.
-No especialmente -replicó Jared con un engañoso tono casual-. No, si tiene tanta desesperación por alejarse de mí.
-Pero... pero... -tartamudeó John, que no estaba preparado para que las cosas tomaran aquel cariz. Jared rió, aunque el humor no llegó a sus fríos ojos. -Parece usted confundido, Pierce. ¿No le ha dicho mi mujer que ella está aquí sólo temporAlmente, por el momento?
-No, no me lo ha dicho --contestó John agriamente.
-Bueno, puede irse si es eso lo que desea hacer. Y si le paga para que la lleve a Hononolú, también me parece perfecto. Usted se merece algo por la molestia que se ha tomado. Y de ese modo yo no tendré que llevarla.
-De verdad no le importa, ¿eh? -preguntó John incrédulo, meneando la cabeza,
-Lamento desilusionarlo, pero no, me importa ya un comino lo que ella haga. Me lavo las manos.

-Pero es su mujer. Vamos, le daré una o dos días para que lo piense.
-Como guste, pero no cambiaré de idea. Y a proposito, mi mujer tiene aquí una criada. Le agradeceré que pase a buscarla antes de que vuelvan a la ciudad.
Jared se volvió para dejar su caballo en el establo. Solo cuando oyó que John Píerce se alejaba al galope, dejó sus verdaderos sentimientos salieran a la superficie.
a la quietud del establo dejó escapar un rugido de rabia sacudió las vigas del techo y asustó a los caballos.

34

Leonaka estaba sentado a la mesa de la cocina frente a Jared, y sostenía en sus grandes manos morenas un vaso de fresco ponche de ron. Era el fin de la tarde y acababa de llegar de la ciudad. La bienvenida no fue la que óabía esperado. La única persona que le había demostrado Algún afecto era Malia, la única alegre en una casa sombría. Inclusa Akela, tía abuela de Leonaka, solo le había dicho unas pocas palabras antes de volver a ocuparse de colgar las sartenes y las ollas.
-No has tardado mucho en venir ---comentó Jared. Leonaka sonrió ahora, animado Al ver que su amigo decía Algo Al fin.
-Cuando se me ofrece una semana de vacaciones pagadas, no voy a demorarme pensando si debo aceptar o no.
Leonaka esperaba que le contestaran, pero nadie dijo nada. Finalmente ya no pudo aguantar más.
-¿Qué diablos está pasando aquí?
Jared no pudo enfrentar la mirada implorante de Leonaka. Se levantó y salió a grandes pasos del cuarto, sin decir una palabra. Leonaka se volvió hacia Akela en busca de una explicación.
-Su mujer se ha ido -dijo Akela, mostrando su propia ira y desilusión.
-¿Qué quiére decir con eso de que se ha ido empezó a hablar el inglés diAlecTal que usaba siempre con Akela:- ¿Dónde ir ella?
-Ese John Pierce venir aquí esta mañana Kolina pedirle llevarla a Hononolú, pagarle mucho por hacerlo. El esconde Kolina de manera que Ialeka no poder encontrarla.
-¿Cómo? Akela gruñó.
-Si preguntarme te diré que ese haole no es bueno mentir.
-¿Quién? ¿Pierce? Ella asintió.
-Kolina feliz desde que Ialeka vino a casa Ellos no pelear. Yo observarlos. Yo decirme: es bueno tendrán buen matrimonio. Ellos sólo tercos, todavía no dispuestos a reconocer que ellos amarse.
Leonaka pareció escéptico.
-Tal vez tú ver lo que deseas ver, tía, ¿eh -Pregunta a Ialeka -exclamó ella-. Pregunta si cosas no andar mejor entre él y su mujer en últimos dias
-Después hizo una pausa.- No, mucho mejor no preguntarle ahora. Está loco como un demonio.
-¿Y si la historia de Pierce es verdad? Akela meneó la cabeza tercamente. -Kolina no irse sin su keiki.
Leonaka quedó en verdad sorprendido... y un poco lastimado.
-Ialeka y yo acostumbrar contarnos todo. guardar todo para sí. No decirme de su mujer, no decirme nada ella darle keiki.

-El no decirte tener keiki, porque ella decirle keiki no ser de ella, sino de su wahine, de su criada -Solo sospechas...
-Lo sé -interrumpió ella enfática-. Yo dijo Leonaka, pero él no creerme.
-Esto es demasiado complicado –dijo suspirando. Se levantó y marchó hacia la puerta-. ¿Y Iakela la dejará irse?
Finalmente Akela dejó que una sonrisa apareciera en sus labios.
-El decir no importarle, pero yo saber más. Por eso estar tan loco.
Corinne estaba sentada sobre la tierra húmeda con la espalda apoyada contra un cajón. Estaba exhausta, tenía las manos ampolladas y llenas de astillas por haber querido separar los tablones de la pared donde había ranuras suficientes como para dejar- que pasaran sus dedos. Pero había fracasado. Aunque el cobertizo era viejo, estaba reciamente construido, y ella no disponía de ningún instrumento.
Se había devanado los sesos toda la tarde procurando imaginar por qué estaba Allí. Sólo había llegado a la conclusión de que John Pierce era un loco. Si esto era verdad, entonces tenía más motivos para temer que por haber sido simplemente encerrada. Su vida podía estar en peligro. Toda clase de horrores se presentaron ante su mente. Su imaginación corría enloquecida pensando en las diferentes maneras en que él podía intentar matarla. Y cada asesinato que imaginaba era más cruento y aterrador que el anterior.
Cuando finalmente se abrió la puerta del cobertizo, Corinne era un despojo de nervios.
Rígida de miedo, miró hacia el hombre. Estaba toTalmente desprevenida para lo que él dijo:
-No tiene sentido tenerla a usted encerrada. Ya no tiene usted adónde ir.
Ella tuvo que luchar para tener el coraje de preguntar:
-¿Qué... qué quiere usted decir?
-Su marido no quiere que usted vuelva, señora. El enojo de la voz la asustó rnás que las palabras. -¿Ha hablado usted con Jared?
-Fui a hacer un trato con él. Le dije que se la devolvería si me vendía sus tierras. Pero para él la tierra cuenta mas que usted.
Lo que el hombre decía fue hundiéndose lentamente en ella, y finalmente Corinne se dio cuenta de estaba ante un loco. Estaba frente a un canAlla ávido que la había secuestrado para obtener un rescate.
Pero el rescate no iba a ser pagado. Su miedo desapareció en seguida, y fue reemplazado por una la rabia. Se puso de pie.
-¡Lo haré poner preso por esto!
-No, no lo hará--dijo él con dureza-. Nadie creerá que la he tenido aqui por la fuerza. Es su palabra contra la mía. Y su reputación no es buena, señora Burkett
-¿Jared sabe que usted me ha secuestrado? El rió.
-No sea absurda. Usted vino a verme para ayudara a volver a la ciudad.
-Eso es mentira.
-Sí, pero no importa, porque su marido lo cree ¿Cómo era posible que Jared hubiera creído tan rapidamente aquello?
«¿Y ahora qué?» se preguntó a sí misma con suavidad. Y de pronto supo la respuesta. Pierce había dejado la puerta abierta y Corinne simplemente se precipitó fuera y, recogiendo sus faldas, corrió lo mas rápido que Sabía exactamente lo que iba a hacer. Ya no estaba asustada. Estaba tan furiosa que ya no sentía casi su furia. La lucha entre ella y Jared se había prolongado demasiado. En los últimos días todo había cambiado entre ellos. Y aquí estaba este individuo repulsivo informándole que Jared creía que ella quería dejarlo.

Era demasiado. Ella lamentaba el mal que habia hecho a su marido, pero, ¿cuándo iba él a recordar Io bueno de ella en lugar de lo malo? ¿Cuándo si no era ahora mismo?
Corinne siguió corriendo, toTalmente olvidada John Pierce.

35

Leonaka encontró a Jared sentado en la playa, bañado en el resplandor rojo del crepúsculo. Miraba pensativo el océano, tan sumergido en sus oscuros pensamientos que ní siquiera se dio cuenta de la presencia de Leonaka hasta que el hombrón habló,
-Recuerdo haberte visto así muchas veces después de la muerte de tu madre -dijo Leonaka vacilante. Jared ni siquiera miró-. ¿Quieres hablar de esto, primo?
-No.
-Antes compartíamos todo-dijo Leonaka con un suspiro-. ¿Qué nos ha pasado?
Jared finalmente se volvió y lo miró.
-¿No deberías informar a tu padre que estás aquí? -¿Es una manera de decirme que no me meta en tus asuntos? -preguntó Leonaka.
-Mira, Leo, no hay nada de que hablar. Me metí en un matrimonio deplorable, que no merece siquiera ser discutido, y prefiero olvidar la cosa.
-Si tu matrimonio es tan deplorable, ¿por qué estás tan perturbado?
-¿Quién dice que estoy perturbado?-gruñó Jared. -¿No lo estás? --dijo Leonaka levantando una ceja.
-Está bien-dijo Jared tanteando-estoy un poco perturbado. Pero no porque ella se haya ido -añadió con rapidez-. De todos modos la hubiera despachado pronto.
-¿De verdad, Ialeka? Quizás ya la tienes metida en la sangre --dijo Leonaka tranquilamente-. Tal vez sea la mujer que debes tener para ser feliz.
-Eso es ridículo -dijo Jared imperturbable-; pero, aunque fuera verdad, ella no quiere saber nada de mí. Lo ha demostrado ampliamente hoy.
-Quizá le hayas dado motivos. Tienes un temperamento violento -señAló Leonaka-. Yo lo sé. ¿Lo sabe también tu mujer?
Los ojos de Jared se pusieron sombríos Al recordar cuán asustada había estado Corinne la noche en que él le había pegado. ¿Era por eso por lo que se había ido en la primera oportunidad? ¿Todavía le tenía miedo? Pero no, una mujer asustada ante su marido no puede representar una entrega tan voluntaria y mantener la comedia un par de días.
--Corinne conoce mi mal carácter, y el de ella lo iguala.
-Ialeka -dijo Leonaka con vigor-, si la quieres, búscala. Es tu mujer. Creo que la amas y... sólo la he visto una vez, pero, ¿no es ésa tu mujer?
Jared se volvió con rapidez y se puso de pie cuando Corinne se acercó a ellos. La dicha fue el primer sentimiento de él, pero la antigua rabia y la amargura vencieron luego.
-¿Has olvidado Algo? -preguntó sardónico. No esperaba la dolorosa bofetada que ella le había dado. Dios, tendrás que darme una buena explicación de esto -gruñó amenazador.
Corinne estaba agotada por la carrera, pero logró hablar.
-¿Explicación? Te odio... y es bastante explicación. Pero si quieres saber más, está el hecho de que me hayas abandonado en manos de ese horrible vecino.
-Fuiste a pedirle ayuda.

-Imbécil -lo interrumpíó ella.- ¿No se te ocurrio dudár de la palabra de un hombre que te había hecho una proposición deshonesta? Sé lo que te dijo, y todo son mentiras.
-Es lo que dices -replicó Jared, y le dio la espalda, disgustado.
Corinne lo agarró del brazo y logró detenerlo. -¡No te atrevas a dejarme así! -gritó-. He pasado la tarde encerrada en un cobertizo húmedo y sucio, pensando todo el tiempo que Pierce era un loco y que me iba a matar. Me he desollado las manos procurando salir, pera no pude hacerlo.
-¿No tienes un cuento mejor, Corinne? -preguntó Jared, con pesado sarcasmo-. ¿Qué pasó en reAlidad? ¿Acaso Pierce se negó a ayudarte cuando rechacé su propuesta?
-Oh ---dijo ella, recogiendo sus faldas y corriendo hacia la casa, pero se detuvo de nuevo y se volvió a enfrentarlo-. No le pedí a John Pierce que me sacara de tu lado, Jared -se maravilló ante la forma en que podía controlar la voz-. Lo encontré en la playa y me dijo que tenía unos perritos para regAlar. Pensé en Michael y fui a buscar uno. Una vez que estuve en el cobertizo donde se suponía que guardaba los pemtos, él cerró la puerta de golpe. Y no supe por qué hasta que me dejó salir.
-¿Supones que vay a creer eso? Ella apretó los puños.
-No me importa. Pero como sé que Pierce te ha mentido, quiero saber sí también me mintió a mí. Me dijo que tu tierra representaba para ti más que yo, que no querías que yo volviera. ¿Es verdad?
-Sí, es lo que le dije -y la amargura le impidió explicar por qué había dicho aquello.
Siguió un largo silencio mientras Corinne luchaba por tragar el doloroso sollozo en su garganta. Había esperado que no fuera verdad. Pierce le había mentido a Jared, ¿por qué no le iba a mentir también a ella? Pero no había mentido.
-Comprendo --dijo tranquila- en ese caso arregalo para que alguien me lleve mañana a la ciudad. Jared vio cómo Corinne se Alejaba, oyó como se abria y se cerraba la puerta del patio.
Siguió Allí de pie en silencio, luchando contrasi pia emoción.
-¿Y si hubiera dicho la verdad?
-No la ha dicho -replicó Jared hoscamente -¿Pero si la hubiera dicho? -persistió Leonak a forzando a Jared a escuchar-. Significaría que ella tenia la oportunidad de pedir a Pierce que la llevara, pero no se lo pidió. Significaría que de verdad no desea irse.
Jared se dio la vuelta bruscamente y se encamino hacia la playa. Su amigo lo observó partir.
Era tarde. Corinne estaba sentada en la estrecha en el cuarto de Florence, mientras ésta sacaba con una aguja las astillas de las manos de Corinne. Había contado
la historia a Florence mientras amamantaba a Michael, el niño dormía ahora. Florence ya había consentido dejarle por esa noche el cuarto, diciendo que dormiría en el cuarto de Naneki, que estaba vacío.
-Dios, hay que ver el tamaño de estas ampollas dijo Florence con una risita.
-Sácales el agua y termina de una vez -dijo estoy cansada.
Se sentía despojada de toda fuerza y enferma de resignación. Akela le había traído una gran comida y no podía comer. El estómago se le revolvía. Volver a la ciudad y después a Boston. ¿No era eso lo que deseaba?
La respuesta no llegó en seguida. No llegó en modo Alguno.
-Simplemente no entiendo a Jared –señAlo Florence enojada-. ¿Quiere decir que no le creyó ni cuando vio el estado en que estaban sus manos?

-No las vio, Florence. Pero, aunque me hubiera creido, eso no cambiaría nada. Reconoció que no queria que yo volviera.
Probablemente hablaba así por orgullo -razonó Florence.

La puerta se abrió sin que llamaran y ambas se volviero para ver. Jared estaba Allí de pie, con la mano todavia en el picaporte. No dijo nada; se limitó a mirar a Corin- con expresión inescrutable.
Florence fue la primera en romper el silencio, con tono indignado:
-Vea, señor Burkett, no debe usted entrar en el cuarto de una dama sin llamar antes. Y no tiene usted nada que hacer aquí.
-Quiero hablar en privado con mi mujer, señora Merrill. ¿Quiere usted dejarnos unos minutos?
Acababa de volver de la playa, donde,había pasado horas procurando entender sus sentimientos. Sólo estaba seguro de una cosa: no estaba dispuesto a dejar partir a Corinne.
-Quédate donde estás, Florence --dijo Corinne, sin apartar los ojos de los de su marido-. No tengo nada más que decirte, Jared. Y lo único que quiero que me digas es a qué hora debo estar lista para partir mañana.
-No irás a ninguna parte... todavía no -replicó Jared con tono tranquilo-. Es de eso de lo que quiero hablar contigo.
Corinne fue incrédula.
-¿Quiere decir que no vas a llevarme a la ciudad? -No.
-¿Por qué?
-Porque no quiero --contestó él infantilmente. -¿Por qué? -preguntó ella de nuevo.
-¡Qué mierda importa por qué!
Michael empezó a llorar y Corinne corrió hacia él. -¿Ves lo que has hecho con tus gritos? -y le lanzó una mirada furiosa.
-Tú gritaste primero -le recordó él. Dio unos pasos en el cuarto-. DéjAlo con su madre, Corinne. Aún no hemos terminado.
-Oh, sí, hemos terminado -replicó ella, dándole la espalda y cAlmando a Michael contra su seno.

-Es mejor que se vaya usted ahora, señor Burkett -dijo Florence con firmeza, plantándose sólida entre marido y mujer-. Cori dormirá aquí esta noche ella es quien lo ha decidido, y yo le agradeceré que respete los deseos de ella.
-Y yo le aconsejo que no se meta -dijo Jara damente a la mujer.
Florence no se amilanó.
-Después de la manera deplorable con que ha tratado usted hoy a mi Cori, no me retiraré para dejar que la siga insultando. Lo que ella le dijo es verdad.
-Señora Merrill, no cabe duda de que usted esta dispuesta a creer cualquier cosa que ella le diga – dijo el fríamente .
-Insulta usted mi inteligencia, señor, y usted parece no tener ninguna -dijo Florence muy tiesa. Oyo que Corinne contenía el Aliento ante aquella impertinencia siguió de todos modos:- Ha sido usted más que tonto dudar de las palabras de Corinne, cuando la verdad estabá Allí, en las manos de ella. Le he sacado nueve astillas señor Burkett, y también hay cinco ampollas. Puede mirarlas. Dígame cómo pueden habérsele puesto así las manos si no es de la forma que ella afirma.
Jared ya no miraba a Florence, sino a Corinne estaba de pie ante él con Michael en brazos. Los ojos de él se entrecerraron, hizo a un lado a Florence y avanzó hacia Corinne.

-Muéstrame las manos. -No.
El no volvió a pedir, pero se apoderó de una la dio la vuelta y miró la palma. Había tajos, raspaduras y dos de las ampollas mencionadas por Florence. Una mueca contrajo las facciones de Jared, y se profundizó cuando Corinne retiró con brusquedad la mano. El la miró lentamente y enfrentó los feroces ojos verdes de ella. -Corinne, yo...
-No te atrevas a pedirme perdón. No te atreve es demasiado tarde -Michael empezó a llorar de nuevo ¿Quieres irte ahora, Jared? ¡Déjame sola, por favor!

Jared se dio la vuelta en seguida y salió. No era el momento de arreglar las cosas. Fuera del cuarto se detuvo, con los hombros bajos. ¿Podría ella perdonarlo Alguna vez por haber dudado, por haber dicho que no quería que ella volviera, cuando eso distaba de ser la verdad? ¿cómo había podido permitir que las cosas se enredaran tanto? ¿Estarían condenados a no creerse mutuamente acerca de nada?

36

Corinne se acomodó en una mecedora. Michael estaba sobre una gran alfombra en el centro del patio, donde ella podía vigilarlo. Un perrito marrón resoplaba alrededor del niño y el bebé chillaba de placer.
El cachorro había sido una sorpresa inesperada. Era un perrito ordinario, un poi, como llaman los hawaianos a los cachorros de sangre mezclada. Pero era adorable, con Orejas caídas y una cola corta que nunca dejaba de mover. Jared lo había traído para Michael o, al menos, esto era lo que había dicho Akela.
Corinne no había visto a Jared. El había partido toda la mañana y había vuelto con el regalo. Era la manera que tenía de arreglar las cosas, suponía ella, la manera de mostrarle que lamentaba no haber creído lo que ella le había contado. Pero ya era demasiado tarde. Su corazón se había endurecido una vez mas, se había sellado apretadamente, para que él no pudiera herirla.
Desde la cocina llegaban voces por la ventana que se abría sobre el patio. Fiorence estaba Allí, ayudando a Akela a hacer bizcochos de taro. La curiosidad de Florence acerca de la islas nunca se apagaba. Constantemente acosaba a Akela con preguntas.

Corinne escuchaba a medias la lección história
-Había Alrededor de dieciséis kahunas antes, cuando aún no haber llegado los misioneros.
-Pero creía que me había usted dicho que los Kahunas eran como sacerdotes y que cada comunidad tenia uno - interrumpió Florence.
-Sí, eran kahunas que hablar con dioses. Yo hablar de otros kahunas hombres que sabían historia, hombres leer estrellas y decir futuro. Tener kahunas para curar
y magia. Todas cosas importantes estar en manos de hombres sabios.
-Y pensar que los consideraban a ustedes salvajes-dijo Florence riendo-. A mí me parecen civilizados. Debe de haber sido todo muy pacífico entonces.
-Ser buena vida, pero no tan pacífica. Tuvimos muchas guerras, como el resto del mundo.
-¿No ve? ¡Eran de verdad civilizados! Corinne imaginó a Akela sonriendo.
-Con cada nuevo rey, las tierras ser dadas a favoritos del nuevo gobernante. Esto enojar a viejos y a veces hacer guerra civil. Mala cosa guerra civil. l

niopuu, viejo rey que gobernar cuando Cook vino islas, fue rey por una de esas guerras... cuando el heredero legítimo, KeaweopAla, fue asesinado.
Corinne dejó de escuchar las voces cuando vio a Leonaka que atravesaba el corral trasero Al volver de la playa. Dejó caer la gran tabla que traía y entró Al patio. Llevaba sólo unos shorts, que estaban mojados. Sonrió a a Corinne.
-Volvemos a encontrarnos.
-Sí, eso parece -dijo Corinne devolviendo la risa-. ¿Cómo está usted?
-Disfrutando de mis vacaciones mientras dura sus ojos se dirigieron a Michael que estaba en el suelo, se acercó Al niño y se puso en cuclillas para mirarlo mejor- De manera que éste es el bebé -dijo.
Corinne vigilaba mientras aquel gigantón examinaba a su hijo. Leonaka apuntó con uno de sus grandes dedos, Michael lo agarró e intentó sacudirlo.
-¿Cuándo va a decirle a su marido la verdad acerca de este cabAllerito?
Corinne contuvo el aliento y casi saltó del asiento. Leonaka la vio fruncir el ceño y se puso de pie. -Perdón. No es asunto mío. No volveré a mencionarlo. Vine a preguntarle si le gustaría aprender a hacer surf.
Había dejado el tema de Michael tan rápidamente como lo había mencionado, y Corinne dejó así el asunto. Silenciosamente maldijo a Akela y se preguntó con quién más habría comentado aquello.
-Es muy amable de su parte preguntarme, señor Naihe, pero no puedo aceptar - había una leve nota rígida en su voz.
-Vamos a ser amigos, de manera que prefiero que me llame Leo. Y no es posible que haya venido usted a Hawai y se vaya sin mojarse los pies Al menos una vez. - No, no puedo.
El frunció el ceño.
-Supongo que, viviendo en una ciudad fría, nunca habrá aprendido a nadar...
-Lo cierto es que soy buena nadadora --contestó Corinne, y una sonrisa apareció en sus labios-. Aprendi cuando era niña e iba con mi padre ál astillero. Cuando él estaba ocupado con los obreros yo salía a la calle y jugaba con otros niños. AL principio estaban tímidos, porque mi padre era dueño del astillero, pero después me enseñaron todos sus juegos. Nadábamos bajo los muelles... Florence nunca pudo entender por qué yo tenía el pelo húmedo cuando volvía a casa, porque nunca se lo conté a nadie. Me lo hubieran prohibido. Uno de los chicos, Johnny Bixler... que debía de tener unos once años, me tomó bajo su protección. Aprendí muchas cosas con él.
Corinne rió de pronto. ¿Por qué diablos le había contado aquello? Hacía mucho tiempo que no pensaba en el pequeño Johnny Bixler. Se preguntaba a veces qué habría sido de aquel recio muchachito, que le había enseñado a nadar, a decir pAlabrotas y a usar un cuchillo durante aquel verano salvaje en que el puerto se convirtió en un nación y en su lugar de juegos.
Leonaka le sonreía.
-De manera que se juntaba usted con una pandilla callejera, ¿eh?
-Dios, tenía diez años. Y duró sólo un verano nunca olvidé la libertad que tuve ese año. Fue maravilloso.
Y también por eso había querido ser independiente toda su vida, reflexionó Corinne. Pero, por Algún motivo aquello ya no parecía importante.
-Ya que sabe nadar, no tiene excusa para no der surf. Las olas son buenas hoy -la animó Leonaka. Jared y Malia han salido a hacer surf.

De manera que en eso estaba Jared... divirtiendose. Corinne sintió surgir su ira. Le había dejado el perrito esperando apaciguarla, y se había ido a hacer surf, sin volver a pensar en ella.
-¿Bueno. . . ?
Oh, cómo le hubiera gustado mostrarle a Jared que él ya no le importaba, que eran otra vez enemigos -Temo no tener nada para poder usar en el mar -Tonterías -se burló Leonaka-. Mi tía le dejará un sarong de su canasto de costura.
Corinne se puso colorada ante la idea. Meneó la cabeza -No.
Leonaka se encogió de hombros.
-Lo siento. Jared dijo que no podría convencerla para que viniera al agua, pero yo creí que era usted audaz.
Corinne se puso de pie instantáneamente, nunca ignoraba un desafío.
-Por favor, déme unos minutos para cambiarme. Me encantaría que me enseñara usted a practicar Surf. Leonaka hizo una mueca sonriente cuando Corinne salió del patio, tras llamar a Florence para que vigilara Al niño. Jared no le había dicho que Corinne no quería Lo cierto es que, en toda la mañana, no le había oído más de dos palabras.

Era de lamentar el disgusto provocado por John Pierce. Pero, ¿qué mejor manera de lograr una tregua que hacer que Jared viera a su bella esposa con un sarong mojado? Que el deseo lo trajera a su sano juicio y que se diera cuenta de lo que ya sabía Leonaka... Jared nunca estaría competo sin esta mujer.
Corinne se ruborizó Al mirarse en el espejo de la cómoda. Con aquel sarong era como si no llevara nada eecima. Sus brazos, sus hombros y la mitad de sus piernas estaban Al descubierto. Y el resto de sus esbeltas curvas se dibujaban en vívido deTalle.
-No puedo usar esto, Akela. -¿Por qué?
-Porque... muestra demasiado.
-Malia usar lo mismo. Todas wahine usarlo para nadar. -Rió.- Yo también. Esto no ser Boston, Kolina. Usted estar en Hawai, donde uno divertirse.
Corinne sonrió.
-Buena cosa usted ya no usar sujeta-pechos -dijo Akela mientras tomaba las ropas de Corinne para colgarlas-. El sarong no quedarle entonces tan bien.
Corinne se dio la vuelta con los ojos bien abiertos. -Yo nunca he usado eso - exclamó preguntándose Al mismo tiempo cómo se habría enterado Akela.
Era verdad. Ya no tenía que usar aquel refajo. Todavía tenía leche en cantidad, pero ahora estaba controlada y sus pechos no chorreaban.
-¿Por qué no decir la verdad a Ialeka, Kolina? - preguntó Akela con reproche en la voz-. Yo ver dónde su amiga poner sujeta-pechos después de lavar ropa. Poner los en cuarto de usted, no de ella. Yo poder mostrar a Ialeka, pero no hacerlo. Usted tener que decirle.
Corinne se mordió el labio. Decidida de pronto a confiar en la otra mujer, dijo:
-¿No comprende? Es mejor que Jared no lo sepa. Volveré a Boston con Michael. Jared no volverá a vernos. -Usted equivocada, Kolina, Ialeka no dejarla ir. Y un día él saber que usted mintió acerca de Mikaele, y enojarse mucho. Mucho mejor decirle ahora.

-¡Juro que no tiene sentido hablar con usted Corinne exasperada.
Recogió una toalla y salió de su dormitorio. I era imposible. ¿Nunca iría a cejar?

Leonaka la esperaba en el corral. Corinne pensar en Akela y decidió divertirse. Flotar sobre iba a ser Algo sensacionAl para contar a sus amigo do regresara a su país.
Jared y Malia seguían en el agua. Corinne aparto los ojos de su marido mientras escuchaba a Leonaka lo que debía hacer.
-Tall vez convendría que observara un poco Al principio -sugirió Leonaka, preguntándose ahora si se habría apresurado Al invitar a Corinne. El deporte no carecia de riesgos.
Ella sacudió la cabeza imperturbable, el pelo rubio y largo flotaba Alrededor de su cintura. -Vamos.
Corinne tardó una hora en descubrir la treta de hacer surf. Al principio tenía miedo de haberse olvidado de nadar después de tantos años, pero recobró la seguridad en seguida. Y cabAlgar sobre la cresta de las olas en una larga tabla escurridiza parecía fácil también, mientras Leonaka gritaba tras ella dándole apoyo e instrucciones Jared había salido del agua, y, desde la playa, contemplaba los progresos de ella. Eso la decidió a dominar el deporte. Iba a mostrarle de lo que era capaz.
-Estoy dispuesta a intentarlo sola. Estaban lejos de la costa, chapoteando en el agua agarrados Al tablón.
-¿Está segura, Kolina? --cuando ella asintio añadió:- Pasaré las primeras olas tumbada, hasta acostumbre a la tabla.
-Lo haré, maestro -dijo ella sonriendo y la tabla.
Malia estaba sólo a unos metros de distancia comodamente sentada en su tablón. Atrapó una gran ola y flotó expertamente hasta la costa.
A Corinne le rechinaban los dientes en una mueca furiosa
iMaldición, Malia se estaba luciendo!
-No le preste atención a Malia decía Leonaka-. Pronto lo hará usted tan bien como ella.
Lo haré ahora, se prometió Corinne. Hizo una seña Imano a Leonaka, cuando su tablón empezó a marchar hacia la costa. Ella ayudaba, braceando a ambos lados,
todo velocidad. Finalmente sintió que había llegado el venlo y se arqueó lentamente, hasta ponerse en cuclillas.Después enderezó las piernas llevando un pie hacia delante, como le había enseñado Leonaka.
¡Lo había logrado! Su ánimo se exaltó. Cabalgaba olas, como lo habían hecho los antiguos hawaianos, igual que Jared y Malia. Pero el triunfo de Corinne fue breve. Perdió el equilibrio y cayó de lado, sumergiéndose en la espuma. Después, en el momento que emergía a la superficie, escupiendo y tosiendo, avanzó otra gran ola del confín del mar, rompiéndose sobre ella. La corriente la llevaba a la costa, arrastrándola contra el fondo del océano Al hacerlo.
Corinne luchó por subir otra vez a la superficie, pero enredó entre su propio pelo y entre las algas. Fuertes corrientes la llevaban hacia abajo, hasta que sus pulmones
fueron como de fuego. Cuando ya no resistía más unas fuertes manos la subieron a la superficie, golpeó contra un duro pecho y emergió dei agua. Tosió espasmódicamente buscando aire. Le ardían los ojos por el agua salada y los mantuvo cerrados mientras las lágrimas se mezclaban con la sAl. Todo su costado izquierdo era como fuego.
-¡Tonta! ¡Idiota! ¿Qué querías hacer?
¡Jared! El la había salvado, pues.

Jared no la dejó en la playa, sino que la llevó en brazos todo el camino hasta la casa. Corinne logró limpiarse los ojos con una mano para poder ver, y en cuanto Jared entró en el patio, protestó.
-¡Déjame Jared, en seguida! ¡No tengo nada en las piernas!
El no contestó.
Ella empezó a retorcerse, pero Akela y Florence salieron corriendo de la cocina a preguntar qué había pasado. Jared lo explicó Al pasar ante ellas, y el orgullo de Corinne quedó indudablemente aplastado. ¡Había hecho un papelón!
Jared la dejó sobre la cama, después retrocedio y la miró.
-¿Cómo te sientes?
-¡Claro que me siento bien! -gritó ella-. ¡No era necesario que me trajeras hasta aquí en brazo Akela entró en la habitación con un pote de un unguento y Jared se lo quitó.
-Yo lo haré.
-¿Qué es eso? -preguntó Corinne, incorporse, pero gimió y volvió lentamente a dejarse caer. Cuando Jared le levantó el brazo, ella hizo una mueca, Al ver las rojas desgarraduras que lo cubrían. La pierna también estaba al rojo vivo. Y le ardía la mejilla
-Te has arañado bastante, pero esta mezcla o quitará el escozor, y las raspaduras desapareceran en unos dias. Si no te hubieras tostado tanto Al sol, no estarias tan mal. Eres demasiado rubia para quedarte tanto tiempo Al sol, especialmente en el agua, donde el reflejo se intensifica; El tenía razón, naturalmente. El resto de su cuerpo del lado derecho también estaba enrojecido, aunque sin desgarraduras.
-Yo puedo hacer eso -dijo Corinne, sentáda en la cama y empezando a pasarse el ungüento por el brazo.
Pero Jared puso el pote fuera de su Alcance.
-Quédate quieta y deja que yo te atienda. Corinne se tendió y cerró los ojos, dejando de gana que él hiciera lo que quería. Los dedos eran suaves cuando le masajeó el ungüento en los brazos y en las piernas. Súbitamente ella se sintió muy sensual. El contacto con él era como una caricia que no solo le quitaba el dolor sino también el enojo.
El la dio la vuelta. Ella suspiró. Pero se puso tensa al sentir que le aflojaba el sarong.
-¿Qué estás haciendo? -preguntó Corinne, y su estado de ánimo se quebró.

-Te resfriarás si sigues mucho tiempo con esto explicó Jared, y su tono parecía divertido cuando añadió: Aunque por cierto que estás adorable con él.
Ella miró y vio que él sonreía. -Puedo desvestirme sola, gracias. Jared se encogió de hombros y se incorporó. -Sólo quiero ayudarte, Corinne.
-Me doy bien cuenta de lo que quieres hacer-dijo ella desafiante.
-¿Y eso sería tan terrible?
Ella contuvo el aliento. ¿De verdad él pensaba que el día de ayer no importaba?
-Hacer el amor no arreglará las cosas. La última vez era diferente, Jared. Entonces creí que yo te importaba, pero ahora sé que no es así.
-Si no te quisiera, hace tiempo que te habría dejado volver. ¿No te das cuenta?
-Desear y amar no es lo mismo.
-¿Qué quieres de mí? -gritó él-. Dije a Pierce lo que le dije porque él afirmó que tú no soportabas seguir a mi lado ni un minuto más. No hablé en serio, Corinne.
Corinne lo miró con los ojos muy abiertos. ¿Qué había dicho Florence? «Sólo habló por el orgullo herido». ¿Era eso? No le creas, dijo una vocecita. Te volverá a herir.

-¿Por qué voy a creer nada de lo que digas, Jared? -preguntó Corinne con suavidad-. Tú no me creíste cuando te dije que en verdad no me había acostado con otros hombres. No me pidas que te crea, cuando tú no crees nada de lo que te digo.
-Perdón, Corinne. ¿Qué más puedo decir?
Ella se levantó, fue al cuarto de baño y cerró la puerta. Cuando oyó el clic de la cerradura, sus ojos se llenaron de lágrimas. ¡Hubiera sido tan fácil perdonarlo, hacer el amor y establecer otra tregua! Pero quería que nunca más volviera a herirla. Había sufrido demasiado. -Entonces, ¿por qué me hiere todavía tanto? - murmuró con voz entrecortada.

37

Era una mañana absolutamente hermosa. El mar, profundamente azul y pAlpitante formaba un perfecto fondo para las flores de todos los colores imaginables. El sol era cálido y bienvenido, no cAluroso como iba a serlo más tarde. De todos modas Corinne llevaba un amplio sombrero de paja sobre sus dorados rizos mientras paseaba por el fragante jardín. Tenía ahora cuidado con el sol, porque se quemaba tan fácilmente. Su piel se había vuelto morena y se Había pelado hacía unos días. Pero ahora era otra vez suave y tenía un tono dorado.
Corinne se detuvo ante un arbusto de gardenias y cortó un gordo y aterciopelado capullo para ponerse en el pelo. Sonrió pensando en el ramo de gardenias que Jared llevaba todos los días a su cuarto.
A Corinne empezaba a serle dificultoso seguir enojada con Jared. E! era muy generoso y considerado. No la presionaba ni hacía avances abiertos, pero era evidente que quería arreglar la situación.
-¡Kolina!
Corinne miró hacia el camino y vio a Leonaka entre dos cocoteros saludándola con la mano. Después sacudió uno de los troncos hasta que cayó un coco. Ella rió cuando él se apartó de un salto, después recogio el que había caído y se lo trajo.
-Para el keiki --dijo con una sonrisa. -¿Y cómo quiere usted que coma eso cuando sólo tiene dos dientes? -rió ella, y sus ojos verdes chispearon -DígAle a la tía que haga un pastel de coco puro que le gustará Al niño.
-Gracias -dijo Corinne, y tomó el pesa entre los brazos-. ¿Busca usted a Jared? -No, hablé con él anoche. He venido a buscar mi caballo y a despedirme de usted.
-La verdad es que sus vacaciones han pasado rapidamente. Lo echaremos de menos.
-Tendrá que decirle a Jared que la ayude en las lecciones de surf -sugirió Leonaka.
-Bueno, no sé... -empezó ella.
-El se alegrará -aseguró el gran hawaiat no le gustó que usted estuviera en mi tabla; según él debía haber estado en la de él.
-¿Se lo dijo acaso?
-No era necesario. -Leonaka y Corinne se dirigieron hacia los establos.- Conozco a Jared. Me doy cuenta de sus estados de ánimo, y sé lo que siente incluso antes que él, que es tan terco, se dé cuenta. - suavidad, añadió:- Sé que él la ama, Kolina. Una exaltación dichosa se apoderó de Cori la rechazó con fuerza. Era sólo la opinión de Leonaka y sabía cómo eran las cosas.
-Es muy amable de su parte decir eso - tranquilidad.
Leonaka sonrió sabiamente y se inclinó para besarla en la mejilla.

-Se lo oirá usted decir Algún día, y entonces no dudará. Aloha, Kolina, que sea ústed feliz. Desapareció en el establo. Ella permaneció momento, mirándolo, después se volvió lentamente hacia la casa. Jared la encontró en la puerta. -¡Bueno, aquí estás!
-¿Me buscabas?

-Sí. Vamos, dame eso --dijo, quitándole el coco-. Pense que te gustaría salir de picnic. Has ido más allá irtua Bay, pero no has visto el valle. Algunas de las plantas bellas de la isla están Allí.
-¿Queda muy lejos?
-bastante como para tener que ir a caballo. Ella sonrio.
-Me encantaría ir, y estoy segura de que también a Florence. ¿Cuándo quieres que partamos?
-Un momento. Solo me he referido a nosotros dos.
-¿Por qué ?
-Quiero estar un rato a solas contigo-dijo él suante.
Corinne lentamente sacudió la cabeza, y sus ojos se clavaron en los de él. Era demasiado pronto. Simplemente no queria estar todavía a solas con él.
-No me parece que pueda ir, Jared.
-¿Quieres decir que no irás a menos que te acompañe alguien?
Ella asintió y él suspiró.
-Entonces, por Dios, invita a todo el mundo. Partiremos en cuanto todos estén listos.

El valle de Waimea cortaba el aliento con su belleza y no se parecía a nada que Corinne hubiese visto antes. La entrada Al valle estaba bordeada por Altos riscos, con enormes bananeros y otros árboles esplendorosos que surgian de los peñascos. Avanzando un poco en el valle había un arroyo. Corinne y Jared, a caballo, bordearon este arroyo, mientras Akela, Florence y Michael marchaban en el coche abierto. Malia se había negado groseramente a ir, pero aquello no había apagado el entusiasmo de Corinne. Estaba decidida a disfrutar del paseo.
Jared no se había equivocado acerca de la belleza de las plantas. Había gran variedad de árboles, Altos y bajos, sándAlos, nogAl de kukui, y el gigantesco «vaina de nwno», por no mencionar los mangos, los guayabos, las papayas y el «fruto del pan». Pero las flores oscurecian el resto. Todos los colores estaban presentes. Desde el amarillo naranja brillante de los arbustos de kAlamc el exótico púrpura de la planta de jengibre, el valle parecía un cuadro. Siguieron hasta donde pudo llegar y después Akela descargó una gran canasta que habia llenado de comida. Jared inició un fuego para asar un pollo y batatas. Después se acomodó bajo un bananero para ver trabajar a las mujeres. Akela había traído sus deliciosos bizcochos de taro, y un pastel de banana que habia parado para el Almuerzo. Corinne sirvió limonada a todo el mundo de una gran jarra, después anunció que iba a encargarse de que Michael no hiciera travesuras gateaba todavía, pero el diablito se las arreglaba para dar vueltas y meterse en las cosas. Todo lo que le caia en las manos iba directamente a parar a la boca. Corinne chilló Al ver que había encontrado un grillo muerto.
Jared no pudo menos de reír Al ver a Corinne procurando sacar el insecto del puño de Michael sin tocarlo ella. Finalmente lo logró, después lo tomó en su regazo y lo acunó.
Jared se puso serio al ver cuán natural parecia con el niño en brazos. El niño no significaba nada de manera que nunca le había prestado demasiada atención. Pero

lo cierto es que Michael significaba mucho para Corinne. Lo mimaba más que la misma madre. Y era absurdo que el bebé durmiera en el mismo cuarto que Corinne. Se había preguntado por qué Florence no se llevaba ella al niño. Es verdad que el cuarto de Naneki era pequeño, pero de todos modos...
Akela hizo una seña a Corinne para que se acercase Al fuego y ella llevó consigo a Michael, ya que no queria dejarlo después del incidente del insecto.
Jared se incorporó en un impulso y gritó: -¡Tráelo aquí, Corinne!
Ella se volvió muy lentamente y lo miró.-
No se movió y apretó el niño contra el pecho. Jared frunció el ceño.
-¡Por el amor de Dios, no lo voy a lastimar.
Lentamente Corinne marchó hacia él y, de mala le entrego a Michael. Quedó de pie ante Jared unos antes de Alejarse finalmente. A cada paso se volvia por encima del hombro.
Michael se revolvió sobre sus rodillas, y Jared rio. Debes ser alguien muy especial, caballerito, para manejar como manejas a mi mujer. ¿Cuál es tu secreto?
Michael pareció sorprendido ante aquella voz grave y miro al hombre que hablaba. Jared contuvo el Aliento al mirar los ojos de Michael. Eran de un brillante verde lima, exactamente el color de los ojos de Corinne. ¿Por qué no notado antes aquellos ojos?.
Cuanto más miraba a Michael más pensamientos se amontonaban en su mente. Ahora comprendía por qué Akela estaba segura de que el niño era de Corinne. Era por los ojos. Evidentemente, el marido de Florence había tenido los ojos verdes. Era un tono extraño, pero no tan raro. Jared quedó satisfecho con esta conclusión. Para tranquilizarse pensó en la edad del niño. Iba a cumplir seis meses aunque era pequeño para su edad. ¿Cinco meses? Jared calculó rápidamente y sus ojos se volvieron de gris ceniciento. Si el niño tenía en verdad sólo cinco meses, podía haber sido concebido la noche que habían ido en la casa de juego. Pero si esto era verdad, significaba que Corinne había partido para Hawai casi inmediatamente después del nacimiento del niño. El niño era demasiado pequeño para viajar.
Enojado, Jared Alejó las sospechas de su mente. Se estaba burlando de sí mismo. Corinne no podía mentirle a de su propio hijo.
Michael trepaba por el amplio pecho de Jared. Cara a cara, cautelosamente tendió la mano y tocó la mejilla de Jared y después rió. El sonido era contagioso, y pronto el bebé se acomodó y confiado apoyó la cabeza en el hombro de Jared.
Jared quedó más conmovido de lo que quería reconocer. ¡Dios, cuánto le gustaría tener un hijo como éste! Aquellos ojos lo atormentaban. Y el pelo negro, igual Al suyo. Rápidamente decidió escribir a la única persona que podía apaciguar sus dudas. Detestaba pedir nada a ese hombre, pero Samuel Barrows debía estar enterado si su hija había tenido un niño. Tardaría por lo menos dos meses en recibir una respuesta, pero eso le daria pretexto para retener más tiempo a Corinne. Por ahora olvidaria problema. Era inútil meditar demasiado.
-Ven, quiero mostrarte Algo.
La voz de Jared hizo abrir los ojos a Corinne que habia estado echada a la sombra, escuchando los diferentes cantos de los pájaros que la rodeaban. Se incorpo y miró a Jared.
-¿Qué?
Una sonrisa curvó los labios de él.
-Si te lo digo no sería una sorpresa. Ven, he dejado a Michael con su madre y he dicho a los demás que volveremos más tarde.
-La verdad es que no me gustan las sorpresas -dijo Corinne vacilando.

-Esta te gustará. Ven. -Le tendió la mano hacia de ella para levantarla.
-¿Dónde está?
-Un poquito dentro del valle. Hay un sendero de manera que podemos llevar los caballos.
-No nos demoraremos mucho, ¿verdad? -No.
Partieron, siguiendo el arroyo. Se ampliaba en partes, se dividía en otras, y volvía a unirse en su marcha hacia la bahía. Los riscos no eran Allí tan Altos, y el paisaje era mucho más denso, como una selva.
Cuanto más avanzaban más se estrechaba el valle y los sonidos de Alrededor se hacían más fuera muchos más pájaros en esta parte más tupida del bosque, e incluso la corriente del arroyo resonaba más. De pronto Corinne vio el porqué. El valle terminaba bruscamente ante ellos en una Alta roca cóncava que formaba una curva casi perfecta. Y en el centro había una catarata que cortaba el Aliento, por lo menos de seis metros de Altura, que caía en cascadas en un gran estanque verde de agua reluciente.
Jared observaba la deleitada reacción de ella, y finalmente ella lo miró y sonrió.
-Es absolutamente hermoso.
-Me gustaría que lo vieras en primavera, cuando están en flor la poinciana regia y las orquídeas. También los helechos son más verdes.
La ayudó a desmontar y caminaron por una Alfombra de fina hierba. Jared marchaba tras ella, aspirado la fragancia de su pelo.
-Esto es como un Edén -dijo Corinne.
-Sí, e igualmente íntimo. ¿Quieres nadar conmigo? Corinne se apartó.
-No puedo.
-Estamos los dos solos, Kolina. ¿Temes que me aproveche de ti?
Ella temía aquello, pero no podía reconocerlo. -No he traído nada para nadar.
Jared sonrió.
-Tú no has venido preparada, pero yo sí -se dirigió a su caballo y abrió una mochila atada a la montura, sacando el sarong que Akela le había dado para que hiciera surf. ¿Tu pudor se sentirá tranquilo con esto?
-Tenías todo esto planeado, ¿verdad? -dijo Corinne divertida .
El le arrojó el sarong.
-Sabía que iba a gustarte nadar un rato. Y prometo no espiar mientras te cambias.
Corinne se ocultó tras su caballo para desvestirse. Hacía bastante calor como para que el redondo estanque fuera tentador.
Con el sarong sujeto en su sitio, las ropas tendidas sobre el lomo del caballo, Corinne sAltó Al agua, sin esperar a Jared. El había ido a cortar unas viñas y quedó sorprendido Al oír el chapuzón. Ella emergió rápida a la superficie y lo miró enojada.
-¿Sabías que esta agua está como el hielo?

El rió. -Generalmente lo es. -¿Por qué no rne has prevenido? El se estaba quitando la camisa.
-Podías haber cambiado de idea. Pero nos mal cuando uno se acostumbra.
-Supongo -concedió ella de mala gana. Tras nadar un poco y entrar en calor, se acercó Al borde del estanque mientras Jared se quitaba en aquel momento los panTalones trando los shorts que llevaba abajo. Ella sonrió con traveasura. Estaba concentrado en lo que estaba haciendo, de modo que el agua con que ella lo sAlpicó lo tomó de sorpresa -¡Eh!
Corinne se retorció de risa e inmediatamente se aparto a grandes brazadas hacia el otro lado del estanque. Oyo cómo él entraba Al agua, se dio la vuelta y vio que se

dirigia directamente hacia ella. Era mucho mejor nadador que ella, con años de práctica en el océano, y pronto la agarro por el pie.
--Con que quieres jugar, ¿eh?
Ahora le había agarrado los dos pies, y la hizo ponerse de espaldas, haciéndole difícil mantenerse a flote -Suéltame, Jared -no pudo menos de reír no puedo resistir si haces esto!
-Y yo no puedo dejar de hacerlo.
Le levantó los pies hasta sumergirle la cabeza y después la soltó, y cuando ella emergió a la superficie, él se Alejaba nadando con rapidez.
-¡Cobarde! -le gritó ella. Se portaban niños, y aquello le gustaba muchísimo.
Jared nadó hacia la cascada. Trepó por el el rocoso de un laterAl y se sentó. Le hizo señas para que lo imitara, pero ella meneó la cabeza, y siguió flotando en el centro del estanque, mirándolo.
-¿No sabes tirarte de cabeza? -gritó él, y le vió a menear la cabeza-. ¿Quieres probar? -No, gracias -gritó ella
Jared se puso de pie y enfrentó el sólido muro de roca. El risco se torcía hacia arriba. Corinne contemplo cómo él empezaba a trepar bordeando las rugientes cataratas.
Cuando había subido unos dos metros, Corinne se Alarmó.
¿Qué vas a hacer? -gritó. El no contestó-.
-El siguió subiendo sin hablar.- ¡Idiota, te vas a lastimar!
El se volvió entonces e infantilmente le tiró un beso, siguió trepando. Finalmente Llegó a lo Alto y se planto arrogante en el centro de la catarata. Y entonces abrió los brazos y se lanzó más Allá de la caída de agua, zambulléndose graciosa,bellamente, en el estanque. Pero no emergía, y Corinne sintió que se volvía loca a medida que pasaban los segundos. Ignoraba la profundidad del estan- Podía haberse golpeado ta cabeza contra Algo.
Cuando sus manos la agarraron de la cintura y la arrastraron bajo el agua, ella quiso gritar. Emergieron luego juntos y ella rápidamente se limpió el agua de los ojos y lo miro furiosa.
-¡Eso ha sido estúpido! ¡Absolutamente infantil! - clamó Corinne, cuyo corazón seguía latiendo apresurado--. ¡Podías haberte matado!
Jared sonrió sujetándola siempre por la cintura. -De verdad estabas asustada por mí, ¿cierto? -NaturAlmente... -y se contuvo. Rehusaba reconocerlo---. No.
-No es la respuesta que quería oír.
El volvió a sumergirla y ella emergió escupiendo y se aferró Al cuello de él.
-De manera que es necesaria la tortura para que vengas a mis brazos, ¿eh? --dijo Jared riendo.
Ella se revolvió hasta quedar a la distancia de un brazo, entonces levantó los pies y Los plantó en el estómago de él, apartándolo. Sabía que no le había hecho daño. Era de contextura demasiado robusta. Pero logró llegar a la orilla del estanque antes de que él la Alcanzara.
Trepó, dispuesta a teminar ahora que le llevaba ventaja. Jared la dejó ir y siguió nadando solo mientras ella se tendía sobre la hierba y dejaba que el sol la secara.

El día se había vuelto muy placentero, más de lo que Corinne había supuesto. De no haber sido por momentos de agonía durante la comida, hubiera sido perfecto. ¡Dios, qué aterrada se había sentido cuando pidió que le diera a Michael! Era la primera vez que mostraba interés en el niño. ¿Y si hubiera visto lo que habia visto Akela? Pero aparentemente no había percibido el parecido.

Y lo cierto era que Michael no había tenido ganas de separarse de Jared. Casi se le había roto el Alma Al ver cuán naturalmente se atraían. Oh, ¿por qué no habían sido diferentes? Ella hubiera podido tener una vida gloriosa con Jared. En verdad le gustaba estar con él cuando se comportaba como se había comportado hoy. Y adoraba la forma en que él hacía el amor. Era Allgo que no podía dejar de reconocer ante sí misma.
Pero verdaderamente era sin esperanza, y Había demasiado entre ellos, muchas cosas que y debian perdonarse mutuamente.
Siguió Allí meditando anhelante y no oyó que Jared salía en silencio del agua y se sentaba junto a ella. Le cogio mano, lenta y tiernamente.
-Hoy tú y yo hemos hecho una tregua, ¿ Kolina?
-¿De qué sirve otra tregua? -suspiró ella, proxima a las lágrimas-. Sabes que no podemos seguir juntos. Dijiste que nunca ibas a perdonarme, Jared estoy harta de procurar convencerte de mi inocencia. -No saques otra vez el tema, Corinne. -¿Ves? Eres tan terco que ni siquiera quieres escucharme. Quiero que me dejes partir, Jared. Ya no hay motivos para que sigamos Juntos.
-No.
Su cara era firme.
-¿Cuándo, entonces? ¿Cuando te canses conmigo? ¡No soy un juguete!
-¡Eres mi mujer, maldición!
-Tu mujer es una puta... ¿recuerdas? Vio que los ojos de él se volvían gris pizarra e instantaneamente lamentó haberlo provocado. El tendió las agarró por los hombros.
-¡Si, recuerdo. Es algo que me corroe cada día de mi vida. La miró duramente un segundo, después la solto y se puso de pie.
Hubo un tiempo... -no iba a demorarse hablando de la noche de bodas- en el que podíamos gozar el uno del otro, aunque hubiera rabia entre nosotros. ¿Por que reabrir siempre las antiguas heridas?
-Todo es diferente ahora-dijo ella con voz entre
¿Desde cuándo? Desde .. .
¡Oh, Dios, desde que me he enamorado de ti!
-Apartó la cara y finalmente dejó correr las lágrimas. abiertamente. Lo amaba. Pero no se lo podía decir. El no iba a saber que tenía tanta poder sobre ella.
-No me has contestado, Corinne -volvió a arrodillarse junto a ella-. ¿Por qué importa tanto ahora?
Ella se puso de pie tambaleando y corrió hacia el caballor
-¿Quieres contestarme? -dijo Jared detrás de ella. Pero Corinne no lo miró.
-Deja de ser tan niña. -La rabia era inconfundible en su voz.
Ella se volvió y le clavó los ojos,
-¿Quieres dejarme sola para que me vista? Comprendiendo que ella no iba a darle una respuesta, se volvió y se Alejó. Corínne se vistió con rapidez y montó su caballo. Empezó a descender hacia el valle sin verlo. Ya no percibía la belleza que la rodeaba. Las lagrimas la cegaban.
Jared era cruel sin darse cuenta, arrogante y ademas orgulloso. Pero ¿no eran estos rasgos del carácter de ella? ¿Estaba acaso pagando por sus propios pecados? ¿Los pecados que veía ahora en el hombre que amaba?
Seguía trastornada por la súbita revelación. Amaba a Jared, pero aquel amor sólo podía hacerla desdichada.

38

A la mañana siguiente, tras Alimentar a Michael, Corinne se vistió con especial cuidado, eligiendo un vaporoso vestido mañanero amarillo suave, que daba un tono casi de oro a sus ojos. Se recogió el pelo flojo con un lazo que hacía juego. El amarillo era uno de los colores que mejor le sentaban.
Satisfecha de su apariencia, se acercó a la cuna y besó a Michael, después se dirigió a la cocina. Akela estaba Allí pelando el coco que Leonaka había hecho caer ayer la mañana. Miró y sonrió.
Corinne se acercó a la mesa y dijo como casuAlamente: -¿Ha visto usted a Jared?
Akela volvió a mirar lo que estaba haciendo. -Se ha ido, Kolina.
-i Ah! ¿Dijo a qué hora iba a volver?
-El no volver hoy. Tampoco mañana, creo. No sé cuando.
Corinne sintió que se le hundía el corazón. -¿No lo sabe? ¿Dónde ha ido? -Volvió a Hononolü.
Los hombros de Corinne cayeron y preguntó vacilante:

-¿Dijo Algo antes de irse, Akela? ¿Me dejo Algún mensaje?
Akela meneó la cabeza. -Lo siento, Kolina.
-No tanto como yo -murmuró Corinne conmocionada, salió de la cocina. Todo el día anduvo sonámbula.
Jared entró en su oficina de la calle King y fue directamente la caja fuerte junto a los archivos. Saco dos largos y delgados estuches y una caja cuadrada de de la chaqueta. Los puso en la caja fuerte y la cerro. El dia anterior había llegado a la ciudad muy tarde para compras, pero había ido a ver a sus joyeros apenas habia despertado Al día siguiente.
En uno de los estuches largos brillaban perlas blancas para su hermana. Los regalos siempre Alegraban a Malia y su estado de ánimo necesitaba un cambio. Estaba seguro de que las perlas mejorarian la disposición de Malia.
De la misma manera esperaba dar gusto a Corinne. Con ella había sido más generoso Al comprar centenares de los ópalos más finos en dos largos collares.
Jared también le había comprado un sólido corazón de oro donde había pedido Al joyero que pusiera la inscripción: "Me volvería a casar contigo, sin lamentarlo". Sabía lo que eso significaba. ¿Entendería ella la profundidad de sus sentimientos? Rogaba que así fue pudieran empezar todo de nuevo. ¿Sería posible
Hubo un abrupto golpe en la puerta, Jared miro y vio a Russell Drayton, que entraba en la habitación. Jared comprendió que no tenía motivo para mostrarse tan sorprendido como estaba. ¿Por qué había supuesto que había partido hacía tiempo?
-De manera que ha decidido usted volver a mostrarse -empezó Russell.
Jared quedó demasiado atónito ante la rudeza del hombre para hablar, pero finalmente preguntó: Qué hace usted aquí, señor Drayton?
Russell se plantó directamente ante el escritorio y lo miró furioso:
¡Ya hace un mes que Corinne ha desaparecido y finalmente he llegado a la conclusión de que la tiene usted escondida en Alguna parte... y quiero saber dónde – dijo Russell - . apoyando los puños en el escritorio y adelantándose.
Es inütil que lo niegue. Quiero saber dónde está.
Jared sonrió, pero no era una sonrisa cálida. -Y realmente espera que se lo diga?
¡Sería mejor para usted, Burkett! -gritó Russell

¡Ha estropeado usted demasiados planes míos! ¡Me encargaré de que no vuelva a interferir!
Jared empezó a sentirse divertido.
-Tal.vez haya olvidado que Corinne es mi mujer. Russell se burló sarcástico.
-Ella no lo aguanta a usted, Burkett. Me agradecerá que la haga viuda.
Demasiado tarde Jared vio el revólver que Russell sacaba del bolsillo de la chaqueta. Esperó oír una explosión; pero no la hubo. Comprendió que Russell quería saborear su triunfo.
-De manera que no es usted el cobarde blando que Samuel Barrows suponía que era, ¿eh?
-Para nada -Russell se Alegró de tener ocasión de explicarse-. Ese es el único tipo de hombre hacia el que Corinne mostraba interés y, por eso, representé un papel.
-Conocerá Tal como soy una vez que estemos casados.
-Si es que ella se casa con usted.
-Oh, lo hará. Tal vez no me ame, pero la convenceré de que me necesita. Es de lamentar que me fallara la punteria cuando tiré contra usted en la iglesia. Se hubiera ganado mucho tiempo si usted hubiera muerto entonces, y haria tiempo que yo dispondría del dinero de Corinne. iHablando de dinero, llevaré lo que usted tenga aquí. El propietario vino a verme hace unos días.
Jared dejó que las palabras lo penetraran. El hombre estaba arruinado. Y era también el canAlla que había querido matarlo el día de la boda. Jared se maldijo por haber creído que aquel incidente era casuAl, Algo dirigido contra otro.
Pero ahora tenía que detener a Russell si tuviera Algún modo abrir el cajón de abajo de su escrito Allí estaba su propio revólver, e iba a sentirse mucho mejor cuando lo tuviera entre las manos.
-Lamento desilusionarlo de nuevo; sólo llevo encima unos pocos dólares.
-No me venga con cuentos -se burló siempre hay dinero en una caja fuerte, y tiene bastante grande atrás. AbrAla.
-Allí sólo hay papeles de negocios -dijo cAlma. No podía Alejarse del escritorio-. libros de cuentas, ese tipo de cosas. Pero no hay dinero.
-¡Muéstremelo, caramba! -rugió Russell impacíente.
Jared se levantó y lentamente abrió la caja fuerte.
Russell lo había seguido dando la vuelta Al escritorio, ahora le hizo señas de que abriera más la puerta de la caja fuerte, para poder ver adentro sin acercarse demasiado a Jared. Vio los estuches que Jared había coloca rato, dos montones de documentos de negocios en el estante de abajo, dinero suelto, que apenas si llegaba a cien dólares.
-Eso pensé -rechinó Russell-. Démelos
Jared sacó el dinero, pero lo retuvo en la mano arrodillado, mientras cerraba la caja fuerte. -¿Tiene usted tanto cuidado a pesar de ir a morir? -dijo Russell con una risita, mientras es Jared se enderezaba-. Tal vez no cree usted que va en serio. Pero ya verá que es así. Ahora quiero saber donde está Corinne.
-¿Y por qué se lo voy a decir si de todos modos piensa usted asesinarme?
Russell hizo una mueca. -Naturalmente tiene razón. No importe. Ella volverá a la ciudad en cuanto se entere de su muerte. Deme ahora el dinero.

Jared tendió el brazo y cuando Russell Alargó la mano para asir el dinero, Jared se precipitó contra los pies de Russell, levantandolo del suelo. Russell, más delgado que Jared quedo atontado por el golpe, y esto dio tiempo a arrebatarle el revólver.

Jared miró el arma durante varios segundos, loco de ganas de apuntar contra Russell y disparar. La necesidad era todopoderosa, pero luchó contra ella.
Russell contemplaba a Jared mientras éste se debatia en la duda de usar el revólver o no. Sus ojos se dilataron, las tripas se le contrajeron. Pera finalmente dejó a un lado el revólver, agarró a Russell por la chaqueta y lo levantó. Dío un puñetazo directo a la nariz volviendo a tirarlo al suelo. Russell se incorporó penosamente, comprendiendo que aquel hombre había decidio matarlo con las manos. Tenía la nariz rota, y no se agacho con bastante rapidez para esquivar el golpe . Sintió floja la mandíbula y en ese momento un puño lo golpeó en el cuerpo y sus costillas crujieron.
Gimio Al procurar levantarse, se tambAleó, cayó de cara, volvio a intentar levantarse. Finalmente Russell logró ponerse de pie, pero dos manos como bisagras rodearon su garganta, y aunque luchó con todas sus fuerzas para soltarse, no pudo hacerlo Unas luces atravesaron sus ojos y, curiosamente, pensó en Dios antes de morir.
Pero no estaba muerto. Estaba hecho un despojo roto el suelo, y un gigante estaba ante él con una cuerda manos.
-No voy a matarlo, Drayton, pero lo haré si alguna vez vuelvo a verle ta cara.
Le ató las manos y las muñecas y, en medio de una niebla de dolor, Russell volvió a oír aquella voz fría, despiadada:
-Lo voy a llevar gratis hasta los muelles donde lo embarcaré en el primer barco que salga. Tendrá que sudar para pagarse el pasaje, porque no soy tan generoso.
Russell fue levantado y echado sobre el hombro de Jared que lo sacó de la oficina y lo arrojó en el coche. Los helados ojos grises se clavaron en los suyos.

-Ha tenido usted suerte hoy, Drayton...de verdad.... he sentido ganas de matarlo. -Y añadio – No vuelva nunca más. En el momento que ponga el pie yo lo sabré y puede darse por muerto.
El coche partió. Russell creyó en la amenza y no pensaba volver, nunca. Quería el dinero, dinero que había esperado obtenerlo Alguna vez. Pero no vAlía arriesgase tanto.
Naneki volvió a la casa de Jared de la Costa Norte con la intención de quedarse Allí. Florence tuvo que dejar el cuarto de Naneki y volver Al suyo, lo que obligo a Corinne a regresar a la de Jared. A Naneki no le gustaba la presencia de Corinne en el cuarto de Jared, - nada.
Corinne supuso que Jared había mandado llamar a su querida. No era imposible. Probablemente habia renunciado a Corinne después del último encuentro en la catarata, y deseaba que su querida cAlentara aquel lecho frio.
Naneki seguía una rutina, pasando largas Akela en la cocina. Pero la mayor parte del tiempo estaba con la hermana de Jared. Las dos eran inseparables y Malia adquirió una actitud nueva, superior. Después pasaron Algunas cosas raras que pudo ignorar. La comida la enfermaba a veces, aunque no hacía daño a nadie más. No pudo menos de sorprenderse ante esto. Y una noche, cuando volvía Al dormitorio de Jared, encontró un enorme ciempiés que emergía de la cama. El tamaño y feAldad de la venenosa criatura le hicieron dar un grito y salir corriendo del cuarto.
Por suerte Michael seguía durmiendo con Florence y Akela llegó corriendo con una escoba y mató Al ciempies, y, ante la insistencia de Corinne, registró el cuarto. Habia otros tres: uno en la cama de Corinne. Corinne no pudo dormir aquella noche.

No le hubiera importado un ciempiés, porque , Akela le había dicho que, a veces, se deslizaban en la casa. cuatro... Y todos en su cuarto...
Pasó mucho tiempo antes de que Corinne pudiera entrar en su cuarto sin examinarlo minuciosamente.

Con el correr del tiempo se sentía aún más desdichada - Jared no le mandaba un mensaje? Y habia noticias de él. Era como si se hubiera olvidado de ella y de su casa de la ribera norte. ¿Qué lo detenía en Honolulu?.

39

Corinne era ya buena en el deporte del surf. Había adquirido la costumbre de salir cada mañana, cuando las olas eran bastante Altas, y volvía a la casa en cuanto Malia Naneki llegaban Al agua con sus tablones.
Abiertamente le desagradaba Malia, aunque comprendia que era la influencia de Naneki la que había convertido a la hermana de Jared en una fierecilla.
Una mañana clara y brillante Florence llevó a Michael para que viera a su madre practicando surf. Corinne sonrio Al verlo sentado en la playa, jugando en la arena. Ya teniá más de seis meses, y era adorablemente gordito. Michael era la luz de su vida.
Había vuelto a escribir a su padre, pero todavía no °había recibido cartas de él, y sabía que iba a pasar un mes `antes de que las recibiera. Ella le había escrito contándo le su dilema. No mencionaba que era una prisionera, porque sabía que su padre vendría a rescatarla en ese caso. Pero le decía que se había enamorado de su marido. Después de todo, su padre era su padre. ¿Podría ayudarla? Pro-bablemente no.
Sumida en sus pensamientos, Corinne no notó el momento en que Malia y Naneki entraban Al agua. Pero las risitas a su lado le llamaron la atención y, Al verlas hizo una mueca. Miró hacia la playa y vio que Floren Allí con Michael. Noelani se les había unido. Aquella era una sospecha que ya no torturaba a Corinne: Akela habia asegurado que la chiquilla no era hija de Jared: Le habia hablado a Corinne del marido de su hija, Peni. Era penoso que la muchacha hubiera perdido Al marido tan pronto, pero el deseo que ésta sentía hacia Jared hizo que no simpatizara con ella desde el principio.
SAludó con la mano a Florence y empezó a remar con los brazos en dirección a la costa. Por el rabillo del ojo vio que Malia iba a atrapar la misma óla. Corinne no se rindio dió. Tenía una incómoda sospecha, y estaba harta de las estratagemas de Malia.
Las dos se pusieron de pie casi Al mismo tiempo, y Malia se dirigió entonces hacia ella, cortando el agua en dirección a la tabla de Corinne. Cuando las dos tablas chocaron, Corinne perdió el equilibrio y cayó a la derecha y la ola se apoderó directamente de ella, Algo la golpeó por atrás y ya no fue consciente del océanó, del sol, de la arena.
Alguien gritaba. Era un grito lastimero. No eran sollozos de una criatura, sino de una muchacha. Corinne empezó a abrir los ojos, pero un dolor come puñalada le atravesó la cabeza, y cerró los ojos como para evitarlo. El dolor palpitaba, maligno. Pensó que se mente iba a desmayarse, pero no fue así. En medio de la niebla seguía oyendo aquel llanto, y ahora voces que no conocía.

-Nunca he visto nada más sorprendente que la forma en que chocaron esas tablas...
-era Florence. -¿Qué tablas?-Corinne reconoció la voz gra Akela.
-Bueno, la de Cori y la de Malia –contesto Florence-. Cuando las tablas chocaron, Cori cayó a un y Malia hacia atrás, lejos de la gran ola que las traia. Y despues una de las tablas sAltó en el aire... ¡Dios mío! Quedo aterrada Al ver que iba directamente hacia el lugar en caído Cori. Cuando vi que no emergía me preocupe fue Malia quien la sacó a la superficie. Probablemente le sAlvó la vida.
Yo... yo no quería que se hiciera daño -solloza
Claro que no, querida -dijo Florence cAlmándo un poco accidente.
Yo sé -gruñó Akela, sombría.
Corinne quedó tan sorprendida ante la rabia en la voz que logró abrir un poquito los ojos. Las dos mujeres de edad estaban de pie a la izquierda de la cama, Malia, que estaba a la derecha, sollozando, con la entre las manos. Akela señAló con un dedo acusa
--¡Has ido demasiado lejos esta vez, Malia! ¡Me averguenza haberte criado! ¡No haber aprendido lo que te enseño tu tía!
-¿Qué está usted diciendo, Akela?-murmuró sorprendida.
-No accidente. Malia no tener accidentes en agua. Nadar toda su vida en tabla.
-¡No quise hacerle daño! -Malia lloraba otra vez ricamente-. ¡Solo quise asustarla!
-Pudo haber muerto... ¿y por qué? Porque tú estar celosa de tu hermano.
-Dios mío -dijo Florence sin Aliento.
-Y me parece que no es la primera vez, ¿eh, Malia? '; siguió Akela, dando voz a las sospechas de Corinne. Me cuesta creer que tú poner esos ciempiés en el Guarde Kolina. Dije, no, mi Malia no ser tan mala. ¡Pero equivocarme !
-Naneki dijo... que no había peligro -dijo Malia, tocurando contener el Aliento-. Por eso buscamos los más grandes que encontramos, para que ella no dejara de verlos.
-¡Auwe! ¿Mi propia hija te ayudó? Ambas necesitais una vara en el trasero. ¡Qué cosa horrible!

-Sólo queríamos asustarla para que se fuera -¿Ella irse? Ser tu hermano quien la tiene aquí-¿Cómo?
-¡Has oído bien, Malia! Ella querer irse, pero el no dejarla.
-Pero ella no es bastante buena para Jared -¡Malia, estás tan ciega como Ialeka! –exclamo Akela-. ¿No darte cuenta que Kolina no ser mala?
-Eso es verdad, Malia -habló Florence estaba tan furiosa con su hermano que planeó toda dia antes de que viniéramos a Hawai. Le dije que no lo hiciera, pero ella fue muy terca. Era toda una treta preparada para hacer que la gente creyera que ella era.. Florence hizo una pausa, todavía incapaz de decir una palabrota- ...una mujer inmorAl.
-Llevaba hombres a su cuarto.
-Sí. Los emborrachaba y los mandaba de nuevo casa prometiendo Algo para la próxima vez. Pero no habia próxima vez, porque nunca vio dos veces Al mismo hombre. El único hombre con quien ha estado... de ese modo... es con su hermano.
-Ella me lo dijo, pero no la creí.
-Su hermano tampoco quiere creerla; esa es la tragedia.
-Jared debe amarla sin embargo si quiere Ia quiere aquí, aunque él crea que...
Florence suspiró.
Eso creo, sí, pero en verdad nadie sabe lo que hay en la mente de él.
-Lo siento tanto... -y Malia volvió a sollozar -Mucho mejor decir eso a Kolina -dijo gruñona.

-Lo haré. No había entendido. Y nunca hacerle daño.
-No es nada, Malia -murmuró Corinne desde la cama.
Las tres caras se volvieron hacia ella. -¿Así que estaba despierta? --dijo Florence - Eso parece.

No intente levantarse. Tiene un chichón bastante feo a un lado de la cabeza, pero fuera de eso no se ha hecho mas daño. No le duele nada, ¿verdad?
- No
-Yó mandar buscar médico. El vive en Háleiwa, por eso pasará un rato antes de que venga -dijo Akela.
No era necesario -protestó Coríne.
Claro que lo era. Nos ha dado un susto a todas - seriedad Florence-. No sé si voy a dejarla que continue haciendo surf.
No seas... ridícula. Fue un accidente... extraño – todas guardaron silencio. Corinne miró a Malía. La muchacha estaba de pie con la cabeza baja, con miedo de mirarla.
De verdad no importa, Malia. Hace rato que estoy despierta y lo he oído todo. Y en lo que a mí se refiere fue un accidente. Lo olvidaremos.
Malia miró, con timidez.
- Perdón Corinne.
Comprendo. Quizás ahora podamos ser amigas. Malia sonrió débilmente, después se dio la vuelta y se fue antes de volver a romper en llanto.
Akela partió tras ella. Corinne se volvió ahora hacia Florence
-Tienes que hacer Algo por mí si el médico dice que debo quedarme unos días en cama.
-NaturAlmente, querida.
-Mañana pide a Akela que te Lleve a la tienda más cercana. Las hay en Wahiawa, ¿recuerdas? O Tal vez Akela sepa si hay alguna más cerca. De todos modos quiero compres para Jared un regalo de Navidad de mi parte algo realmente especial.
-¿Y con qué dinero?
-Tomas mis rubíes... no, los diamantes son más valiosos. Tómalos todos, los collares, los anillos, las pulseras.
-¡Vamos, Cori! Esos diamantes valen una fortuna. -Por Dios, no me importa el dinero. Y de todos modos no te darán el precio que realmente valen. Pero, te den lo que te den, gásTalo todo. Es la primera Navidad de Michael. Trae muchos de juguetes, y Algunas ropas si puedes encontrarlas hechas. ¡Todo le queda pequeño tan pronto!
-¡Como si no me hubiera dado cuenta! Rió Florence.
-Y compra Algo para Akela y para Malia. Algunas cositas para Naneki y para su hija... en Navidad no hay que tener rencores. Y no te olvides de ti. Pero sobre todo un buen regalo para Jared.
-Nunca he comprado nada para un hombre.
Corinne frunció el ceño.
-¡Si pudiéramos ir a la ciudad! ¡Busca un anillo o un barco de vela!
-¡Cori!
-No, no creo que encuentres uno en Wahiawa.Oh, no sé. Busca Algo especiAl. Tiene que ser un regalo que le guste
-Lo procuraré, querida. Descanse ahora.
Florence meneó la cabeza Al cerrar la puerta, hacia siglos que no veía tan excitada a Corinne. ¿Quién habia pensado que iba a enamorarse del hombre que todos creian que detestaba?

40

Jared envió noticias a la casa diciendo que quería dar luau para Navidad, y los preparativos tuvieron ocupados a todos durante la semana. Después de pasar dos días mas en cama por orden del médico, Corinne se unió Al trabajo. Todos se precipitaban a ayudar, incluidos los hombres que trabajaban en los campos de Jared. Kuliano trajo un lleno de bananas desde las colinas.

El cerdo fue entregado un miércoles, y era un animal enorme, que había que sacrificar. El pescado y el ananas llegaron el viernes, en dos carretas cargadas, y barriles de cerveza en una tercera y gran carreta. Trajeron también Algunos pollos extra, y se recogieron cocos a lo largo de la costa, junto con Algas, que iban a ser comidas crudas. Corinne quedó atónita ante las montañas de comida.

Unas mesas largas y bajas fueron sacadas del establo y limpiadas, para ser puestas y cubiertas con hojas de La mañana de Navidad. Grandes sartenes surgieron de las Alacenas. Se empezó a cocinar el sábado, el día antes del luau. Todos los pescados, opihi, cangrejos, lampones y sAlmones, iban a ser servidos crudos, pero de todos modos, se tardaba horas en cortar y preparar el pescado, especialmente el sAlmón lomi, que era cocinado con cebollas cortadas y especias. Los pollos hirvieron todo el día. Había que cortar los ananás, y despues envolverlos en hielo. Corinne ayudó a preparar haupia, el pastel de coco que sería servido en trozos.

Pero lo más fascinante fue la preparación del cerdo. Se inició temprano por la mañana del día anterior Al luau. Akela supervisó a los hombres que cavaron un hoyo para hornear en el corral trasero. Se puso leña en el fondo del hoyo, después se colocaron piedras encima y se prendio fuego. Cuando las piedras estuvieron calientes y el fuego murió, se colocaron otras piedras calientes dentro del cerdo, el cuerpo fue envuelto en hojas fragantes, bajado Al horno pozo y tapado. De tiempo en tiempo se echaban pequeñas cantidades de agua para provocar un vapor que ablandara la carne.

La noche de Navidad, Corinne y Florence adornaron un pequeño pino en el salón. Malia ayudó con las brillantes cintas y Algunos viejos adornos de madera que se colgaron del árbol.

Bajo el árbol se colocaron también regalos en envoltorios, incluida una hermosa montura española Aquella noche Corinne se acostó en un ansioso estado de ánimo. Ni siquiera llevó consigo a Michael para cAlmarse, esperando que Jared regresara aquella noche, y dejo que Florence llevara Al niño con ella.

Tenía miedo. ¿Por qué Jared se había demorado tanto? ¿A causa de su trabajo o a causa de ella? ¿Seguiria enojado?

-Venga, Cori, ya están llegando Algunos invitados. Corinne se movió en la cama y se volvió para ver el rostro de Florence que asomaba en la puerta. -¿Qué has dicho? -Dios, son casi las once. Corinne hizo una mueca.

-He pasado mala noche.

-Bueno, lo compensará con un lindo día, de manera que levántese. Ya han llegado Algunos vecinos... y tambien Jared.

-¿Jared está aquí? -Corinne se sentó de golpe.

-Sí, y ha traído a Algunos de sus trabajadores, Alrededor de unos veinte. Y también a su amigo Leonaka. Son hombres y todos se han ido directamente a beber. Esta noche la fiesta será un poco loca, después de lo que habrán bebido durante el día.

-Ven, pues, ayúdame.

-Oh, no --dijo Florence-. Akela ha llevado a Michael a la cocina, y tengo que rescatarlo antes de que caiga en una de esas grandes ollas de poi.
iDios mío, ha llenado cinco enormes sartenes con esa mezcla de Almidon
-Oh, basta -dijo Corinne riendo y excitada ahora-. Te he visto comer poi cuando creías que nadie te miraba. No puedes ya fingir que no te atrae.
-Bueno, no está tan mal con un poco de crema y azucar -concedió Florence-. Pero es mejor que se dé prisa, querida. Akela quiere cortar Algunas flores para poner las mesas.
Florence cerró la puerta y Corinne sAltó de la cama. Sabia lo que se iba a poner. El muumuu rojo, blanco y verde, que era tan bello. El regalo de Navidad de Akela.
-Se había adelantado a dárselo. Le Sentaba perfectamente a Corinne y tenia un escote bajo con un delicado borde de encaje. Y Corinne tenía el perfecto collar para usar con éstos un gran rubí en una larga cadena. Tenía anillos, pulseras y pendientes que hacían juego, pero se puso sólo una pulsera y su anillo de bodas. Su pelo, lavado la víspera, chispeaba con reflejos de cobre, oro y limón bajo las luces. Lo dejó suelto y flotante, ya que éste era el estilo que parecian preferir las mujeres del país.
Salió de su cuarto y se dirigió directamente Al patio, desde donde pudo ver el corral sin ser observada. En seguida vio a Jared, de pie entre un grupo de jóvenes hawaia nos, en el extremo, cerca del banco. Llevaba una camisa "deportiva blanca, abierta hasta la mitad del pecho, y una chaqueta y panTalones de color tostado. Estaba polvoriento por el viaje a caballo, pero tan hermoso que su corazon agitó.
Este era un hombre Al que nunca podría dominar a menos que usara todas las tretas femeninas; era hombre de fuerte voluntad, dominador. Pero estaba enamorada de él. ¿Qué le había pasado? Sabía muy bien cuanto podía herir el amor. Pero nunca había conocido nada excitante.
Sí, sus sentimientos habían cambiado. ¿Y los de él?
Algunos hombres ya se habían dirigido a la playa pero Jared tenía todavía que quitarse la camisa. Entonces Corinne vio que Malia corría hacia él y lo tomo de la mano. Empezo a tirar de él hacia la casa, y Corinne pudo oír su voz excitada.
-¡Vamos, quiero abrir los regalos! ¡Tu mujer nos ha hecho esperar hasta tu llegada!
-¡Vamos, estás muy divertida, me parece -¿Por qué no? -le reprochó ella-. Es Navidad ¿Has traído Algo?
Corinne tuvo miedo de pronto a enfrentarlo, y que todavía estuviera enojado, aunque ella ya no lo estaba. Se dirigió rápidamente a la cocina. Estaba llena y ruidosa de actividad. Naneki cortaba un poco del haupia y unos primos de Akela habían venido desde Kahuhu para ayudar. Akela cocinaba el arroz de los pollos y asaba unos boñatos.
Corinne no hacia más que molestar habiendo tanta gente para ayudar. Pero, ¿adónde ir para evitar a Jared? de pronto Malia asomó la cabeza.
-Tía, ven a descansar --dijo Malia excitada
¡Ven, Kolina, Ialeka está en casa!
Jared apareció en la puerta y sus ojos se encontraron. Pero la expresión de él era inescrutable. Todavía ignoraba cuáles eran los sentimientos de él. Y entonces Malia volvió a tomarlo de la mano y lo arrastró sala, y Akela empujó a Corinne fuera de la cocina. Florence y Michael ya estaban en la sala contemplando el pequeño pino.
-¿Ha sido idea de quién? -preguntó Jared mirando el árbol.
Fue sugerencia de Kolina -replicó Malia-. Es lindo, verdad?
¿Un árbol? ¿En la casa?

Oh, deja de ser tan gruñón -bromeó Malia-. A mí me gusta y, de ahora en adelante, tendremos uno cada año.
Y de dónde proviene esto? -sacó la montura del arbol.
Es para ti, regalo de Kolina.
'Jared se irguió lentamente y miró a los ojos a Corinne. Su expresión era clara... dura y acusadora. ¿Qué había ella de malo? Aquella mirada trajo lágrimas a sus ojos y salió corriendo dcl cuarto.
Unos minutos después Jared entró con grandes 'paso en el dormitorio de ambos.
Al ver las lágrimas de ella, dijo: -¿Por qué diablos estás llorando?
Ella procuró soltarse, pero él la sujetó con fuerza.
-No sé por qué lloro. Creí que iba a gustarte el árbol de Navidad, pero no ha sido así. Creí que iba a gustarte el regalo, pero no te ha gustado. Y hace más de un mes que te has ido, y ni siquiera has venido a sAludarme Al llegar
Tras un largo silencio él dijo con suavidad:
-No he ido porque no estaba seguro de que quisieras verme -el tono de Jared la sorprendió-. Y me gusta la montura.
-Bruscamente su voz volvió a ser helada. -Es del mejor cuero que he tenido y eso cuesta caro. Me gustaría saber cómo la has pagado.
De pronto se hizo claro para ella lo que él estaba pensando. Contuvo el Aliento.
-¿De verdad confías tan poco en mí?
-Sé que no tenías dinero, Corinne, porque lo tengo yo. ¿Cómo has podido comprar esa montura si no es...? -¡No te atrevas a decirlo, Jared! -Lo interrumpió ella furiosa- ¡No te atrevas! Si te interesa saberlo, Florence compró para mí esa montura porque yo estaba en la cama. ¿Acusarás a mi doncella de venderse? ¡Tienes una mente que es un estercolero!

El se estremeció ante las palabras. -¿Qué quieres decir con eso de que estabas en cama?
-¡No cambies de tema, te lo ruego! -¡Contesta!
-No fue nada. Tuve un pequeño accidente con un chichón en la cabeza. Eso es todo. -¿Y ahora estás bien? -Era evidente que sintio Alivio.
-Sí, pero ¿por qué tanta preocupación por mi bienestar después de haberme acusado?
-Por el amor de Dios, ¿qué quieres que pensara Sabía que no tenías dinero, porque saqué tu dinero poco antes de que vinieras aquí.
-Vendí Algunas joyas --contestó ella de pronto. De todos modos tenía más de las que necesito. Sus palabras fueron como un golpe físico y Jared pAlideció.
-¡Dios mío, Corinne, perdón!
Ella estaba demasiado herida para ablandarse -¡No, no lamentas nada! ¡Crees que me he vendido. Siento ahora haberme separado de mis brillantes aunque no me importó en el momento. Simplemente queria comprar algo lindo. Creo que soy más tonta que tu Jared Burkett.
-Maldición, Corinne, ¿cómo quieres que lo sepa? Nunca hubiera soñado que pudieras desprenderte de Algunas de tus joyas. No llevabas ninguna a la casa de juego por miedo a perderlas. Creí que las alhajas eran importantes para ti.
-Lo eran cuando mi padre controlaba mi bolso ahora soy rica. Me importan un comino las joyas que tengo. Siempre podré comprar otras.
El la soltó y se apartó con expresión tensa. Dejo el cuarto y volvió rápidamente con un largo estuche, que arrojó sobre la cama.

-Es Algo que pensé que iba a gustarte. Pero me equivoqué. Tuvimos la misma idea... lamento que en ambos casos todo haya resultado tan desastroso.

Jared dejó la habitación y Corinne miró dudosa el estuche que había sobre la cama y lo abrió. Brillantes ópalos lucieron ante ella en un arco iris de orgullosos colo res y entonces las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos. Lentamente se quitó el collar con el rubí y se puso los ópalos. Después los estrujó en la mano y los llevó a la mejilla.
-Oh, Jared, ¿por qué tenemos que tener estas peleas estúpidas todo el tiempo?
El día había empezado muy mal. Pero era Navidad. El resto de la fiesta iba a ser mejor, ella se encargaría de eso. Pensando en Michael y en los regalos que todavía tenía abrir, su ánimo empezó a levantarse.

41

Todo el día lo pasaron comiendo y bebiendo, y los invitados seguían llegando. Muchos salieron a nadar, y hubo un pequeño torneo de surf. Corinne fue presentada a tantas personas que le resultaba imposible recordar los nombres. Le fueron dando lei tras lei, hasta quedar casi enterrada bajo las fragantes guirnaldas y se vio obligada a quitarse la mayoría de ellas.
Un grupo de hawaianos con instrumentos de cuerda tocaban sin parar, y un continuo manar de cerveza los mantenía Alegres. Todos estaban muy contentos, y Corinne reía constantemente. La fiesta reAl, cuando todos iban a sentarse para comer juntos, sólo empezó cuando cayó la tarde. Casi todos los amigos de Jared estaban presentes, pero Corinne no se sintió incómoda. Muchos la miraban con curiosidad, preguntándose qué pasaba entre ella y Jared, pero ella no dejó que esto la perturbara.
La comida provocó elogios unánimes, y Akela sonreía orgullosa. Corinne probó todo, y se sorprendió de que le gustaran Algunos de los platos crudos. El pollo con arroz era delicioso, pero de lo que no se hartaba era del cerdo kAlua. Fue a que le sirvieran tres veces aquella carne tierna, en tiras.

Jared se sentó junto a Corinne en la mesa, pero apenas cruzaron una palabra.
La bebida y la Alegría continuaron después del festín. Jared se levantó, pero Corinne siguió en la mesa Florence y Michael. Los hawaianos adoraban a los niños y Michael pasaba de regazo en regazo, recibiendo tan mimos en un solo día como para que le duraran varios meses. Leonaka se les unió un rato para contemplar a Michael y Algunas muchachas jóvenes que bailaban el hula. Llevaban faldas hechas de hojas cortadas de té, y leis Alrededor del cuello y la cabeza. Los instrumentos que se usaban para el baile del hula eran tambores de calabazas y matracas de cocos.
Después del crepúsculo, un espectáculo en sí mismo, fueron colocadas Alrededor del corral las antorchas tila y el luau se prolongó.
Algunos seguían nadando, otros practicaban surf la luz de la luna, y Corinne descubrió que un luau era una fiesta que duraba todo el día y toda la noche.
Mientras Corinne contemplaba a los que practicaban surf, una mujer un poco mayor que ella se sentó a su lado y se presentó como Dayna Callan. Unos años menor que Jared, era muy bonita, con pelo castaño claro y ojos azules. Corinne estaba un poco inquieta, preguntándose qué podía decirle, cuando Dayna la sorprendió.

-¿Supongo que usted debe de haber oído que Jared y yo íbamos a casarnos?
Corinne tardó un momento en contestar. -No, no había oído...
-Oh, querida, lo siento. Debe usted pensar que soy muy mal educada Al decírselo así, pero creía que seguramente usted estaba enterada. Sólo quise mencionarlo en seguida para que no nos molestara, en caso de que usted quisiera hablar conmigo.
Corinne procuró recobrar su ánimo.
-Jared... ¿le pidió a usted que se casara con él? Dayna sonrió.
-¡Cielos, no! El nuestro era más o menos un acuerdo tácito. El siempre retrasaba la declaración. Y francamente...
-bajó la voz- yo temía que lo hiciera Algün día.
-No entiendo.
-¿Sabe? Yo crecí con Jared. Mí familia tenía una de playa en la costa, y pasábamos aquí ta mitad del año. Jared y Leonaka eran como mis hermanos. ¿Se imagina la perspectiva de casarse con un hombre a quien se considera como su propio hermano?
-¿Entonces usted no quería casarse con él?
-No. Me sentí Aliviada cuando él volvió del continente y me habló de usted. Creo que soy la ünica en quien confió. Lo cierto es que me dijo todo lo que había hecho. Se sentía muy desdichado cuando regresó, y estoy segura que lamentaba su comportamiento. Cuando le llegaron los cuentos acerca de usted, me di cuenta de que estaba enloquecido de celos. Procuró ocultar sus sentimientos, yo me di cuenta.
Por primera vez Corinne sintió una caliente verguenza por la comedia que había representado.
-Debe usted pensar que soy una mujer horrible.
-Lo cierto es que no sabia qué pensar. Pero sabía lo que había hecho Jared, y por eso no podía culparla a usted. Además, eran sólo rumores, y hay que ser desconñado con tos rumores.
-Jared no lo fue.
-Bueno, Jared con frecuencia reacciona con emoción y no con el buen sentido: Supe, desde el momento en que la vi, que usted no podía haber hecho lo que decían. Pero Jared no tiene intuición femenina. Y los celos pueden distorsionar nuestro pensamiento.
-Hay que querer para tener celos -replicó Corin
ne.
-Exactamente. -Dayna recalcó la palabra y sonrió.
Miró directamente a Corinne. Corinne entendió.
-De verdad rne alegro de haberla conocido. Solo desearía que hubiese sido antes -sonrió tristemente y suspiró.
-¿Jared se ha puesto difícil?

-Oh, no se trata tanto del comportamiento de Jared.
Son las constantes dudas y sospechas. también tengo tendencia a ser celosa.
Los ojos de Corinne se movieron hacia Naneki, que bailaba ahora sola, y Dayna siguió su mirada. La muchacha hawaiana bailaba hermosamente, con seducción y su atención se concentraba en Jared que estaba de pie, observándola.
-¡Oh, Dios!
Corinne se volvió hacia Dayna. -¿Qué pasa?
La otra mujer frunció el ceño.
-Creía que Naneki había olvidado a Jared, pero veo que no es así.
-Ella era su querida, ¿verdad?

-Bueno sí, por un tiempo. Pero fue antes de que se casara con usted. Yo hubiera creído que... -la frase murió sin ser dicha.
-Jared y yo no somos una pareja en luna de miel -dijo Corinne.
Dayna la enfrentó directamente y dijo:
-Voy a ser ahora grosera y le preguntaré algo no me concierne. ¿Ama a Jared?
-Sí.

-Entonces tendrá que luchar por él -replicó Dayna, con un chispeo en sus ojos azules.
-¿Qué quiere usted decir?
-Usted es una mujer bella, Corinne. Si Jared sabe que lo quiere, no buscará en otra parte. Otra mujer no tendría nada que hacer con él.
-¿De verdad lo cree?
-NaturAlmente. ¿Por qué no empieza ahora? Vamos, distraiga la atención de él para que no mire a Naneki. Es tarde y a nadie le parecerá raro que ustedes dos se retiren pronto.
Dayna guiñó un ojo y Corinne se ruborizó.
-¿Y usted?-preguntó Corinne, esperando volver a ver pronto a Dayna-. ¿Se irá pronto?

Cielos, no. Uno de los mejores momentos de un luau es encontrar un sitio para acurrucarse y pasar la noche. Casi todos se quedan hasta la mañana y después ayudan a limpíar.
-No lo sabía. Dayna rió.
-Tendrá gente durmiendo en toda la casa, y tambien en el establo -sonrió-. Vaya ahora. La veré por la mañana antes de partir. Entonces podrá conocer a mi acompañante, Mark Cariton.
Corinne se levantó de la mesa y se acercó lentamente a Jared. Aún no sabía qué iba a decirle. Nerviosamente jugaba con su collar, y de pronto se dio cuenta de que tenía pretexto perfecto para hablarle.
-Jared... -El tardó unos momentos en apartar los ojos de Naneki, pero finalmente se volvió hacia Corinne. Quiero darte las gracias por los ópalos, son hermosos.
-Si te gustan, me alegro. Sí no... -se encogió de hombros como diciendo que no tenía importancia.
-De verdad me gustan, Jared -dijo ella rápidaente. Y añadió: -En serio.
El la tomó del brazo y la llevó al sillón hamaca que quedaba a corta distancia. Oh, ¿por qué estaba tan nerviosa?
-Los ópalos te sientan bien --dijo Jared descuidadamente, sin mirarla-. Completan tu colorido. Te has tostado bastante mientras yo estaba fuera.
-Lamento que no te guste...
-Me gusta. Tu piel se ha oscurecido, pero el pelo se te ha aclarado. Tienes ahora un aire muy exótico. -¿Es eso bueno?
-Vamos, mujer, nada puede hacer daño a tu belleza. ¿Eres ingenua o esperas que te elogie? -El mentón de Corinne se levantó imperceptiblemente, y Jared rió. - No te encabrites, sólo estaba bromeando.
Ella se relajó y decidió abordar el tema que la había preocupado tanto últimamente.
-¿Para qué estuviste fuera tanto tiempo?
El la miró con curiosidad un momento, y después miró hacia el océano.

-Hubo dificultades en el trabajo del hotel: Uno de los obreros casi perdió una pierna por una mala caída y no podía dejarlo Allí en el hospiTal sin saber si iba a perder la pierna o no.
-¿Y ahora está bien?
-Sí. Pero cojeará el resto de su vida. Ademas otras cosas me demoraron en la ciudad.
-¿Qué cosas?
-Algo personAl, Corinne. Ella se irguió.
-¿Algo que tiene que ver conmigo?
-No, maldición -dijo él exasperado-. Si quieres saberlo, estaba buscando a John Pierce. Entre él y yo hay un asunto que no está terminado.
-¿Lo encontraste? -Se ha ido de la isla.
-¿Para siempre? -preguntó ella.
-Aparentemente -dijo Jared, frustrado-. bién me enteré de que sus tierras están a la venta - pués su tono se Aligeró: -Pero basta de esto. Akela me ha dicho que ayudaste mucho en la preparación del Luau. Lo aprecio de verdad. Las cosas deben de haber sido un revoltijo durante la semana.
-Me gustó bastante.
-Debes de estar cansada después de un día tan largo. Volvía a mirarla con aquellos penetrantes ojos azulados. ¿Le preguntaba o le decía aquello?
-Estoy listo para ir a la cama.
Ella sonrió. -Yo también.
Dieron las buenas noches a los invitados y en en la casa. Atravesar el patio fue difícil. Ya habían acostado Allí a los niños, sobre la gran Alfombra y los sofas, también había Algunos adultos durmiendo. Jared la siguio por encima y Alrededor de cuerpos pequeños y grandes, y cuando llegaron a lo Alto de los peldaños del patio, vieron que el salón ya estaba repleto.
El corredor que llevaba a los dormitorios estaba tranquilo y vacío. Florence se había ido a acostar hacía rato con Michael. Malia tampoco se había retrasado mucho, ya que la excitación la había hecho despertar Al Alba. Jared se detuvo ante la puerta de Florence para darle las buenas noches a Corinne. Había decidido no presionarla. Había cometido un tremendo error aquella mañana, "error estúpido, y estaba seguro de que Corinne seguía enojada. Pero Corinne se dirigió Al cuarto de él y entró. Jared le clavó los ojos sorprendido. Ella se acercó a la cómoda, encendió una lámpara, se quitó la gardenia del "pelo, aspirando profundamente antes de dejarla.
Jared entró lentamente al cuarto y la observó. -¿Te has trasladado aquí?
Ella lo miró sin inmutarse. -Espero no molestarte.
-No, claro que no --contestó Jared, preguntándose cómo diablos iba a poder pasar la noche sin tocarla. Corinne prosiguió nerviosa, mientras se quitaba el collar:
-Naneki ha vuelto. Está aquí desde que te fuiste, de modo que no sobran cuartos. Y no creo que Florence y yo estemos muy cómodas compartiendo su pequeña cama.
-Corinne, dije que no me molestas -interrumpió él-. De todos modos éste es tu sitio.
Ella se apartó de él echando a un lado su largo pelo. -¿Quieres desabrocharme mi muumuu?
El empezó a desabrochar la prenda y lentamente emergió la esbelta espalda de ella. Su nuca era tan tentadora, tuvo ganas de inclinarse y acariciarla con los labios, probar aquella piel sedosa. ¿Acaso ella iba a dar un salto apartándose enojada? Mantuvo el control, se dio la vuelta y empezó a su vez a desnudarse.

Corinne fue al retrete, se quitó el muumuu y la ropa interior. Desnuda, tardó mucho tiempo buscando un camisón, esperando que por lo menos Jared la mirara. Finalmente, no pudo tardar más y sacó una bata verde oscuro, de luciente raso.
Corinne se volvió hacia Jared antes de ponerse la bata y vio que él la miraba como hipnotizado. Ella sonrió para sí y apartó los ojos. Lentamente se echó la bata sobre la cabeza v tiró de ella.
Jared quedó inmóvil mientras Corinne caminaba provocativa hacia la cama y se deslizaba bajo las sábanas. ¿Acaso sabía ella lo que le estaba haciendo? Lo estaba tentando más allá de lo tolerable.
-¿No vienes a acostarte, Jared?
La voz de Corinne era decididamente dulce, y el comprendió que hacía varios minutos que no se movia. Se arrancó el resto de las ropas y se dirigió a la cama.
-Maldición, mujer, ¿sabes lo que me estás haciendo? -preguntó rudamente-. ¡No aguanto más! Ella guardo silencio. Después, lentamente, lo rodeo con sus brazos y apoyó la cabeza en el pecho de él. Corinne pensó que iba a morir de tanto desearlo la necesidad de que penetrara en ella, de que la reclamara. Era la única seguridad que tenía de que él sentía Algo por ella, aunque sólo fuera deseo. Se quitó la bata y procuró que él se tendiera con ella, pero él la contuvo. -No, anoi --dijo con voz sorda-, quiero saborearte. Dios, cuánto te he deseado, he soñado contigo... Lentamente la hizo tenderse y se echó a su lado, con pierna sobre la de ella, posesivamente.
Y entonces empezó a torturarla con besos suaves, exquisitos, que la enloquecían. Sus labios oprimían los ella con tierna pasión, y su mano le hacía arder la piel. El cuerpo de ella pedia un alivio, pero él prolongó la deliciosa tortura. Finalmente ella no pudo resistir más, agarró su verga caliente, como de acero, y lo condujo hacia ella.
Jared gruñó ante el contacto y subió sobre ella. -Oh, mi Kolina... -dijo entre dientes.
Hundió los labios en la curva del cuello de ella y, Al á mismo tiempo, la penetró con palpitante virilidad. En segundos, Corinne giró, dando vueltas hacia el momento del estallido. Su satisfacción fue completa, porque Jared se le unió en el instante supremo. El momento estremecido fue de ambos.
Corinne suspiró profundamente cuando Jared se tendio a su lado y la acercó a él. No se dijeron palabras, pero apoco eran necesarias.

42

Corinne despertó tarde y descubrió que estaba sola. Se vistió con rapidez e hizo la cama amorosamente, recordando cada momento de lo que había pasado la noche anterior. Recogió las ropas que Jared había dejado tiradas por suelo. Era un revoltijo. Ni siquiera se había molestado an vaciar los bolsillos. Corinne dejó Algunas monedas y trozos de papel sobre la cómoda, después sacó una cajita de otro bolsillo. Era un estuche de joyas, y no resistió la tentación de abrirlo. El sólido corazón de oro que brilló ante ella era precioso. Lentamente leyó la inscripción grabada. Corinne cerró rápidamente el estuche y volvió a dejarlo en el bolsillo. Después puso las otras cosas en los bolsillos y colgó las ropas. El no debía saber que ella había visto la Joya.
Estaba temblando. ¿Qué significaba aquello? "Me volvería a casar contigo, sin lamentarlo". NaturAlmente que lo había lamentado la primera vez. ¿Pero ahora? Sin lamentarlo? ¿Significaba acaso que la amaba?

-Entonces, ¿por qué no me ha dado el collar con el corazón? -murmuró para sí.
La respuesta era obvia. El había cambiado de idea. Era sólo la lujuria lo que le había hecho poner aquella inscripción. No era amor. El se había dado cuenta de que no la amaba. Por eso no pensaba darle el corazón Corinne pasó el resto del día esperando a se le acercara. Pero él tenía que atender a todos los invitados y estuvo ocupado todo el tiempo.
Después de comer, cuando Jared fue Al establo. Corinne tomó un chAl y se dirigió Al corral del sentó en el banco hamaca, esperando que Jared se le uniera cuando terminara. No pasó mucho tiempo y lo oyo cruzar frente a la casa y entrar. Akela iba a decirle que ella estaba en el fondo. Ya no tardaría. Pero él no vino inmediatamente y ella fue a buscarlo.

Jared se metió el collar con el corazón en el bolsillo y sonrió al dejar el dormitorio. Había esperado encontrar Allí a Corinne, pero supuso luego que ella había ido a dar un paseo. La esperó en la sala. Todo estaba tranquilo porque los invitados habían partido hacía rato. Jared se impacientó Al ver que Corinne no llegaba. Recorría la habitación, después abrió la puerta del frente y quedó Allí mirando la brillante luna. Esto le recordo la promesa que le había hecho hacía tiempo de un paseo por la playa, y añadió ahora la de hacer el amor bajo las estrellas, con la luna brillando sobre Corinne. Después aspiró el fuerte perfume de la gardenia detrás de él, el capullo que Corinne siempre llevaba pelo. Los brazos de ella rodearon su cintura y Jared rió y se volvió para apresar los labios de ella. Pero los que se entreabieron bajo los suyos no eran los de Corinne
Jared retrocedió, y sus ojos se ensombrecierc -¿Qué haces, Naneki?
Ella hizo una muequita.
-Bueno, ella no ser la única que poder usar Gardenia. ¿Por qué no vienes ya a mí?
-Ahora estoy casado y me basta con mi mujer
-Ella no ser buena.
-Basta, Naneki -dijo Jared fríamente, apartándola de él.
-¿La amas entonces?
-¡Sí, maldición, la amo! -La expresión herida de ella le hizo suavizar el tono. -Oye, Naneki, te he dicho hace tiempo que te busques un marido. ¿Por qué no le das una oportunidad a Leonaka? El te quiere.
-¿Leonaka?
-Sí, ¿no lo sabías? ---Cuando ella meneó la cabeza él prosiguió: -Es porque nunca lo has Alentado en lo más mínimo. Pero él te amaba desde antes que te casaras con Peni.
La cara de ella se iluminó. -Leonaka hombre bueno, fuerte. -Así es.
-Creo que mañana le llevaré laulaus. Eso animarlo, ¿no?
Jared rió.
-No cabe duda. Ahora vete a la cama.
Jared debía haberse sentido herido de que Naneki pudiera transferir tan fácilmente el cariño que sentía por él, pero no fue así. Amaba a Corinne. Ya no podía esperar más, y salió de la casa para ir a buscarla. Iba a decirle cuánto la amaba.
Pero Corinne no estaba afuera. Estaba encerrada en el cuarto de ambos, llorando sobre la cama donde la noche antes había encontrado tanto placer. Ahora todo se había ido y nunca más volvería. ¿Por qué había tenido que venir en aquel preciso momento y ver a Jared y Naneki besándosel Corinne había sentido que le arrancaban el corazón, y sin esperar ver más, corrió Al dormitorio y se encerró Allí.

Había sido una tonta en creer en la felicidad. El amor entre Jared y Corinne era Algo del pasado.
Jared volvió a la casa después de una búsqueda inútil y se dirigió a su cuarto. Estaba atrancado. -Corinne...
-Vete, Jared.
El sacudió la cabeza, ofendido. -Abre la puerta.

Corinne saltó de la cama y se acercó a la puerta para que él pudiera oírla claramente. ¿Cómo se atrevía venir a ella después de haber estado con su querida?
-Te he dicho que te vayas, Jared. Lo de anoche fue un error, y no volverá a repetirse.
-¿Qué demonios te pasa? -rugió él, incrédulo. El enojo de la voz de él hizo que ella contestara: -¡He recobrado el juicio, eso es todo! ¡Habia olvidado cuánto te odio, pero no lo volveré a olvidar! ¡Dios, no era verdad... no podía serlo! Pero era mejor que él lo creyera.
Las lágrimas volvieron a correr, justamente cuando creía ya haberlas vertido todas.
-Lo digo en serio, Jared. Te devolveré tu cuarto por la mañana. Esta noche... ¡vete a dormir con tu querida! no te quiero, pero seguramente ella sí.
-Corinne...
-No -interrumpió ella- ya estoy harta. Jared si no me llevas mañana a la ciudad, me iré a pie.
Jared retrocedió, atónito y furioso. Después la rabio vencio todo sentimiento.
Dos veces. Lo había tomado por tonto dos veces. Siempre lo había odiado y siempre lo odiaría. Pero no habría una tercera vez. La llevaría a la ciudad. La acon pañaría hasta el barco; y se encargaría de que se embarcara. ¡A la mierda con Corinne!

43

Jared fue a llamar a Corinne. El coche esperaba y había un carro para llevar el equipaje Al puerto. En muy poco tiempo Corinne desaparecería de su vida. Debía estar contento verse libre de ella y de la rabia que inevitablemente le 'causaba. Pero no sentía Alegría. Se sentía perdido.
El llanto del bebé atrajo a Jared Al cuarto de Florence. Sabía que iba a encontrar Allí a su mujer. Ambas mujetes procuraban a la vez cAlmar a la criatura, evidentemente sin éxito.
Jared meneó la cabeza Al entrar en el cuarto abierto. -Si todo está empaquetado, señoras, empezaré a llevar abajo las cosas.
-Ahora no, Jared -contestó brevemente Corinne, sin mirarlo.
-Bueno, que sea pronto. El barco sAle dentro de tres horas.
-¡Qué me importa ese maldito barco! -se volvió hacia él. Tenía los ojos dilatados-. Michael está enfermo.
-Sabes que no habrá otro barco hasta el 14. -Cuando sea-dijo ella distraída, y se volvió hacia Michael.

-¿Has mandado llamar Al médico? -Iba a hacerlo -dijo Florence. -Tonterías -contestó Jared-. Su lugar es con su hijo. Mandaré a Soon Ho.
El se disponía a dejar el cuarto, pero Corinne lo detuvo.
-Jared, quiero que venga el doctor Bryson. El lo conoce. Y dile que es una emergencia. Jared frunció el ceño.

-¿Dónde queda su consultorio?
-En la calle AkAlea.
-Está bien -contestó él-, pero quiero que vengas abajo conmigo. Las dos armáis tanto Alboroto que probablemente asustáis Al niño.
-No. Me quedo aquí.
-Vaya, Corinne-dijo Florence con gravedad, lanzándole una mirada llena de buen juicio.
-Está bien -dijo ella de mala gana-. Pero solo hasta que llegue el médico.
Después de despachar a Soon Ho, Jared se unio Corinne en la sala.
-Parece que no te vendría mal un trago –dijo él.
-Así es, gracias.
Se sentó en el borde del asiento, apretando manos sobre el regazo y sin apartar los ojos de la escAlera. Jared la observaba mientras llenaba los vasos. Corinne parecía aterrada.
-El niño se curará. -NaturAlmente.
Le tendió el vaso y vio que le temblaban las manos: -¿Qué le pasa?
-No sabemos. Arde de fiebre y no deja de llorar. -Puede ser cualquierr mal menor, Corinne -dijo él procurando tranquilizarla.
-¡También puede ser serio! -exclamó ella-. Perdón, Jared, simplemente estoy preocupada por él. -Me doy cuenta.
Corinne guardó silencio y Jared la observó. Hubiera querido cAlmarla. Diablos, hubiera querido ofrecerle su amor.
-Corinne, no es necesario que te vayas el 14 o que vayas Alguna vez... -Pero ella no lo escuchaba; escuba el llanto que venía de arriba. -¿Me has oído? Finalmente ella miró hacia él. -¿Qué decías?
-Que no hay motivo para que te vayas. Puedes quedarte aquí.
-¿Contigo? -Sí.

Los ojos de ella se fijaron ahora en los de él. Eran como esmeraldas oscuras.
-¿Y compartirte con Naneki y Dios sabe con cuán'tas mujeres más? No, gracias.
-¿Compartirme? -preguntó él sorprendido-. No be estado con otra mujer desde que me casé contigo. -Note burles, Jared -dijo ella con amargura, y sus ojos se oscurecieron más-. Sé cómo son las cosas. -¿Cómo dices?
-¡Te vi! -gritó ella, y toda la rabia y el dolor contenidos emergieron-. ¡Vi como tú y tu querida os besabais!
Jared la miró fijamente unos momentos, y entonces todo se le hizo claro. Rió.
-Eso no fue nada. Ella vino aquella noche por detrás y yo creí que eras tú. La besé sin mirar, pero me interrumpí en cuanto me di cuenta de que no eras tú quien estaba entre mis brazos.
-No creo... -Corinne sAltó cuando los gritos de Michael arreciaron.
Corrió a las escAleras, pero Jared la detuvo. -No quiero que vayas allí, Corinne.
Ella procuró soltar su brazo, pero él la sostuvo con firmeza.
-Basta, Jared. El me necesita.
-No seas ridícula, Corinne. Florence puede atenderlo muy bien.
-Quiero a Michael.

-Si es Algo grave tú también puedes contagiarte es Algo que no permitiré.
-¡No me importa lo que permitas!-.Su voz se elevó frenética.- ¡Suéltame!
-¡Basta Corinne! --dijo Jared con dureza-• único que el niño necesita es a su madre. ¡Vamos,estas obsesionada con esa criatura! ¿No te das cuenta?

-¡Obsesionada! -chilló ella y empezó a lla ¡Sí, estoy obsesionada, porque Michael es mi hijo. ¿Entiendes ahora? ¡Es... mío!
Jared la soltó tan bruscamente que ella se tambAleo. Y Corinne no se detuvo para ver la expresión de dolor en la cara de él, porque salió corriendo escAleras arriba,;
Es mío... le oía gritar Jared una y otra vez den su mente. No «nuestro», sino «mío», había dicho ella . No se le ocurrió pensar que simplemente estaba trastornada.
No, esto demostraba lo que él había sospechado Alguna El hijo era de Drayton, no cabía duda. Era la única explicación posible de por qué Corinne le había ocultado la verdad. Si el niño fuera de él, seguramente Corinne lo habría dicho.
Corinne se dejó caer en el asiento y suspiró profundamente. Estaba exhausta y lo parecía.
-Vamos, creo que esto no nos vendrá mal a ninguna de las dos -Florence entró en el cuarto con una botella; dos vasos.
-¿Acompañaste Al doctor Bryson? -Sí.
-¿Sabes? No sé por qué lo hice -suspiró Corinne-. Después de tantas molestias y mentiras para guardar el secreto acerca de Michael con Jared, le grité de pronto la verdad. ¡Y ni siquiera era necesario! No había peligro. Michael no estaba seriamente enfermo.
El doctor Bryson se había divertido Al comprobar que la «emergencia» era la sAlida de unos dientes, a Michael simplemente le estaban sAliendo las muelas.

-No se preocupe, Cori. De todos modos ya era hora de que él lo supiera.
-No digas eso, Florence---dijo Corinne, meneando la cabeza de un lado a otro-. Podría querer quedarse ahora con Michael.
-Usted tiene más dinero que él para pelear ante los tribunAles si las cosas llegan a ese extremo. Pero no entiendo por qué los dos no arreglan las diferencias.
-Es demasiado tarde-dijo Corinne con tranquilidad-. Yo no podría vivir con él sabiendo que no me ama... ni siquiera un poco.
-¿Quién dice que no la ama? -dijo Florence enfurruñada.
-Yo lo digo -dijo Corinne, incorporándose y gimiendo-. ¡Oh, desearía que no hubiéramos perdido hoy ese barco!
-Habrá otro, si de verdad está decidida a partir. -Sí, ¿pero qué pasará entretanto? ¿Qué voy a decir a Jared cuandó me pregunte por qué le oculté la verdad? -DígAle la verdad, eso es todo.
Pero Jared no vino en toda la noche. Ni tampoco Al día siguiente. Corinne esperaba nerviosa, asustada de la confrontación, pero deseando Al mismo tiempo que se produjera aquella escena inevitable.
Y Jared no volvió a la casa hasta el 14. Corinne había ya abandonado las esperanzas en ese momento.

44

-Ciertamente no hemos elegido un buen día para dejar esta isla.
Corinne se volvió, mientras se ponía el sombrero. - ¿Por qué? Es un lindo día.
-¿No ha leído los diarios, Cori?
-¿Para qué? Las noticias son deprimentes. Florence meneó la cabeza.
-No se habla más que de revolución. -¿Quieres decir guerra?
-No sé. Pero parece que hay mucha gente en Oahu y en todo Hawai que quiere librarse de la monarquía. Todo acabará muy pronto. Y hoy es importante.

-¿Por qué?
-La reina Liliu... oh, no puedo pronunciar el nombre... está planeando terminar con la constitución actuAl e imponer una propia. Los ciudadanos extranjeros aquí, en su mayoría norteamericanos, se oponen. Es una prueba de fuerza entre los revolucionarios y los monárquicos... y entre los colonos extranjeros y los hawaianos.
-Entonces es mejor que hayamos decidido partir hoy temprano. Podemos llegar por un atajo al puerto y evitar el palacio Iolani.

-¿No piensa esperar un poco más para ver si su marido vuelve a casa?
Corinne no vaciló Al responder:
-No, he esperado una semana. O bien está enojado por haberle ocultado lo de Michael, o bien no le importa.
-No puedo creer que no le importe, Cori.
-Pero yo sí. Conozco a Jared mejor que tú. Vamonos ahora .
Recogió los guantes y el bolso y salió del cuarto para buscar a Michael. El equipaje ya estaba en el carruaje. Tras formales despedidas de Akela y Malia, partieron para el puerto en el coche conducido por Soon Ho.
Poco tiempo después otro coche llegaba traqueteando tras ellos. Ambos coches se detuvieron. Corinne se puso tensa al ver a Jared. El dejó el coche y se acercó al de ellas.
-No creía que partieras tan temprano. Casi te me escapaste...
¡Lo decía tan casuAlmente! -¿Por qué te has molestado?
-Vine para acompañarte hasta el puerto. Hoy pueden producirse revueltas. La gente ya ha disparado bAlazos en las calles... un grupo de fanáticos.
-Estamos enteradas de las revueltas, Jared. Pensamos pasar por detrás del pAlacio.
-La revuelta es generAl, Corinne. Sin duda habrá lucha en las calles.
-¿Y estabas preocupado por mí? -murmuró ella sarcástica.
El no contestó. Ordenó a Soon Ho que llevara el coche de él a su casa, y trepó Al pescante del otro. Corinne ardía en silencio. Jared no había dicho una palabra acer ca de Michael. Debía de haber visto Al niño en su regazo. ¡Y ni una palabra! ¿Para qué había venido? Probablemente para asegurarse de que ella partía.
Las calles estaban repletas como nunca las había visto Corinne. Había mucho ruido, sobre todo gritos. La gente corría hacia el pAlacio, y Corinne Alcanzó a ver que varios iban armados. Tuvo miedo, especialmente por Michael y lo puso en el suelo del carruaje. Después empezo a preocuparse por Jared, sentado en el pescante Alto, a la vista. Ni siquiera había traído un revólver, aunque estaba enterado de lo que estaba pasando. Mientras se preguntaba por qué no lo habría hecho, se oyeron gritos delante del coche y Corinne chilló. El coche se detuvo lentamente, y Corinne volvió a chillar Al ver que Jared caía fuera del pescante.
SAltó fuera del coche y trepó Al pescante. Cuando llego Jared se había incorporado, pero respiraba con dificultad. -¿No te sientes bien?
-Sólo un poco mareado -dijo él con rudeza-. bien.
Pero ella vio sangre en su costado, y el corazón se detuvo.
-¡Te han disparado, Jared! -Es sólo un arañazo.
-No me importa. Te llevaré Al médico. -No quiero ir Al médico.
Pero se bAlanceaba Al hablar, y ella recogió las riendas que él había soltado y marchó hacia la calle AkAlea. La suerte los acompañó. El doctor Bryson estaba en s consultorio y ayudó a descender a Corinne y a Jared. a se negó a salir del cuarto cuando el médico examinó Jared, y quedó Allí impotente, viendo ansiosa cómo el médico tanteaba la herida, mientras Jared procuraba ocultar su dolor.

El doctor Bryson miró por encima del hombro y dijo: -¿Por qué no espera afuera? Esto llevará cierto tiempo.
Ella sacudió la cabeza con firmeza. -No sAldré hasta saber que él está bien.
-Eso se lo puedo garantizar ya. La bala no ha dañado órganos vitales. Basta con sacarla. Estará perfectamente en una semana.
- Está bien --dijo ella, no queriendo entorpecer Al Médico.
Pero Jared se incorporó y su cara era una máscara de piedra.

-No vAle la pena que esperes, Corinne. Vete el barco.
-¡No seas ridículo. Jared -exclamó ella no te puedo dejar así!
-¡Lo harás, caramba! -su voz se elevó de quiero ser responsable de que pierdas el barco. ¡Has querido irte hoy... vete de una vez!
Ella pensó que él hubiera podido decir Algo a del hijo antes de que se fuera.
-¿Y Michael? -se atrevió a decir.
Jared cerró los ojos contra el dolor y la rabia. El amor que sentía por Corinne lo estaba enloqueciendo. ¡Y se burlaba de él con el hijo de Drayton! ¡En verdad tenia que detestarlo! Y Jared dijo, con voz fría:
-Toma a tu hijo y sAl de mi vida. Vete a Boston a donde perteneces. ¡Y por favor pide el divorcio esta vez Corinne, o yo lo lograré!
Ella se volvió, ciega, y salió del consultorio. ¡Bueno, su propio hijo no significaba nada para Jared! Jared se dejó caer sobre la camilla agotado. Habia necesitado de todas sus fuerzas para decirle que se fuera cuando en reAlidad quería rogarle que se quedara. -¿No le parece que ha sido un poco duro con ella?.Jared abrió los ojos y miró Al doctor Bryson. Había olvidado que el hombre estaba en la habitación.
-Era necesario.
-Ha hablado usted de divorcio. No entiendo. Creía...
-Sí -interrumpió brusco Jared-.Entiendo. Usted creía que ella era la señora Drayton. Pero es mi mujer, aunque el niño es hijo de Drayton. Es... una historia muy complicada -terminó Jared, torvo.
-Bueno, bueno -el doctor Bryson pensaba rápidamente-. Esto explica muchas cosas. Usted es el Jared a quien la bonita muchacha maldecía una y otra vez cuando estaba dando a luz. Nunca entendí el porqué, ya que el marido de ella se llamaba Russell.
Tras una pausa Jared preguntó:
-¿Cómo puede usted saberlo? El hijo de Corinne nacio en Boston. ¿Acaso estaba usted Allí? -Ignoro en qué error está usted, señor...
-Burkett-dijo Jared, impaciente.
-Señor Burkett, su esposa dio a luz el niño aquí, en isla. La vi por primera vez en diciembre del penúltimo a poco después de su llegada, y regularmente hasta que dió a luz en junio. Por petición de ella, incluso yo tenía una familia para que adoptara el niño.
Jared se incorporó bruscamente.
¡Mi mujer llegó aquí en agosto del año pasado! El doctor Bryson no quiso discutir con un hombre tan fuerte y peleador, por más que estuviera herido. Se encogió de hombros.
-Si usted lo dice... Jared hizo una mueca. -Pero usted afirma lo contrario... El doctor Bryson asintió vacilante.
Jared meneó la cabeza como si eso lo ayudara a entender.
-Dice usted que ella dio a luz en junio. ¿Qué día de junio?

-Veré mis anotaciones para saber el día exacto, pero creo que fue a mediados de mes.
Jared calculó rápidamente.
-Ha hablado usted de una adopción. ¿Ella no quería al niño?
El doctor Bryson frunció el ceño recordando.
-En verdad no lo quería. Era antinatural la forma en que parecía detestar a la criatura antes de nacer. Nunca lo entendí.
Unas palabras volvieron a Jared, palabras dichas hacía mucho tiempo. «Por cierto que no guardaré un hijo tuyo. »
-¿Y qué pensaba Drayton acerca de la venida del niño?
-Bueno, también era raro, ya que se trataba del marido... o, por lo menos, yo lo creía. El tampoco quería Al niño. Vamos, no compartían el mismo cuarto, ni siquiera después del nacimiento.

-¿Cómo lo sabe?
-Me llamaron varias veces después del nacimiento.
Todo aquello era demasiado rápido para Jared -¿Por qué no dio ella Al niño?
El doctor Bryson rió.
-Fue obra de la señorita Merril. -¡Quiere usted decir, la «señora» Merrill! -Dios, ¿está casada?
-No interesa -dijo Jared tajante-. Siga.
-Bueno, la señorita Merrill me convencio de que la señora Burkett iba a lamentar dar Al niño. Dijo que estaba obsesionada con otra cosa en la que no pensaba claramente.
Jared hizo una mueca. El era la otra cosa. Lo detestaba tanto que no quería conservar a su lado a un hijo de él.
-¿Se siente mal? De verdad debo empezar a sacarle esa bAla.
-Puedo esperar, quiero saber qué ha pasado.
-Bueno, la señorita Merrill y yo, arreglamos que la señora Burkett quedara a solas cierto tiempo niño. No fue necesario mas. Puede decirse que fue un de amor a primera vista. Pocas veces he visto un amor de madre más fuerte.
Jared suspiró y se echó sobre la camilla. Le dolía mucho. Ya era hora de extraer la bala.
Poco antes de que el médico le proporcionara la anestesia, Jared comprendió todo enteramente. ¡Dios, tengo un hijo!

45

El regreso de Corinne había sido agradable en un sentido. Su padre la esperaba cuando descendió del tren en Boston, y el deleite que tuvo Al ver a Michael fue reconfortante. Desde el primer momento Samuel Barrows adoró a su nieto.
Corinne asistió a un par de fiestas en las dos semanas que siguieron a su regreso, y a reuniones de té y otras actividades sociAles a las que Lauren la había arrastrado esos días. No le molestaba, estaba ocupada y eso le impedía pensar en Jared.
Los chismes sobre los motivos por tos que había dejado la ciudad se consideraban ahora como una mala información. Porque Lauren había hecho correr que ella había vivido dichosa con su marido todo este tiempo, y estaba sólo de visita en Boston. Lauren se había vuelto muy sofisticada y ahora podía manejar cualquierr situación con aplomo.

Corinne siguió la mentira de su prima, porque era más fácil que decir la verdad.
Pero la curiosidad de la gente le dolía mucho. NaturAlmente, le hacían preguntas sobre las exóticas y fascinantes islas en las que había vivido. Corinne apenas podía ocultar su melancolía cuando hablaba de Hawai.

Decía:
-No existe un pueblo más amistoso y amante de la diversión que los hawaianos... -y suspiraba. ¿Cómo era posible que Hawai se hubiera convertido en su hogar en tan corto tiempo? Ella había pasedo su vida en Boston, había paseado entre las imponentes mansiones, había jugado en las plazas, había visto las regatas en el río Charles, había dado de comer a los patos en el estanque Jamaica. Pero todas estas cosas parecian ahora antiguas, amigos que se habían ido. Boston ya no era su hogar.
¿Iba a cesar Alguna vez de esperar las brillantes flores de Oahu? ¿Acaso iba a dejar de resonar en su mente el rumor de aquella catarata donde habían estado un dia ella y Jared? ¿Podría ver Alguna vez un crepúsculo en Boston sin sentirse desilusionada?
Era su momento para recibir, y siete mujeres, viejas amigas, estaban sentadas ante el fuego tomando té. Lauren y su madre estaban Allí. ¡Dios, cómo había crecido su prima desde su partida!
-Debe de tener ganas de volver, Corinne -dijo una de las mujeres-. Yo las tendría. En verdad no esper mos que volviera tan pronto.
-Bueno, mi padre no conocía aún a Michael y no podía ir a visitarnos.
-Su marido debe de haberla dejado partir de mala gana -comentó la señora Hartman-. ¡No hay más qua pensar en las medidas que tomó cuando ustedes se casaron!
-¿Medidas? -preguntó Corinne.
Lauren se inclinó hacia adelante sonriendo. -Espero que no lo tomes a mal, Corinne, pero dije a la señora Hartman por qué tu marido había puesto aquel inusitado aviso en los diarios antes de partir. Dije que era la manera que había tenido para que lo siguieras sin demora.
Corinne quedó atónita ante la inventiva de Lauren. -Sí, pero... -buscó las palabras-. Mi marido tiene un duro sentido del humor.

-No imagino a mi Harold haciendo Algo igual - dijo la señora Nautily.
-Nosotros tampoco -dijo Lauren riendo. Corinne sonrió. Harold Nautily era un hombre tímido, bastante más bajo que su grande e imponente mujer. Nunca decía nada a su esposa como no fuera: «Sí, querida.» ¡Antes de conocer a Jared, éste era el tipo de marido que Corinne creía necesitar!
-¿Y cómo está ese adorable niño suyo, Corinne? -preguntó la señora Turner.
-Michael está bien, aunque se resfrió cuando llegamos.
-Nada serio, espero...
-No, necesita cierto tiempo para adaptarse a este tiempo más fresco.
-Es comprensible, ya que ha nacido en las islas - dijo la señora Hartman-. No dudo que le gustaría volver, y a usted también, no cabe duda.
-Sí -murmuró Corinne mirando el suelo.
Se preguntó qué iba a decir a estas mujeres cuando fuera evidente que ella y Michael no volvían a Hawai. Lauren y su padre sabían hasta qué punto era penoso para Corinne fingir que su matrimonio era feliz y que un marido cariñoso esperaba su regreso. Pero nadie sabía hasta qué punto era desdichada. Ni siquiera Florence.

¿Cuánto tiempo tendría que soportar aquel dolor lacerante hasta que empezara a menguar?
Se oyó llamar en la puerta principal de la casa y Corinne vio que Brock pasaba por la sala para dirigirse a abrir.
Lauren sonrió a Corinne como disculpándose. -Debe de ser Cynthia. La encontré ayer y dijo que iba a pasar por aquí. Parece que ha llegado.
Corinne hizo una mueca. Temía las preguntas sibilinas de Cynthia. Probablemente nunca le había perdonado que enamorara a Jared.
En el momento en que Corinne se preparaba para recibir a Cynthia, Brock se presentó en la puerta con aire un poco trastornado. Y Corinne vio entonces el porqué.

-¡Dios me valga, Corinne -exclamó la señora Hartman-. ¡Parece que, después de todo, no pudo esperar que usted regresara!
Corinne se puso de pie lentamente, oyendo el latido de su corazón y nada más.
-Corinne, Corinne... -ella se volvió hacia su tia sin verla de verdad.
-¡Bueno, parece que estás tan sorprendida como nosotras! ¡Qué vergüenza, señor Burkett, tiene usted demasiado instinto para el drama!
Jared apartó los ojos de Corinne y sonrió lo más encantadoramente que sabía.
-Fue una decisión repentina, señora Ashburn. Pero tiene usted razón. Ha sído poco considerado de mi parte
-Creo que debemos partir, señoras -dijo Laura haciendo una seña a las otras mujeres-. Me parece que estos dos se han echado de menos. La luna de miel no ha terminado aún.
Hizo un guiño a Corinne, que ésta apenas notó. ¿Qué; hacía aquí Jared? Y de pronto ella y Jared quedaron solos, y el pánico casi la sofocó. ¡Michael! ¡Por eso había venido! ¡Quería quitarle a Michael!
-Hola, Corinne.
Volvió a sentarse con toda la compostura que pudo, y estrujó las manos sobre las rodillas para evitar que le temblaran.
-Estás... estás muy bien, Jared.
Imaginó que estaba tan pálida como las tazas de porcelana diseminadas sobre la mesa. Se sumergió en la conversación para que él no notara su nerviosidad.
-Espero que se haya curado tu herida. El se encogió de hombros.
-Después de una semana apenas me molestaba. Ahora solo queda una fea cicatriz -sonrió-. ¿Quieres verla?
-No -dijo ella sin Aliento.
¿Cómo podía estar tan tranquilo, como si no se hubieran separado enojados? Y parecía que era perfectamente natural estar aquí sentado en casa de ella, a medio mundo de distancia de Hawai. Corinne bajó los ojos.
-¿Qué pasó cuando me fui? ¿Hubo mucha lucha? -Poca. Debe de haber sido la revolución más pacífica de la historia.
-¿Y la reina?
-Ya no gobierna --dijo Jared con Algo de amargura-. Hay ahora un gobierno provisional, bajo la bandera norteamericana. Y han ido hombres a Washington a pedir la anexión.
-¿Cómo sucedió eso?
-Fue el 14 de enero, el día en que te fuiste. La reina LíliuokAlani síguió con su proyecto de abolir la constitución. Quiso obligar Al gabinete a forzar su nueva constitución, pero ellos no quisieron. Se formó un Comité de seguridad, con Algunos

de los hombres más prominentes de la isla, que tenían poder para mantener el orden. Se apoderaron del edificio gubernamenTal y lanzaron una proclama diciendo que el sistema monárquico estaba abolído ¿Así, sin más? ¿Por una proclama?
-Los apoyaba la mayoría de los ciudadanos --contestó Jared-. La reina quedó prisionera en su pAlacio y se izó la bandera norteamericana... -Jared suspiró.- Fue un día triste para un pueblo orgulloso.
-Simpatizas con ella, ¿verdad?
-Tal vez haya sobrepasado sus límites, pero, para mí, sigue siendo la reina. Es irónico, pero hace poco más de cien años que Hawai fue descubierta por los extranjeros. Es un tiempo muy escaso para que una cultura sea suplantada por otra civilización.
-Pero no se ha perdido del todo.
-Quizás no -concedió él, después se levantó y la miró intensamente-. Todavía no me has preguntado por qué estoy aquí.
Corinne se dio la vuelta.
-La verdad es que temo saberlo. El pareció dolorido.
-No tienes nada que temer de mí, Corinne.

-¿De verdad?
Jared la miró pensativo, después se sentó junto a ella en el sofá.
-¿Temes que haya venido en busca de Michael -Sí -murmuró ella.
-¿Es por eso por lo que no me dijiste la verdad acerca de él?
-Sí -lo miró con los ojos agrandados-. Has venido por eso, Jared? Porque, si es así, no entregaré a mi hijo. Tendrás que matarme antes.
-Nuestro hijo -la corrigió él suavemente-. nunca se lo quitaría a su madre.
Los ojos de ella se dilataron. -¿Lo dices en serio?
-Sí -se acercó más a ella, pero ella se apartó, desconfiada. El suspiró-. Tengo en el bolsillo una carta de tu padre.
Como ella guardara silencio, y siguiera revolviéndose, nerviosa, él prosiguió:
-Llegó unos días después de tu partida de Hawai. Era la respuesta a una carta que yo le escribí... preguntándole acerca de Michael. El me lo ha explicado todo
-¡No tenía derecho! -empezó Corinne, enojada
-Ya me lo habías dicho, Corinne -recordó él dulcemente.
-¡Sí, y no dijiste nada! ¡No dijiste nada ni siquiera el último día!
-Me estaba acostumbrando a la idea –mintió.
No iba a hablarle de sus sospechas acerca de Drayton. Ella no debía saber hasta qué punto había sido tonto.
-Fue una sorpresa saber que tenía un hijo -prosiguió él-. Y que me lo habías ocultado.
-Jared, yo...
-No, ya sé por qué lo hiciste. La carta de tu padre ayudó, y yo ya sabía mucho por el doctor Bryson. Corinne se ruborizó y miró alrededor de la habitación, incapaz de enfrentar la mirada de Jared.
-Tienes que entender que entonces te detestaba, Jared. Estaba obsesionada con ese odio, de otro modo no hubiera podido hacer lo que hice.
-Lo sé. Del mismo modo que yo estaba obsesiodo con el odio hacia tu padre. Espero que todos hayamos aprendido de esto. Ya no culpo a tu padre, y se lo diré antes de irme. Ahora entiendo las crueldades que puede promover el odio.
-¿Qué estás diciendo, Jared? El le tomó la mano.

-Sé que me odiabas cuando te fuiste, Corinne, y que probablemente me sigas odiando. Pero, aunque me cueste la mitad de la vida, lograré que me ames.
Los ojos de ella se llenaron de lágrimas. -¿Por qué?
-¿Por qué?-repitió él como un eco-. ¡Porque te quiero, qué mierda! -Y ahora que había dicho las palabras, pudo añadir suavemente:- Sí, te amo, mucho más de lo que creía posible.
Corinne sacudió la cabeza lentamente, queriendo creer, todavía con miedo.
-¿Dices que me quieres sin tener en cuenta lo que he hecho?
-Hace meses que sé que te amo. Sin pensar en lo que había creído. Te lo iba a decir aquella noche de Navidad, pero volviste a echarme.
La cara de ella se iluminó.
-¿Por lo tanto era verdad lo que me dijiste acerca de Naneki...?
El asintió.
-No sabía que me hubieras oído. -Te oí, pero no te creí.
-No te puedo culpar, teniendo en cuenta las veces que yo he dudado de ti.
-¡Oh, Jared, yo también te amo!
Y le echó los brazos Al cuello. Si se salía con la suya, no iba a soltarlo más.
El le tomó la cara entre las manos y miró profundamente en sus ojos.
-¿Lo dices en serio?
-¡Sí, ah, sí! ¡Y juro no volver a mentirte jamás!

Nunca tendrás motivo para dudar de mí.
-Dios, qué tontos hemos sido -suspiró Jared, y estrechó contra sí-. ¡El daño que nos hemos hecho! Pero sintió en ese momento que Corinne se ponía tiesa y se apartaba de él.
-Todavía somos tontos, Jared -había una total desolación en su cara-. Es inútil. Nunca olvidarás lo que hice... lo que crees que hice. Eso estará siempre entre nosotros. El se levantó y marchó hacia la ventana.
-Corinne, ya sé la verdad. Ella quedó petrificada. -¿Qué verdad?
-Visité a algunos de tus ex amantes. Ella rugió:
-¿Mintieron y te dieron detalles? Jared rió.
-Bajo la amenaza de ser destrozados miembro a miembro, me dijeron la verdad.
-¿Es cierto eso, Jared?
Cada historia fue idéntica. No necesité ver más que a unos pocos para convencerme. -Súbitamente rió-. Dios, no cabe duda de que tu plan era hábil. -Después se puso serio.- Demasiado hábil, porque me engañaste completamente, lamento decirlo. ¿Puedes perdonar que te haya creído capaz de esas cosas?
-Ahora que lo dices... -dijo ella, y sus ojos se oscurecieron. Pero, antes de que se enfureciera, él se acercó Al sofá, la abrazó y la besó profundamente.
Cuando Jared la soltó, la rabia de ella se había apaciguado y él sonreía diabólicamente.
-Es la mejor manera de evitar una pelea, lo recordaré en el futuro.
Ella sonrió, los ojos chispeantes.
-No importa el futuro. Acabas de iniciar algo ahora, y debes terminarlo, mi amor.
El levantó la ceja. -¿Está tu padre en casa? -No.
-¿Qué esperamos entonces?

El navío se deslizaba suavemente en el agua. Estaban a unas millas de la costa y Corinne estaba en cubierta con Jared, esperando ver la primera señal de tierra.
El viaje a Hawai no se había parecido para nada Al primero, cuando Corinne había estado en su camarote, enferma y desdichada.
Este viaje también había transcurrido en buena parte en el camarote... con Jared, que la entretenía haciendo el amor. Estaba segura de su felicidad, y sabía que estaba donde pertenecía.
Jared la rodeó posesivamente con sus brazos y la atrajo contra él, estrechándola con fuerza.
-¿Te Alegras de volver a casa?
-Ya sabes que sí.
-Dayna estará encantada de verte -rió él, recordando el tormentoso encuentro que había tenido con ella antes de partir para Boston-. Me armó un escándalo cuando supo que te habías ido. Me dijo que era un tonto cuádruple por haberte dejado partir.
Corinne rió.
-Me gustó Dayna desde que la conocí. Tenemos que invitarla a ella y a su médico amigo para una comida.

Creo que está algo enamorada de él.
-Sí, ya sé. Tendremos que invitarlos a la boda. Ella se volvió entre los brazos de él y lo miró interrogante.
-¿Invitarlos a su propia boda?
-No, a la nuestra -murmuró él-. Nos casaremos de nuevo, señora Burkett.
Corinne tocó el corazón de oro que llevaba alrededor del cuello. Tenía el calor de su piel.
-¿Sin lamentarlo?
-Sí, ninguno de los dos se casó en serio la primera vez. Quiero que volvamos a repetir los votos, Koli y esta vez no habrá dudas... ni lamentaciones.
-Me casaré contigo cien veces si eso te hace feliz -dijo ella seriamente, sus ojos verdes clavados en los él.
Él rió.
-¿Y me prometes también una docena de niños por haber perdido los primeros meses de Michael?
-Sí, sabes que te daré cualquierr cosa que quieras siempre que sigas amándome.
-Nunca dejaré de amarte, mi Kolina. Y bastará con una sola boda. Una... que durará para siempre.
Se oyó claramente a Alguien que se aclaraba la garganta tras ellos; se volvieron y vieron a Florence con Michael.
-Aquí hay Alguien que quiere unirse a los dos. Jared rió y tomó en brazos a Michael.
-El se lo hizo saber, ¿verdad?
-Así es -dijo Florence-.Percibió la isla y ha querido mostrársela... ¿Ve?
Michael señAlaba hacia la gran extensión de tierra que de pronto era visible. Se revolvía agitado.
-¿Ve? -repitió la palabra de Florence.
Todos rieron.
-Di «casa» ahora, «casa» --exigió Jared. Michael miró a su padre, y sus ojos color verde lima brillaron como los de su madre. Después volvió a mirar hacia la isla.
-¡Ve! -gritó.

-Seguramente será mejor marino que yo --dijo Corinne riendo- Esperaba ser la primera en ver tierra.
-Él me ha vencido.
-De verdad lo ha hecho -señaló Florence, reprimiendo la risa-. Es raro que note usted Algo cuando está cerca su marido.
-Y es mejor que así sea -dijo Jared, con burlona gravedad.
Unos segundos después, cuando todos habían olvidado, Michael gritó «casa» y Jared lo estrujó con orgullo. Todos se volvieron hacia la isla. El cráter del Cabeza de Íhamante con su imponente belleza, se presentó a la vista Y, más adentro, pudieron ver las majestuosas montañas de Koolau.
Jared apretó contra sí a Corinne. Juntos, con Michael entre ellos, habían vuelto a Hawai. A su hogar. Una palabra tan hermosa como familia, lo que eran ahora los tres. Una palabra tan hermosa como amor.